

**TEORÍA
MARXISTA Y
ACCION
POLÍTICA**

KARL KORSCH

84

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

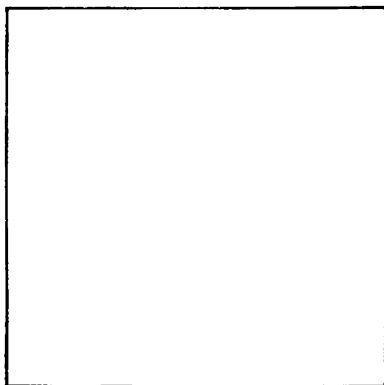
PYP

**teoría
marxista y
acción
política**

3 07/10/14

**traducción de
alfonso garcía ruiz
stella mastrángelo
y josé aricó**

**revisión de
oscar del barco**



**teoría marxista y
acción política**

karl korsch

84

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

primera edición, 1979
©ediciones de pasado y presente, s.r.l.
impreso y distribuido por siglo xxi editores, s.a.
av. cerro del agua 248, méxico 20, d.f.

ISBN 968-23-0884-4

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

TEMÁTICA DE LAS FORMAS Y ANÁLISIS DE LOS PROCESOS EN EL MARXISMO EUROPEO DE ENTREGUERRAS. KARL KORSCH (1923-1938), <i>por</i> GIUSEPPE VACCA	7
El problema Korsch a la luz de los escritos teóricos e histórico-políticos, 7; Hipóstasis del modelo soviético en la transición de la socialdemocracia al leninismo, 11; "Acción autónoma obrera" y "concepto activista de la historia" en su separación del movimiento comunista y en la crítica del leninismo y del marxismo, 18; El historicismo empírico del análisis de Korsch sobre los procesos, 34; Autonomía relativa de la tematización de las formas teóricas. El principio de la especificación histórica y el problema de la ciencia. La criticidad del marxismo en la época de la transición, 51	
TEORÍA MARXISTA Y ACCIÓN POLÍTICA	
15 TESIS SOBRE EL SOCIALISMO UTÓPICO	83
LENIN Y LA COMINTERN	85
SOBRE LENIN Y EL LENINISMO	90
EL CAMINO DE LA COMINTERN	110
Declaraciones preliminares, 110; El Ejecutivo ampliado y el XIV Congreso del Partido comunista de la Unión Soviética, 111; La llamada "doble contabilidad", las contradicciones y ambigüedades en el resultado político del Ejecutivo ampliado, 112; El grupo Urbahns-Ruth Fischer, 114; ¿El cuatro de agosto de la Comintern? 115; La lucha de clases proletaria internacional contra las tendencias revisionistas y oportunistas en la Comintern, 117; La esencia histórica de la fase más reciente del llamado "leninismo", 118; El "leninista" Otto Bauer y la ultraizquierda "antileninista", 120; Dos choques históricos sobre el "uso revolucionario de la violencia" y la dictadura del proletariado, 123; Las consideraciones de Otto Bauer y el "núcleo del leninismo" de la <i>Rote Fahne</i> , 124; Política exterior soviética y política internacional de la Comintern, 126; El camino de la Comintern y las tareas de la izquierda, 128	
NOTA SOBRE ANTONIO LABRIOLA Y SU IMPORTANCIA PARA LA TEORÍA Y LA HISTORIA DEL MARXISMO	131

ÍNDICE	6
PARA UNA CRÍTICA MATERIALISTA DEL DERECHO	133
HEGEL Y LA REVOLUCIÓN	144
EL EMPIRISMO EN LA FILOSOFÍA DE HEGEL	146
LA CRISIS DEL MARXISMO	167
EL MÉTODO DIALÉCTICO EN <i>El capital</i>	173
CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA IDEOLOGÍA MARXISTA EN RUSIA	180
EL JOVEN MARX COMO FILÓSOFO ACTIVISTA	186
¿POR QUÉ SOY MARXISTA?	191
EL MARXISMO Y LAS TAREAS ACTUALES DE LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA	203
LA FILOSOFÍA DE LENIN	211
UNA APROXIMACIÓN NO DOGMÁTICA AL MARXISMO	221
LA POSICIÓN DE MARX EN LA REVOLUCIÓN EUROPEA DE 1848	225
DIEZ TESIS SOBRE EL MARXISMO HOY	235

GIUSEPPE VACCA

TEMÁTICA DE LAS FORMAS Y ANÁLISIS DE LOS PROCESOS EN EL MARXISMO EUROPEO DE ENTREGUERRAS.

KARL KORSCH (1923-1938)

Para los eruditos burgueses, el marxismo no representa únicamente una dificultad teórica y práctica de primer orden o una dificultad "epistemológica". No se deja encasillar en ninguno de los compartimientos tradicionales del sistema de las ciencias burguesas, y aun cuando se tratara de construir un compartimiento exclusivo, para él y para sus compañeros más cercanos, llamado sociología, no se quedaría quieto sino que seguiría saliéndose de dicho compartimiento para introducirse en los demás. "Economía", "filosofía", "historia", "teoría del derecho y del Estado"; ninguno de estos compartimientos es capaz de contenerlo, aunque ninguno de ellos podría estar seguro de librarse de sus incursiones si intentara colocarlo en uno distinto.

KARL KORSCH, 1922

Aun en casa del proletariado [Korsch] se consideraría sólo como un huésped. No se sabe cuándo parte. Sus maletas están siempre listas.

BERTOLT BRECHT

EL PROBLEMA KORSCH A LA LUZ DE LOS ESCRITOS TEÓRICOS E HISTÓRICO-POLÍTICOS

Con la publicación de la amplia selección de *Scritti politici* dirigida por Gian Enrico Rusconi, se puede decir que el lector italiano tiene a su disposición lo esencial de la obra de Korsch. Es más, nuestro país es tal vez donde ha tenido una repercusión editorial¹ más am-

¹ En 1970, Laterza publica *Consigli di fabbrica e socializzazione*, traduciendo la reciente colección alemana de ensayos korschianos de 1919-1920 sobre la socialización, junto con el ensayo de 1922 titulado *Legislazione del lavoro per i consigli di fabbrica*. En 1971 la misma editorial publica el *Anti Kautsky*, traducido de la edición original de 1929. En 1974, también Laterza edita la *Dia-*

plia el descubrimiento europeo de Korsch en los años sesenta.²

Esto se debe, en mi opinión, al fuerte impacto producido por *Marxismo y filosofía* y por *Karl Marx* en la cultura marxista italiana, además de las vinculaciones que se establecieron durante el periodo en que dichas obras llegaron al lector italiano, entre el estudio korschiano del marxismo y los problemas presentados o que se presentaban nuevamente al movimiento obrero de los años sesenta. Esto creó una audiencia considerablemente amplia para toda la obra de Korsch, atenta sobre todo a los acontecimientos políticos y teóricos, despertando un interés aun por aquellos escritos que, en rigor de verdad, no se comparan con las obras "mayores". De hecho, el contenido teórico de casi todos los escritos aparecidos en italiano después del *Karl Marx* es completamente modesto, tanto por lo que se refiere a los escritos sobre la socialización, que anteceden a *Marxismo y filosofía*, como por lo que se refiere a los que aparecieron después del ensayo de 1923, y preparan el *Karl Marx* o simplemente son anteriores a él o van más allá. Las excepciones son realmente raras. La situación personal o en análisis histórico-político de Korsch no son de tal importancia que justifiquen el gran éxito editorial que tuvieron.

En estos últimos años,³ al mismo tiempo que se han difundido los escritos de Korsch han aparecido ensayos y estudios cada vez más empeñosos y exhaustivos sobre su obra. En estos últimos prevalece tanto el esfuerzo por reducir la lectura de las obras teóricas mayores a los problemas y vicisitudes históricas que le sirven de base, como

lettica e scienza nel marxismo, colección de escritos filosóficos del periodo 1929-1939, bajo el cuidado de Gian Enrico Rusconi. Un año después, Laterza publica finalmente, bajo el cuidado del mismo Rusconi, los *Scritti politici* en dos volúmenes que recogen una selección de los principales escritos e intervenciones sobre temas histórico-políticos desde 1912 hasta 1950.

² Backhaus tradujo en 1966 *Marxismo e filosofía* para Sugar, basándose en una reciente reedición alemana. En el mismo periodo se publicó el libro en Francia. En 1967 se publicó en Alemania el *Karl Marx* en una edición crítica al cuidado de Langkau, que sirvió de base para las ediciones italiana, española y francesa.

³ Se han tomado en cuenta por lo menos los siguientes: de Rusconi, junto con la introducción al *Anti Kautsky* y la *problemática dei consigli in Karl Korsch*, publicado en los *Annali Feltrinelli* en 1973, dedicados a la *Historia del marxismo contemporáneo*, la introducción a la colección de escritos de Korsch ya mencionados. Existe después un brillante estudio global sobre el marxismo de Korsch, de Leonardo Ceppa, titulado *La concezione del marxismo in Karl Korsch*, publicado en el mismo volumen. Aunque no dedicado totalmente a Korsch, hay que tener presente el inteligente ensayo de Giacomo Marramao, "La teoria della crisi e problematica de la costituzione" (*Critica Marxista*, 1975, números 2/3), en el que hay indicaciones e intuiciones generales sobre el marxismo de Korsch de mucho interés, que discutiremos más adelante.

la tendencia a determinar nuevamente el alcance teórico de la obra de Korsch. Creo que se debe estar de acuerdo en gran parte con las dos orientaciones de la investigación. Sin embargo no me convence la manera en que tanto Rusconi como Ceppa prosiguen la lectura global de Korsch a través de sus escritos más recientes. Proponen alejarse cada vez más de la primera lectura de Korsch, prevalentemente teorista, que se hizo cuando aparecieron los escritos principales y que está más o menos directamente relacionada con las distintas interpretaciones de 1968, a través de la historización de su pensamiento y que puede seguirse cada vez mejor a medida que van emergiendo las coyunturas y referencias histórico-biográficas. Estoy de acuerdo con la exigencia de historizar la obra teórica de Korsch, aunque no me convence la manera en que se propone esta operación y mucho menos los resultados a los que se llega en la estructuración de los detalles y de la relevancia teórica y política del cuestionamiento que hace Korsch al marxismo.

Me propongo discutir estas interpretaciones al final del presente ensayo, después de haber recorrido la trayectoria histórica del Korsch teórico y político. Hago notar desde ahora que, si todo esto es necesario para reconstruir la lectura korschiana de la actualidad, que sirve de base a su búsqueda de una forma teórica del marxismo que sea capaz de intervenir en él como un factor activo del proceso revolucionario, no puede servir, sin embargo, para entender y sopesar el contenido y el desenvolvimiento de dicha elaboración. En realidad, parte del supuesto explícito de la necesidad de volver a cuestionar las formas de la teoría que se refieren al proceso de transición al comunismo, a escala mundial, proceso que ya ha comenzado. La medición del marxismo de Korsch y del alcance de su elaboración de una forma fenoménica de la teoría a nivel de los problemas y de los objetivos de la transición (“actualidad de la revolución”), se refieren a la validez y a la riqueza de contenido de *esta* categoría histórica, que trata de condensar y reducir a la unidad todos los movimientos y tendencias principales del presente. En la misma forma en que los límites y las deformaciones de la teoría revolucionaria que presenta se relacionan, por su parte, con la exposición de los procesos que recorren, definen, determinan o detienen e invierten la transición. Esa clase de historización “superior” de la contribución teórica de Korsch es lo único congruente con el objetivo y lo único adecuado para medir también la relación con el presente. Trataremos de demostrar analíticamente que no bastan la historización y valoración de la forma teórica del marxismo que elabora y propone Korsch, por medio del restablecimiento de la vinculación directa con la experiencia política individual de Korsch, con su estudio sobre los procesos históricos

y revolucionarios y con la manera en que dicha forma teórica se presenta y actúa prácticamente en sus análisis concretos. Considerar que las aporías de la forma teórica del marxismo propuesta por Korsch provienen directamente de la esterilidad de sus análisis históricos y políticos o, por el contrario, que estos últimos están viciados sustancialmente por el modo en que opera en ellos una forma teórica distorsionada del marxismo y que todo esto agota el problema de la reflexión hecha por Korsch sobre la forma de la teoría es algo que en el fondo sí es “teorético” e historicista al mismo tiempo. Cuando Korsch, por ejemplo, discute por una parte la relación que existe entre el marxismo y la filosofía a nivel de la transición, y cuando, por otra parte, analiza en la misma coyuntura el vínculo que une la revolución rusa con los problemas de la revolución alemana, existe una diversidad total en el objeto histórico y teórico de los dos procesos, que por lo mismo no pueden identificarse directamente, ni unirse o necesitarse recíprocamente. Así pues, no puede ser el mismo en uno y en otro caso el plan de historicización de sus formas teóricas. Sobre todo, no se puede tratar de historizar la primera en función de la biografía política de Korsch. De otra manera, se corre el peligro de cometer una injusticia con Korsch y de perder la autonomía y la pertinencia de un objeto ideal esencial en la época de transición y de dejar a un lado, junto con la reflexión política de Korsch, su estudio sobre el carácter crítico del marxismo que no puede reducirse a su biografía y que tiene un objetivo histórico diferente. Es más, las posibilidades teóricas de dicha categoría definen al mismo tiempo, según nosotros, nuestra relación histórica con Korsch y con los aspectos que determinan el presente. Por eso mismo se penetra en ella de acuerdo con un patrón de la historicidad que trasciende la situación individual de Korsch; así como en el estudio korschiano está implícita una concepción global del movimiento del presente, que no puede reducirse a la suma y mucho menos a las situaciones individuales que miden el ritmo de los procesos examinados por él en los análisis históricos concretos.

La reflexión histórica y política del presente constituye el hilo que une los cuatro volúmenes más recientes de los escritos de Korsch publicados en Italia; mientras que en los dos primeros se hallaba la discusión korschiana sobre la teoría, sobre sus características, funciones y destino en la época abierta por la guerra imperialista y por la revolución de octubre. ¿Qué relación guardan entre sí estas dos dimensiones del “problema Korsch”? Al abordar el problema no perderemos de vista la necesidad de volver a considerar, en definitiva, el alcance del estudio teórico de Korsch, o bien, el valor de la forma teórica del marxismo que emerge de *Marxismo y filosofía* y de *Karl*

Marx. Desde este punto de vista, los elementos que miden el ritmo de toda la historia teórico-política de Korsch, y que testifican los escritos aparecidos en italiano durante los últimos años, deben permanecer en primer plano. Esto contribuye a esclarecer el enfoque que daremos al examen del pensamiento político de Korsch. Esperamos que estos últimos nos ayuden a definir el contenido y el movimiento que asume en Korsch la categoría de la transición para pasar luego a considerar una vez más, de una manera históricamente determinada, la presentación del marxismo como *ciencia social crítica*. No les pediremos que iluminen la propuesta teórica de Korsch para poder poner de manifiesto sus luces y sombras, por la sencilla razón de que no les compete esto directamente a ellos.

HIPÓSTASIS DEL MODELO SOVIÉTICO EN LA TRANSICIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA AL LENINISMO

A fines de 1920, Korsch se adhiere al movimiento comunista, después de haber comprobado el fracaso de las diversas fracciones de la socialdemocracia en su intento por dar salida política a la problemática de la socialización, que había estado en el centro del movimiento consiliar alemán de 1918-1919.⁴ Korsch le reprocha a la socialdemocracia alemana, fuerza del gobierno, haber preferido la república parlamentaria de 1919 al Estado de los consejos, que por sí solo hubiera realizado la dictadura del proletariado y garantizado el proceso de socialización.⁵ Sin embargo, todavía en 1920, antes de adherirse al movimiento comunista, considera que las causas del fracaso de la revolución consiliar en Alemania se deben buscar históricamente y no simplemente atribuir las a la "traición" de la socialdemocracia. "En esta fase crítica del movimiento socialista, escribe, los que reivindicamos la herencia de Marx no debemos contentarnos con denigrar e insultar a nivel personal a los 'socialtraidores'."⁶ La adhesión

⁴ En el undécimo capítulo de *La rivoluzione tedesca del 1918-1919*, dirigido por G. A. Ritter y S. Miller, Milán, 1969, pp. 282-302, se pueden encontrar testimonios interesantes sobre el papel desarrollado por el tema de la socialización en la revolución alemana de 1918-1919. [Dicho capítulo figura como apéndice a Karl Korsch, *¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 45, Córdoba (Arg.), 1973, pp. 131-152.]

⁵ Karl Korsch, *Consigli di fabbrica e socializzazione*, op. cit., pp. 186 y 187, 214-215. Los pasajes citados corresponden al ensayo de 1922 sobre la *Legislazione del lavoro per i consigli di fabbrica*.

⁶ Karl Korsch, "Socialismo e riforma sociale", *Consigli di fabbrica... ibid.*, p. 96.

a la KPD no excluye, pues, la búsqueda de las debilidades y de la falta de preparación que han llevado a la derrota a todo el movimiento obrero:

Aun en el breve espacio de tiempo en que se cumplieron en Alemania los requisitos necesarios para el establecimiento y la constitución de una dictadura estable del proletariado —escribe Korsch en el órgano de la KPD en marzo de 1921— resultaron inútiles, porque en vastos sectores del proletariado revolucionario que incluía hasta los “consejos” en acción, no se tuvo el conocimiento correcto de las bases organizativas, ni de los compromisos esenciales que debía cumplir un sistema consiliar revolucionario.⁷

Su adhesión al movimiento comunista se debió a que estaba convencido de que éste era capaz de realizar la problemática de los consejos y de la socialización, preparando a las masas para su objetivo y estableciendo así las bases del Estado soviético. A esta altura Korsch alberga la convicción de que había que “hacer como en Rusia” y que había que tomar los instrumentos teóricos y organizativos de la experiencia bolchevique. Su incorporación al bolchevismo se realiza sobre bases “fiduciarias” y se vincula —mientras funciona— con el intento de trasladar, más que traducir, a Alemania la experiencia rusa.

El que conoce la formación anterior de Korsch y sus escritos sobre la socialización de 1919-1920 no deja de sorprenderse de esto. La disponibilidad de escritos de Korsch correspondientes a esta época se limita a los reunidos por Bakhaus para Laterza y unos pocos que Rusconi añade en su colección de *Scritti politici*. Sin embargo no es difícil darse cuenta, a través de su insistencia durante 1919 en el modelo “gestionario” de la socialización en lugar de las “nacionalizaciones”,⁸ y a través de los intentos que realiza en 1920⁹ en pro de la conciliación nominalista de la socialización por la vía consiliar con la socialización por vía estatal, cómo se va alejando del modelo bolchevique. Es cierto que Korsch no incorpora toda la problemática de la socialización de 1919-1920 en la aceptación histórica y concreta de los problemas de la revolución social en Alemania. Esto obedece más bien a que busca un modelo teórico de socialización en

⁷ Karl Korsch, “Mutamenti del problema dei consigli politici operai in Germania”, *Scritti politici*, *ibid.*, p. 19.

⁸ Karl Korsch, “Che cos’è la socializzazione? “La questione della socializzazione prima e dopo la rivoluzione”, *Consigli di fabbrica... ibid.*, pp. 16-17, 50, 51, 52-53. [“El problema de la socialización antes y después de la revolución”, en *Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico*, *cit.*, pp. 69 y ss.]

⁹ Karl Korsch, *ibid.*, pp. 20-21, 30-32, 54.

general y la forma de Estado correspondiente.¹⁰ En lugar de incluir en la búsqueda concreta de una “vía al poder” en la Alemania de la derrota y de la crisis posterior a la primera guerra mundial, la problemática de la socialización llega a ella a través de una deducción teórica y la considera como la sutura que une el proceso histórico con la emancipación política y como el punto en que un proceso implica al otro y se disuelve en él. “*La socialización es la revolución social*, es la idea socialista que se transforma en realidad a través de la actividad práctica, humana y sensible”, afirma Korsch, reivindicando “la concepción marxista de la socialización como identidad del proceso de desarrollo histórico y de la actividad revolucionaria del hombre.”¹¹

En lugar de estudiar los problemas de la conquista del poder, Korsch prefiere buscar los modelos óptimos de la socialización de la economía y de su gestión. Tanto es así que hasta considera más fácil conciliar las formas “extrapolíticas” de socialización defendidas por la Liga Espartaco con las “legales”, justificando, sin embargo, su preferencia por las primeras en razón de que “la acción general ‘directa’ de la clase trabajadora presenta sobre los demás métodos de socialización la incalculable ventaja de estimular y desarrollar vigorosa y poderosamente en el proletariado [...] los impulsos psíquicos que se requieren para que un sistema económico como éste pueda subsistir durante largo tiempo y pueda desarrollarse cada vez más hacia la segunda fase, más elevada, de la economía colectivista”.¹² Por otra parte Korsch no considera aporético afirmar que así como “una acción directa de socialización como ésta sólo puede llevarse a la práctica *con éxito* mientras perduran los tiempos revolucionarios y con la condición de que el poder supremo que se ha establecido después de la revolución [...] reconozca *a posteriori* la socialización realizada por medio de la acción directa, ‘extrapolítica’”, así también, en tiempos “normales” “sólo se puede apoyar eficazmente la transición a la economía socialista colectivista [...] a través de una incansable actividad *educativa*”.¹³ Por el contrario, Korsch considera que se debe confiar a la escuela, es decir a una institución estatal, naturalmente transformada en profundidad y vinculada con el proceso productivo, la tarea de consolidar y estabilizar a la clase trabajadora y a la inteligencia científica dentro de la sociedad en transición, emprendiendo inmediatamente la absorción de la división social del trabajo

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Karl Korsch, “Questioni fondamentali connesse con la socializzazione”, *ibid.*, pp. 78 y 93 [*ibid.*, pp. 90 y 101.]

¹² *Ibid.*, p. 17.

¹³ *Ibid.*

o superando “la contraposición de clase [...] entre los *trabajadores manuales que desempeñan sólo una actividad física y los trabajadores intelectuales eximidos de todo trabajo manual*”.¹⁴

La adhesión de Korsch al movimiento comunista, marcada por esta participación escatológica en el proceso revolucionario, se deriva del hecho de haber encontrado en él la única hipótesis política que se propone establecer el soviétismo como la “forma revelada finalmente” por la revolución proletaria. En el ensayo de 1922, *Legislación del trabajo para los consejos de fábricas*, después de haber encontrado en los “consejos de fábrica” destinados al control de la producción la única forma realmente revolucionaria de “coparticipación obrera” y de organización de los productores y, en su sistema, el instrumento para la realización de la “administración obrera” de toda la economía, dando principio así a la era de la transformación socialista,¹⁵ Korsch señala el Código del trabajo soviético de 1920 como la realización más completa del sistema de los consejos.¹⁶ Ciertamente no deja de señalar que “‘el movimiento de los consejos’ que de una u otra forma había estallado en la última fase del periodo bélico y en la inmediata posguerra como movimiento espontáneo de masa en casi todos los países, se había empantanado en su fase inicial —excepción hecha de la Rusia soviética— y finalmente había sido reprimido casi en todas partes durante el periodo de reacción iniciado a mediados de 1919. En la misma Rusia, Estado proletario cercado por un mundo capitalista hostil, la ‘autogestión de los trabajadores’ no pudo

¹⁴ Karl Korsch, “La divisione del lavoro tra lavoro manuale e lavoro intellettuale e il socialismo (1919)”, *ibid.*, p. 72. Cf. también las pp. 68-69, 72-75 [*ibid.*, pp. 85-86].

¹⁵ *Ibid.*, pp. 192-193.

¹⁶ Ésta resuelve, según Korsch, también la antinomia entre “nacionalización” y “socialización” entre “concepción unilateralmente política y unilateralmente económica de la clase trabajadora”, ya que a través de ella “las reivindicaciones económicas y políticas del proletariado han tratado de realizarse creando un sistema de consejos económicos controlado por el Estado proletario”. Korsch cita el parágrafo v de la introducción al *Código del trabajo soviético*, que dice textualmente: “En todas las empresas y en todos los sectores económicos que utilizan el trabajo como una colaboración organizada, debe concedérseles a los trabajadores la más amplia autogestión bajo la dirección de la organización central de los consejos; sólo en esta forma será posible educar con éxito a las masas de trabajadores dentro del espíritu de la forma social socialista y comunista” (*Ibid.*, p. 210). Aunque la conciliación de todos los costos con la experiencia rusa arroja como faltante cierta incongruencia, que puede verse, por ejemplo, en las páginas 142-153, donde Korsch acepta que en el corto plazo la dictadura del proletariado puede conculcar temporalmente la democracia obrera y el poder de los consejos, en la garantía de que las dificultades que la inducen a tomar estas medidas se verán superadas por no existir ya capitalistas o por el carácter mismo del Estado de la dictadura del proletariado, destinado por definición a extinguirse.

alcanzar durante mucho tiempo el grado de consolidación que según se dice en el principio del Código del trabajo había alcanzado en un principio [...]. Sin embargo aquí se hizo un intento sincero por llevar a la práctica un verdadero sistema consiliar y es cierto que apenas lo permitió el avance de la revolución mundial fue llevado a sus últimas consecuencias por el proletariado ruso. En todos los países del llamado mundo 'civilizado', las cosas siguieron un rumbo distinto."¹⁷ Sin embargo, el problema teórico y político que absorbe toda su investigación y ocupa todo su interés, durante estos años, consiste en definir la forma consiliar revolucionaria por excelencia. A nivel abstracto, sus cualidades organizativas garantizan de una vez por todas su funcionalidad y su orientación política:

Entre todas las organizaciones del proletariado en lucha, los consejos de fábricas [...] aparecen precisamente como los organismos que antes que ningún otro, en íntima relación con los sindicatos y los partidos políticos de la clase proletaria y con todas las restantes organizaciones de clase del proletariado y en vista de las prolongadas y tenaces luchas que han de sostenerse en los próximos meses y años para lograr los objetivos inmediatos [...] ponen de manifiesto al mismo tiempo en el movimiento presente el futuro del movimiento.¹⁸

La participación de Korsch en el "bienio rojo" alemán y su análisis crítico de la derrota de la clase trabajadora y del comportamiento de la socialdemocracia giran en torno a una *hipótesis del modelo de los consejos* propiamente dicha, desde 1918 hasta 1922.¹⁹ Esta última constituye la premisa de su adhesión al bolchevismo, sin reservas por lo menos hasta 1925, ya que Korsch ve en él la expresión política de la temática y del movimiento consiliar internacional nacido de la guerra.

Con procedimientos no menos hipostáticos, la separación de Korsch de la socialdemocracia se debe a que ésta no aceptó la perspectiva soviética, por una parte, y por la otra, su acercamiento al movimiento comunista gira alrededor del supuesto de que éste desarrolla la temática consiliar, al incorporarla en la perspectiva de la "actualidad de la revolución proletaria" y de la dictadura del proletariado. No se trata de una adhesión propiamente dicha a la teoría leninista de la revolución (la revolución proletaria como un *proceso histórico y po-*

¹⁷ *Ibid.*, p. 211.

¹⁸ *Ibid.*, p. 242.

¹⁹ Para confirmar estas afirmaciones hay que tomar en cuenta las reflexiones que el mismo Korsch hace más adelante sobre el valor del "economicismo revolucionario" en los años que siguieron inmediatamente a la terminación de la guerra, cuya elaboración más inmediata se encuentra al final de *Karl Marx*, cit., pp. 239-241. [*Karl Marx*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 232-236.]

lítico de masa), sino más bien a las formas políticas y organizativas practicadas por el movimiento comunista. *La "actualidad de la revolución" sin mediaciones ni escansiones diferenciadas, entendida como una categoría directamente política y no histórico-epocal, conduce directamente a la búsqueda y a la aplicación de las formas políticas y organizativas "reveladas finalmente" de la revolución proletaria.*

Para Korsch, el Lenin de esos años y en general el leninismo son sinónimos de soviétismo. "Lenin ha puesto en el orden del día del proletariado en lucha el problema del Estado y ha señalado en forma concreta la esencia del Estado como *arma* de esta lucha", afirma Korsch en 1924.

Frente al Estado burgués, que aun como democracia pura representa la organización del dominio de la minoría [...] se levantan los "consejos obreros" proletarios que ya desde sus primerísimas formas menos desarrolladas manifiestan su carácter esencial de *contragobierno* proletario. Estos consejos obreros se deben propagar en forma incesante en el proletariado del partido leninista, que es el partido de la actualidad de la revolución proletaria [...]. Después de la victoria de la clase proletaria se realiza la esencia del consejo obrero como aparato estatal [...].²⁰

También la adhesión a la teoría bolchevique de la organización parece bien fundada; se basa sin titubeos en el mismo supuesto de la "actualidad de la revolución".²¹ Ésta incluye directamente la forma de la teoría y modifica inmediatamente su función. Si "el materialismo histórico de Marx, como teoría de la revolución proletaria, ya contenía como presupuesto la actualidad de la revolución a nivel histórico mundial", "Lenin [...] 'restablece' la doctrina marxista y la comprende con mayor claridad incorporándola a la continuación del proceso histórico después de Marx: la actualidad de la revolución ha pasado de ser actualidad *historicomundial* de la revolución en el marxismo, a ser en el leninismo una *cuestión del día* del movimiento obrero".²² Todas las tareas políticas se transforman de esta manera en tareas *propagandistas* y *organizativas*. Korsch defiende contra Maslov la táctica de un "frente único" y la consigna del "gobierno obrero y campesino", en febrero de 1923, por su valor y por su contenido activistas, ya que "el verdadero objetivo de la actividad propagandista de un partido comunista consiste en la organización de la lucha revolucionaria real de la clase proletaria"; y "si queremos alcanzar este objetivo, en este momento no puede servirnos la mera

²⁰ Karl Korsch, "Su Lenin e il leninismo (1924) *Scritti politici, ibid.*, pp. 79-80. [Incluido en el presente volumen.]

²¹ *Ibid.*, p. 79.

²² *Ibid.*, pp. 77-78.

fórmula química de la 'dictadura del proletariado', porque no puede alcanzar el objetivo de organizar la lucha real de la clase proletaria actual".²³ Del mismo modo, la adhesión a la "bolchevización", en el otoño de 1924, está ligada a la conquista y a la revolución de la mayoría de la clase obrera y se ve reforzada por la exigencia de una organización más perfecta, luego de los reveses de octubre de 1923.²⁴

La adhesión al leninismo como restablecimiento y desarrollo del marxismo revolucionario es el punto de apoyo de estas actitudes. Esto nos lleva a las actitudes revolucionarias del marxismo ante el Estado, "restablecidas" por Lenin en *El Estado y la revolución*, como lo señala precisamente Korsch desde 1922 en la *Introducción a la crítica del programa de Gotha*,²⁵ que con toda razón Rusconi considera como "una síntesis bien lograda de la actitud teórica y política de Korsch después del bienio de militancia en las filas de la KPD".²⁶ En el fondo, el Lenin de Korsch es sobre todo el propugnador del Estado de los soviets, "fórmula encontrada finalmente" de la dictadura del proletariado y por consiguiente vehículo principal de la "actualidad de la revolución". Esta actitud se radicaliza a tal punto, en estos años, que Korsch afirma en su polémica con Thalheimer, de 1924, la validez del contexto histórico que le ha dado origen y que determina su dinámica, al mismo tiempo que le asigna a la teoría, entre las tareas revolucionarias esenciales, ante todo la de aislar los elementos universales de la experiencia bolchevique, para procurar su máxima generalización.²⁷

La relación de Korsch con el bolchevismo, en los años de la "ortodoxia" leninista, está definida por la inclinación a hipostasiar el modelo bolchevique y trasladarlo mecánicamente al terreno de la revolución alemana. Se establecen así todos los requisitos para un radicalismo congruente ("ortodoxia negativa", dice atinadamente Rusconi) con el rechazo y la descalificación de la experiencia y del movimiento soviético; una vez que cambie la situación histórica, la URSS ya no podrá ser o proponerse como el principal vehículo de la actualidad de la revolución, y la insurrección de las masas a escala mundial ya no podrá derivarse directamente de las grandes orientaciones de la Revolución de octubre, ni de la construcción del Estado soviético.²⁸

²³ Karl Korsch, "El gobierno operaio (1923)", *ibid.*, pp. 62-63.

²⁴ Karl Korsch, "Lenin e il Comintern (1924)", *ibid.*, pp. 65-66. ["Lenin y la Komintern"] en *Marxismo y filosofía*, México, Era, 1977, pp. 129-130. Incluido en el presente volumen.]

²⁵ *Ibid.*, p. 42.

²⁶ *Ibid.*, p. 5.

²⁷ *Ibid.*, pp. 74-75. [*Ibid.*, p. 133.]

²⁸ Para esta y para las demás referencias sobre la historia de la KPD, véase

“ACCIÓN AUTÓNOMA OBRERA” Y “CONCEPTO ACTIVISTA DE LA HISTORIA”
EN SU SEPARACIÓN DEL MOVIMIENTO COMUNISTA Y EN LA CRÍTICA DEL
LENINISMO Y DEL MARXISMO

Ante el fracaso del movimiento de insurrección de octubre de 1923,²⁹ Korsch reacciona de tal forma que aparecen nuevamente los elementos de espontaneidad y subjetivismo que permanecían en su interior, a pesar de los tres años de militancia comunista y de los esfuerzos por asimilar el leninismo. En el artículo de julio de 1924, *Derrota proletaria, victoria proletaria*, radicaliza el “desplazamiento a la izquierda” sancionado por el V Congreso de la IC que acababa de terminar y traza un paralelismo entre la derrota del octubre alemán y la derrota de la insurrección obrera de Petrogrado en julio de 1917, para confirmar la inminencia de la revolución y la necesidad de intensificar la preparación de la guerra civil. “El V Congreso, afirma, ha estudiado las experiencias recientes de la lucha de la clase proletaria y el análisis preciso de toda la situación económica y política mundial, llegando a la conclusión de que el problema de la toma del poder está más que nunca a la orden del día a nivel internacional, en una forma como no lo había estado nunca antes de la guerra imperialista.”³⁰ En realidad,

el V Congreso no logró todavía captar la realidad del hecho de la estabilización temporal del capitalismo. A propósito de la cercanía o de la relativa lejanía de una oleada revolucionaria, el congreso examinó ambas alternativas (dando como límite para la segunda sólo algunos años) [...] El poco tiempo que ha transcurrido desde el periodo revolucionario posbélico hizo que muchos rasgos de dicho periodo fueran considerados como propios de toda una época de crisis general del capitalismo.³¹

Este contexto radicaliza el voluntarismo de Korsch. Se trata de responder, como ya lo había hecho Lenin en julio de 1917, a la “derrota proletaria” intensificando la preparación de la revolución.

Osiip K. Flechtheim, *Il partito comunista tedesco (KPD) nel periodo della Repubblica di Weimar*, Milán, 1970. En lo que respecta a las vicisitudes de la República de Weimar, véase A. Rosenberg, *Storia della repubblica di Weimar* Florencia, 1972; y E. Eyck, *Storia della repubblica di Weimar 1918-1933*. Turín, 1966. No deja de ser interesante la reflexión korschiana sobre los acontecimientos políticos de Weimar, presentada en el artículo de 1940: “Preludio a Hitler”, *Scritti politici*, pp. 310-321.

²⁹ Cf. M. Hájek, *Storia dell'Internazionale comunista 1921-1935*, Roma, 1969, sobre todo el análisis del V Congreso, pp. 98-110.

³⁰ Karl Korsch, *Scritti politici*, p. 92.

³¹ M. Hájek, *ibid.*, p. 105.

Para lo cual, las masas están prontas y disponibles, por definición:

Aún entonces, pocos meses antes de la victoria definitiva de la revolución mundial sobre sus primeras barricadas, en la Rusia soviética, el proletariado consciente sufrió una derrota. Pero ya que la situación misma gritaba cada vez con más fuerza su *hic Rhodus*, y el gran maestro de danza Lenin y su partido bolchevique ya había comenzado a enseñar a las masas instintivamente revolucionarias el arte de la danza revolucionaria, esa derrota no tuvo que esperar más de dos años para presenciar un nuevo asalto revolucionario y la victoria total de la clase proletaria. En los años 1923-1924, nosotros vivimos esa misma situación a nivel internacional.³²

Basándose en estos hechos, poco antes de la celebración del V Congreso, Korsch se alineaba a la izquierda y le atribuía al oportunismo de los dirigentes de la KPD (Blander y Thalheimer) la derrota alemana, al mismo tiempo que encontraba la raíz de dicho oportunismo en la táctica de un “frente único”. Augurando que el V Congreso promoviera, como lo había prometido, conquistar plenamente a los partidos comunistas para el método y la práctica leninistas, atacaba a Thalheimer, diciendo:

El V Congreso internacional deberá levantar también en el examen de los fundamentos teóricos de esta política, en la cuestión del programa y en la de los fundamentos del leninismo, ciertos muros protectores contra la marea ascendente del revisionismo comunista.³³

En síntesis Korsch cree que las recientes derrotas búlgara y alemana pueden asimilarse rápidamente porque

a través de todas las derrotas y los fracasos se ha mantenido firme [...] la III Internacional de Lenin, guiada por un conjunto de auténticos marxistas leninistas que continúan la obra de Marx y Lenin en medio del caos mundial. Se mantiene firme el Estado proletario, la Rusia soviética, cuyo esplendor no puede ser ocultado a los ojos del proletariado consciente del “gobierno obrero” de su majestad británica ni por las zalameras palabras del experto señor general Dawes.³⁴

El vínculo que une a Korsch con el proceso revolucionario mundial está regido en forma permanente por la categoría de la “acción general ‘directa’ de la clase trabajadora”, que forma parte de los temas centrales de sus escritos desde 1919-1920. El octubre ruso, la III In-

³² Karl Korsch, *Scritti politici*, p. 92.

³³ *Ibid.*, pp. 75-76. [*Ibid.*, p. 137.]

³⁴ *Ibid.*, p. 91.

ternacional y el Estado sovieta son todos imágenes y vehículos empíricos de un proceso que por un lado supone y por otro garantiza la continuación de la insurrección esencialmente espontánea de las masas. Las cuentas salen bien mientras las características revolucionarias de la época abierta por la revolución rusa, por lo menos en la práctica teórica, no han sido desmentidas o han perdido importancia en el análisis del movimiento comunista internacional; mientras no exista una contradicción abierta entre los problemas que surgen de la construcción del socialismo en la URSS, que se reflejan en las formulaciones de la IC y que constituyen forzosamente el sostén principal, y los procesos de insurrección de las masas a escala mundial; mientras la unidad del estado mayor bolchevique se mantenga y actúe como el principal punto de referencia activo de los trabajadores revolucionarios de todo el mundo. Aunque como es sabido, esta situación se resquebraja y va cambiando rápidamente en los años 1924-1925, a partir de la muerte de Lenin, del XIV Congreso del PC(b) y del VI de la IC.³⁵ Una actitud teórica como la de Korsch, que se pone en consonancia con el movimiento comunista internacional sobre la base de una *visión lineal* del desarrollo de la "actualidad revolucio-

³⁵ Cf. E. H. Carr, *Storia della Russia sovietica*, vol. III, *Il socialismo in un paese solo*, tomo I, Turín, 1968, pp. 628 y ss. [Hay edic. en español.] Hájek, en la obra citada, sigue una periodicidad igual para definir las relaciones entre la URSS y la IC. No sin razón en el original checo tiene como título *La política del frente único*. Asume la política de un frente único, su incubación, proposición (en el III Congreso) y la introducción como hilo conductor de la historia de la IC, y siguiendo la línea de las valoraciones togliattianas (contenidas en el célebre ensayo de 1959 sobre la IC) presenta una interpretación del VII Congreso de la IC como continuación y desarrollo de la política de un frente único, abandonada y fracasada entre 1927-1928 y 1933-1934, con un incalculable daño para todo el movimiento obrero. Desde este punto de vista, la explicación propuesta por Hájek para la introducción de dicha política, base indispensable para que las distintas secciones de la IC se independizaran de la URSS, nos lleva a los acontecimientos soviéticos de 1924-1926, a su solución, a los problemas de la construcción del socialismo en la URSS durante los años siguientes y a la subordinación de la vida de la IC a estos acontecimientos en el correspondiente lapso. La obra que defiende mejor la interpretación que con más vehemencia contradice este punto de vista, haciendo resaltar la subordinación del movimiento comunista internacional a la URSS, desde el momento de la fundación de la IC, es probablemente la de Claudín, traducida recientemente al italiano. [Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, París, Ruedo Ibérico, 1970.]

Por lo que se refiere a la historia de la IC, están a disposición del lector italiano dos amplias colecciones con sus correspondientes notas, introducciones críticas e interpretaciones historiográficas: la de Degras, en tres volúmenes, editada por Feltrinelli, y la de Aldo Agosti, editada por Editori Riuniti, de la que han aparecido los dos primeros volúmenes (cuatro tomos) que cubren el período 1919-1928.

naria”, entrelazada con la definición de una *relación expresiva* entre ésta y la realidad del Estado soviético, y entre la actualidad de la revolución y las instituciones del movimiento comunista internacional, no puede estar de acuerdo ni conciliarse con el análisis de la “estabilización relativa” ni con la teoría del “socialismo en un solo país”. En la actitud de Korsch no existe la posibilidad de una mediación dialéctica que haga que la “actualidad de la revolución” pueda avanzar a través de la “estabilización relativa” y con el apoyo de la construcción del “socialismo de un solo país”, y sí tiene todas las condiciones para la ruptura con el movimiento comunista cuando éste llegue a dichas situaciones teóricas y políticas. Para los que como Korsch condicionan su adhesión al movimiento comunista a la definición de una relación expresiva entre “masas instintivamente revolucionarias” y “formas finalmente encontradas” de la revolución proletaria, las nuevas formulaciones de la IC acusan necesariamente una interrupción del proceso, una marcha atrás, un vuelco de la perspectiva, que deben explicarse históricamente; y el punto crítico se encuentran, primeramente, en la realidad y en el desarrollo de la sociedad soviética y de la revolución rusa. Es más, a la luz de las nuevas perspectivas de la IC, es urgente la tarea de volver a examinar a fondo la naturaleza misma de la revolución de octubre, del leninismo, del movimiento comunista y, en suma, todo el proceso anterior. Se abre pues un nuevo campo de investigación que tiene por objeto práctico esencial identificar las formas y los vehículos nuevos a los que se vincula el impulso revolucionario de las masas. Empieza una nueva fase de la reflexión política de Korsch, que lo llevará a un antagonismo radical con el movimiento comunista internacional y al pesimismo apocalíptico y pasivo de la segunda posguerra.

Desde abril de 1926, militando aún en las filas de la DKP, ataca la plataforma del “socialismo en un solo país” y la inversión de las relaciones entre la URSS y los PC europeos que propugna Stalin sobre dicha base, reivindicando, con Bordiga, lo esencial de la revolución europea sobre todo para los fines de la construcción del socialismo en la URSS.³⁶ Contemporáneamente un poco antes de ser expulsado del partido, ataca, en la *Plataforma de las izquierdas* con la que trata de coordinar durante algún tiempo la oposición de las izquierdas intransigentes a la dirección de la DKP, la teoría del

³⁶ Karl Korsch, “La strada del Comintern”, *Scritti politici*, pp. 120-121 [incluido en el presente volumen]. El punto de vista de Bordiga es, sin embargo, notablemente diferente del de Korsch en cuanto al tema de la táctica de las izquierdas dentro de la IC. Véase la carta Bordiga a Korsch del 28 de octubre de 1926, publicada en Damilo Montaldi, *Korsch e i comunisti italiani*, Roma 1975, pp. 47-52.

“socialismo de un solo país”, porque al subordinar los procesos revolucionarios a los intereses estatales de la URSS destruye el elemento del internacionalismo.

En la revolución rusa que empezó en 1917-1918 como una circunstancia directa del movimiento revolucionario de clase inmediatamente después de la guerra, el carácter proletario debió cancelarse a medida que las sublevaciones revolucionarias del proletariado de Europa central eran sofocadas y el Estado ruso aislado debió desarrollarse bajo las condiciones de la relativa superioridad de fuerzas de la clase campesina sobre la clase trabajadora. El baluarte de la revolución proletaria internacional, es decir el Estado soviético, se transformó de punto de referencia de la clase trabajadora en una mera organización de una parte que ya no puede considerarse como la totalidad global del movimiento revolucionario de emancipación. Considerar esta parte como un todo autosuficiente o colocar al Estado soviético en el lugar del partido mundial, o declarar a la Unión Soviética como el “eje de la revolución proletaria internacional” significa abandonar los principios del comunismo revolucionario de Marx, Lenin y Luxemburg. Significa en última instancia preparar el 4 de agosto de 1914 de la Internacional comunista.³⁷

La perspectiva del “socialismo de un solo país” encuentra su justificación teórica en el análisis de la “estabilización relativa” del capitalismo propuesta por Bujarin en el IV Ejecutivo ampliado de la IC, en marzo de 1926. Korsch rechaza en forma absoluta dicho análisis, para concluir que “detrás de todos los discursos sobre la ‘estabilización’ completa, parcial o relativa —todos sinónimos de una única idea ilusoria y engañosa— sólo se esconde en realidad la liquidación de la perspectiva revolucionaria de la Comintern y el abandono de la preparación y de la organización de las luchas revolucionarias por alcanzar el poder durante toda una época”.³⁸

De ahí la necesidad de esclarecer las formas y la génesis de las desviaciones que presenta la URSS, la IC y cada una de sus secciones. Desde el final de abril de 1926, Korsch bosqueja una interpretación sobre las luchas de ruptura que se han abierto en el Estado mayor del movimiento comunista como una especie de reproducción, a un nivel de desarrollo más avanzado del proceso revolucionario, de la *Bernstein-Debatte*, de la vieja separación entre *Endziel* y *Bewegung*, que indicaba la crisis de la II Internacional, lanzando la tesis de que la III Internacional sigue las huellas de la II. En estas luchas, dice, “se expresa el proceso real de desarrollo que hoy día se cierne sobre la III Internacional comunista en una forma

³⁷ Karl Korsch, *Scritti politici*, pp. 145-146.

³⁸ *Ibid.*, p. 140.

nueva y específicamente distinta, aunque históricamente análoga a la que se dio en la SPD y en la II Internacional durante la última década anterior a la guerra”.³⁹ Hacia allá se dirige la investigación sobre la continuidad entre kautskismo y leninismo, que constituirá la parte central de la reflexión korschiana a principios de los años treinta y sobre la que volveremos dentro de poco.

Surge ante todo la necesidad de volver a definir la naturaleza de la revolución rusa y de la sociedad soviética, así como también de establecer la fecha de origen de su degeneración, la que culmina con el “cambio de dirección” de 1926. Como hemos visto, desde 1923 la adhesión de Korsch a la táctica de un “frente único” se basaba, por razones propagandísticas y funcionales, en la activación de las masas ante la inminencia de nuevas oleadas revolucionarias. Como hemos visto también, en 1924 Korsch le contraponen a esta táctica la bolchevización como hipóstasis del modelo soviético y de la actualidad de la revolución.

En la formulación de la política de un “frente único” es donde se señala el principio de la liquidación de la IC, empezando por el III Congreso.⁴⁰ Por otra parte, esto corresponde, a nivel internacional, al paso a la NEP en el país de los soviets, con lo que, según Korsch, se produce una dramática contradicción entre la restauración del modo de producción capitalista y la “*ficción de una continuidad de la dictadura de la clase obrera*”, por lo cual,

la clase trabajadora rusa sufre la existencia real del modo de producción capitalista y la ficción de su inexistencia, lo que sirve como pretexto para quitarles a los trabajadores rusos aun las más modestas posibilidades de un cuidado autónomo de sus intereses de clase, que los trabajadores de los antiguos países capitalistas han arrancado por la fuerza en una lucha de clase secular a la clase burguesa dominante y a su Estado burgués.⁴¹

De ahí que a partir de abril de 1926 defina a la URSS como “un capitalismo de Estado cooperativista”,⁴² y califique a la revolución

³⁹ *Ibid.*, p. 135.

⁴⁰ Citemos nuevamente las dos primeras tesis y resoluciones sobre la política, la táctica y la organización del grupo “Política comunista” del 1 de mayo de 1927: “1. El partido comunista y la Internacional forman en la actualidad un solo partido en liquidación. 2. El principio de esta liquidación, desde el punto de vista histórico, coincide con el paso a la llamada táctica del ‘frente único’ acaecida después del III Congreso mundial de la Internacional comunista” (*op. cit.*, p. 159).

⁴¹ Karl Korsch, “Sul diritto di contrattazione delle unioni sindacali rivoluzionarie” (1928) *op. cit.*, p. 207.

⁴² *Ibid.*, p. 127.

rusa, en agosto del mismo año, como una revolución “radical-burguesa” que ha abierto el camino al desarrollo capitalista en un país atrasado, “en la periferia” del sistema capitalista mundial, recorriendo un camino original e impulsado por fuerzas proletarias y populares que han subrogado a la burguesía capitalista, demasiado débil y rezagada en su afán de ser protagonista del desarrollo.

Este desarrollo —concluye—, lo vemos ahora desenvolverse cada vez con mayor rapidez. Se produce una creciente separación de los productores directos pequeñoburgueses y pequeño-campesinos de sus medios de producción y cada vez más se concentran estos medios en manos de los nuevos monopolistas privados, para los que la organización capitalista de Estado es sólo una fase transitoria. De una manera creciente [...] se forma y crece el capital, sobre la base de la llamada “acumulación originaria”. Capital y trabajo asalariado, capitalistas poseedores y proletarios desposeídos. En Rusia como en todo el mundo capitalista las clases decisivas de la sociedad capitalista moderna se encuentran sobre el escenario histórico.⁴³

Basándose en este análisis descubre que la dirección comunista tiene una doble tarea: desarrollar las fuerzas productivas “encausándolas” en los canales del capitalismo de Estado soviético, y al mismo tiempo preparar a la clase trabajadora rusa para una nueva oleada revolucionaria a nivel nacional e internacional.⁴⁴ Sin embargo éste no es el camino que ha seguido el Partido Comunista de la URSS que, por el contrario, “al presentar el desarrollo de las fuerzas productivas *in se* como una ‘construcción socialista’ [...] y al anteponer los ‘intereses nacionales del propio país’ a los intereses internacionales de la clase proletaria del mundo entero”,⁴⁵ emprende poco a poco el camino seguido por la socialdemocracia.

Se establecen así todos los requisitos de la continuidad entre el kautskismo y el leninismo, en la que Korsch insiste particularmente durante el trienio 1928-1930. El punto de ataque teórico de su polémica lo constituye la “ortodoxia”, en la que según él está el principal vehículo de la cristalización de la teoría y de la separación entre teoría y praxis, a fin de ocultar, una vez más, un repliegue oportunista de la praxis.

Estos análisis, preparados minuciosamente por la crítica de *La concepción materialista de la historia* de Kautsky (1929),⁴⁶ encuentran

⁴³ Karl Korsch, “Dichiarazione delle sinistre sulla crisi nel PCUS e nel Comintern” (agosto 1926) *op. cit.*, pp. 154-155.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 156.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 157.

⁴⁶ Karl Korsch, *Anti-Kautsky*, *op. cit.*, pp. 90-92, 141-148.

su formulación más detallada y radicalizada en la *Anticrítica*, con la que se abre la reimpresión de 1930 de *Marxismo y filosofía*.

Además, en la discusión básica de la situación general del marxismo actual —que según muchos indicios parece haber empezado ya, a pesar de las desavenencias caseras, secundarias y de carácter transitorio— harán causa común en todas las cuestiones grandes y decisivas, por una parte la antigua ortodoxia marxista de Karl Kautsky y la nueva ortodoxia marxista del marxismo ruso o “leninista”, y por otra todas las tendencias críticas y progresistas que han surgido en la teoría del movimiento de las clases trabajadoras de hoy.⁴⁷

Esto se debe en primer lugar al hecho de que los dirigentes de la III Internacional, como sucedió con los dirigentes de la Segunda Internacional en la década anterior a la primera guerra mundial, necesitan “enmascarar” una práctica oportunista bajo el velo de una fraseología revolucionaria y por esto tanto unos como otros tienen necesidad de reducir la teoría a “ideología”.⁴⁸

Una prueba de esto, según Korsch, es la

*defensa dogmática de la tradicional tesis del marxismo ortodoxo respecto del carácter fundamentalmente marxista que se supone conservó la teoría de la Segunda Internacional según unos hasta el día de hoy (Kautsky), según otros por lo menos hasta el “pecado original” del 4 de agosto de 1914 (los teóricos del partido comunista).*⁴⁹

Esta afirmación se basa en una falsedad histórica que consiste en decir que la ortodoxia ha servido de intermediario en el encuentro entre el marxismo y el movimiento obrero en la II Internacional. En cambio,

la *recesión del marxismo*, mediatizada por el llamado “marxismo ortodoxo” a través de una nueva fase histórica del movimiento obrero moderno, que de acuerdo a la ideología de los marxistas ortodoxos debe referirse teórica y prácticamente a todo el marxismo, en realidad, también teóricamente si se sigue refiriendo únicamente a las distintas “teorías” económicas, políticas y sociales, arrancadas del conjunto de la concepción revolucionaria marxista total y por lo mismo transformadas en su significado general y además, en la mayor parte de los casos, falsedades y mutiladas en su contenido específico. [...] Es una verdad histórica que la teoría de Marx y Engels se ha convertido, en las décadas

⁴⁷ Karl Korsch, *Marxismo e filosofía*, op. cit., pp. 8-9 [pp. 68-69].

⁴⁸ Karl Korsch, “Dalla politica operaia borghese alla lotta di classe proletaria” (6 de enero de 1930), *Scritti politici*, op. cit., pp. 373-374.

⁴⁹ Karl Korsch, *Marxismo e filosofía*, op. cit., p. 15 [p. 73].

pasadas y aun en nuestros días, en una teoría “normativa” para el pensamiento de millones de trabajadores de todos los países europeos, aunque no en su forma original de teoría materialista-dialéctica y revolucionaria, sino más bien en la forma tardía de ideología sacada de la teoría de Marx y Engels por obra de los “marxistas de diversos tintes”, sobre todo por el mismo Kautsky.⁵⁰ [Esto se explica por el hecho de que] el movimiento obrero actual, que había aceptado formalmente el “marxismo” como ideología, en su praxis real basada en fundamentos más amplios, se encontraba muy lejos de alcanzar el nivel de desarrollo general —y teórico también— que ya había alcanzado el movimiento revolucionario en su conjunto —y por consiguiente también la teoría de clase del proletariado—, aunque sobre bases más restringidas, durante la última fase del primer ciclo del desarrollo histórico capitalista que debía concluir a mitad del siglo.⁵¹

Así pues, las razones de la crisis teórica del marxismo de la II Internacional y de su fracaso político se encuentran dentro de su estructura y de su relación con la práctica real del movimiento obrero en su tránsito a la edad del imperialismo; pero no proceden, demiúrgicamente, de la “capitulación” del 4 de agosto de 1914.⁵²

Este juicio afecta a toda la II Internacional, incluidas las corrientes y las actitudes radicales, críticas y de izquierda, de Lenin y de Luxemburg. La definición de la revolución rusa como una “revolución radical-burguesa” no puede dejar de implicar el punto de vista de Lenin, en el que desde agosto de 1927 pone de manifiesto una recuperación tardía de la teoría de la “revolución permanente” de Trotsky que muestra su esencia “jacobina” y “antimarxista”.⁵³ “Está en discusión la teoría leninista del partido, considerada como totalmente dependiente de la afirmación kautskiana de la “importación” desde el exterior de la conciencia revolucionaria “dentro del movimiento elemental ‘proletario’”.⁵⁴ Por esto mismo, tanto para Lenin como para Kautsky,

el contenido que caracteriza su “revolución” no consiste en el movimiento revolucionario de la clase proletaria [...] Para ambos, la teoría revolucionaria del marxismo es sólo una ideología y el movimiento real del proletariado [...] es sólo una fuerza indispensable a la que pretenden utilizar como *medio* para alcanzar los fines de un movimiento histórico. Este movimiento, aunque aparentemente supera por un momento sus propios límites, se presenta en la historia mundial como un movimiento

⁵⁰ Karl Korsch, *Anti-Kautsky*, *op. cit.*, p. 142.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 17 y 19; Karl Korsch, *Anti-Kautsky*, *ibid.*, pp. 146-147.

⁵² Karl Korsch, “La questione Trotskij”, *Scritti politici*, p. 177 y 178.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ *Ibid.*, p. 180.

revolucionario que todavía no ha alcanzado su *contenido específico de revolución proletaria*.⁵⁵

Según Korsch, la concepción leninista del partido reproduce la escisión entre “objetivo final” y “movimiento” y sirve para que el leninismo sea aceptado en la tradición kautskiana, planteando en una forma nueva la reducción de la teoría a ideología y la regresión correspondiente de la política del movimiento obrero al oportunismo de la práctica cotidiana, desarticulada y “sin principios”.⁵⁶ También en la III Internacional se verifica el encuentro del movimiento obrero con el marxismo en su *totalidad* revolucionaria. Si se mantiene su inclinación a transferir el contenido revolucionario del proceso de su movimiento empírico concreto a las estructuras de la conciencia que pretende dirigirlo, “la teoría ‘leninista’ no es, sin embargo, expresión teórica suficiente para *las necesidades prácticas del actual estado de desarrollo de la lucha de clases del proletariado internacional*”.⁵⁷ Entregado completamente a la elaboración de una forma revolucionaria de la teoría marxista, a principios de los años treinta, Korsch llega, a través de este análisis, a la conclusión de que

la tarea real que deberá realizarse mediante el nuevo planteamiento del problema [...] de la *relación entre la ideología y la práctica* del movimiento obrero revolucionario, con respecto al “marxismo-leninismo” comunista, consiste en aplicar sin miramientos el mismo criterio materialista, es decir histórico, crítico y totalmente no dogmático, a través del cual definimos el carácter histórico *de la ortodoxia marxista “kautskiana”* de la Segunda Internacional, también a la *ortodoxia marxista de la Tercera Internacional “leninista”*, y, para decirlo en términos más generales, a todo el desarrollo histórico *del marxismo ruso en su relación con el marxismo internacional* [...].⁵⁸

Además, de ahí en adelante, la aplicación del marxismo a la propia historia se convierte en la primera regla de la búsqueda korschiana de una nueva forma fenoménica de la teoría, capaz de realizar el contenido activista y pragmático que se desprende de su exposición sobre la “actualidad de la revolución”.

La búsqueda no puede sino implicar la trayectoria del pensamiento de Marx y Engels y se ve en la necesidad de separar su punto de vista de la revolución proletaria. Si no es aceptable la trans-

⁵⁵ *Ibid.*, p. 378.

⁵⁶ Karl Korsch, *Marxismo e filosofía*, op. cit., p. 33 [pp. 95-96].

⁵⁷ *Ibid.*, p. 27 [p. 89].

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 23-33 [95].

posición leninista de los contenidos revolucionarios del proceso del movimiento concreto de las luchas obreras a la estructura que conforma la conciencia, tampoco es aceptable el esquema del Estado soviético como “forma política al fin hallada” de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado, ya que el mismo presupone una escisión entre política y economía dentro de la revolución proletaria, copiada textualmente de las formas propias de la revolución burguesa; y supone también la permanencia de la forma estatal como síntesis indispensable de los distintos procesos y formas de socialización. La autocritica que Korsch hace en 1931 de la hipóstasis anterior del modelo soviético es radical; como radical es también su crítica a la teoretización de la comuna como semi-estado, destinado, por definición, a desaparecer en virtud de sus instituciones ultrademocráticas. “Comuna, que resulta de la lucha de la clase productora contra la clase explotadora y que destroza en un acto revolucionario la maquinaria estatal burguesa existente, como la forma finalmente descubierta para la liberación del trabajo”, dice Korsch,

no quería sostener, como lo han hecho más tarde y siguen haciendo algunos de sus seguidores, que una forma determinada de la organización política, llámese comuna revolucionaria o sistema revolucionario de los consejos, era la única forma correcta y comprobada de dictadura de la clase revolucionaria del proletariado. En la frase inmediatamente anterior se refiere expresamente a la “multiplicidad de interpretaciones que se pueden dar de la comuna y a la multiplicidad de los intereses que se expresan en ella”, y el carácter demostrado de este régimen como de una “forma política susceptible de expandirse desde cualquier punto de vista” [...]. La constitución comunal revolucionaria se convierte así, en determinadas circunstancias históricas, en la forma política de un *proceso de desarrollo*, o para decirlo en una forma más explícita, en una forma política de *acción revolucionaria* cuyo objetivo básico no consiste ya en la *conservación de una forma cualquiera de dominio estatal*, sino más bien en la creación final de los requisitos materiales para la extinción de todo Estado. “Si no se cumple esta última condición, la constitución comunal será imposible e ilusoria”, dice Marx a este propósito, expresándose con toda la claridad que podría desearse.⁵⁹

En cambio, si se toma en sí misma, la “constitución comunal” resulta ser una forma política de la constitución de clase de la burguesía mucho más antigua que el parlamento, ligada a la fase “económico-corporativa” (diría Gramsci) de la lucha de la burguesía

⁵⁹ Karl Korsch, “La comuna rivoluzionaria (II)” *Scritti politici*, “Comuna revolucionaria” (II), en *¿Qué es la socialización?* Barcelona, Ariel, 1975, pp. 257-258 [pp. 145-146].

por un nuevo Estado y no podría ser de ningún modo el prototipo del “semi-estado” esencial para la dictadura del proletariado.⁶⁰ Claro que, si la clase obrera internacional hubiera vencido en su lucha revolucionaria durante la primera posguerra, la forma estatal de su ordenamiento social hubiera sido de tipo soviético: ésta hubiera sido la más “clara” y adecuada para una “Federación mundial de repúblicas revolucionarias consejistas”.⁶¹ Pero, después de la derrota de la revolución proletaria y el triunfo de la “contrarrevolución”, en los años veinte, “frente a las flagrantes *contradicciones* que hoy existen entre el nombre y la realidad efectiva” de la URSS, dice Korsch, donde una dictadura propiamente dicha

es ejercida por la cumbre máxima del aparato de un partido gubernamental en extremo exclusivista —y del que sólo el nombre recuerda al primitivo partido “comunista” y “bolchevique”— sobre el proletariado y toda la Rusia soviética con la ayuda de una burocracia extremadamente desarrollada, no tiene nada que ver con el pensamiento consejista revolucionario de 1917. [...] modificadas las condiciones, nosotros, los militantes revolucionarios de la clase proletaria, no podemos ya, ni siquiera a título personal, seguir creyendo, sin necesidad de verificaciones ni modificaciones, en el significado revolucionario de la idea consiliar y en el carácter revolucionario del gobierno consiliar como si se tratara de una prosecución directa de la forma política de la dictadura proletaria “descubierta” por los miembros de la Comuna de París hace medio siglo.⁶²

El peligro mayor de la sobrevaloración que hicieron por primera vez Marx y Engels de la Comuna consiste en olvidar que “el objetivo final propiamente dicho de la lucha de clase proletaria no es un Estado, ya sea ‘democrático’, ‘comunal’ o bien ‘basado en los consejos’, sino más bien una sociedad comunista sin clases y sin Estado”.⁶³ Se debe criticar pues, en este punto, también a Marx y a Engels, de acuerdo a lo que dirá Korsch en 1938, encontrando y denunciando la raíz de dicha sobrevaloración equivocada

en el *modelo jacobino* de la doctrina revolucionaria que Marx y Engels adoptaron antes de la revolución de febrero de 1848 y a la que permanecieron fieles, en líneas generales, aun después de que el fracaso de la revolución había hecho naufragar las entusiastas esperanzas anteriores. [...] Su teoría de la revolución —aun dentro de su forma última y más avanzada— conserva el carácter peculiar de un periodo transitorio durante el cual la clase trabajadora se ve todavía obligada a llevar adelante la

⁶⁰ Karl Korsch, “La comune rivoluzionaria (t)” (1929) *Ibid.*, p. 253 [p. 141].

⁶¹ *Ibid.*, p. 250 [p. 136].

⁶² *Ibid.* p. 251 [p. 137].

⁶³ Karl Korsch, *Scritti Politici*, *ibid.*, pp. 264-265.

propia emancipación pasando a través de la etapa intermedia de una revolución de carácter prevalentemente político.⁶⁴

Hablando más en general, también cuando se considera la historia del marxismo, se debe tomar en cuenta una especie de ley general que, de acuerdo con Korsch, determina la inercia tendencial de las formas, incluyendo la teoría. Esta última, al separarse de la elaboración de experiencias históricas consumadas, tiende a transformarse en un obstáculo para el desarrollo de nuevos procesos.

También es válida, por lo que se refiere a toda clase de pensamientos y formas de organización que la misma clase trabajadora ha producido en las diferentes etapas de su lucha de liberación histórica, la dialéctica revolucionaria que hace que [...] cualquier forma histórica, en un momento determinado de su desarrollo, pase de ser una forma de desarrollo de las fuerzas productivas a ser una cadena para las mismas. Detrás de este contexto dialéctico del desarrollo revolucionario se encuentran, junto con todas las demás ideas y formaciones históricas, las sedimentaciones mentales y organizativas de una determinada fase histórica de la lucha de clase revolucionaria.⁶⁵

Así pues, como lo señala Korsch desde 1931, “la crisis actual del marxismo significa más bien en su razón última también una crisis de la teoría de los propios Marx y Engels”⁶⁶ ya que, con la trasposición realizada por ellos “de la dialéctica consciente de la filosofía idealista alemana en la concepción materialista de la naturaleza y de la historia, es decir de la teoría burguesa de la revolución en la proletaria”, “lo que en realidad se creó con ello es una teoría de la revolución proletaria no tal como se ha desarrollado sobre sus propios fundamentos, sino como emergió de la revolución burguesa; una teoría

⁶⁴ Karl Korsch, “Il marxismo e i compiti attuali della lotta di classe proletaria”, *ibid.*, p. 411. Por lo que respecta a Lenin, obviamente la conclusión a la que llega Korsch en el tema del “jacobinismo” es muy comprometedora. En la recensión de 1938 de *Lenin als Philosoph*, de Pannekoek (se puede consultar la traducción española publicada en Antón Pannekoek, *Lenin filósofo*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 12, Córdoba (Arg.), 1973, pp. 147-158), acusa a Lenin de “una inquebrantable fe jacobina” con la que “puede confiar en una determinada forma política (de un partido, de una dictadura o de un Estado), que ha resultado ser útil en el pasado para los fines de la revolución burguesa, aun en vista de los fines de una revolución proletaria”. Por esto, concluye, “Lenin ha cerrado los ojos ante la verdad histórica de que su revolución rusa, a despecho del intento momentáneo de rebasar sus límites particulares uniéndose a los movimientos revolucionarios contemporáneos de la clase proletaria occidental, estaba condenada en realidad a quedar como un producto tardío de las grandes revoluciones burguesas del pasado” (Karl Korsch, “La filosofía di Lenin”, *Dialettica e scienza del marxismo*, *op. cit.*, pp. 161-162).

⁶⁵ *Ibid.*, p. 252.

⁶⁶ Karl Korsch, “Crisi del marxismo”, *Dialettica e scienza. . . op. cit.*, p. 134.

pues que en todas sus relaciones, en el contenido y en el método, lleva los signos originales del jacobinismo, la teoría burguesa de la revolución”.⁶⁷

En las famosas Tesis de Zurich (1950), que constituyen el último pronunciamiento público de Korsch sobre el marxismo y sobre la obra de Marx, denunciará con fuerza, entre los defectos constitutivos del marxismo, el “apego incondicionado a las formas políticas de la revolución burguesa” y “la *sobrevaloración* del Estado como un instrumento determinante de la revolución social”, para concluir diciendo que “todos los intentos de restaurar la doctrina de Marx como un todo y dentro de su función original de teoría de la revolución social de la clase trabajadora, actualmente no son más que utopías reaccionarias”.⁶⁸ Aunque se deba considerar o no que el último Korsch se sitúa completamente fuera del marxismo,⁶⁹ lo cierto es que a mediados de los años treinta define todavía como su “deber [...] dar a la [...] teoría revolucionaria marxista forma y expresión adecuadas y ampliar y actualizar con ello la lucha revolucionaria proletaria”.⁷⁰ Pasará luego a la recuperación de dos categorías, ambas centrales, de su enfoque juvenil del movimiento obrero y del marxismo: la “acción proletaria autónoma” como base, en los años treinta, de su calurosa adhesión a las nuevas formas de socialización experimentadas por la clase trabajadora española; “el gran concepto activista de la historia que Marx había resumido, en su juventud, en la famosa frase” de la última glosa a Feuerbach.⁷¹

La autocrítica referente al soviétismo había sido preparada por una crítica del leninista “primado de la política” y por una recuperación del valor fundamental de la lucha económica dentro de la “*constitución del proletariado como clase*” que, desde mayo de 1927, se desprende del “replanteamiento del marxismo en la llamada ‘cues-

⁶⁷ Karl Korsch, “Hegel e la rivoluzione” (19 de noviembre de 1931), *ibid.*, pp. 168-169 [Incluido en el presente volumen.]

⁶⁸ Karl Korsch, *Scritti politici*, pp. 429 y 430.

⁶⁹ La primera observación es de Ceppa, en el ensayo citado; la segunda de Rusconi, en la introducción a los *Scritti politici*, *op. cit.*.

⁷⁰ Karl Korsch, “Perché sono marxista” (1935), *Dialettica e scienza... op. cit.*, p. 187. [Incluido en el presente volumen.]

⁷¹ Karl Korsch, “Note sulla storia” (1942) *Scritti politici*, p. 343. Todavía en 1946 (“Aproximación no dogmática al marxismo” [incluido en el presente volumen]) Korsch presenta su obra en el marco de un rescate y desarrollo del marxismo revolucionario, proponiendo “la revaloración del elemento crítico, pragmático y activista que a pesar de todo no ha desaparecido nunca en forma total de la teoría social de Marx y en los breves períodos en que ha dominado, ha convertido a esta teoría en el arma más eficaz para la lucha de clase proletaria” (Karl Korsch, *Dialettica e scienza... cit.*, p. 190).

tión del sindicato”. Korsch parte “de las enseñanzas de Marx sobre la *imprescindible necesidad de la lucha sindical como expresión económica de la lucha de la clase revolucionaria proletaria*”, para llegar a la confirmación de que “la lucha revolucionaria directa de la clase trabajadora surgida con plena conciencia política de los propios compromisos históricos, no se encuentra al principio, sino sólo al final de un desarrollo de la lucha de clase proletaria de larga duración e interrumpida por frecuentes fracasos”. Toma como modelo “la función de las dos formas de lucha que puede asumir la lucha de clase proletaria plenamente desarrollada, unitaria, económica y política al mismo tiempo”. Aunque sostiene con fuerza que “en los periodos históricos que antecedieron e interrumpieron esta lucha final, directamente revolucionaria, fueron precisamente las *llamadas luchas ‘económicas’* —y no las políticas ni las revolucionarias en su expresión inmediata— las que constituyeron el elemento básico más importante de la *verdadera política de clase revolucionaria del proletariado* en su resultado final”.⁷²

Más que constituir una adhesión de Korsch al sindicalismo, estas afirmaciones son apenas anteriores a una clara toma de posición anti-institucional que ataca ante todo a las organizaciones históricas de la clase trabajadora, al partido y al sindicato, que obedeciendo a la “ley dialéctica de la historia, que con el tiempo transforma inevitablemente en todas partes las formas dentro de las que se mueven las fuerzas productivas, de formas de desarrollo en cadenas”; precisamente porque “han recibido su contenido y su forma actual de las luchas pasadas de la clase trabajadora [. . .] se han transformado, desde hace mucho tiempo y de manera irreversible, en cadenas de esta fuerza de clase”.⁷³ Existen, si acaso, los requisitos para una adhesión a la concepción luxemburguiana de la organización-proceso, que se discutirá abiertamente en el ensayo sobre *La colectivización en España*, de 1939.⁷⁴

De cualquier manera, a esta altura de la reflexión de Korsch, el meollo del “espontaneísmo”, señalado acremente por Zinóviev en el V Congreso de la IC debido al modo en que *Marxismo y filosofía* vinculaba la realización y la extinción del Estado y de la filosofía, aparece totalmente desarrollado. La “enseñanza histórica de la re-

⁷² Karl Korsch, “La ripresa del marxismo nella cosiddetta ‘questione del sindacato’” *Scritti politici*, pp. 195-196.

⁷³ *Ibid.*, pp. 199-200. Respecto a la actitud madura de Korsch sobre el “sindicalismo revolucionario” se debe tomar en cuenta el juicio de *Karl Marx, op. cit.*, p. 240 [pp. 234-235].

⁷⁴ Karl Korsch, *Scritti politici, op. cit.*, pp. 299-300 [“Colectivización en España”, en *¿Qué es la socialización?*, *cit.*, p. 170 ss.].

volución” española, afirma Korsch, “será de un valor duradero para la organización y la táctica del movimiento revolucionario” porque “estas formaciones sindicales antipartidistas y anticentralistas se han formado exclusivamente a partir de la actividad autónoma de las masas obreras”; y “la totalidad del trabajo no ha sido llevada a cabo por funcionarios preeminentes, sino por la propia élite de los obreros de la rama industrial correspondiente”. De ahí que “los éxitos del proletariado español revolucionario, tan asombrosos dado el cúmulo de dificultades con que han tenido que enfrentarse, únicamente pueden ser explicados en virtud de su posición decididamente anti-estatal y no frenado por ningún tipo de obstáculos ideológicos y organizativos”; “esto explica también que contrariamente a esta clase de procesos en Europa la colectivización revolucionaria haya sido aplicada desde un principio, y del modo más natural, tanto a las *empresas ya estatalizadas o municipales* como a las privadas”.⁷⁵

No ha habido a este respecto laboriosas investigaciones de ninguna clase acerca de las “tareas y límites de la colectivización”, ningún gremio consultivo convocado *ad hoc* y desprovisto de autoridad práctica del género de la tristemente célebre Comisión especial permanente de la Revolución francesa de febrero de 1848 y su heredera histórica, la Comisión socializadora alemana de 1818-1819 [comenta Korsch]. El movimiento obrero español de cuño sindicalista y anarquista, preparado insistente e infatigablemente en una discusión sostenida durante largos años de manera a un tiempo renovada e incansable, desde las grandes ciudades a los más apartados rincones del campo, tenía una completa claridad en lo tocante a sus fines económicos y una idea acerca de los primeros pasos a dar con vistas a la consecución de estos fines mucho más realista de lo que el llamado movimiento “marxista” del resto de Europa ha mostrado tener en circunstancias similares.⁷⁶

Korsch llega así al espontaneísmo radical que sostiene, por una parte, una teoría del proceso revolucionario que se traduce una vez más en la búsqueda y en la proposición de un modelo de socialización “encontrado finalmente”, y por la otra, se encuadra en un horizonte político cada vez más evanescente, una vez que han dejado de existir todos los puntos de referencia que podían presentar la realidad y la historia del movimiento obrero organizado.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 300 [pp. 179-180].

⁷⁶ *Ibid.*, p. 296 [pp. 174-175].

EL HISTORICISMO EMPÍRICO DEL ANÁLISIS DE KORSCH SOBRE LOS PROCESOS

Llega así a su término la trayectoria de Korsch desde la revolución alemana de 1918 hasta el comienzo de la segunda guerra mundial. Guiada por una incesante búsqueda de las formas teóricas y políticas adecuadas a una concepción de la "actualidad de la revolución" definida dentro de la situación de la primera posguerra y en los primeros años de la década de los veinte, recorre continuamente, volviendo continuamente sobre sí misma en un movimiento en espiral, todas las comparaciones posibles entre la historia del movimiento obrero y la historia de las luchas de clase, y la historia del marxismo, revisando los puntos de vista anteriores a la luz de los acontecimientos posteriores, que dan nuevo significado a las vinculaciones del pasado, en la búsqueda continua del modelo político de la revolución proletaria y de los elementos críticos, activistas y pragmáticos capaces de devolverle a la teoría marxista su papel revolucionario.

Toda la gama de sondeos históricos y políticos sectoriales de Korsch se desenvuelve, sin embargo, dentro de un análisis más amplio de los procesos históricos, europeos o no, que se produjeron entre las dos guerras. Debemos examinar estos últimos, porque sirven de base a los primeros y nos permiten comprenderlos mejor, y porque a través de su totalidad podemos llegar a una valoración basada en su relación con la reelaboración korschiana del marxismo y podemos abrirnos el camino para definir ya sea la medida en que la forma del marxismo teórico determina las características del análisis histórico-político de Korsch, ya sea la medida de su vitalidad con respecto a sus referencias históricas concretas.

Si la "actualidad de la revolución" está totalmente regida por la maduración de formas teórica y políticamente subjetivas en virtud de las cuales "el socialismo como ciencia se transforma en socialismo como acción, como revolución, como 'actividad práctico-crítica' o como praxis revolucionaria",⁷⁷ y si está regida por la manifestación y la prevalencia de la "conciencia marxista de la socialización como identidad del proceso histórico de desarrollo y de la actividad revolucionaria del hombre",⁷⁷ de acuerdo a las afirmaciones korschianas de 1920, analizadas anteriormente, no tiene por qué llamarnos la atención el hecho de que algunos años más tarde Korsch rechace esas categorías oponiéndose así a la evidencia de la "estabilización relativa" del capitalismo. Ya hemos encontrado, dentro de la polémica con la IC alrededor de 1926, algunos movimientos. Veamos ahora, fuera de

⁷⁷ Karl Korsch, *Consigli di fabbrica e socializzazione*, op. cit., pp. 78 y 93.

la polarización polémica, cuál es la posición de Korsch ante los distintos vocablos desarrollados por una continuación capitalista después de la crisis de la posguerra.

“ Toda la economía mundial se encuentra hoy en una fase de depresión que sirve de base indefinida para todas las demás crisis, más o menos graves, más o menos avanzadas que en los diferentes países sacuden la estructura de la economía que de ninguna manera puede considerarse estable o estabilizable”, escribe Korsch en la *Plataforma de las izquierdas* el 2 de abril de 1926. “ Los intentos de las potencias capitalistas de superar realmente la fase de depresión con la reestructuración interna del modo capitalista de producción y la expansión externa de los mercados —sigue diciendo— se topan continuamente con enormes dificultades económicas y técnicas, sociales y políticas, que obstaculizan todo intento de esta especie.” “ El plan Dawes no significa, como creía Trotski y como en la actualidad creen también los directivos oficiales de la Comintern, que el capitalismo americano haya establecido su ‘hegemonía’ sobre la economía mundial y ejerza un control planificado sobre Europa estableciendo así una salida al excedente de mercancías y a la exportación de su capital financiero. Ni siquiera la hostilidad común contra la Rusia soviética logra eliminar los violentos contrastes que impulsan, hoy más que nunca, a las potencias capitalistas a luchar entre sí y a prepararse para nuevas guerras imperialistas”. Esto “es sólo el primer paso en la búsqueda de salidas con que el capitalismo y el imperialismo norteamericano-europeo tratan de librarse de la crisis y de la situación depresiva por la que atraviesan, procurando llevar a cabo una organización más elevada del capital, al mismo tiempo que intentar la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos mercados. Todos estos intentos están condicionados por la explotación y la represión cada vez más aguda de la clase proletaria”.

En Alemania, “la desaparición forzada de una parte de la fuerza productiva, de medios masivos de producción y de trabajadores, al no ir acompañada por el crecimiento de las fuerzas productivas y por la apertura de nuevos mercados, es incapaz de lograr por sí sola la superación de la crisis y únicamente conduce a un ulterior estancamiento, al empobrecimiento y a la sublevación de las masas esclavizadas”.⁷⁸ En este aspecto, no es válido el dicho de Lenin de que “para el capitalismo no hay ninguna situación sin salida”, dicho que Korsch mismo cita en 1933, cuando polemiza con Grossmann, para refutar la base teórica de la crisis establecida por Marx.⁷⁹ El análisis de la coyuntura

⁷⁸ Karl Korsch, *Scritti politici, op. cit.*, pp. 138-141.

⁷⁹ Karl Korsch, “Alcuni presuposti di fondo per una discussione materialista

sigue un procedimiento lineal, obedeciendo a la acción mecánica de la categoría de la “crisis general del capitalismo”, contra la que se ha estrellado y que no admite tendencias opuestas. De ahí se desprende, unilateralmente, una conclusión “estagnacionista” sobre las características del modelo monopolístico social, que se vincula paradójicamente con la mecánica de consolidación que sigue el carácter revolucionario de la misma situación.⁸⁰

Estamos tentados de recalcar el carácter “adialéctico” del análisis histórico de Korsch y de volver contra él mismo una categoría que aparece muy frecuentemente en sus polémicas teóricas de los años veinte. Ciertamente es que en la discusión de 1933 sobre la teoría de las crisis, debido precisamente a la radicalización subjetivista y activista del dialectismo y a la eliminación de las intermediaciones, la referencia al dicho de Lenin sirve para la existencia de una teoría “objetiva” de las crisis en Marx, desvinculada de la búsqueda de todos los elementos de carácter subjetivo que se refieren a la posición de la clase trabajadora y a su revolucionarización en los periodos de expansión y en los periodos de caída del ciclo capitalista. Korsch sostiene que “las distintas teorías de las crisis que han aparecido hasta ahora dentro del movimiento obrero no constituyen tanto un índice de la conciencia de clase y de la capacidad de acción de sus inventores y sostenedores, sino que explican el hecho de que en ellas se refleje pasivamente a posteriori la situación global de la crisis que se ha creado en la realidad objetiva del modo capitalista de producción o bien únicamente una situación de crisis pasajera”. Como tales (y en esto Korsch coloca en el mismo plano a los “revisionistas”, bernsteinianos y luxemburguianos), lejos de anticiparse a la situación y de ser útiles a la organización revolucionaria de la clase trabajadora, “reflejan ideológicamente, vez por vez, la fase *pasada* del movimiento real de la economía capitalista y se sitúan como una ‘teoría’ fija y rígida ante la realidad actual que no es la misma de antes”. Por el contrario, “una actitud” verdaderamente “materialista” “considera que todo el problema de la necesidad objetiva o de la evitabilidad de la crisis de su generalidad no tiene ningún sentido para una teoría práctica de la revolución”. “Esta actitud considera más bien que con una investigación empírica cada vez más precisa y a fondo del modo capitalista de producción actual, se pueden formular ciertas previsiones, que

della teoria delle crisi”, *Dialettica e scienza, op. cit.*, p. 143. [En español incluido en *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 78, México, 1978.]

⁸⁰ Karl Korsch, *Scritti politici, op. cit.*, p. 141.

aunque limitadas son suficientes para la acción práctica". Pero para este fin, "el materialista [. . .] estudia exactamente la situación dada de la producción capitalista, incluyendo sus contrastes, la situación, el grado de conciencia, la organización, la disponibilidad para la lucha de la clase trabajadora y de todos los estratos de la misma clase".⁸¹ El análisis de la totalidad capitalista se agota así con la investigación de los procesos explícitos de la organización y de las luchas de clase.

A esta altura creo que ya podemos captar en su totalidad el defecto fundamental del análisis histórico-político de Korsch y del modo en que dentro de ese mismo análisis actúa concretamente el marxismo. La investigación histórica no tiene nunca la determinación concreta que se deriva del análisis de las clases; tiende, por el contrario, a situarse en una época que le obliga a perder continuamente la eficacia práctica. En nuestra opinión esto se debe al hecho de que mientras la apropiación de las categorías que rigen el campo teórico del modo capitalista de producción es lúcida y perspicaz, en Korsch no se puede decir lo mismo y llega a suceder lo contrario con las categorías del análisis de clase. Esto no sólo acontece en el aspecto práctico y en el aspecto concreto de su análisis histórico, sino también en el campo de la vinculación recíproca que establece entre la teoría del modo de producción y la teoría de la reproducción, dentro del marxismo.

Por lo que se refiere al aspecto práctico, los defectos que pueden encontrarse en el análisis histórico de Korsch se deben evidentemente a que no existe una teoría de la reproducción que defina el terreno concreto de la investigación histórica y del análisis diferencial de los procesos⁸² y que al mismo tiempo haga realidad el extraordinario alcance hermeneúutico de las categorías de la crítica de la economía política. Por el contrario, en el análisis de Korsch se da siempre una trasposición directa del campo teórico del análisis de clase de las formaciones económico-sociales al campo del modo capitalista de producción. Esta falla puede encontrarse también a nivel de la reflexión, a través de la forma en que Korsch relaciona la crítica de la economía política con el análisis de clase.

En realidad, cuando Korsch defiende, en la *Introducción a El capital* de 1932, el hecho de que la teoría del modo capitalista de pro-

⁸¹ Karl Korsch, *Dialettica e scienza. . .*, op. cit., pp. 143-149. El punto de vista de Korsch en el debate marxista sobre la teoría de las crisis a principio de la década de los treinta es discutida de una manera crítica y de un modo muy convincente por Giacomo Marramao en el ensayo citado. [Véase en esp. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, cit.]

⁸² En cuanto a la explicación de este punto de vista teórico mío sobre el tema, permítaseme referirme a Giuseppe Vacca, *Saggio su Togliatti*, Bari, 1974, cap. III.

ducción esté completa en el primer libro de *El capital*, señala también que el enfoque global de la obra de Marx, escrita en 1867, se refiere a la *reproducción* de la sociedad capitalista y no simplemente a la producción capitalista.

Se rebajaría considerablemente la teoría de Marx, dice, si se le quisiera atribuir la deducción de las leyes económicas que rigen el movimiento y desarrollo de la sociedad moderna únicamente bajo el aspecto de la producción, de las contradicciones y luchas que se derivan directamente de esta última, dejando a un lado los procesos de la circulación y de las formaciones que aparecen con la síntesis de los dos aspectos del proceso total.⁸³

En la obra *Karl Marx* se aborda directamente el problema, aun cuando no llega a captarse todo su alcance teórico. En uno de los últimos capítulos Korsch rechaza la tradicional división tripartita de la concepción materialista de la historia de acuerdo con las categorías de “base material” “sobreestructura” y sus “conexiones”. Rechaza estas categorías precisamente porque son el vehículo de una concepción mecanicista que reduce la explicación del desarrollo histórico y de la reproducción social a “un vínculo causal unilateral”. Por el contrario, “en lo que se refiere a la relación entre base económica y los diversos sectores de la superestructura”, defiende el hecho de que “juntos constituyen la totalidad de una determinada formación económico-social”. Define así una interpretación de la crítica de la economía política, según la cual esta última constituye la base de una teoría sobre la reproducción social en la que ya están determinados y ordenados todos los vínculos existentes entre la producción y la reproducción. Además, la prevalencia del aspecto de la producción no hace otra cosa que especificar el modo en que producción y reproducción, economía y política, se relacionan entre sí dentro de una sociedad capitalista.⁸⁴ En esta última, la producción, aunque determina el modo en que se establecen los diferentes aspectos de la reproducción, puede someterse a una investigación correcta sólo en el caso en que se enfoque desde el punto de vista de la reproducción y esté en función de ella.

Sin embargo, Korsch reduce la relación entre producción y reproducción al movimiento de las categorías de la crítica de la economía política. Su análisis no va más allá de los vínculos existentes entre producción, distribución, intercambio y consumo, refiriéndose para esto al célebre pasaje de Marx que se encuentra en la *Introducción*

⁸³ Karl Korsch, *Dialettica e scienza... op. cit.*, p. 52.

⁸⁴ Karl Korsch, *Karl Marx, op. cit.*, pp. 175-176 [pp. 179-180].

de 1857.⁸⁵ Se detiene pues en el límite de una efectiva elaboración materialista de la teoría de las clases y de una teoría de la política en la sociedad capitalista, sin introducirse a ellas. Además, el problema teórico del tránsito del modo de producción a la formación económico-social, que constituye el punto teórico crucial propiamente dicho de la concepción materialista de la historia y el punto de apoyo de una teoría de la reproducción, indispensable como base del análisis histórico concreto de las categorías de la crítica de la economía política y como instrumento para pasar de lo abstracto del modo de producción a lo concreto de las luchas políticas y de clase, este problema esencial de la teoría revolucionaria es liquidado por Korsch en un osado y expedito arranque activista: la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, y el conflicto de clase, son sinónimos y expresiones teóricas de la misma realidad, de un mismo contenido reflejado, vez por vez, *a parte objecti* y *a parte subjeti*.⁸⁶ Igualmente, en una forma también voluntarista, niega la importancia de otros problemas fundamentales de la teoría marxista de la reproducción, a medida que se presentan: tal es el caso del problema de la “transformación” de los valores en precios, que Korsch reduce a “un equívoco catastrófico sobre la teoría económica de Marx” y del que se deshace como si se tratara de una discusión escolástica y artificiosa, carente de importancia real para la clase trabajadora;⁸⁷ tal es el caso de la controvertida interpretación del *Prólogo* de 1859 a propósito de la “maduración de las condiciones materiales de producción” que determinan las características de una época revolucionaria, ya que la maduración de la revolución es interpretada por Korsch, en forma subjetivista y simplificada, como una condición que “permite la ‘organización de los elementos revolucionarios como clase’ y el trastocamiento de la vieja sociedad”.⁸⁸

Así pues, al no contar con una teoría de la reproducción social, Korsch oscila sin solución, en la temática de la “constitución”, entre la atribución del estatuto de clase a la fuerza de trabajo como tal y un análisis de los procesos que se despedaza en la infinita fenomenología de la insubordinación social “consciente” y “empíricamente verificable”. Hablando más en general, la carencia de una teoría ma-

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 246-248 [pp. 239-240].

⁸⁶ “La ‘contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción’ como motor oculto de todo el desarrollo histórico de la producción material y de la formación social económica basada en ella no es pues sino la expresión objetiva de lo mismo que Marx en el *Manifiesto comunista* y en muchos otros lugares de su obra expone como contraposición y lucha de las clases sociales”. (*Ibid.*, p. 215 [p. 213].)

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 138-139 [p. 144].

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 231-232 [pp. 223-224].

terialista de la política anula toda posibilidad de análisis diferenciado y de investigación histórica en el terreno de la iniciativa proletaria.

A decir verdad, siguiendo la orientación de la dirección de la DKP, Korsch afirma tempranamente, ya desde 1924, "la naturaleza 'fascista' de la socialdemocracia y de todos los demás 'demócratas' burgueses que en el contenido de clase equivalen al fascismo de Hitler".⁸⁹ Esta afirmación supone un análisis del fascismo que identifica fascismo con capitalismo⁹⁰ y que no encuentra otra definición del "contenido histórico del fascismo" a no ser la de "suma de todas las formas con las que la clase burguesa conduce su lucha por el mantenimiento y el restablecimiento de su dominio de clase en la época de la revolución proletaria";⁹¹ considera indiferente para la clase trabajadora el hecho de encontrarse ante una forma nueva y más aguda de reacción burguesa y además la considera preferible, porque "se crea así la gigantesca exacerbación de los contrastes y luchas de clase que se requiere para la preparación de la lucha histórica decisiva y que ya sentimos hoy día en nuestro ánimo y en nuestro cuerpo".⁹²

El análisis no se vuelve más específico a medida que el fascismo se desarrolla y a medida que se llevan adelante la investigación y la discusión sobre el mismo. En las *Tesis para la crítica del concepto fascista de Estado* de 1932, sigue refiriéndose unilateralmente a los contenidos de clase cuando define el Estado fascista y se limita a considerar al fascismo como una forma política del capitalismo monopolista *tout-court*.⁹³ En el ensayo de 1940, *Preludio a Hitler*, en el que se esfuerza por repensar toda la parábola de la República de Weimar, después de llegar a la conclusión de que en realidad se trataba de "una república sin republicanos" en la que se jugó durante largos años una "revolución sin revolucionarios", lanza la definición del nazismo como "contrarrevolución" que responde a la amenaza de una revolución proletaria (y no ya a su intento o fracaso), definición que oscurece en cierto modo el concepto de "revolución pasiva"; y perdiéndose en medio de un cúmulo de paradojas llega a la conclusión siguiente:

Si bien el nazismo no es ni socialista ni democrático, sin embargo al hacer propios los errores y las omisiones de los llamados "políticos del

⁸⁹ Karl Korsch, "Il fascismo e morto — Abasso il fascismo!", *Scritti politici*, *op. cit.*, p. 99.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 95.

⁹¹ *Ibid.*, p. 96.

⁹² *Ibid.*, p. 97.

⁹³ *Ibid.*, p. 308.

sistema" obtiene un gran apoyo de la mayoría de la nación. Resuelve, tanto en el campo político como en el económico una serie de problemas concretos que habían sido descuidados o frustrados por el comportamiento no socialista de los socialistas y por el comportamiento no democrático de los demócratas. Así, una parte de los compromisos que "normalmente" debía haber cumplido un movimiento auténticamente progresista y revolucionario, lo cumplió de manera distorsionada, aunque realista, la victoria transitoria de una contrarrevolución no socialista y no democrática sino plebeya y antirreaccionaria.⁹⁴

Dos años después, en plena guerra, la interpretación del nazismo se hizo todavía más genérica, ecléctica y se desconectó más de las categorías del análisis histórico de clase. Se considera al nazismo como "un movimiento esencialmente contrarrevolucionario" que "encierra en sí todas las incertidumbres, las verdades a medias y el carácter mixto de la larga secuela de movimientos contrarrevolucionarios que en los últimos ciento cincuenta años han perturbado el progreso 'normal' de la sociedad europea, tal como ha existido y ha sido concebida por las múltiples orientaciones de la herencia filosófica de la historia de la Revolución francesa".⁹⁵

Lo cierto es que las cosas no mejoran si desviamos nuestra atención a otros problemas fundamentales del análisis histórico de Korsch sobre los procesos mundiales entre las dos guerras. Corresponde a 1928 la equiparación de la Rusia soviética con la Italia fascista a la que llega Korsch aislando el dato de la estatización aparentemente análoga de los sindicatos obreros en función del control autoritario de la fuerza de trabajo.⁹⁶ El año siguiente considera concluida la parábola del "que se autonoombra 'Estado socialista soviético'" desde la forma originaria consejista "al actual régimen capitalista fascista".⁹⁷ Por esto, en 1941 (téngase en cuenta la fecha: en el ínterin han ocurrido la victoria de Hitler, el VII Congreso de la IC y dos años de guerra mundial), cree que a partir de esos años "el movimiento comunista internacional había perdido todo el significado autónomo que tenía antes. Se había transformado en un simple instrumento del gobierno ruso. Aun dentro de este papel no cumple ya ninguna función política y se ha reducido a una actividad organizativa y conspiradora. Las secciones nacionales de la Comintern (los partidos de los distintos países) se habían transformado virtualmente en secciones segregadas del servicio secreto ruso. Sólo de nombre estaban dirigidas por sus líderes políticos; de hecho estaban controladas por diversos agentes

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 320-321.

⁹⁵ Karl Korsch, "Note sulla storia", *ibid.*, p. 338.

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 208-209.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 252.

de la OGPU".⁹⁸ La concepción leninista de la revolución, de la organización proletaria y del desarrollo desigual del proceso revolucionario mundial constituye una razón de esto que no es la menos importante.⁹⁹

No llama la atención el hecho de que, antes de llegar al "silencio" de la segunda posguerra, Korsch considere en 1942 que la "contrarrevolución" nazista era la heredera de más de un elemento de la tradición activista, transformadora y revolucionaria del marxismo, olvidada definitivamente por el movimiento obrero en todas sus manifestaciones.¹⁰⁰ Y mientras esperaba que la catástrofe de la guerra produjera una recuperación, sobre bases nuevas y completamente espontáneas, del movimiento revolucionario identificándolo con la acción proletaria directa a escala mundial (tanto en Europa como en los Estados Unidos y en la URSS),¹⁰¹ una vez concluida la guerra se frustran sus esperanzas y en 1946 se aferra a una visión apocalíptica totalmente pasiva del proceso histórico como "totalización mundial en potencia" por parte de un nuevo capitalismo, fortalecido por la revolución rusa y por las nuevas perspectivas que le abrían los resultados de la planificación soviética.¹⁰²

No es casual el hecho de que la tematización ininterrumpida de la forma de la teoría, encaminada a liberar toda la potencia emancipadora, no lo lleve nunca a una investigación sobre sus instituciones, de tal manera que en Korsch no se encuentra una teoría propiamente dicha sobre la organización que le dé una dimensión histórica a su concepción sobre la teoría revolucionaria. Su punto de apoyo sobre la forma revolucionaria de la teoría es totalmente espontáneo. En la *Consideración no dogmática del marxismo*, de 1946, hablando de este punto crucial concluye diciendo.

El primer resultado no dogmático de esta forma distinta de considerar la dialéctica es que el estudio de la dialéctica no nos convierte en revolucionarios, sino que, por el contrario, es la transformación revolucionaria de la sociedad la que actúa entre otras cosas sobre el modo como los hombres en determinado periodo tienden a producir e intercambiar sus pensamientos. La dialéctica materialista es pues el modo como en un determinado periodo revolucionario, y durante las varias fases de ese periodo, clases sociales, grupos e individuos particulares, crean y asumen

⁹⁸ Karl Korsch, "Rivoluzione per che cosa?" *Ibid.*, p. 327.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 343.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 327, 330, 331-334.

¹⁰¹ Véase el análisis que hace Leonardo Ceppa del ensayo korschiano de 1941 "War and revolution", *La concezione del marxismo in Korsch*, pp. 1257-1258.

¹⁰² Karl Korsch, "Restaurazione o totalizzazione?" (1946) *Scritti politici*, op. cit., pp. 364-365.

nuevas palabras e ideas. Es la búsqueda de las formas, a menudo desusadas y sorprendentes, como vinculan sus pensamientos y los de otros, colaboran en la disolución de sistemas cerrados existentes y los sustituyen por otros sistemas más flexibles, o, en el mejor de los casos, por ningún sistema, sino por un nuevo movimiento del pensamiento libre, sin impedimentos, que recorra rápidamente las cambiantes fases de un proceso más o menos continuo y discontinuo.¹⁰³

Si la garantía de la forma revolucionaria de la teoría está relacionada con su ser “expresión” directa de una práctica revolucionaria reconocida en una forma totalmente negativa como una insubordinación social y una praxis antinstitucional, la teoría revolucionaria no tiene instituciones y además, por definición, da forma a cualquier “praxis humana sensible” que subvierta las instituciones. Estas últimas tienen una sola dimensión: son formas de conciencia cristalizadas que reflejan procesos históricos avanzados, en función de una ingeniería social y de la subordinación de las masas. Por esto, como ya hemos visto, la recuperación de la teoría revolucionaria parte de una dialéctica histórica que le asigna forzosamente una dimensión antinstitucional.

Se produce así un corto circuito propiamente dicho de la categoría de la política. “Círculo de los círculos” del ordenamiento institucional de los procesos, no hay cabida, en Korsch, para una crítica materialista de la misma. Precisamente porque la dimensión de la política es por excelencia institucional, la categoría de la política es un objeto de negación y de eliminación más bien que de penetración científica. Como tal es forma de la sociedad burguesa y de su conciencia. Todo el desenvolvimiento del marxismo está destinado a la historia de la burguesía en la medida en que elabora la perspectiva de la revolución proletaria aun en términos políticos. Como hemos visto esto se refiere a Marx, quien “desde el principio hasta el fin define su concepto de clase en términos definitivamente políticos, y si no en las palabras, sí en los hechos, subordinó las múltiples actividades desarrolladas por las masas en su lucha de clase cotidiana a las actividades desarrolladas a favor de los intereses de sus dirigentes políticos”.¹⁰⁴ De ahí también las aporías expresadas por Korsch en

¹⁰³ Karl Korsch, *Dialettica e scienza...*, op. cit., pp. 193-194.

¹⁰⁴ Karl Korsch, *Scritti politici*, op. cit., p. 412. Por otra parte, en una carta a Paul Partos del 25 de noviembre de 1935, ampliamente citada por Rusconi en la introducción a los *Scritti politici*, Korsch afirma textualmente que la posición política de Marx se resumía en esto: “partido político y lucha ‘económica’ de los sindicatos integrados en una ‘totalidad’ a través de la guía política del partido revolucionario”. Y comentaba esta posición, diciendo que: “Desde el punto de vista de la caracterización histórica, puede decirse que la radicaliza-

la teoría del Estado-Comuna. Para no tener que citar a Lenin, cuya teoría revolucionaria le parece a Korsch, en los años treinta, como una concepción "ultrapolítica", revolucionaria, sí, pero para masas no proletarias y para formas de emancipación que tienen que ver más con el desarrollo de los países atrasados¹⁰⁵ o coloniales,¹⁰⁶ en la edad del imperialismo, que con la revolución proletaria propiamente dicha.

Lo cierto es que la concepción de la revolución proletaria de Korsch se queda muy lejos de la política. Nunca elaboró una penetración crítica real del Estado. Precisamente sobre este tema crucial de la teoría revolucionaria, el dialéctico Korsch adopta un esquematismo y una torpeza infantiles. De la reflexión sobre la socialización a principios de la década de los veinte hasta el anuncio de nuevas formas de emancipación en la segunda mitad de los años treinta, considerada como más "madura" e inminente en oposición especulativa con la unificación mundial del nuevo capitalismo, monopolista y totalitario, no da un solo paso adelante, en algo sustancial, ni logra dar una articulación a su propia concepción de la revolución proletaria. Más que un descubrimiento posterior a la fase de la "ortodoxia" leninista, el "primado de la economía" en el Korsch de los años treinta es en realidad una recuperación de la actitud precomunista y una confirmación de la incapacidad de elaborar una teoría de la revolución como proceso.

En el ensayo de 1922, *Legislación del trabajo para los consejos de fábrica*, el contenido de la lucha de clase proletaria revolucionaria se limita completamente a la reorganización de la relación entre productores e instrumentos de la producción. "El compromiso histórico de la lucha de la clase proletaria contra la clase burguesa y todas las clases sociales más antiguas, consiste [...] en destruir el fundamento económico del poder capitalista de clase, eliminando la falta de libertad del hombre que trabaja en la producción."¹⁰⁷ El fabriquismo integral de esta perspectiva propone ya una primacía de la lucha económica, entendida en términos administrativos, que elimina *tout-court* la política. Las "luchas entre la clase burguesa y la proletaria sólo aparentemente tienen por objeto el control del Estado (y de las demás esferas superiores de la vida social), afirma Korsch; en sustan-

ción de la lucha política a través de la economía y de la indicación del carácter 'político' de la propiedad son genuinamente jacobinas" (*ibid.*, p. xxxviii).

¹⁰⁵ Karl Korsch, "Pere la storia dell'ideologia marxista in Russia" (1932), *ibid.*, p. 381.

¹⁰⁶ Karl Korsch, *Dialettica e scienza...*, *op. cit.*, p. 381.

¹⁰⁷ Karl Korsch, *Consigli di fabbrica e socializzazione*, *op. cit.*, p. 120 (la última cursiva es mía).

cia tienen por objeto el control de la *economía*, es decir, la 'organización del trabajo' ".¹⁰⁸

El enfatizar la lucha económica revolucionaria como lucha por el control obrero directo de la producción postula tanto la temática de la "democracia industrial" como contenido primario de la revolución proletaria, como una estrategia de los poderes opuestos incorporada totalmente en la articulación de la economía y la política al estilo de la Segunda Internacional, que no logra nunca levantar la crítica de la clase a la altura de las instituciones ni incorporarla a la esfera del Estado. La organización revolucionaria de la clase se realiza y se agota en la conquista de la autonomía obrera dentro de la producción a través de la cual avanza la sublevación de toda la masa proletaria y se conquistan los "puntos de apoyo para la preparación del encuentro final". La revolución consiste esencialmente en el "encuentro final", y está ligada a la desvalorización de toda la esfera política, de la cual el "punto de vista materialista-marxista" diría: "la democratización de la comunidad estatal no tiene ningún valor para el proletariado; y sólo nos interesa en la medida en que prepara el camino al comunismo de la comunidad económica y social".¹⁰⁹

En 1935, al criticar el programa del American Workers Party, después de haber valorado el énfasis de la madurez de la revolución proletaria proclamada por este partido a causa de la creciente contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en el capitalismo monopolista, y de haber puesto de manifiesto, al mismo tiempo, el enorme deslumbramiento que hace coincidir, en dicho programa, las fuerzas productivas sociales con los medios de producción, Korsch plantea igualmente una madurez más acentuada de la revolución en el capitalismo monopolista de Estado, a la altura de la reestructuración capitalista mundial posterior a la crisis de 1929, determinada por la posibilidad más avanzada de separar las fuerzas productivas sociales, desarrolladas en forma extraordinaria, de las relaciones capitalistas de producción incorporadas principalmente en el sistema de fábrica, por iniciativa directa de la clase trabajadora, que espontáneamente se hace cada vez más consciente:

La moderna clase trabajadora no se ha desarrollado sin los medios capitalistas de producción, sino con ellos y a través de ellos hasta alcanzar el nivel actual de su fuerza productiva económica e histórico-político práctica. Dentro de la creciente claridad de conciencia, ya puede sepa-

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 124.

¹⁰⁹ *Ibid.*, pp. 146 y 139. Véase, sin embargo, toda la problemática de la "democracia industrial", en las pp. 139-146.

rarse de esos medios de producción y puede reunirse con ellos ideológicamente en nuevas formas socialistas.¹¹⁰

Desde este punto de vista, cuanto más avanza la “totalización” capitalista mundial, paradójicamente la perspectiva de la revolución proletaria ve conjugarse cada vez más estrechamente la realización de la dictadura del proletariado con la extinción del Estado, a través de la consolidación consejista de un tipo especular de la producción capitalista y a través de una reapropiación directamente laboral del capital.¹¹¹

Se confirma así la observación anterior acerca de la ausencia de una teoría de la reproducción como trámite indispensable para traducir operativamente la apropiación korschiana del marxismo en una investigación histórica concreta y en un análisis de clase. En el fondo es la concepción de la revolución proletaria la que en Korsch determina la trasposición directa de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción al conflicto de clase entre trabajadores y capital. Por otra parte, esta contradicción resulta determinada a su vez por la carencia de una teoría de la reproducción capaz de organizar el campo teórico del modo de producción capitalista dentro del proceso histórico concreto de las formaciones sociales capitalistas. La revolución proletaria se agota en el *acto* de la insubordinación obrera a medida que ciertas categorías como el trabajo asalariado y el capital, salario y fuerza de trabajo, fuerzas productivas y relaciones de producción, van coincidiendo directamente y *a través de una relación clara*, con las categorías históricas de la burguesía y del proletariado.

Lo “concreto del pensamiento” constituido por las categorías del modo capitalista de producción y elaboradas por la crítica de la economía política para la penetración científica de la sociedad capitalista y para su investigación histórica, agota inmediatamente esta última (lo “concreto real”) disolviendo su composición social sumamente compleja en un esquema dicotómico abstracto de las dos clases fundamentales. No hay lugar para una teoría de la política, ya que fuera de la fábrica y de las relaciones de dominio que se ejercen en ella, no existe el problema de la vinculación entre las clases ni el de su reproducción global. Korsch puede detenerse en una concepción simplificada e “instrumental” y “continuista” del Estado en la que el primado de la economía postula no sólo el carácter secundario, sino en el fondo la irrelevancia de las formas globales de dominio para los fines de su reproducción y de su consolidación.

Respecto al Estado no existe ningún progreso en Korsch desde sus

¹¹⁰ Karl Korsch, *Scritti politici*, op. cit., p. 393.

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 393-394.

escritos de 1919-1920, en los que se delegan al Estado soviético tanto la síntesis de la “socialización” y “el nacionalismo” como el hacer concordar los intereses de los “productores” con los de los “consumidores” todavía escindidos y opuestos en la sociedad de transición, hasta los escritos de los años treinta, en que postula la inmediata extinción del Estado como objetivo inevitable de la emancipación obrera. En las *Cuestiones fundamentales relacionadas con la socialización*, de 1920, Korsch se limita a dar una definición de tardía ascendencia engelsiana y genérica del Estado como “*organización del poder* que resume con violencia, en una unidad artificial, los múltiples intereses, sociales e individuales, de naturaleza diferente”.¹¹² Manteniendo en pie la definición del Estado burgués como “concentración de la violencia” de las clases dominantes hasta el *Karl Marx*, la mera articulación que presenta la teoría del Estado en los años treinta reproduce un concepto ya insinuado en las *15 tesis sobre el socialismo científico* de 1923, en las que “el Estado, la Iglesia y todas las ‘organizaciones’” se definen como “*instrumentos* de la producción de relaciones sociales”.¹¹³ En efecto, al reducir unilateralmente la realidad compleja de la forma-Estado al *contenido de clase* del dominio que se ejerce a través de ella, Korsch niega en el escrito más meditado que jamás haya dedicado a la reflexión política directa, es decir, en el ensayo sobre la *comuna revolucionaria* de 1931, cualquier diferencia sustancial entre el Estado burgués y el Estado proletario, ya que el Estado de la dictadura del proletariado “*sólo se distingue del Estado burgués, aun en el periodo de la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en la comunista, por su carácter de clase y por su función social, mas no por su forma política*”.¹¹⁴

“Mientras la clase proletaria tenga necesidad de un Estado, es decir, durante todo el tiempo que dura la transición revolucionaria de la sociedad capitalista a la comunista —escribe Korsch en 1930—, el Estado de la dictadura revolucionaria del proletariado conserva su *forma política de Estado burgués*.”¹¹⁵ La conservación del carácter burgués (“jacobino”) de la forma Estado, así como de la indiferencia de la clase trabajadora hacia las diversas formas de Estado burgués, constituyen, como hemos visto en los escritos de 1923-1924, las columnas de Hércules, más allá de las cuales no logra pasar la reflexión de Korsch, perdiendo su flexibilidad en un esquema que

¹¹² Karl Korsch, *Consigli di fabbrica e socializzazione*, op. cit., p. 93.

¹¹³ Karl Korsch, *Dialettica e scienza...*, op. cit., p. 9. La cursiva es mía.

¹¹⁴ Karl Korsch, *Scritti politici*, op. cit., p. 265.

¹¹⁵ Karl Korsch, “Il problema unitá statale-federalismo” (1930), citado por Rusconi en la introducción a los *Scritti politici*, op. cit., p. xxvii.

aisla la praxis revolucionaria en lo económico y escinde toda vinculación entre las formas de la política y la dislocación de las clases. La falta de relación entre estos elementos fundamentales y, eso sí, activos del proceso, deforma e inhibe el análisis histórico, obligando a Korsch a aceptar como único terreno, en el que puede avanzar su investigación, la elaboración de una forma nueva, que ya no es ni “económica”, ni “política”, sino más bien “directamente social” de la teoría revolucionaria, que sin embargo no logra definir ninguna relación positiva con la historia del marxismo, ni con la historia del movimiento obrero. El hecho de que esta posición teórica se traduzca en el supuesto subrepticio y en las hipótesis de las formas más elementales y empíricas (espontáneas) de insubordinación obrera, como hemos visto, no es más que una consecuencia de la vuelta a una práctica teórica típicamente abstracta y escindida del proceso histórico que anula precisamente el meollo vital del marxismo, el análisis de clase.

¿Defecto del empirismo? ¿Mal de historicismo? Sin ninguna duda ambas cosas a la vez. Además, no sólo es posible descubrir, en la situación práctica del análisis histórico político de Korsch, elementos impregnados de historicismo y de empirismo, sino que se pueden encontrar también en algunos aspectos de la discusión de la forma de la teoría. Conviene recapitularlos a manera de conclusión.

En *Marxismo y filosofía* (1923), que constituye muchas veces una de corte directamente teórico, Korsch defiende muchas veces una relación clara entre movimiento y teoría, que posteriormente se refuerza en forma explícita o implícita. Todo el ensayo gira en torno del problema de la “conciencia”, que ocupa un lugar central en el exordio y en la interpretación de la concepción materialista de la historia, y que está dedicado a la elaboración de una teoría materialista de la ideología, sobre la que volveremos dentro de poco. En esta obra, Korsch recalca la conexión esencial que existe entre “el marxismo en todas sus partes” “y cualquier lucha práctica de la clase trabajadora que combate por su propia libertad”, y afirma que el marxismo se considera a sí mismo como “la mera expresión teórica de esta lucha y como tal se define”.¹¹⁶ En el exordio de las *15 tesis sobre el socialismo científico*, en el que afirma que “el socialismo científico (el socialismo como ciencia) es la expresión teórica del movimiento proletario”,¹¹⁷ y en el ensayo *El problema de Trotski*, de 1927, donde en términos más generales afirma que la “teoría marxista [...] no es otra cosa que la expresión generalizada del movi-

¹¹⁶ Karl Korsch, “La concezione materialistica della storia” (1922), *Marxismo e filosofia*, op. cit., p. 89 [p. 100].

¹¹⁷ Karl Korsch, *Dialectica e scienza...*, op. cit., p. 5.

miento efectivo de la lucha de la clase proletaria”,¹¹⁸ y utiliza las mismas expresiones. Basta señalar de pasada una sola consecuencia de estos puntos de vista, ciertamente la más grave, en la que, de acuerdo con el planteamiento del problema de la extinción-realización de la filosofía y la extinción del Estado en la sociedad en transición, y de acuerdo con la definición analizada de Estado como “instrumento” de dominio, Korsch llega a justificar su insistencia en el valor de la teoría revolucionaria alegando que también ella es un instrumento de la lucha de clase: “el arma más eficaz de la lucha de clase”, de acuerdo con la definición del *Enfoque no dogmático del marxismo de 1846*.¹¹⁹

En esta posición, abundan los supuestos necesarios para transformar la empiria en una especulación que perjudica, como hemos visto, a gran parte del análisis de clase de Korsch. Este proceso viciado se realiza principalmente a través de otro *topos* del marxismo histórico, es decir, a través de la afirmación del valor epistemológico exhaustivo del “punto de vista de clase” y de la consiguiente identificación de la ciencia con la conciencia, de la teoría revolucionaria con la conciencia empírica de clase. En *Marxismo y filosofía*, el alcance y el desarrollo completo de la crítica de la economía política se relacionan con el “punto de vista” y con el “método de la *concepción* ‘materialista’ de la clase obrera sobre *la historia y la sociedad*”.¹²⁰ Y no tarda mucho en aparecer la sombra empírica de dicho punto de vista, en 1924, a través de la hipótesis del modelo soviético que, ¡oh, ironía de la historia!, Korsch toma directamente de las *Cuestiones del leninismo* de Stalin:

Para los marxistas leninistas, la “teoría” no es otra cosa que la expresión general de la experiencia del movimiento obrero. La teoría del “marxismo” en general es “la experiencia del movimiento obrero de todos los países, tomada como un todo (Stalin, *op. cit.*, p. 27). Y lo “nuevo y específico” del leninismo es precisamente la “experiencia rusa”, es decir, más exactamente, la experiencia de la clase obrera revolucionaria en el siglo xx, vista desde la perspectiva del proletariado al cual la historia le había planteado la *misión inmediata* de “destruir el más poderoso pilar de apoyo no sólo de la reacción europea, sino también de la asiática” y el cual, gracias a la “*concreción de esa misión*”, fue convertida en “vanguardia del proletariado revolucionario internacional”.¹²¹

La afirmación del valor básico del “punto de vista de clase” refleja

¹¹⁸ Karl Korsch, *Scritti politici, op. cit.*, pp. 179-180.

¹¹⁹ Karl Korsch, *Dialettica e scienza...*, *op. cit.*, p. 190.

¹²⁰ Karl Korsch, *Marxismo e filosofia, op. cit.*, pp. 95-96 [p. 105].

¹²¹ Karl Korsch, *Scritti politici, op. cit.*, p. 85.

sus efectos en la formulación del *carácter crítico* del marxismo de cuya importancia hablaremos en el siguiente párrafo. A este respecto, también, en el ensayo de 1923 hay una afirmación que la reduce a la acción del “punto de vista de clase del proletariado”¹²² y de ahí el peligro de reducir la historización de la sociedad capitalista planteada por la crítica de la economía política al postulado de su transitoriedad, manifestada en la insurgencia y en la imposibilidad de eliminar el movimiento de la lucha de clase proletaria.¹²³

Así pues, la anulación empirista y espontánea de la problemática de la “constitución de clase” en la obra de Korsch, en la que nos hemos detenido anteriormente, resulta vinculada no sólo con la ausencia de una teoría de la reproducción y con la presencia práctica, en su análisis histórico-político, de una forma bien determinada de historicismo empírico, sino también con puntos de vista explícitos de carácter empírico e historicista, que pueden encontrarse en su contraparte constituida por la discusión sobre la forma teórica del marxismo. De hecho no sólo cuando plantea nuevamente el valor de la lucha sindical o de la acción autónoma de los trabajadores, se pierde en el mimetismo de la insubordinación social, sino también cuando, en su polémica con Kautsky, reivindica el valor crítico, pragmático y activista de la teoría revolucionaria, asignándole “un *contenido particular*”, presenta después este contenido como “*teoría y praxis de la acción proletaria de clase*”, confundiendo así la constitución de clase del proletariado con “la acción proletaria de clase”.¹²⁴

Sin lugar a duda, el eje alrededor del cual giran los elementos de historicismo que intervienen en la reflexión política de Korsch y que aparecen por diversas partes aun en el campo teórico constituido por su discusión sobre las formas del marxismo, es la afirmación de la *identidad entre conciencia y realidad*, unida a su resarcimiento dialéctico del marxismo en los primeros años de la década de los veinte, y a través de la reafirmación del marxismo como “filosofía de la praxis” que en formas distintas y contradictorias, reiteradamente *denegetae verbis*, pasa por toda su reflexión política y teórica. Esta afirmación, que se halla presente en los escritos sobre la socialización de 1919-1920, en los que defiende “la concepción marxista del mundo, a través del cual el socialismo como ciencia se transforma en socia-

¹²² Karl Korsch, *Marxismo e filosofia*, op. cit., p. 89 [p. 100].

¹²³ “La esencia de la nueva concepción materialista dialéctica de Marx y Engels y del nuevo concepto marxista de sociedad y de desarrollo basado en esta concepción consiste en el hecho de que ellos *entienden por hechos históricos* —de acuerdo con su aspecto transitorio— todos los fenómenos sociales y todas las leyes que rigen a estos *fenómenos incluyendo su ley sobre el desarrollo*”, Karl Korsch, *Anti-Kautsky*, op. cit., p. 59.

¹²⁴ *Ibid.*, pp. 16-17.

lismo como acción, como revolución y como ‘actividad práctico-teórica’ o ‘praxis revolucionaria’”,¹²⁵ se halla explícita también en *Marxismo y filosofía*, en la que Korsch declara abiertamente que la “coincidencia de la conciencia y realidad, que caracteriza a la dialéctica materialista como a cualquier otra dialéctica”.¹²⁶

AUTONOMÍA RELATIVA DE LA TEMATIZACIÓN DE LAS FORMAS TEÓRICAS. EL PRINCIPIO DE LA ESPECIFICACIÓN HISTÓRICA Y EL PROBLEMA DE LA CIENCIA. LA CRITICIDAD DEL MARXISMO EN LA ÉPOCA DE LA TRANSICIÓN

El lector se habrá dado cuenta cuál es nuestra adhesión sustancial a las conclusiones de los estudios de Rusconi y de Ceppa tanto al seguir paso a paso la reflexión política de Korsch como al reducir sus piezas a una posición teórica que es al mismo tiempo cientista y activista, historicista y empirista. La posición de Korsch, a través de todo su desenvolvimiento, se caracteriza, según Rusconi, por una “tensión entre la instancia científica y la instancia activista” que no ha sido resuelta y por un intento imposible de conciliar “la ciencia empírica con su lógica de desarrollo” y con “la acción revolucionaria”.¹²⁷ Ceppa es aún más radical ya que pone de manifiesto cómo “la praxis social global, que constituye las formas de objetividad práctico-cognoscitivas, pierde de vista en la obra de Korsch las mediaciones institucionales, jurídicas, burocráticas, históricas y psicológicas, de una realidad empírica condicionada constitutivamente por la cosificación de la forma de mercancía. La restricción prematura de la complejidad articulada de la praxis social al nivel explícito de la *lucha de clase*, termina nuevamente por escindir en Korsch el *objetivismo* empirista de la ciencia social y el *subjetivismo* espontáneo de la acción revolucionaria. La relación dialéctica entre la teoría y la praxis termina así por desaparecer una vez más.”¹²⁸

Sin embargo, no creemos que la discusión pueda detenerse en este punto. En Korsch existe un pensamiento político, que hemos reconstruido con toda amplitud, y existe también una discusión sobre la forma teórica del marxismo revolucionario. El marxismo de Korsch y la contribución de Korsch han sufrido el influjo de la historia y, sin lugar a duda, la biografía teórico-política de Korsch constituye

¹²⁵ Karl Korsch, *Consigli di fabbrica e socializzazione*, op. cit., p. 78.

¹²⁶ Karl Korsch, *Marxismo e filosofia*, op. cit., p. 77 [p. 69].

¹²⁷ G. E. Rusconi, *Introduzione a Dialettica e scienza...*, op. cit., pp. IX-X y XX.

¹²⁸ L. Ceppa, op. cit., p. 1232.

una base imprescindible para entender por lo menos la génesis y algunas vinculaciones históricas de su formulación teórica. Creemos, sin embargo, restrictivo considerar esto como “el único criterio para la crítica interna del autor”; dígase lo mismo de la otra afirmación de Rusconi, respecto a que la “contribución teórica específica de Korsch al marxismo alemán coincide con el intento de verificar su validez, por así decirlo, ante las exigencias de acción impuestas por los acontecimientos más recientes”.¹²⁹ Realizar realmente una lectura histórica de Korsch, equivaldría a agotar, dentro de las formas de vinculación historicista entre la teoría y la praxis que se le atribuyen, el problema de la vinculación, por definirse aún, entre la forma teórica del marxismo que él propone y la alusión histórica que está detrás. Junto con la acción práctica de una determinada forma de marxismo en su análisis histórico-político hay en Korsch un supuesto teórico sobre el problema de la forma del marxismo. En este campo, se define, entre otras cosas, su posición en la historia del marxismo. ¿Se puede considerar que aún esta ponderación superior de la reflexión korschiana se agota totalmente con la reconsideración histórica de su biografía intelectual? Esto equivaldría a reducir el problema de la forma teórica, planteado por Korsch, al bien conocido de la vinculación genética que guarda con su biografía política, olvidando que, por el contrario, el problema planteado por Korsch es básico para la constitución de la práctica política del movimiento obrero, puesto que, además de la relación que existe entre política y teoría, Korsch pondera o examina el vínculo global entre el movimiento obrero y la estructura del presente. Así pues, no se puede prescindir de él o disimular su *autonomía* reduciéndolo a la búsqueda de las aporías y de los límites empírico-históricos del análisis histórico político de Korsch. A no ser que se quiera renunciar a la discusión de la relación que guarda el marxismo con el movimiento obrero en la actualidad o el movimiento obrero con el marxismo, vinculación muy distinta de la que el marxismo nos permite establecer con la biografía intelectual de Korsch. Esta discusión requiere, para valorar la forma de la teoría propuesta por Korsch, un estudio del presente que no puede limitarse a examinar las relaciones que tiene la vida política del autor.

Ceppa les atribuye las deformaciones que afectan el análisis histórico y la posición política de Korsch a los distintos enfoques dados a la discusión de la forma teórica del marxismo. “Todo parece derivarse lógicamente del error original que consiste en considerar a la dialéctica como ‘una coincidencia de la conciencia con la realidad’”, según Ceppa.¹³⁰ Este último no se refiere únicamente al hecho de

¹²⁹ G. E. Rusconi, “Introducción” a los *Scritti politici*, *op. cit.*, p. x.

¹³⁰ L. Ceppa, *op. cit.*, p. 1253.

que “el análisis social de Korsch está estructurado de manera positivista, es decir, como una ciencia empírica y estructural que no es capaz en absoluto de ninguna reflexión, porque se reduce a un mero ‘reflejo’ de la base objetiva del movimiento de clase”, juicio que compartimos y que coincide con nuestra crítica sobre el historicismo empírico. Tampoco se refiere únicamente al hecho de que “el desarrollo objetivo de las fuerzas productivas, la actividad real de la lucha de clase, y el desarrollo teórico de la ‘presentación’ del capitalismo se coordinan en una forma simplista, partiendo de un concepto inadecuado que considera la base real como lucha de clase.”¹³¹ Esta valoración también la compartimos y coincide con la conclusión que hemos presentado en líneas generales sobre la falta de una teoría de la reproducción en Korsch, sobre su génesis teórica y sobre la discusión de la forma de la teoría. Ceppa relaciona lo que nosotros llamamos consecuencias empírico-históricas, derivadas de la falta de una teoría materialista de la reproducción, con la “confusión entre el nivel *abstracto-real* del momento lógico cognoscitivo y el nivel *empírico* de las determinaciones genéticas”, o bien, con la falta de penetración de la “distinción” de Marx “entre el momento sintético-dialéctico de la ‘exposición’ y el momento analítico de la investigación empírica”. Así pues, *un error teórico que no necesita explicaciones históricas* “determina en Korsch el cambio de la problemática *dialéctica* de la ‘constitución’ histórica en una problemática *positivista* de la ‘especificación’ empírica”.¹³² El gran acusado es “el principio de la especificación histórica” alrededor del cual, como es sabido, gira en *Karl Marx* la elaboración korschiana del carácter *materialista, crítico y revolucionario* de la teoría marxista, ya que dicho principio “no representa más que un nuevo modo de formular la misma dialéctica teórica y la praxis ya discutidas en *Marxismo y filosofía*”.¹³³ Toda la biografía política de Korsch queda marcada por los movimientos de una conciencia teórica viciada que establece esotéricamente y agota su relación con la historia. Y lo que es aún más importante, la misma reflexión korschiana sobre la forma de la teoría se encamina al mismo destino, ya que no cuenta con la discusión *ad hoc* que requiere.

En nuestra opinión corre el peligro de ser teoricista precisamente este modo de deducir toda la situación política de Korsch y la reflexión que la acompaña, de una deformación teórica original. Pero, a parte de esto, no creemos que la afirmación de la “coincidencia de la conciencia con la realidad” tenga un valor tan medular

¹³¹ *Ibid.*, p. 1251.

¹³² *Ibid.*, p. 1247.

¹³³ *Ibid.*, p. 1248.

y fundamental dentro de la teoría de la ideología sobre la que se apoya el desagravio dialéctico y revolucionario del marxismo teórico en *Marxismo y filosofía*. El tema más importante del ensayo de 1923 consiste en la relación entre teoría y movimiento, que es básica sin lugar a dudas, no sólo para Korsch sino también para el movimiento obrero en toda su historia y por consiguiente también para nosotros. Además, cuanto más desarrollados y actualizados estén los problemas de la transición, más importante será este tema para nosotros. Ahora bien, si no se realiza una alusión filológica, que de ninguna manera es marginal para las revisiones críticas concretas reivindicadas por Korsch sobre este punto, precisamente en los años de la elaboración del *Karl Marx*,¹³⁴ no puede dejarse de señalar el hecho de que el problema que aborda Korsch con dicha afirmación, aunque se exprese en forma científicamente equivocada, no es otra cosa que el de la posición de la *realidad* de las formas de conciencia, norma constitutiva y elemental de la concepción materialista de la historia.

Ceppa afirma que “el principio de la especificación histórica”, precisamente porque no es más que la afirmación de la “coincidencia de la conciencia con la realidad”, postula “la formulación específica de una determinación de lo universal a partir de la investigación histórico-analítica de los diversos fenómenos”, terminando por “transformar en Korsch el concepto de constitución teórico-formal del dato en el concepto de su reflejo genético”.¹³⁵ Por otra parte, también es cierto que cuando discute en forma refleja sobre la relación entre realidad y conciencia, Korsch niega abiertamente su relación clara o de simple reflejo.

También las representaciones económicas guardan sólo en apariencia la misma relación con las relaciones materiales de producción de la sociedad burguesa: la relación de la imagen con el objeto que ella refleja; pero, en realidad, su relación es la que guarda una parte bien especial, determinada, de un todo, con las demás partes de ese todo.¹³⁶

Por esto mismo y a instancias de la formación social capitalista, no acepta la terminología normativa de la tradición marxista que designa al conjunto de las representaciones ideales como una “ideología” que junto con las realidades designadas como estructura y superestructura debe completar la articulación tripartita. “[. . .] a Marx y a Engels no se les ocurrió nunca —dice él— caracterizar la conciencia social ni el proceso de la vida espiritual como simple ideolo-

¹³⁴ Cf. Carta a Mattick del 4 de junio de 1935, en *Marxiana*, 1, 1976, p. 156.

¹³⁵ L. Ceppa, *op. cit.*, p. 1250.

¹³⁶ Karl Korsch, *Marxismo e filosofía*, *op. cit.*, p. 82 [p. 65].

gía. Ideología es sólo la conciencia falsa, especialmente la que atribuye a una manifestación parcial una existencia independiente.”¹³⁷ Por esto, propone el término “*estructura espiritual* de la sociedad” para el conjunto de las representaciones ideales y de las expresiones espirituales.¹³⁸ Y más adelante ataca directamente otro *topos* de la tradición marxista occidental, la reducción de toda la esfera de la conciencia a una “seudo realidad” o a una “falsa conciencia” dentro de la sociedad capitalista:

Apoyándose en ciertas expresiones de Marx y particularmente de Engels, se presenta, en cambio, toda la *estructura espiritual (ideológica) de la sociedad como una realidad apariencial* que existe sólo como error, o imaginación, o ilusión en la cabeza de los ideólogos, pero que en ninguna parte tiene un objeto real.¹³⁹

No menos crítica es su actitud ante la tradición mayoritaria del marxismo que reduce la “estructura espiritual” a una pura “expresión” de la realidad económica y social “subyacente”.

Y aún hoy en su mayoría los teóricos marxistas probablemente conciben la realidad de esos hechos llamados espirituales en un sentido negativo, enteramente abstracto y no dialéctico, en vez de aplicar de manera consecuente también a este aspecto de la realidad global social el único método materialista y por lo tanto científico que Marx y Engels tanto pugnaron por inculcarles. En vez de concebir junto a la vida social y política, la vida espiritual, y junto al ser y devenir sociales, en el sentido más amplio de la palabra (como economía, política, derecho, etc.), la conciencia social en sus diferentes manifestaciones, como elemento integrante de la realidad social total, aunque como elemento ideal (o “ideológico”); en vez de esto, se caracteriza la conciencia de modo totalmente abstracto y, en el fondo, metafísico-dualista, como el reflejo de un proceso evolutivo material que, en definitiva, es lo único que se considera real, reflejo totalmente independiente, o, por lo menos, relativamente independiente, pero dependiente en última instancia de dicho proceso evolutivo material.¹⁴⁰

El problema central que plantea Korsch en *Marxismo y filosofía* se puede formular del siguiente modo: “Para el materialismo dialéctico moderno es esencial en primer lugar interpretar teóricamente y tratar prácticamente como realidades a las creaciones espirituales como la filosofía o cualquier otra ideología.”¹⁴¹ O también: “Para el méto-

¹³⁷ *Ibid.*, p. 74 [p. 56].

¹³⁸ *Ibid.*, p. 83 [p. 66].

¹³⁹ *Ibid.*, p. 73 [p. 55].

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 72 [pp. 54-55].

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 66 [p. 48].

do no abstracto-naturalista sino dialéctico y, por lo tanto el único científico, del materialismo de Marx y Engels, la conciencia precientífica y extracientífica, así como la misma conciencia científica, no se enfrentan independientemente al mundo natural, y mucho menos aún al histórico-científico, sino que se integran en él como una parte real, efectiva aunque espiritual e ideal, de ese mundo natural e histórico-social.”¹⁴²

La historia de la conciencia se armoniza, pues, con la historia del desarrollo y de las relaciones sociales, a través de una relación compleja que de ninguna manera es lineal. El criterio que guía la historización de las “estructuras espirituales” no consiste en reducir las significativamente a otras realidades más “concretas”, sino en conectarlas dialécticamente con el contenido político-social de una totalidad histórica concreta. Por ejemplo, al referirse al “idealismo alemán”, Korsch dice:

Cualquier intento de comprender en su contenido esencial y en toda su importancia el desarrollo de esta gran época del pensamiento filosófico, que en los libros de historia por lo general se registra como la época del “idealismo alemán”, forzosamente fracasará mientras se ignoren del todo o se consideren sólo superficialmente, a manera de una consideración a posteriori, los nexos, sumamente importantes para la forma y el curso de esta evolución histórica, que vinculan el “movimiento del pensamiento” en esta época con el “movimiento revolucionario” simultáneo.¹⁴³

La *realidad* de la ideología (estructura espiritual de la sociedad) y su situación de parte constitutiva del proceso histórico en su conjunto suponen más bien una referencia de relación y no simplemente una *aclaramiento* y menos aún una *coincidencia* de la conciencia con la realidad, una referencia de “identidad y no identidad” dialéctico-materialista. Sobre todo postulan la categoría de totalidad, o la reestructuración global del desarrollo histórico, del que la teoría marxista es al mismo tiempo parte y “expresión general”.¹⁴⁴

Korsch no presenta al marxismo como una expresión teórica directa de la lucha de clase del proletariado, por lo menos en el caso en que se discute en forma independiente la relación de la conciencia con la realidad, sino que “en el escenario del desarrollo de la historia de las ideas” lo presenta como “expresión teórica del movimiento revolucionario de la clase proletaria” y de todo el proceso histórico determinado por el movimiento de las luchas de clase y por la constitución

¹⁴² *Ibid.*, p. 79. [p. 63].

¹⁴³ *Ibid.*, p. 44. [p. 26].

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 53 [p. 37].

de la clase proletaria, principalmente. Tal como “la filosofía idealista alemana [. . .] [fue la] expresión teórica del movimiento revolucionario de la clase burguesa”.¹⁴⁵

La ratificación por parte de Korsch de la realidad de la conciencia es una manifestación de la búsqueda por volver a vincular la teoría con el movimiento histórico revolucionario de la clase trabajadora y de la necesidad de definir las formas que garanticen esta vinculación y el valor precursor y emancipador de la teoría. Esto es evidente también en el pasaje en que sostiene la “coincidencia de conciencia y realidad”, siempre y cuando no se extrapole dicha afirmación, científicamente equívoca, del contexto en que se encuentra y sobre todo de la problemática en la cual se incorpora. Lo que pretende recalcar Korsch con esto es que “esta *coincidencia* [. . .] tiene por consecuencia el que las relaciones materiales de producción de la época capitalista sólo sean lo que son en relación con las formas de conciencia en que se reflejan, tanto en la conciencia precientífica como en la científica (burguesa) en esa época—, [y sin las cuales] estas formas de conciencia no podrían existir en realidad. Sin esta coincidencia, *una crítica de la economía política jamás hubiera podido llegar a ser el elemento más importante de una teoría de la revolución social*”.¹⁴⁶ Lo que le interesa a Korsch en esta obra es ratificar que la realidad de la conciencia es el vínculo fundamental entre la dialéctica y la concepción materialista de la historia, ya que define la base de la misma teoría marxista. En primer lugar, porque las formas de conciencia señalan el terreno en el que se constituyen las clases y se define el mismo proceso histórico como historia de la lucha de clase. De otro modo no se podría penetrar en él en forma materialista, si se separaran las formas de conciencia y los procesos reales. En segundo lugar, porque si negáramos la realidad de la “estructura espiritual” de la sociedad, la misma teoría marxista vería nulificada su referencia histórica real, o su incidencia práctica y su orientación revolucionaria. Aunque la base materialista de la teoría no consiste en su relación clara y diáfana con temas empíricos, clases y grupos sociales; sino más bien en una teoría de la *referencia real* que define la vinculación dialéctica de su contenido político-social con la totalidad del proceso histórico. “Para decirlo en términos hegeliano-marxistas”, dice Korsch, “el origen de la teoría marxista es sólo el ‘otro lado’ de la aparición del movimiento de clase proletario real y únicamente los dos lados juntos forman la totalidad concreta del proceso histórico.”¹⁴⁷

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 47 [p. 29].

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 77 [p. 69].

¹⁴⁷ *Ibid.*, pp. 47-48 [p. 30].

La ratificación del fundamento materialista del marxismo no sólo tiene un valor historiográfico (relativo a la historia del marxismo) o cognoscitivo (relativo a la búsqueda materialista de la “estructura espiritual de la sociedad”). Define también la base concreta del carácter crítico del marxismo, que aun bajo la *forma de la teoría* tiene una importancia práctica y actual. El marxismo “se propone [...] la ‘crítica’ de la filosofía burguesa, ‘la crítica’ de la historiografía burguesa, la ‘crítica’ de todas las ‘ciencias humanas’ burguesas; en una palabra, la ‘crítica’ de la ideología burguesa en su conjunto [...]. No se efectúa de manera ‘imparcial’, sino que guarda íntima relación con la lucha de la clase proletaria por su emancipación [...]”.¹⁴⁸ En su conexión con la *crítica práctica* de la formación social capitalista en su conjunto, que desarrolla históricamente el movimiento obrero, el marxismo es una “teoría de la *evolución social*, concebida y comprendida como totalidad viva, más exactamente: de la *revolución social* concebida y aplicada como totalidad viva”.¹⁴⁹ Por lo menos en la tematización refleja de la forma de la teoría marxista y en la afirmación de su carácter crítico, no existen las aporías encontradas en los análisis histórico-políticos en los que opera prácticamente. La definición del marxismo como *teoría de la revolución social proletaria* no se refiere a una relación clara con la fenomenología empírica de la insubordinación obrera, sino a un vínculo dialéctico, por elaborar teóricamente, con el contenido político-social de la lucha de clase del proletariado.

Cimentado así el contenido revolucionario del marxismo en el carácter crítico de su forma teórica, esta última requiere absolutamente la *globalidad* del proceso cognoscitivo. “[...] según la concepción materialista de la historia bien entendida, es decir, concebida revolucionariamente como teoría, dialéctica y práctica, no puede haber ciencias parciales, aisladas, independientes las unas de las otras; como no puede haber una investigación puramente teórica, científica, sin supuestos y al margen de la praxis revolucionaria”.¹⁵⁰ “La teoría global y unitaria de la revolución social ha sido transformada” por los “epígonos” y en el “marxismo ortodoxo” “en una crítica científica de la economía burguesa y del Estado burgués, de la educación pública, de la religión, del arte, la ciencia, y las demás formas de la cultura burguesa; crítica que ya no desemboca necesariamente, por todo su carácter, en una práctica revolucionaria, sino que igualmente bien puede realizarse, y de hecho en la mayoría de los casos así sucede en su práctica real, en una serie de anhelos *reformistas* que en un

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 89 [p. 100].

¹⁴⁹ *Ibid.*, pp. 54-55 [p. 38].

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 57 [p. 40].

principio no transgreden el terreno de la sociedad burguesa y su Estado”.¹⁵¹

Aplicándoles al problema de la relación entre marxismo y filosofía (conjunto de la ideología) los esquemas propuestos por Lenin en *El Estado y la revolución*, con el fin de “establecer el marxismo revolucionario” dentro del tema de la teoría del Estado y con el fin de explicar por qué se ha dispersado durante la II Internacional, Korsch llega a la conclusión de que también el ofuscamiento de la forma teórica, crítica y revolucionaria del marxismo, durante el mismo periodo, debe buscarse en el hecho de que los marxistas “en general se han preocupado muy poco de los problemas de la revolución”.¹⁵² La única manera correcta de explicar este fenómeno es aplicando el marxismo a su propia historia e intentando “comprender todas las transformaciones, desarrollos, retrocesos y atrofias de esta teoría marxista, tanto en su forma como en su contenido, desde su nacimiento del idealismo alemán, como productos necesarios de su tiempo (Hegel) o, más exactamente, comprenderlos en su condicionamiento por la totalidad del proceso histórico-social del que son expresión general” (Marx). “Durante el largo periodo en el cual el marxismo se había ido difundiendo paulatinamente sin tener realmente grandes tareas revolucionarias que resolver en la práctica, también habían dejado de existir para la mayoría de los marxistas ortodoxos los problemas revolucionarios en el plano teórico.”¹⁵³ O bien, el fundamento real de las deformaciones científicas y éticas que polarizan la tradición revisionista y ortodoxa del marxismo de la II Internacional está dado por la vinculación dialéctica de dichas formas teóricas con los contenidos políticos del proceso histórico global, dentro del cual el movimiento obrero y las luchas concretas de clase no han rebasado nunca la barrera económica.

Así pues, en la *teoría de la ideología* que circula desde el principio hasta el fin en el ensayo de 1923, el rescate del carácter *crítico* y *materialista* del marxismo y el replanteamiento de la categoría de *totalidad* que determinan directamente las características *revolucionarias*, presentan el problema de la *forma de la teoría de una manera relativamente independiente* de las vicisitudes inmediatas de la biografía política y del análisis histórico de Korsch. La forma teórica del marxismo elaborada por él no cabe dentro del horizonte empírico-historicista que caracteriza estas vicisitudes y no puede dar lugar tampoco a las deformaciones teóricas que le achacan Rusconi y Ceppa. Dicha forma le sirve a Korsch para definir su problema y su relación, como

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 59 [p. 42].

¹⁵² *Ibid.*, p. 51 [p. 35].

¹⁵³ *Ibid.*, pp. 53 y 61 [pp. 37 y 44].

teórico, con el movimiento revolucionario. Eso no quiere decir que dicha problemática no esté determinada históricamente y no tenga que vincularse con la coyuntura histórica que evidentemente le da vida y circula a través de ella. Quiere decir, más bien, que esa coyuntura se toma de acuerdo con categorías y proyecciones teóricas mucho más complejas que corresponden a la situación empírica de la biografía política de Korsch. Por otra parte, él mismo no deja de elaborar explícitamente las referencias reales de su propia problemática teórica. “También aquí —dice refiriéndose al cuestionamiento de la relación entre marxismo y filosofía—, de igual modo que en el problema de *marxismo y Estado*, la tarea teórica surge en realidad de las necesidades y exigencias de la praxis revolucionaria.”¹⁵⁴ Aunque la praxis revolucionaria a la que se refiere directamente es una *práctica teórica que constituye una expresión general de las características profundas y de las leyes del movimiento de toda una nueva época histórica*, la época de la “actualidad de la revolución proletaria” y de la transición al comunismo a escala mundial, abierta por la Revolución de octubre.

“[. . .] en la nueva época revolucionaria de la lucha de clases en la que hemos entrado ya”, dice, “el gran problema capital de la relación entre la revolución proletaria y la *ideología*, tan descuidada por los teóricos socialdemócratas como el problema político-revolucionario de la dictadura del proletariado”.¹⁵⁵ La “praxis revolucionaria” a la que se refiere es, pues, una práctica teórica que no logra evitar, por razones históricas, el hacerse cargo y la solución de los “problemas ideológicos de transición”.¹⁵⁶ Entre ellos, el replanteamiento del problema de la forma de la teoría ocupa el primer lugar, en la medida en que la “actualidad de la revolución” conduce a la necesidad “del restablecimiento consciente de la íntima relación entre la teoría y la praxis en el marxismo revolucionario”,¹⁵⁷ ya que este último muestra tanto el propio valor cognoscitivo-emancipador como su función de campo de verificación de la coherencia revolucionaria de la práctica política, en la determinación del carácter crítico de su forma teórica.

Vinculadas a una referencia histórica de largo plazo constituida por el carácter transitorio de la época abierta por la revolución rusa en la historia mundial, las características que Korsch reivindica en el ensayo de 1923 para el marxismo revolucionario deben valorarse a la luz de problemas mucho más complejos y de más largo plazo que los que él mismo encuentra y no logra resolver, a nivel individual, durante

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 64 [p. 47].

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 65 [p. 47].

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 64 [p. 47].

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 63 [p. 45].

estos años. Toda la problemática de *Marxismo y filosofía*, así como las contribuciones que hace Korsch a la teoría materialista y crítica de la ideología, constituyen más bien un reflejo teórico de la adhesión de Korsch al leninismo y de la hipóstasis del modelo bolchevique en el que pretende, en esos años, encontrar las proyecciones políticas adecuadas para la acción autónoma obrera-actualidad revolucionaria. Forman parte importante de una cuestión permanente del marxismo, como es la de la relación entre teoría y praxis, entre teoría y movimiento, y forman parte constitutiva de los problemas teóricos de la época de transición.

El contenido político-social de la argumentación sobre la forma de la teoría resulta evidente, a esta altura, tanto por su riqueza como por su actualidad. “[...] en una nueva época revolucionaria los enunciados teóricos de los comunistas, que constituyen la expresión teórica de este movimiento, deben adoptar la misma forma expresamente revolucionaria que adopta el movimiento revolucionario”.¹⁵⁸ La totalidad histórica concreta, de contenido político, guarda una relación dialéctica con la discusión korschiana de que la forma del marxismo constituye la *actualidad de la revolución*. En general, el hecho de que Korsch se radicalice a nivel político y operativo, en términos subjetivos, activistas y pragmáticos, no le resta validez hermenéutica y significativa, ya que dicha validez indica el carácter renovado del proceso histórico, su nueva determinación esencial y la ley del movimiento fundamental. Incorporar en términos correctos la argumentación korschiana de las formas teóricas a la historia significa incorporarla al dominio de la época de transición. Las características y la validez de la forma teórica del marxismo propuestas por Korsch se miden en función del contenido histórico de dicha categoría. Ya se trate de la afirmación de la *realidad* de las formas de conciencia, de la vinculación materialista de la teoría y el movimiento (práctica teórica y práctica política), de la recuperación de la categoría de totalidad, en relación con la globalidad de la crítica práctica de la formulación social capitalista, en la que la clase trabajadora proyecta el contenido de su acción revolucionaria, y del carácter crítico del marxismo o del hecho de ser parte y forma constitutiva del movimiento histórico de la praxis revolucionaria.

¿Es posible no darse cuenta, a través de la insistencia korschiana sobre la realidad de la ideología, del esfuerzo por adecuar teóricamente la profundidad y la incidencia que tienen las instituciones y aparatos hegemónicos en las cimas del desarrollo capitalista como la que representa Europa occidental? ¿Para qué plantear el problema de la “supresión” o “realización” de la “filosofía” dentro de la revolución

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 62 [p. 45].

proletaria, si no es como un reflejo de la enorme relevancia que tienen las “estructuras espirituales” en la producción social del capitalismo desarrollado? El hecho de que Korsch considere esencial para el rescate dialéctico y revolucionario del marxismo no sólo el “problema del Estado” en los términos en que Lenin lo había replanteado, sino también el problema de la relación entre “la *filosofía* y la revolución social del proletariado”¹⁵⁹ y entre “la revolución social con la *filosofía*”, y el hecho de que no considere suficiente el “restablecimiento” de los “elementos revolucionarios” del marxismo, emprendido por Lenin, y proponga integrarlo a través de la discusión de ese tema, pone de manifiesto su conocimiento sobre la existencia de un elemento básico en la problemática de la revolución socialista de occidente, que no existía en la revolución de octubre. Por otra parte, en esto consiste el “meollo racional” de la obsesión antijacobina que ocupa gran parte de su reflexión política sobre la revolución proletaria y sobre sus limitaciones teórico-políticas de toda la tradición marxista, desde 1926 en adelante.

La dificultad principal del problema de la hegemonía, problema que no ha podido ser resuelto por el movimiento obrero de los países con un alto desarrollo capitalista y que ocupa un lugar central en la transición al comunismo en Occidente, se encuentra pues en el aspecto exterior de una reflexión sobre la ideología y sobre el cuestionamiento de la forma de la teoría marxista. No se le puede negar a *Marxismo y filosofía* el mérito de haberlo señalado y considerado como tal, y de haberlo presentado en formas que de ninguna manera pueden considerarse infecundas.

Korsch plantea aquí la cuestión de la “descomposición *indisjecta membra* de la teoría unitaria de la revolución social” producida por obra de los “epígonos” de Marx y Engels y por las principales corrientes teóricas de la II Internacional. Denuncia la ruptura producida entre la teoría y la praxis, entre el marxismo teórico y el movimiento obrero, después de que “los marxistas han interpretado posteriormente el socialismo científico cada vez más como una suma de conocimientos puramente científicos, sin relación *inmediata* con la práctica política o de cualquier otra índole de la lucha de clases”.¹⁶⁰ A esto le contraponen la *globalidad* del marxismo revolucionario (“teoría global y unitaria del proceso social”). ¿Qué otra cosa puede ser la descomposición teórica y cientista del marxismo de la II Internacional, según la formulación de Korsch, sino la reducción, dentro del movimiento obrero, de las formas burguesas de rompimiento y re-

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 65 [p. 47].

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 57 [p. 40].

conciliación antagónica de la inteligencia científica con la clase trabajadora y de los intelectuales con las masas? Tras la tenaz oposición de Korsch a este proceso no se oculta otro problema que el de una nueva vinculación entre los intelectuales marxistas y la clase trabajadora en la época de la revolución proletaria y de una reconciliación entre los intelectuales y las masas en la sociedad de transición. El análisis marxista sobre la sociedad no puede repetir las formas científicas de las disciplinas “burguesas”, recibiendo de ellas, de manera subrepticia, el estatuto teórico. La apropiación teórica del marxismo por parte de los intelectuales no puede estar separada de su transformación “práctica”, ni de la definición de su nueva relación con las masas, al interior del contenido teórico y político que indica la tarea cognoscitiva. *La globalidad y el carácter crítico* son características indispensables del marxismo revolucionario tanto para combatir la separación social al interior del movimiento obrero que se apoya sólidamente en la división capitalista del trabajo, como por el hecho de que no es posible “suprimir” dicha escisión sin realizar una crítica pertinaz y práctica de la realidad de su contenido político y de su aparato social. “[. . .] en virtud de la conexión indestructible de todos los fenómenos reales en el seno de la sociedad burguesa”, dice Korsch, “las formas de conciencia no pueden ser suprimidas por el puro pensamiento. [. . .] La supresión de estas formas de conciencia social, en el pensamiento y en la conciencia, sólo es posible con la subversión objetiva y práctica de las relaciones materiales de producción mismas, captadas hasta ese momento bajo esas formas.”¹⁶¹ De ahí que siga teniendo actualidad la afirmación de Korsch en el sentido de que “si se formula así la cuestión de las relaciones entre marxismo y filosofía, resalta claramente que no se trata de divagaciones sin sentido, sobre asuntos ya concluidos hace tiempo, sino de un problema teórica y prácticamente muy importante aún hoy”.¹⁶²

Derrotar el economicismo a nivel del capitalismo avanzado significa elevar la práctica política del movimiento obrero y la práctica teórica del marxismo no sólo al nivel del Estado-cohesión, sino también a la altura de sus “instrumentos de hegemonía”. En esto consiste, en el fondo, el problema planteado por Korsch en *Marxismo y filosofía*, obra en la que empieza a aparecer el embrión de una *teoría de la reproducción social*, que sobre esas bases podría haberse desarrollado como una concepción de la revolución proletaria sin lugar a duda más desarrollada que la de Lenin, y que, por el hecho de haber relacionado el problema del Estado con el problema de los intelectuales, se orienta *en términos de hegemonía*.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 80 [p. 63].

¹⁶² *Ibid.*, p. 51 [p. 34].

Claro está que Korsch no va más allá, en este campo. No elabora una teoría sobre la reproducción adecuada a los problemas de la revolución en Occidente, ni es capaz de comprometer, de una manera fructífera, sus mismos instrumentos teóricos en análisis históricos y políticos concretos, como ya hemos visto. Debemos tratar de explicar por nuestra parte este fenómeno y lo vamos a hacer al final de este ensayo. Aquí nos interesa reafirmar el postulado de la relativa autonomía de la discusión de la forma de la teoría con respecto a la biografía política e intelectual de Korsch, de acuerdo con lo que hemos tratado de demostrar y que nos permite distinguir los elementos vitales de su problemática y su pertenencia a nuestra época histórica. El replanteamiento de la discusión sobre las formas teóricas en el *Karl Marx* aporta, según nuestra opinión, una confirmación más de esta afirmación.

Como ya lo dijimos anteriormente, no nos convencen las afirmaciones de Ceppa (en parte sugeridas por Rusconi en sus estudios korschianos anteriores al ensayo de Ceppa y en parte compartidos por la introducción a los *Escritos políticos*, que es posterior a él) sobre el papel que desempeña el “principio de la especificación histórica” dentro del marxismo de Korsch y en la forma teórica del marxismo que subyace detrás de este principio y que le sirve de pauta. Nosotros no creemos que esto sea lo que “transforma en Korsch el concepto de *constitución* teórico-formal del dato en un concepto sobre su mismo *reflejo* genético”, determinando “la transposición de la problemática *dialéctica* de la ‘constitución’ histórica en la problemática *positivista* de la ‘especificación’ empírica”.

El principio de la especificación histórica distingue, según Korsch, la forma teórica de la crítica de la economía política, tanto de la típico-abstractiva de las ciencias sociales burguesas, como de la empírico-individualizadora de las ciencias históricas de la burguesía. Esta distinción es indispensable porque, si las primeras, debido a su forma teórica y a su implantación epistemológica, están distorsionadas por el proceso clásico de trasposición de la empiria en especulación y por la consiguiente reasunción subrepticia de la empiria, superada pero no mediatizada (con evidentes resultados apologeticos, más que científicos), las segundas, debido a su implantación epistemológica empírico-individualizadora, renuncian a la formulación misma de las leyes sociales. Por el contrario, tanto por lo que se refiere a las primeras como a las segundas, el marxismo se distingue por tratar de conocer las leyes del movimiento de la sociedad capitalista y por su intento de llegar a la formulación de leyes y de vincular estas últimas a sujetos históricos concretos. Según Korsch, la solución de esta tarea episte-

mológica y materialista básica le corresponde al principio de la especificación histórica.

Marx critica el procedimiento superficial y arbitrario con el cual los teóricos burgueses de la sociedad subsumen bajo unos mismos *conceptos generales abstractos* las relaciones y circunstancias específicamente diversas de diversos estadios evolutivos históricos, y así deslizan “bajo cuerda las relaciones y circunstancias *burguesas* como leyes naturales inviolables de la sociedad *en abstracto*”. También critica la renuncia a toda concepción teórica que se presenta como ideal a la “escuela histórica” y a otros irracionalistas.¹⁶³

En cambio, “el primer principio básico de la nueva ciencia revolucionaria de la sociedad es el principio de la especificación histórica de todas las relaciones y circunstancias sociales”. O también, “Marx concibe todas las instituciones, relaciones y circunstancias de la sociedad burguesa en su particularidad histórica”.¹⁶⁴

Lo que permite definir el contenido histórico y específico de las categorías que constituyen la ciencia de Marx sobre la sociedad no es su relación *directa* con determinado contenido empírico, sino la vinculación que se les atribuye dentro de un *todo* teórico propio de la “sociedad burguesa” y especificado históricamente (o productor de un conocimiento histórico real de la sociedad burguesa que la distingue de las demás formas y regula su movimiento), gracias a la identificación de la relación social *que domina* en ella. Gracias al principio de la especificación histórica, Korsch señala que en Marx el contenido histórico-social de las categorías de la crítica de la economía política no se derivan de su historia (de un supuesto desarrollo lineal que pasa de manera indefinida a través de los distintos modos de producción) sino, más bien, del papel que las relaciones sociales representadas por ellas asumen dentro del modo capitalista de producción.

Del mismo modo que la propiedad de la tierra y que las diferentes formas del capital, entiende Marx todas las demás categorías en la configuración específica y en el contexto específico en que aparecen en la moderna sociedad burguesa. Marx no trata los conceptos económicos como categorías generales de validez atemporal. Su tema no es la evolución histórica del dinero, del tráfico mercantil, del trabajo asalariado, ni de la cooperación y la división del trabajo, etc., cosas todas que han existido en otras formas específicas y en otra relación con el todo del modo de producción dominante en otras épocas históricas. Marx discute estos temas históricos sólo en la medida en que resulta necesario para su tema principal, que es el análisis de las formas específicas que toman estas categorías en la moderna sociedad burguesa.¹⁶⁵

¹⁶³ Karl Korsch, *Karl Marx, op. cit.*, p. 57 [p. 67].

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 11 [p. 25].

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 18 [pp. 31-32].

Lejos de señalar una forma de empirismo o de positivismo en la posición de la teoría, el principio de la especificación histórica designa, en cambio, la ruptura epistemológica que a través de la crítica de la economía política se opera con relación a la antropología ideológica (más o menos ingenua) que rige el campo teórico de todas las ciencias burguesas de la historia y de la sociedad.

Para los profetas del siglo XVIII, sobre cuyos hombros se encuentran aún Smith y Ricardo, el *individuo* liberado de los vínculos feudales de la Edad Media parece el punto de partida natural de toda la vida social; el punto de partida de la nueva concepción social es una *conexión* social dada para el individuo con independencia de su conocimiento y de su voluntad. Para la concepción burguesa las cosas y las conexiones "económicas" se enfrentan al ciudadano individual externamente, como medios de sus fines privados y como constricción práctica de sus acciones; según la nueva concepción, los hombres y todas sus acciones se mueven desde el principio en las relaciones sociales determinadas que nacen del estadio de desarrollo de la *producción material* en cada caso.¹⁶⁶

Ciertamente, Korsch establece un vínculo preciso entre la especificidad histórica de las categorías de la crítica de la economía política y su contenido empírico. Pero dicha relación no se establece de acuerdo con una conexión directa ("explícita" o de "reflejo genérico") entre teoría y empiria, sino como una conexión entre cada categoría y el conjunto de las demás categorías que forman un *todo teórico* y que permiten identificar una formación social y los procesos históricos "tangibles" y "empíricamente verificables". La vinculación de cada una de las categorías sociales con su referencia "empírica" (histórica) está siempre mediatizada por el movimiento de un *todo teórico*, tiene un valor que no es ni expresivo ni especular, y se identifica directamente con la vinculación a un concreto de pensamiento y no a un concreto real.

Incluso en el concepto más general de "valor" —dice Korsch—, distinguido del "valor de cambio" como forma exterior de manifestación suya (concepto más general de valor que algunos intérpretes benévolo —esto es, superficiales— de Marx querrian escamotear de la teoría económica de Marx por considerar que es un concepto que sabe a escolástica, realismo en la disputa de los universales, idealismo hegeliano y no sé qué más, todos ellos de poca reputación para la ciencia "materialista") tenemos, exactamente igual que con la mercancía, la mercancía fuerza de trabajo, dinero, capital, etc., algo efectiva, tangible, empíricamente verificable en *concreta conexión con otras determinaciones de la realidad social histórica* que constituye la materia de toda investigación económica.¹⁶⁷

¹⁶⁶ *Ibid.*, pp. 145-146 [pp. 151-152].

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 20. La cursiva es mía [p. 34].

El principio de la especificación histórica postula, además, una *transposición* de la relación positivista e historicista entre teoría y empiria.

Esta transposición se manifiesta a través de la tergiversación de la relación que existe entre el *proceso histórico* y el proceso lógico en el interior de la ciencia de Marx sobre la sociedad capitalista, en la medida en que el tiempo histórico de la sociedad burguesa o el sistema de vinculaciones que definen su teoría y su desenvolvimiento permiten conocer científicamente las formas sociales que la preceden así como los procesos de transición de una a la otra. Marx, afirma Korsch, “tampoco se ha opuesto en esencia a la aplicación de conceptos obtenidos en el estudio de la presente sociedad burguesa a las relaciones de épocas históricas anteriores. Él mismo ha admitido como punto de partida que en las categorías de la sociedad burguesa, por ser ésta la forma histórica más desarrollada y variada de organización de la producción, hay una clave para la comprensión de las épocas anteriores de la formación social económica.”¹⁶⁸ En esta forma ha liberado el concepto de desarrollo histórico de su reducción a los términos *evolucionistas* y apologeticos burgueses, abriendo el camino a una ciencia que trata el desarrollo como un sondeo empírico de los procesos históricos y que se basa en las relaciones de la totalidad teórica constituida por la crítica de la economía política:

Mientras que los teóricos burgueses de la evolución, con Spencer a la cabeza, se imaginan poder explicar la compleja organización de las especies animales (y de las formas sociales) superiores mediante las organizaciones, más simple, de las especies y formas sociales más sencillas, inferiores, Marx destruye esta ilusión con la proposición paradójica: “*La anatomía del hombre es una clave de la anatomía del mono*”. Con esta conciencia crítica se elimina todo el encanto de la ingenua metafísica evolucionista y el “desarrollo” se convierte de axioma válido a priori en un principio de investigación que en cada caso se tiene que verificar empíricamente. El que la sociedad burguesa dé la “clave” de la sociedad antigua no implica en modo alguno que categorías como las de mercancía, dinero, Estado, derecho, hayan de tener para la sociedad antigua y su modo de producción la misma importancia y significación que tienen para la moderna producción capitalista de mercancías y para la sociedad burguesa basada en ella. Y al romperse el apriorismo del axioma evolucionista se abre el campo a la investigación *empírica*.¹⁶⁹

De acuerdo con el principio de la especificación histórica, la referencia a las categorías de la crítica de la economía política, ya sea individualmente o en conjunto, no coincide con el contenido empírico

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 32 [pp. 44-45].

¹⁶⁹ *Ibid.*, pp. 33-34 [pp. 46-47].

inmediato sino con un vínculo de relación, que la crítica de la economía política en su conjunto, y cada una de las categorías de acuerdo con las vinculaciones que las unen en su interior, presentan a través del desarrollo (de la sociedad capitalista en particular).

Como hemos ya dicho, Marx ha expuesto en su análisis teórico de la moderna sociedad burguesa todas las relaciones de esa sociedad y todas las fases de su desarrollo como particulares e históricas. El punto de vista específico se mantiene siempre, incluso cuando pasa de la forma determinada de la *sociedad burguesa* a la consideración general de una serie de “*épocas progresivas de la formación social económica*” sucesivas (pasadas, presentes, futuras). El interés capital no está en el concepto general de “*formación social económica*” en sí, sino en los rasgos específicos por los cuales se *diferencia* cada determinada sociedad histórica de la nota común a toda sociedad en general, y en los que, por lo tanto, consiste su desarrollo.¹⁷⁰

De ahí que la especificación histórica de la crítica de la economía política en su conjunto no se deriva del “reflejo” de una determinada realidad empírica o época histórica particular, sino de su vinculación dialéctica con el contenido político de una determinada totalidad histórica, con las *leyes de desarrollo* de la formación social capitalista.

Esto permite restablecer la prioridad del dato empírico sobre el plano histórico (materialismo) o bien, como señala Marx en la *Introducción de 1859* que Korsch cita para apoyar la trasposición epistemológica del proceso histórico y del proceso lógico en la constitución de la crítica de la economía política, permite afirmar también que, “como en toda ciencia social histórica, hay que tener siempre presente en el funcionamiento de las categorías económicas que el sujeto está dado igual en la realidad que en la cabeza; el sujeto es aquí la moderna sociedad burguesa, y las categorías expresan formas de existencia, determinaciones de la existencia, a menudo sólo aspectos aislados de esa determinada sociedad, de ese sujeto”.¹⁷¹ La ciencia totalmente crítica y desarrollada de la sociedad burguesa supone ante todo su existencia histórica plena y difundida. La ley que determina el desarrollo define al mismo tiempo la existencia histórica de la sociedad y la especificidad de su existencia.

Al relacionar la crítica de la economía política con el pleno desarrollo de la sociedad burguesa, el principio de la especificación histórica, en lugar de definir una vinculación *clara y nítida* entre *historia* y *ciencia* de la sociedad capitalista, define el carácter *crítico* de la misma. Una vinculación mediante la cual “la comprensión histórica y la correspondiente autocrítica se pueden considerar iniciadas en la so-

¹⁷⁰ *Ibid.*, pp. 61-62. La última cursiva es mía [pp. 71-72].

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 20 [p. 34].

ciudad burguesa tras la victoria definitiva del principio burgués por la gran Revolución francesa y la completa explicitación de la nueva situación burguesa a comienzos del siglo XIX".¹⁷² Ya que a partir de esta fase el "progreso real de la ciencia social no consiste ya en un desarrollo positivo de los principios burgueses, sino en su crítica".¹⁷³ O sea, la vinculación dialéctica de la crítica de la economía política con el contenido de la totalidad histórico-capitalista, que se establece gracias al principio de la especificación histórica, la une con el desarrollo del movimiento obrero y de las luchas de clase y con su transformación en ley histórica del movimiento de toda la formación social, individualizando así el referente real de su forma peculiar de crítica y atribuyéndole por lo mismo un carácter revolucionario. De ahí que Korsch pueda concluir toda la primera parte del *Karl Marx*, dedicada especialmente a ilustrar el alcance epistemológico del principio de la especificación histórica, diciendo:

De acuerdo con su carácter general aquí expuesto, la teoría de Marx es una nueva ciencia de la sociedad burguesa. Esta nueva ciencia aparece en el momento en que a la clase burguesa, dominante en esta sociedad, en su estado, en su ciencia, se enfrenta el movimiento independiente de una nueva clase social. La ciencia marxista representa frente a los principios burgueses las nuevas concepciones y aspiraciones de esta clase oprimida en la sociedad burguesa. En este sentido no es una ciencia positiva, sino una ciencia crítica. Especifica la sociedad burguesa y estudia las tendencias visibles en su desarrollo presente y el camino de su futura subversión práctica. En este sentido es, al mismo tiempo que teoría de la sociedad burguesa, teoría de la revolución proletaria.¹⁷⁴

Por si no fuera suficiente afirmar el carácter dialéctico de la vinculación entre ciencia e historia de la sociedad capitalista, y persistiera la idea de que la revinculación de la crítica de la economía política con la historia del movimiento obrero y de las luchas de clase realizada por el principio de la especificación histórica contiene un punto de vista positivista de la teoría, que la condena al empirismo y a la impotencia, permítasenos citar advertencias que el mismo Korsch hace al respecto. Precisamente en la última página del *Karl Marx*, al retomar a modo de conclusión la teoría del referente real al que considera que se le ha confiado el carácter materialista y crítico del marxismo, sostiene una vez más que:

¹⁷² *Ibid.*, pp. 41-42 [pp. 52-53].

¹⁷³ *Ibid.*, p. 45 [p. 56].

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 71 [p. 80].

El fundamento último de la nueva ciencia marxiana no está ni en Hegel ni en Ricardo, ni en la filosofía burguesa ni en la economía burguesa. La investigación materialista de la sociedad y la teoría proletaria de la revolución marxianas tienen su arranque e impulso decisivo en la realidad del desarrollo histórico: en las grandes revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII y en el nuevo movimiento revolucionario de la clase proletaria en el siglo XIX.

Por si no bastara la advertencia de que la vinculación así establecida entre la teoría sobre la sociedad burguesa civilizada y la teoría sobre la revolución proletaria no implica la traslación directa de valor de una a la otra, sino una relación recíproca que nos lleva a la vinculación dialéctica de la crítica de la economía política con el contenido político y las características del desarrollo real de la totalidad histórica burguesa, si esto no fuera suficiente, repito, Korsch siente a esta altura la necesidad de señalar con precisión que:

Una exposición genética mostraría la exactitud y la fuerza con las cuales en cada inflexión del desarrollo teórico de la doctrina marxiana se refleja una nueva fase de la historia real de la sociedad y de las nuevas experiencias de la lucha de clase proletaria. Pero esta estrecha relación entre la historia real de la sociedad y la teoría marxiana materialista no es simplemente un mero reflejo pasivo de la realidad en la teoría. Lo que Marx y Engels han obtenido de la historia real del movimiento proletario en forma de percepciones y conceptos teóricos lo han devuelto en seguida en forma de participación directa en las luchas de la época y en impulsos históricamente eficaces hasta el día de hoy para la ampliación y la intensificación de esas luchas.¹⁷⁵

Por otro lado, no se debe subestimar el hecho de que *la contradicción* constituye el objeto del análisis de la crítica de la economía política determinada gracias al principio de la especificación histórica, algo completamente distinto de lo empírico en el sentido de la posición positivista de la ciencia. Además, es un objeto que nos lleva a la revinculación de la dialéctica de Marx con la dialéctica de Hegel, a la forma y al contenido dialéctico en los que se manifiesta el carácter crítico del marxismo. Con la ulterior precisión de que, en la crítica de la economía política, “la ‘contradicción’ hegeliana se sustituye por la lucha de las clases sociales, la ‘negación’ dialéctica se sustituye por el proletariado y la ‘síntesis’ dialéctica, por la revolución proletaria y el paso a un estadio histórico superior de desarrollo de la sociedad”.¹⁷⁶ Con esto “es posible reconocer [...] la enorme diferencia que hay entre Marx y Hegel”, ya que el primero como “glorificador de las instituciones existentes y del progreso moderado en el estrecho

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 264. La cursiva es mía [pp. 258-259].

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 203 [p. 203].

marco del Estado prusiano de su época, ha limitado explícitamente la validez de su principio dialéctico al desarrollo *pasado* de la sociedad y ha dejado el proceso futuro, de un modo conscientemente irracional, "al tope que sigue hurgando en el interior".¹⁷⁷

No creemos que la estructura teórica del principio de la especificidad histórica sea responsable de los defectos de empirismo e historicismo que Ceppa le atribuye y que hemos señalado a lo largo de la investigación sobre el análisis histórico político de Korsch. Sobre todo, no creemos que se le pueda atribuir la falta de una distinción entre la forma empírica y lógica de la investigación sobre la representación científica,¹⁷⁸ por la sencilla razón de que Korsch no sólo se da cuenta de esa diferencia, que emancipa definitivamente la teoría de la empiria, sin poner en duda la realidad, sino que además da señales de considerarla como una parte constitutiva de la forma del discurso científico *tout-court* y dialéctico en especial.

Detengámonos un momento a considerar el ensayo de 1931 *El empirismo en la filosofía de Hegel* cuyo alcance, creo yo, han subestimado y hasta distorsionado en diferentes partes las interpretaciones tanto de Rusconi como de Ceppa. Este texto pertenece a la fase de la plena recuperación de la actividad teórica de Korsch en los primeros años de la década de los treinta, en los que se dedica nuevamente a la elaboración de una forma revolucionaria del marxismo. Aparecido como texto de una conferencia para conmemorar el centenario hegeliano, se dirige sobre todo contra los críticos de Hegel que presentan su filosofía como una metafísica antiempírica y anticientífica, debido a su método dialéctico ("destrucción de lo finito", prevaricación metaempírica de la categoría de totalidad, etc.). La conclusión a la que llega Korsch sobre la dialéctica de Hegel confirma la crítica de especulativismo y empirismo presentada por el joven Marx, respaldada también por la reciente publicación de la obra inédita titulada *Crítica*

¹⁷⁷ *Ibid.*, pp. 36-37. En la conferencia de 1931 sobre el empirismo en la filosofía de Hegel (véase Karl Korsch, *Dialettica e scienza... op. cit.*, p. 35), Korsch cita explícitamente el § 119 de la *Enciclopedia* hegeliana: "Lo que mueve el mundo es en primer lugar la contradicción, y es ridículo decir que la contradicción no se puede pensar"; después de haber comentado que "también la ciencia histórica y social de Marx y de Engels, que constituye un trastocamiento en sentido materialista de la filosofía del espíritu idealista de Hegel, ha conservado el principio dialéctico de oposición de Hegel en su misma forma. Sólo ha cambiado el contenido de las oposiciones que desde el punto de vista histórico y desde el punto de vista teórico se consideran decisivas. En el punto central hay oposiciones dialécticas como la oposición de las dos *clases* históricamente decisivas de la sociedad burguesa moderna, burguesía y proletariado, o la oposición, entendida por ahora sólo desde el punto de vista económico, entre *capital* y *trabajo asalariado*, en la cual se mueve la propiedad burguesa actual".

¹⁷⁸ Cf. L. Ceppa, *op. cit.*, p. 1251.

de la filosofía del derecho de Hegel (1929).¹⁷⁹ Aunque Korsch les objeta a los críticos empiristas de la filosofía hegeliana que en su inmensa mayoría son los que lo acusan de haber puesto como base de la ciencia el concepto en lugar de la experiencia, “que la deficiencia de esta dialéctica hegeliana no consiste en lo que suponen los empíricos, es decir, en que Hegel se haya apoyado demasiado en la forma apriorista y conceptual del pensamiento puro descuidando por consiguiente la empiria”. Esta forma de proceder no le corresponde únicamente a la dialéctica hegeliana sino al movimiento de la mediación constitutiva de cualquier procedimiento científico riguroso. “No sólo la dialéctica de Hegel, sino *cualquier forma científica* rigurosa le exige a la conciencia natural del individuo pensante que acantone su propia certidumbre inmediata en sí mismo y su contexto habitual, es decir, todas las llamadas experiencias ‘inmediatas’ como tales, y como dice Hegel en forma drástica, haga un esfuerzo extraordinario por ‘actuar una sola vez contra el cerebro’.” El límite verdadero consiste, en cambio, en que “la dialéctica se reduce en definitiva, en Hegel, a un simple tipo superior de experiencia”.¹⁸⁰

Así pues, respecto al problema básico del “principio” de la ciencia, no sólo la dialéctica hegeliana, sino cualquier ciencia moderna, parten del “concepto” y no de la “experiencia”.

Detengámonos, para empezar, en la primera objeción, que consiste en afirmar que la filosofía de Hegel comienza con un *concepto* supuesto de antemano y no con la *experiencia*. Aunque a este respecto, ¿qué es lo que sucede con los métodos de investigación y de formación de teorías que se aplican hoy día en las ciencias modernas y sobre todo en las más avanzadas? El llamado método axiomático de la matemática moderna y de las ciencias naturales más desarrolladas no empiezan precisamente con la experiencia directa como tal, ni con las distintas experiencias aisladas, ni con la experiencia global. Empiezan con el concepto, con uno o varios conceptos básicos o axiomas, que se toman como punto de partida de manera aparente o efectivamente arbitraria para deducir de ellos otros conceptos y proposiciones del sistema a través de un progreso gradual. El método de Hegel sobre el desarrollo dialéctico no actúa de manera distinta a este respecto.¹⁸¹

Se plantea así el problema de la distinción y del nexo entre investigación empírica y presentación científica en general. No hay duda de que Korsch, al reflexionar sobre este hecho a nivel teórico, no introduce ningún intercambio subrepticio entre teoría y empiria, en un proceso lógico y proceso real. Aun cuando las afirmaciones de Hegel

¹⁷⁹ Karl Korsch, *Dialettica e scienza...*, op. cit., p. 37.

¹⁸⁰ *Ibid.*, pp. 37-38.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 22.

se entrecruzan con la interpretación de la relación entre “lo concreto del pensamiento” y “lo concreto real” dentro de su filosofía, se refieren al problema general de la distinción entre el proceso de la investigación y la forma de exponerla científicamente y la presentan en términos correctos. “El concepto, colocado al principio del desarrollo dialéctico del sistema, constituye únicamente el punto de partida *teórico* de la ciencia. Junto con él está también un *punto de partida real* para el trabajo científico”, dice Korsch, y cita el celeberrimo parágrafo 246 de la *Enciclopedia* hegeliana, en el que se presenta la teoría de la *Darstellung* científica en términos a los que él se adhiere:

No sólo la filosofía debe concordar con la experiencia de la naturaleza, sino también el nacimiento y la formación de la ciencia filosófica tiene, como requisito y condición, la física empírica. Pero una cosa es el proceso de gestación y los trabajos preparatorios de la ciencia y otra cosa es la ciencia misma. En la ciencia estos últimos no pueden servir de base. La base debe ser el nacimiento del concepto. Se ha señalado ya que además de tener que darse el objeto, en el procedimiento que se desenvuelve de acuerdo a su determinación conceptual, hay que especificar la aparición empírica que le corresponde y demostrar que de hecho le corresponde.¹⁸²

Por otra parte, el rescate de la tendencia a la totalidad, que constituye el eje de la filosofía dialéctica, se opone, según Korsch, al principio exhaustivo de no contradicción de la lógica formal, precisamente porque es considerado progresivo en las ciencias modernas, ya que su productividad científica no depende de su base empírica sino que se deriva más bien de la relación que existe entre todas las partes que constituyen una determinada teoría.¹⁸³ Y aun en el caso en que defiende el nexo que existe entre “lo concreto del pensamiento” y “lo concreto real”, propio de la lógica dialéctica, interpretando los “opuestos” de la dialéctica hegeliana y de la marxista como “repugnancias reales”¹⁸⁴ y no como pares meramente conceptuales que se originan por la escisión de la supuesta unidad de la Idea, no se trata de un proceso viciado de deducción-hipóstasis de la empiria, ya que las “aversiones reales” (que en la dialéctica marxista designan a las clases sociales

¹⁸² *Ibid.*, pp. 23 y 24.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 28.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 31. Es una lástima que Lucio Colletti (“Marxismo e dialettica” en un apéndice de la *Intervista filosofica*, Bari, 1974, p. 65 ss.) que recientemente ha planteado el problema de la diferencia entre “oposiciones dialécticas” y “oposiciones reales” no haya encontrado la forma de detenerse en estas páginas korschianas. En nuestra opinión, esto habría ayudado a evitar resabios empirísticos a través de los cuales lo guía el “descubrimiento” de la “repugnancia real” kantiana [*La cuestión de Stalin y otros escritos sobre política y filosofía*, Barcelona, Anagrama 1977, pp. 163 ss.].

modernas) constituyen en realidad un “concepto del pensamiento” que no puede reducirse directamente a nada empírico.

Lo cierto es que no falta una distinción teórica entre el proceso de investigación y la lógica de la exposición sino que Korsch llega a presentar el movimiento de la ciencia como un “proceso sin sujeto”.

Hegel ha llevado muy lejos la *robinsonada de la teoría de la ciencia*, típica de cualquier época burguesa actual y que consiste en considerar al sujeto de la ciencia como *individuo en particular* [...] Hegel no ha llegado [sin embargo] todavía a la concepción materialista en la que el sujeto real de la ciencia es únicamente la ciencia misma dentro de su desarrollo histórico como parte real de la sociedad existente y que se va desarrollando siempre en base a un determinado modo material de producción. Aunque sí ha llegado por lo menos a lo negativo imaginario idealista de dicha concepción. En esto consiste el núcleo profano, terrenal de su visión mística, que se determina a sí misma, que sale de sí y vuelve a sí, que es todo ser y nada al final.¹⁸⁵

Así pues, si se quieren identificar las fuentes del historicismo empírico de Korsch, no se puede retroceder hasta el principio de la especificación histórica ni denunciar la falta de una teoría no empirista de la exposición científica. Si mantenemos separados, como es conveniente, el nivel del análisis histórico político y el nivel de la reflexión sobre la forma de la teoría, no es posible encontrar en Korsch ninguna confusión entre el proceso lógico y el proceso histórico, ni ninguna formulación teórica decisiva de carácter empirista o historicista relativa a este segundo nivel.

Lo cierto es que cuando pasa a lo concreto del análisis histórico-político, como hemos visto, Korsch no logra convertir las categorías de la crítica de la economía política en una investigación histórica correcta de los procesos, ni en análisis concretos de clase. Esto no se debe, en nuestra opinión, a una deficiencia inherente a la posición que ocupa la teoría dentro de la reflexión korschiana, sino a lo que hemos señalado como la falta de una teoría de la reproducción, indispensable para pasar del análisis teórico de la formación a la investigación histórica de los procesos de clase que rigen el movimiento real. La razón de esta falta tiene, en definitiva, un carácter histórico y *político*. Se debe a la imposibilidad de alcanzar este objetivo en forma completa con los instrumentos de que dispone como “filósofo individual”, sobre todo en la época de la “actualidad de la revolución”.

En la época de la transición del capitalismo al comunismo, se puede lograr finalmente una teoría científica de la reproducción en forma completa, precisamente porque el proceso se rige por la apropiación

¹⁸⁵ *Ibid.*

masiva de la política, por la aparición de los elementos de la conciencia y de la voluntad organizados como factores que determinan el proceso y, por consiguiente, por el descubrimiento del “primado de la política”. Pero, precisamente por esto, una teoría de la reproducción no puede separarse de la constitución científica de la política y constituye al mismo tiempo su eje principal. Ahora bien, “la política se vuelve ciencia cuando tiene sus fundamentos en el análisis concreto de las relaciones objetivas en los diversos grados de la estructura de la sociedad, en el análisis concreto del nexo entre estas relaciones objetivas y las formaciones ideales y organizativas supraestructurales y en el análisis concreto del movimiento recíproco que se establece entre las unas y las otras y del que nace el curso de los sucesos históricos”. Sin embargo, “el verdadero contenido de estas relaciones y de todo el movimiento no se revela, sin embargo, más que a través de la acción, en el contraste entre las clases, en la lucha de los grupos hegemónicos para mantener la propia dictadura y de las clases revolucionarias para conquistar el poder [...]”.¹⁸⁶ Tanto la ciencia de la política como la teoría de la reproducción son formas teóricas inseparables de la constitución y de la acción del “intelecto colectivo”. A falta de un movimiento obrero desplazado al terreno de la lucha política de clase, o con un movimiento obrero carente de una estrategia revolucionaria o con una escisión en el movimiento obrero organizado, no se produce el campo de experimentación en el que Korsch pueda proceder correctamente al análisis político, sobre todo a partir de 1925-1926, ya que faltan las referencias reales o no se las puede percibir.

Su retroceso a la condición de “filósofo individual” es lo que no le permite organizar las categorías de la crítica de la economía política con las categorías del análisis de clase en la investigación concreta de los procesos y lo confina a la trasposición inadecuada e inmediata de las primeras al campo teórico de las segundas. De ahí que la anulación de éstas o la improductividad científica de su análisis histórico y político no puedan atribuirse a la estructura teórica del principio de la especificación histórica.

Esto, obviamente, no sucede cuando Korsch se mueve en el campo de la reflexión sobre la forma de la teoría. Nos encontramos en un campo teórico sostenido por las formas de la historicidad que permiten establecer una vinculación correcta aun cuando estén escindidos los protagonistas del proceso real. La “actualidad de la revolución” constituye la referencia histórica de una elaboración de la forma revo-

¹⁸⁶ Palmiro Togliatti, “Il leninismo nel pensiero e nell'azione di Antonio Gramsci”, *Gramsci*, Roma, 1967, p. 138. [Palmiro Togliatti, “El leninismo en el pensamiento y en la acción de Antonio Gramsci”, en *Escritos políticos*, México, Era, 1971, p. 49.]

lucionaria del marxismo. El valor intrínseco que tiene esta categoría propia de una época histórica para los fines de la forma de la teoría no queda eliminada necesariamente por el hecho de que el movimiento obrero se vea derrotado o tenga un éxito temporal o local al traducir el contenido al campo concreto de la práctica política. El contenido histórico general de la época está suficientemente definido, por lo menos en lo que respecta a los fines que se propone la elaboración de las formas que le son adecuadas, y puede percibirse aun desde el punto de vista del “filósofo individual”. Lo mismo puede decirse del principio de la especificación histórica con el cual el Korsch maduro trata de unir el alcance hermenéutico y revolucionario del marxismo, incorporando a este último en el dominio de la categoría de la transición.

Korsch logra con gran trabajo presentar y poner de manifiesto el vínculo que une la elaboración de este principio con las características históricas de la transición, su tendencia a definir el *carácter crítico* del marxismo como una forma de la teoría adecuada al contenido histórico de la edad de la transición y a los compromisos políticos del movimiento real con los que está vinculada la teoría. En primer lugar, la pertenencia de la crítica de la economía política a la formación social capitalista organiza la forma particular del dominio en la sociedad actual:

El nuevo principio materialista introducido por Marx en la investigación social queda pues, pese a la generalidad de su contenido, formalmente vinculado a la presente forma de la formación social económica. Sólo en las condiciones de una época histórica en la cual, por una parte, la producción material estaba socializada objetivamente en una medida hasta entonces desconocida [...] y en que, por otra parte, el ámbito de la producción material estaba formalmente separado de todos los demás campos de la vida social, sólo en esas condiciones era posible convertir en objeto de una investigación críticamente materialista la conexión existente entre esas relaciones sociales de producción y las relaciones vitales jurídicas, políticas y del resto de la vida social. Sólo en esta reciente época histórica que se distingue de las anteriores por cómo ha “simplificado las contraposiciones de clase” podía la investigación social materialista identificar la opresión económica de la clase de los trabajadores asalariados sin propiedad por el capital como la forma radical de opresión social que penetra en todas las esferas de la vida social, y proclamar la eliminación de esa opresión económica del proletariado como el gran medio para la eliminación de *toda* opresión y explotación social.¹⁸⁷

Esto permite, pues, definir el vínculo que une la economía con la política dentro de la formación capitalista social y se presenta como

¹⁸⁷ Karl Korsch, *Karl Marx, cit.*, pp. 180-181 [p. 185].

la columna vertebral de la definición de la crítica de la economía política como una teoría de la política del movimiento obrero.

Sólo para la presente sociedad burguesa, en la cual las esferas de la *economía* y la *política* están formalmente separadas y los trabajadores, como ciudadanos, son libres e iguales, la demostración científica de su efectiva libertad en la esfera económica tiene el carácter de un descubrimiento teórico. Esa demostración revela la conexión material que existe en la presente sociedad burguesa entre la “forma específica política” del organismo público y la relación de dominio y servidumbre que nace directamente de la producción y repercute determinadamente sobre aquélla. La tarea propia de la ciencia social materialista de Marx consiste en el descubrimiento teórico de ese mero “cambio de forma de la servidumbre”, del mismo modo que la tarea de la lucha de clase proletaria revolucionaria en la presente época consiste en la eliminación práctica de esa nueva forma de servidumbre y en la correspondiente liberación de las fuerzas productivas materiales de la sociedad de sus nuevas trabas burguesas.¹⁸⁸

Dentro de la elaboración de la forma de la teoría no existe una transposición mecánica de las categorías de la crítica de la economía política a las categorías del análisis de clase, sino un correcto vínculo *de relación* sostenida por el reconocimiento de la forma de la política y por la relación entre producción y reproducción en la sociedad burguesa. “A la fórmula objetiva del *Prólogo* a la *Contribución a la crítica de la economía política*: ‘La historia de la sociedad es la historia de su producción material y de las contradicciones, surgidas y resueltas en su desarrollo, de las fuerzas productivas con las relaciones de producción. . .’, *corresponde* la fórmula subjetiva del *Manifiesto Comunista*: ‘La historia de toda sociedad existente hasta hoy es la historia de luchas de clases’. *La fórmula subjetiva clarifica y complementa* el sentido de la fórmula objetiva.” [Las cursivas son mías, cv.] No es que todo el alcance de la crítica de la economía política se reduzca a la teoría de la lucha de clase entendida como un reflejo más o menos “nítido” del movimiento obrero. Más bien, la teoría de la lucha de clase y de la historia, que se basa en las categorías de la crítica de la economía política y en la determinación que hacen de la sociedad burguesa al identificar el modo de producción, “indica por su nombre el real sujeto histórico que realiza con su acción práctica el desarrollo objetivo”. “El sujeto real de la historia en el presente estadio del desarrollo es el proletariado.” El valor hermenéutico de la crítica de la economía política sólo queda completo si se vincula con su acción histórica. “Las proposiciones teóricas de la investigación

¹⁸⁸ *Ibid.*, pp. 175-176 y 177 [pp. 179-180, 181].

materialista de la sociedad sólo cobran toda su fecundidad si se tiene metódicamente en cuenta esta *conexión práctica* entre los distintos aspectos del proceso social de la vida y del desarrollo.”¹⁸⁹

No puede haber duda al respecto. Cuando Korsch afirma que “la teoría materialista del desarrollo histórico de la sociedad constituye, como forma particular de la conciencia social de la época presente, ella misma un elemento de este desarrollo histórico. La teoría materialista de la lucha de las clases sociales es ella misma lucha de clase social. La teoría materialista de la revolución social de la clase proletaria es ella misma expresión y palanca de la revolución social de la clase proletaria”,¹⁹⁰ destaca la vinculación indispensable del marxismo teórico con el movimiento obrero en general; y en particular enfatiza la necesidad de que la forma teórica revolucionaria del marxismo esté garantizada por su conexión con el movimiento revolucionario real y, viceversa, que sea indispensable para garantizarle la orientación revolucionaria y el campo de verificación de la coherencia revolucionaria de su política práctica. Esto no afecta para nada la distinción entre el proceso histórico y el proceso teórico, distinción que Korsch mantiene correctamente por lo menos en la discusión de la forma de la teoría. Todo esto sirve, si acaso, para confirmar la *posición dialéctica*, según la cual la teoría, a pesar de ser un elemento constitutivo de la totalidad social e histórica en su conjunto a nivel de la discusión, siempre forma parte de dicha totalidad, aun para el marxismo:

Con todas estas especificaciones históricas de las instituciones burguesas dadas y con la prueba de sus tendencias evolutivas a partir de su presente configuración precedera, la ciencia materialista hace a su modo teórico lo mismo que de otro modo lleva a cabo el simultáneo movimiento histórico real de la clase proletaria. La investigación social materialista asume con plena conciencia teórica la función parcial que le incumbe dentro de un movimiento orientado en su totalidad a la transformación de la sociedad existente. Así se constituye como ciencia crítica y revolucionaria vinculada a la acción de la moderna clase trabajadora.¹⁹¹

Nuevamente, como sucedía en la teoría de la ideología, en la parte del ensayo de 1923 que trata del carácter *crítico y dialéctico* básico del marxismo, se hallan presentes todos los requisitos para la elaboración de una teoría de la reproducción y entre esos requisitos se encuentra ante todo la definición de la crítica de la economía política

¹⁸⁹ *Ibid.*, pp. 172-173 [p. 177].

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 69 [p. 78].

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 70 [p. 79]. La cursiva me pertenece.

como teoría de la política del proletariado. A esta altura surge la pregunta de por qué Korsch no parte de la elaboración teórica del “primado de la política” que acaba de enunciar y da un giro de 180 grados sosteniendo el “primado de la economía” y sugiriendo una decadencia del marxismo como “ciencia directamente histórica y social del desarrollo de la producción material y de la lucha de clases”,¹⁹² que, como hemos visto, asume como referencia real las formas más generales y “espontáneas” de insubordinación social de los años 30.¹⁹³

Conviene profundizar un poco más este aspecto de la reflexión del Korsch maduro sobre la forma de la teoría.

En *Karl Marx* plantea la transición del Marx de la juvenil “filosofía de la praxis” a la madura crítica de la economía asignándole a esta última la elaboración del “primado de la economía”, con las siguientes palabras:

Con el paso teórico a la “economía política” Marx pasaba prácticamente de la revolución jacobina burguesa, que pretende resolver las cuestiones sociales y satisfacer las necesidades de la clase trabajadora *sub specie rei publicae*, a la acción autónoma del proletariado moderno, resuelto a buscar las raíces particulares de su opresión y el camino preciso de su liberación en el terreno de la economía política, tratando todas las demás formas de acción social, incluida la política, sólo como medios subordinados de su acción económica.¹⁹⁴

No es difícil darse cuenta de que la referencia real de esta formulación teórica está en la posición antijacobina que caracteriza la reflexión crítica de Korsch sobre toda la experiencia política del movimiento obrero y del marxismo en los años treinta. Aunque tampoco aquí se puede dejar a un lado el problema real que Korsch señala y que consiste en la permanencia del jacobinismo como limitación esencial de la tradición revolucionaria teórica y práctica del movimiento obrero. Si está equivocada la apreciación de Korsch sobre la reabsorción de todas las revoluciones proletarias desde el 1848 parisiense hasta el 1917 ruso, debido a que actúan básicamente desde el lado de la política, este punto de vista crítico equivocado se apoya en cierta forma en el problema real de la originalidad de la revolución proletaria en Occidente, en donde el problema del Estado no puede ser planteado por la clase trabajadora en términos de las experiencias revolucionarias vividas hasta entonces y donde la forma del proceso revolucionario se presenta distinto. Se trata, en el fondo, de

¹⁹² *Ibid.*, p. 110 [p. 118].

¹⁹³ Véase un explícito reflejo teórico en *ibid.*, pp. 223-224 [pp. 220-221].

¹⁹⁴ *Ibid.*, pp. 75-76 [p. 86].

la imposibilidad de agotar *por la vía estatal* la instrumentación necesaria para reorganizar la economía sobre bases sociales en los puntos más altos del desarrollo capitalista o del proceso revolucionario. Este problema no puede menospreciarse o hacerse a un lado sólo porque Korsch lo plantea en una forma equivocada. Téngase en cuenta, por otra parte, el lugar que ocupa la reflexión sobre este problema crucial de la revolución en Occidente y sobre la necesidad de superar todas las formas de jacobinismo, en la elaboración de Gramsci correspondiente a los años treinta o en la experiencia del movimiento obrero italiano posterior a la segunda guerra mundial.

La afirmación contradictoria de la “primacía de la economía” y la correspondiente formulación del marxismo como una “ciencia directamente histórica y social del desarrollo de la producción material y de la lucha de clase” indican también la relación que existe entre la reflexión sobre la forma de la teoría y la “actualidad de la revolución” en el Korsch de los años treinta, y el esfuerzo por asignarle al principio de la especificación histórica la tarea de reactivar la teoría revolucionaria en una forma original que se adapte a los problemas de la revolución de Occidente. Korsch tiene razón por lo menos en el hecho de constatar que son inoperantes los caminos seguidos hasta ahora por el movimiento obrero a este respecto. También es correcta su intuición de que la originalidad de la temática de la transición en Occidente se deriva de una relación distinta entre la política y la economía en las crestas del desarrollo y de que la forma de la teoría que se adapta a los objetivos hermenéuticos y políticos de esta condición histórica debe tener características propias. En este contexto, la investigación de Korsch se orienta positivamente por lo menos en dos direcciones: a través de la crítica de la teoría del “capitalismo organizado” *sub specie* económica y la confirmación de la validez de la crítica de la economía política en comparación con la teoría social burguesa aun a nivel de la cresta más alta del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado,¹⁹⁵ y a través de la afirmación de la permanencia de la crítica de la economía política en la época de la transición, como base teórica indispensable para el análisis de los procedimientos que siguen las mismas sociedades de transición.¹⁹⁶

En mi opinión esto no sólo no es poca cosa sino que junto con la teoría de la ideología, con la elaboración del principio de la especificación histórica y con toda la reflexión sobre la forma de la teoría en la época de la “actualidad de la revolución” constituye la base más sólida para el redescubrimiento y el éxito de Korsch en la década

¹⁹⁵ *Ibid.*, pp. 128-130 [pp. 135-136].

¹⁹⁶ *Ibid.*, pp. 150-151 [pp. 155-156].

de los sesenta. Sería injusto reducir el encanto, en una forma autocrítica, a la oleada de neoespontaneidad de 1968, siendo que en la década de los sesenta se reabrieron, plantearon y replantearon problemas mucho más complejos y de un alcance mucho mayor que la revaloración de la "espontaneidad" o la temática de la "constitución". Han planteado por primera vez la experiencia de una insubordinación masiva que, para haber madurado a la altura de la cresta más alta del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, ha atacado en forma inusitada los aparatos de reproducción, haciendo que surgieran, en términos completamente nuevos, la problemática del Estado y su vinculación con la reproducción social, por un lado, y con las formas ideológicas, por el otro. Korsch ha vuelto a la circulación porque habiéndose aferrado a la necesidad de discutir la forma de la teoría en relación con los niveles globales de la lucha de clase, y habiendo planteado una perspectiva más amplia y más sintética para los problemas de la transición, se anticipó en cierto modo en el estudio de ciertos temas históricos de una forma fenoménica más desarrollada de la problemática de la transición que se ha presentado a lo largo de la segunda mitad de la década de los sesenta. Por más desorientado que sea su itinerario político y por más distorsionados que estén los resultados analíticos de su reflexión, la relación de Korsch con nuestra realidad presente y nuestra relación con su reflexión se colocan a la altura de estos mismos problemas. Y una vez alcanzada esta altura debemos volver a leer sus escritos para adelantar críticamente, y con la ayuda de un interlocutor sumamente conspicuo, en nuestra apropiación plena de las formas del presente.

KARL KORSCH

TEORÍA MARXISTA Y ACCIÓN
POLÍTICA

15 TESIS SOBRE EL SOCIALISMO CIENTÍFICO*

1

El socialismo científico (el socialismo como ciencia) es la expresión teórica del movimiento proletario. Esto significa: *a*] que no es algo que vale en sí mismo (filosofía o ciencia burguesa “pura” o “no valorativa”), sino como *parte integrante* de un proceso real, de un “movimiento”, más exactamente, de una “acción”, la acción de la “clase oprimida”, del “proletariado”; *b*] es parte *peculiar* de este movimiento, algo de particular dentro de ese todo: expresión teórica, ciencia.

2

El socialismo moderno es, según su *contenido*, ante todo el producto de la consideración de los conflictos de clase y de la anarquía de la producción; según su *forma*, inicialmente la prosecución más coherente de principios teóricos anteriormente planteados, en primer término referencia (transformación, elaboración) del “material mental descubierto antes”.

3

Desde que el movimiento proletario sigue siendo aún “dependiente”, parte del movimiento burgués de emancipación, también la teoría socialista sigue formalmente prisionera de los conceptos burgueses (del periodo iluminista): exigencia de la razón y de la justicia. Pero, así como el contraste entre feudalismo y burguesía se oculta ya desde el punto de vista del contenido el contraste entre rico y pobre y en todo gran movimiento burgués hay ya “movimientos autónomos” de la clase proletaria, así también desde el punto de vista del contenido en este “socialismo utópico” afloran ya “concepciones” proletarias.

* Análisis y agregados a la obra de Engels, *La evolución del socialismo de la utopía a la ciencia* (febrero de 1923). Manuscrito inédito. Damos aquí el texto con algunas simplificaciones de forma y sin las referencias a las páginas de la edición de la obra de Engels examinada. [En español, la citada obra de Engels es conocida como *Del socialismo utópico al socialismo científico*.]

4

El movimiento histórico del proletariado que ha llegado a la madurez halla su expresión en una teoría científica madura (socialismo como ciencia). Esta ciencia socialista madura se libera también formalmente del modo de pensar y del principio de la ciencia y la filosofía burguesas. Esta liberación se produce con el pasaje del modo de pensar “metafísico” al “dialéctico”, del principio “idealista” al “materialista”.

5

Modo de pensar metafísico y dialéctico:

a) Metafísica es para Marx y Engels la concepción que elabora los fenómenos de la realidad dada, de la naturaleza, de la historia humana, de nuestra actividad espiritual, en conceptos y proposiciones particulares y contrapone esos conceptos y proposiciones particulares como verdades absolutas del mundo;

b) Dialéctico en cambio es el modo de pensar que concibe “todo el mundo natural histórico y espiritual” como un “proceso de desarrollo” por el cual no puede haber ninguna verdad absoluta. Este modo de pensar se desarrolló en primer término en la filosofía burguesa del siglo XIX (de Kant a Hegel).

6

Principio idealista y materialista:

a) En la filosofía burguesa la aplicación del modo de pensar dialéctico sigue vinculada a una concepción idealista de la historia del mundo. El devenir es concebido como desarrollo de una “idea” que existe con anterioridad (Dios);

b) En el socialismo en lugar de este principio idealista existe un principio materialista del conocimiento histórico (concepción materialista de la historia);

c) Con la concepción materialista de la historia el socialismo se coloca en un “terreno real”. Se desarrolla de la utopía a la ciencia.

7

Las consecuencias más importantes de la concepción materialista de la historia son:

a) La producción material constituye el fundamento de todo el proceso de la vida social;

b] El desarrollo histórico de la vida social se realiza en la forma de la lucha de las clases creadas por el desarrollo económico;

c] El socialismo es el producto necesario de la lucha de la clase proletaria contra la burguesía.

8

La tarea del socialismo científico no consiste ya en *criticar* el orden social existente sino en *explicarlo*. No consiste ya en *excogitar* un sistema social lo más perfecto posible sino en *comprender* el origen, el desarrollo y la declinación del orden social actual en su necesidad. La teoría socialista cumple así una tarea parcial que es esencial en el movimiento de clase proletario. Produce las formas en las cuales el proletariado reconoce su propia vocación histórica y hace conscientes las condiciones y la naturaleza de su propia acción de clase.

9

La ciencia forma ante todo parte de la llamada “producción espiritual”. La producción espiritual a su vez, junto a la “producción material” en sentido estricto y a la “producción de las relaciones sociales”, forma una parte real de la producción social en su conjunto.

10

Como todas las demás partes de la producción social en su conjunto (producción material y producción de relaciones sociales) también la llamada producción espiritual (en general y producción científica) deben ser entendidas como reproducción continua.

11

Las diversas ramas de la producción científica (ciencias naturales, ciencias sociales, las llamadas ciencias del espíritu) están vinculadas con la producción material, en parte inmediatamente, en parte mediatamente:

a] Determinadas ciencias (tecnología, ciencias naturales, matemáticas) están vinculadas inmediatamente a la producción material; por ejemplo exigen la constante reproducción de determinados conceptos y proposiciones científicas, cálculos, observaciones y experimentos.

b] Otras ciencias (las ciencias sociales) están vinculadas sólo mediatamente a la producción material. Están vinculadas inmediatamente con la producción (y reproducción) de las relaciones sociales y

superestructurales que surgen de la producción material y en las que se realiza la producción material misma;

c] Un tercer grupo (las llamadas ciencias del espíritu) no están vinculadas inmediatamente ni con la producción material ni con la producción de las relaciones sociales. Están vinculadas inmediatamente sólo con la llamada “producción espiritual”.

12

Todas estas vinculaciones aparecen en formas diferentes en los distintos grados del desarrollo de las fuerzas sociales de producción (unidad natural, diferenciación, integración). Su forma actual es determinada esencialmente por la división de la producción, presente en todas las secciones de la producción social en su conjunto, entre producción de los medios de producción, por un lado, y producción a través de medios de producción producidos, por el otro. Las ciencias naturales están vinculadas del modo más estrecho a la producción de instrumentos y máquinas para la producción de productos materiales; las ciencias sociales con la producción de instrumentos para la producción de relaciones sociales (por ejemplo, el Estado, la Iglesia, todas las “organizaciones”); las llamadas “ciencias del espíritu” también están vinculadas a la producción de instrumentos para la producción espiritual (por ejemplo conceptos, figuras, números, leyes).

13

Igual que los productos materiales, también las relaciones sociales (relaciones de producción y relaciones superestructurales) y los llamados “productos espirituales” no se reproducen con el progreso de las fuerzas sociales de producción en forma invariada, sino en formas variadas. Al actual nivel de desarrollo también este proceso de cambio tiene sus máquinas particulares (los partidos por ejemplo) y una ciencia particular (ciencia del “deber ser” —producción de “ideas”).

14

Según la concepción burguesa de la ciencia no sólo la producción científica en general (en cuanto ciencia “sin presupuestos”, “pura”) sino también sobre todo la ciencia del deber ser (ideas) aparece como independiente de la producción material y de las otras secciones del conjunto de la producción social. En esta concepción se basa la “forma utópica” del socialismo con su modo de pensar “metafísico” y su principio “idealista”.

15

Según la concepción proletaria de la ciencia no sólo toda traducción científica o espiritual, sino también la ciencia del deber ser (ideas), es condicionada por el grado de desarrollo de la producción material y de las otras secciones del conjunto de la producción social. En esta concepción se basa la “forma científica” del socialismo con su modo de pensar “dialéctico” y su principio “materialista”.

LENIN Y LA COMINTERN*

I

Figura en el primer punto del orden del día del V Congreso internacional de la IC el tema “Lenin y la Comintern. Fundamentos y propaganda del leninismo”. Esto no significa solamente una adhesión del congreso al espíritu del leninismo y una manifestación muy patente de la voluntad de los participantes en el mismo de resolver con un espíritu de verdadero leninismo todas las cuestiones que a aquél se las puedan plantear. No puede significar tampoco que ciertos problemas, que en el último año de la IC ocuparon en Europa central y occidental el centro de la polémica y que sólo figuran en el orden del día en lugares ulteriores, deban resolverse en este congreso anticipadamente, esto es, antes del análisis de la situación económica mundial, que ocupa el segundo lugar. Sin duda, entre todas las tareas del comunismo centro-europeo, europeo-occidental y americano, la de la “conquista de la mayoría entre las capas más importantes de la clase trabajadora”, que nos ha sido legada por Lenin, constituye con mucho, en el periodo actual de la evolución de la IC, la más importante, y no cabe duda que esta tarea, todavía no llevada a cabo por nosotros, sólo puede realizarse verdaderamente conforme al espíritu del leninismo o, más concretamente, conforme al espíritu de aquellas “conclusiones” que de la manera más impresionante extrae Lenin en su obra clásica sobre *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo* de la historia de los bolcheviques rusos y de las experiencias de los partidos europeos. “Encontrar, sentir y realizar el plan concreto de las medidas y los métodos aún no totalmente revolucionarios que *conducen a las masas a la verdadera, última y decisiva gran lucha revolucionaria*”, en esto consiste verdaderamente todavía hoy, en el año 1924, exactamente tal como lo proclamara Lenin hace cuatro años —y aún hoy, después de tres años de sedicente “táctica de frente único”, de modo más manifiesto que entonces—, la tarea principal del comunismo contemporáneo en Europa occidental y en América. Está dedicada a la solución de este problema práctico principal toda una serie conjunta de puntos en el orden del día del congreso, y de ningún modo sólo

* “Lenin und die Komintern”, en *Die Internationale*, VII, 1924, núms. 10-11, pp. 320-327.

uno de ellos en particular, y sólo en este sentido le está dedicado también, juntamente con todos los demás, aquel primer punto que habla de “los fundamentos y la propaganda del leninismo”. Se trata aquí de que la Comintern puede y debe demostrar, y hoy —después de la muerte conmovedora de Vladímir Ilich Lenin, su gran jefe y fundador— más que nunca, que está en condiciones de aceptar también *teórica e ideológicamente*, y que está dispuesta a realizarla, la herencia de Lenin; que está dispuesta a conservar y seguir realizando en su teoría y su práctica, de modo vivo y actual, el “espíritu” de Lenin como realidad histórica, como leninismo, y a reemplazar, pues, de este modo, en la realidad histórica de la Comintern, al Lenin fallecido también en su función teórico-ideológica, por una poderosa colectividad de leninistas vivos. (Véase más detalles especialmente en la última sección del artículo “V. I. Lenin-Genie, Lehrer, Führer und Mensch” [El genio de V. I. Lenin, maestro, jefe y hombre], de Zinóviev, en los núms. 31-32 de la IC, y en un artículo especial de Bela Kun sobre “Die Propaganda des Leninismus” [La propaganda del leninismo], en el núm. 33, p. 320).

Al poner el tema “Lenin y la Comintern” en el orden del día del V Congreso internacional, el Comité ejecutivo ha proclamado a la faz del mundo que en la realización de esta gran tarea, tarea enorme como nunca se la ha planteado todavía en tal forma partido alguno en toda la historia universal, deben colaborar teórica y prácticamente no sólo el heredero principal de Lenin, el partido bolchevique ruso, sino también todas las demás secciones de nuestro gran partido comunista, de la Internacional comunista. Y ya el propio congreso deberá emprender por esta senda los primeros pasos importantes. Le corresponderá la tarea, en efecto, de formular de modo claro, completo, detallado y válida para la Comintern entera la consigna de la “Propaganda del leninismo”, que en el orden del día sólo se indica vagamente; habrá de señalar a cada sección de la IC las tareas parciales particularmente importantes para ella, en su situación y en su estado de evolución actuales, y habrá de definir las grandes directrices de acuerdo con las cuales deberá procederse en la realización de todas estas tareas.

Pero es el caso que el significado del punto primero del orden del día del V Congreso internacional aún va mucho más allá. Debemos percatarnos, en efecto, de que, mediante la definición más precisa de las múltiples tareas parciales de que consta la “Propaganda del leninismo”, el congreso sólo se habrá pronunciado en cierto modo con respecto al aspecto técnico del “leninismo”. Por supuesto, también este aspecto técnico reviste una importancia extraordinariamente grande, ya que la “Propaganda del leninismo” forma una parte importante

de la gran tarea comunista conjunta de la “organización de la revolución”. Y no cabe duda alguna de que la realización de esta tarea propagandística, precisamente, se presenta en grado extraordinario como mucho más difícil, aun en condiciones legales, y no digamos ya en condiciones ilegales, en aquellas secciones de la IC que no han conquistado todavía el poder estatal, esto es, en todas las secciones europeas y americanas, que en la Rusia soviética proletaria, y deberá por consiguiente adoptar en aquellas secciones formas en gran parte distintas, formas adaptadas con exactitud a la situación peculiar de cada país y que necesitan ineludiblemente un estudio y una definición más precisos por parte del órgano supremo de la IC, esto es, del Congreso internacional. Sin embargo, estas cuestiones más o menos técnicas no constituyen en modo alguno el núcleo del problema.

En realidad, con la cuestión de “Lenin y la Comintern. Fundamentos y propaganda del leninismo” se ha inscrito en el orden del día el *método de la teoría bolchevique* como tal. Por medio del esclarecimiento de los “Fundamentos del leninismo” y la elaboración, en todas las secciones de la Internacional comunista, de un sistema de propaganda leninista construido sobre dichos fundamentos, la Comintern en su conjunto habrá de soldarse ideológicamente en una sólida unidad, en el terreno común del *método marxista revolucionario*, en *aquella forma en que Lenin, el teórico del bolchevismo, lo ha “restablecido” y lo ha opuesto a los falseamientos y las confusiones de los llamados “marxistas” de la Segunda Internacional unificada*. Así como en el tercer punto del orden del día se examina el *programa* de la IC, así se discute, en la cuestión del “leninismo”, el *método* de nuestra teoría bolchevique (p. 321).

II

¿Estará el V Congreso internacional en condiciones de resolver este problema enormemente importante pero al propio tiempo enormemente difícil? ¿Podrá fijar los fundamentos metódicos del “leninismo” de modo tan preciso y correcto, que sobre esta base pueda construirse una propaganda leninista metódica y sistemática? ¿Habrá progresado el proceso de la unificación ideológica en el seno de la IC hasta el punto de reunir todas las secciones y todos los grupos de la Comintern en la adhesión a un método teórico que, en sus rasgos esenciales, debería ser el mismo para todos? Surgen aquí dificultades enormes que casi excluyen una solución del problema que llegue a las raíces profundas. Por una parte, no puede hablarse todavía en absoluto hasta el

presente, en las diversas secciones de la IC —y en particular tampoco en el PC alemán—, del reconocimiento uniforme del “leninismo” como único método válido de la teoría marxista. Por otra parte, subsisten todavía actualmente, con respecto a la pregunta acerca de en qué consiste la esencia del “leninismo” como método, aun entre aquellos que adhieren al mismo, algunos puntos de vista divergentes en varios rasgos esenciales. En efecto, una gran parte de los teóricos marxistas, dirigentes y dirigidos, que se consideran pertenecientes de modo orgánico a la IC y están dispuestos, en su política práctica, a obrar “leninísticamente”, rechazan con rotundidad la afirmación de que el método de Lenin deba considerarse, también teóricamente, como el método restablecido del “marxismo científico”. Aceptan el método leninista como método suficiente, con miras a los fines políticos prácticos de la lucha proletaria de clases en el periodo actual (o sea, pues, en un periodo que en el plano internacional, y en Europa y América ni siquiera en el plano nacional, no representa todavía el de la toma política del poder), para la orientación de esta lucha, pero no lo reconocen en absoluto, en cambio, como el método más concreto y verdadero de la dialéctica materialista, como el método restablecido del marxismo revolucionario. Consideran más bien como tal el método de Rosa Luxemburg, fundadora del PC alemán, o declaran como unilaterales tanto el método leninista como el luxemburguiano, y sólo quieren reconocer como método verdaderamente marxista el método aplicado por el propio Marx en su periodo de madurez científica. No es posible, en este breve artículo, iniciar siquiera una discusión a fondo con estos adversarios absolutos del método leninista (como uno de los métodos o, respectivamente, *el* método del marxismo científico). Esta tarea sólo se emprenderá en los cuadernos siguientes de esta revista, en cooperación con un círculo lo mayor posible de teóricos comunistas. Por hoy nos limitaremos, pues, a decir que, para nosotros, la práctica política del bolchevismo y la forma “restablecida” por Lenin de la teoría marxista revolucionaria constituyen un todo tan indisolublemente coherente, que no acertamos a ver cómo es posible estar, como “político práctico”, en la cuestión del papel del partido comunista en la revolución proletaria, por ejemplo, del lado, del punto de vista comunista de la resolución del II Congreso internacional (p. 322) y, al propio tiempo, comprender, en cuanto “marxista científico”, la conexión entre la evolución económica y la lucha proletaria de clases en las formas específicamente luxemburguianas del método dialéctico materialista. Nos parece que la concepción bolchevique del “papel del partido” sólo puede comprenderse cabalmente a partir del punto de vista de aquel materialismo totalmente “materialista” de Marx, “restablecido” por Lenin y llevado por éste un paso más

allá todavía, que incluye también en su verdad objetiva la actividad y la práctica sensible humana como tal, en tanto que el punto de vista de la dialéctica luxemburguiana, que del lado práctico no es todavía una dialéctica tan “materialista” como la leninista, sigue adhiriendo todavía a esta concepción leninista del papel del partido un residuo penoso de “subjektivismo”. Pero en cualquier caso parece claro que una resolución sobre los “fundamentos del leninismo” y un sistema de “propaganda leninista” que en el V Congreso internacional aprobaran conjuntamente marxistas “luxemburguianos” y “leninistas” (a los que se añaden además, a título de terceros, aquellos marxistas que no reconocen como verdadero y cabal marxismo ni el desarrollo ulterior luxemburguiano ni el restablecimiento leninista) habría de resultar ineludiblemente tan poco satisfactoria como un programa comunista aprobado de conformidad para toda la IC por aquellos mismos teóricos. El esclarecimiento completo de la relación entre los métodos luxemburguiano y leninista de la teoría marxista constituye la premisa indispensable para la determinación “de los fundamentos y la propaganda del leninismo”.

Aun prescindiendo por completo de la disputa entre luxemburguianos y leninistas, tampoco existe hoy todavía acuerdo general alguno sobre la cuestión de la esencia del leninismo como método teórico o, más exactamente, hoy este acuerdo existe menos que antes. Y es, pues, perfectamente comprensible que, en una época en que, a causa de una crisis aguda, se han convertido las cuestiones más importantes de la práctica bolchevique en objeto de una disputa encarnizada de fracciones, también la cuestión del método teórico del leninismo se vea arrastrada en el hervor de esta lucha, porque es verdad que la conciencia metódica de un partido comunista marxista no queda en absoluto fuera ni por encima de la práctica del mismo en sentido alguno, sino que antes bien constituye un elemento importante de esta práctica. No debe sorprendernos pues que, en los intentos emprendidos actualmente desde lados diversos para la determinación del método de la dialéctica leninista, volvamos a encontrar todas aquellas tendencias que, en la disputa sobre la táctica y otras cuestiones de política práctica, se enfrentan hoy, también prácticamente, en el seno de la Comintern. Es particularmente interesante en este aspecto un artículo “sobre el empleo de la dialéctica materialista por Lenin en algunas cuestiones de la revolución proletaria”, del camarada Thalheimer, publicado en el fascículo 1-2 de la nueva revista comunista *Arbeiterliteratur* [Literatura obrera].

III

El camarada Thalheimer quiere ilustrar el método leninista, que también según él no es más que el método marxista de la dialéctica materialista utilizado por Lenin con la misma audacia (p. 323) pero a la vez con la misma precaución y exactitud que las del propio Marx, a la luz de la evolución de tres cuestiones particulares, a saber: de la cuestión de la dictadura del proletariado, de la cuestión agraria y de la cuestión de la guerra civil e imperialista. La sección relativa a la cuestión de la dictadura proletaria termina con la observación de que Lenin no ha designado la forma soviética del Estado como “la forma política finalmente descubierta”, acaso, de la dictadura de la clase trabajadora, sino siempre sólo como “un nuevo tipo” de Estado, en lo que se halla contenida ya la posibilidad de “variedades, clases y formas” de dicho tipo. La sección relativa a la cuestión agraria expone que, por medio de su tratamiento de la misma, Lenin había mostrado “una aplicación particularmente instructiva y exacta del método materialista dialéctico”. (Según la exposición de Thalheimer, esta aplicación consistió en el hecho de que, para salvar el meollo de la causa de la revolución proletaria, esto es, la transición del poder político al proletariado, Lenin dejó de lado todas las exigencias “rígidas” del programa agrario bolchevique anterior y confió en que, en el curso de la “vida”, todo lo demás se iría encontrando “por sí mismo”, como “resultado de la fuerza del ejemplo, como resultado de consideraciones prácticas”.) En la tercera y última sección, el camarada Thalheimer declara como “un verdadero modelo ejemplar de análisis dialéctico concreto” la circunstancia de que, en el tratamiento de la cuestión nacional, Lenin aniquile críticamente, por una parte, los falseamientos del patriotismo social, mientras subraya por la otra que, en determinadas condiciones, aun en la Europa de la guerra mundial, la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil “no es probable”, sin duda, pero “tampoco es teóricamente imposible”, con todo.

Ahora bien, nada está más lejos de nuestro ánimo que el quedarnos siquiera un ápice atrás de la admiración que tributa el camarada Thalheimer a la solución leninista de estas tres importantes y difíciles cuestiones. Pero debemos plantear muy seriamente la pregunta acerca de en qué medida, mediante un tratamiento de estas cuestiones tal como el camarada Thalheimer lo describe, Lenin ha proporcionado precisamente esos modelos ejemplares “particularmente” instructivos y exactos de la aplicación del método dialéctico materialista del marxismo. ¿En qué consiste, por ejemplo, la aplicación particularmente instructiva y exacta del método dialéctico materialista en la actitud

de Lenin frente a la cuestión agraria? También Karl Marx, como es bien sabido, ha atribuido a la clase revolucionaria, tan pronto como se ha levantado, la facultad de “encontrar directamente en su propia situación el contenido y el material de su actividad revolucionaria, esto es, de matar enemigos, de adoptar medidas impuestas por la necesidad de la lucha, etc.: las consecuencias de sus propios actos la empujan hacia adelante; no procede a investigación teórica alguna de su propia tarea” (*Klassenkämpfe in Frankreich* [*Las luchas de clases en Francia*]. Ed. Dietz, p. 31). Con igual derecho podría confiar el teórico y práctico de la Revolución Rusa, en medio de la lucha, en aquella dialéctica natural, inconsciente e inmanente, que en la “vida” y en la lucha revolucionaria de clases se impone “por sí misma”. Pero, ¿aplicó acaso precisamente aquí, donde (para decirlo con Marx) renunció a investigaciones teóricas, el método dialéctico? ¿Y lo aplicó precisamente en esto (p. 324) de modo “particularmente instructivo” y particularmente “exacto”? Opinamos que aquí se toca precisamente, al revés, el lugar en que aun la dialéctica materialista más desarrollada, que en su idea debería comprender plenamente el proceso histórico de la revolución proletaria, llega a su límite; el lugar en que el proceso histórico concreto transcurre todavía dialécticamente, sin duda, en su objetividad, pero en este curso ya no puede seguir siendo comprendido, durante un trecho, por el dialéctico. Forma parte de las exigencias de una teoría exacta del método marxista no ignorar la existencia de dicho límite; pero es mucho, en verdad, querer ver precisamente en esto el meollo mismo de la dialéctica materialista de Marx y Lenin. Y en forma análoga, aunque de modo distinto, en los otros dos ejemplos por él escogidos de la manipulación leninista del método dialéctico marxista, el camarada Thalheimer hace de determinados rasgos del método marxista-leninista —que por cierto forman también parte de un método verdaderamente materialista, y en ningún modo ya metafísico, pero que no constituyen en absoluto, con todo, la esencia más íntima de este método materialista dialéctico— el elemento principal y el meollo del materialismo, del marxismo y del leninismo en general. Y a esta deformación de la esencia del método marxista-leninista, que efectúa concretamente en sus tres ejemplos, le añade además, en la introducción y en otras observaciones dispersas de su artículo, una teoría general, igualmente deformada, de la esencia de dicho método. Exagera, en efecto, el pensamiento fundamental de Marx, de que la verdad es siempre concreta, hasta convertirlo en la caricatura de que los resultados del pensamiento materialista dialéctico tanto en Lenin como en Marx nunca y en forma alguna pueden aplicarse con un sentido más general, más allá del círculo momentáneo de la experiencia de que han sido deri-

vados y al que están destinados; como si los propios Marx (p. ej. en la carta a Mijailovski) y Lenin (p. ej. en la introducción al *Izquierdismo* que lleva el título de “¿En qué sentido puede hablarse del significado internacional de la Revolución Rusa?”) no hubieran distinguido ellos mismos muy exactamente entre aquellos resultados de su investigación materialista dialéctica que admiten un significado más general, y los que no lo admiten. ¿Y qué vale, en suma, un método “materialista dialéctico” que no nos dé absolutamente nada que en alguna forma vaya más allá de la experiencia actual, que ya conocemos, y que sólo produzca resultados históricos, según lo expresa Thalheimer, esto es por una parte reflejo teórico (!), análisis de un tiempo concreto, y por la otra normas para la lucha del proletariado de un momento también determinado? En realidad, este nuevo método creado por el camarada Thalheimer mediante la deformación de la dialéctica materialista marxista-leninista ya nada tiene que ver con la dialéctica materialista. En efecto, en su empeño por comprender el método materialista de Marx y Lenin de modo totalmente “materialista”, como el método de una ciencia y una práctica de la experiencia histórica, el camarada Thalheimer ha rebasado el límite de lo que puede designarse como dialéctica materialista y ha desembocado en un historicismo, un positivismo y un practicismo totalmente adialécticos. Así, pues, mientras Rosa Luxemburg (p. 325) no se ha hecho todavía totalmente materialista en su concepción de la práctica humana y sigue siendo en este aspecto, según lo hemos indicado hace un momento, una dialéctista hegeliana, el camarada Thalheimer, en cambio, ha expulsado del método de la ciencia marxista, juntamente con los restos de la dialéctica hegeliana, todo el elemento dialéctico; en efecto, el método dialéctico materialista de Marx, que es esencialmente la comprensión concreta de la revolución proletaria como proceso histórico y como acción histórica de la clase proletaria, se transforma, en aquél, en un mero “reflejo” ideológico, pasivo, de contingencias históricas particulares, distintas en el espacio y el tiempo. Este falseamiento teórico de la esencia del método materialista dialéctico marxista-leninista conduce prácticamente a una desvalorización de todos los resultados obtenidos mediante dicho método por Marx y Engels y Lenin y otros marxistas. Y resulta bastante fácil percibir de dónde proviene esta tendencia hacia la desvalorización de los resultados del método de investigación de Marx y Lenin y adónde conduce. Tomemos a título de ejemplo la afirmación de Thalheimer, cien veces repetida, de que el Estado soviético sólo es designado por Lenin como un tipo, susceptible de gradaciones y variaciones. Ahora bien, estos resultados del método marxista-leninista sólo pueden desvalorizarse a tal punto si lo que se quiere es, deliberada o inconsciente-

mente, desprenderse de ellos. La concepción del Estado soviético como un tipo nada más de la dictadura proletaria, con múltiples variaciones posibles, permite al teórico del "leninismo" desprenderse de las formas "rígidas" de la dictadura de los consejos (que según el verdadero Lenin sólo designa, sin duda, el "comienzo", susceptible de desarrollo ulterior, de la forma socialista del democratismo, ¡pero sólo el "comienzo"!), hacia las diversas "gradaciones, variaciones" y degeneraciones de dicho tipo y, entre otros, hacia el "gobierno de trabajadores" tipo sajón. Y así con todos los demás "resultados" de la teoría marxista y leninista. Porque es el caso que si todos no son más que "productos históricos", ligados a sus premisas históricas concretas y aplicables solamente a las condiciones de un momento y de un país determinados, resulta obvio que, en nuevas condiciones, frente a nuevas experiencias y a necesidades políticas cambiadas, todos los "resultados" anteriores del marxismo pierden su validez y pueden y deben sustituirse por los nuevos conocimientos y las nuevas normas, en los que la nueva situación se "refleja" en adelante para el manipulador "leninista" de la dialéctica materialista. Así, pues, al transformar el camarada Thalheimer el materialismo dialéctico y revolucionario de Marx y Lenin en una ciencia y una práctica experimentales puramente históricas, que ya no son dialécticas y, por consiguiente, ya tampoco son revolucionarias (o inversamente, ya no son revolucionarias y, por consiguiente, tampoco son dialécticas), pone en realidad, bajo el disfraz tentador del "leninismo", en lugar del método revolucionario del marxismo, un método oportunista y reformista en su tendencia.

IV

Nos hemos ocupado de la concepción del método leninista sustentada por Thalheimer con particular detenimiento (p. 326) no sólo porque el camarada Thalheimer figura como segundo ponente de la cuestión del programa en el V Congreso internacional y, por consiguiente, su voz será sin duda escuchada también con particular atención, por el congreso, en relación con el punto relativo a la esencia del leninismo como método, sino que nos ha interesado más todavía mostrar de modo extenso y claro, sirviéndonos de un ejemplo típico, que el intento de una determinación de los "fundamentos del leninismo" y, especialmente, de la fijación, en el V Congreso internacional, de la esencia del método leninista está ligado no sólo a grandes dificultades, actualmente casi insuperables todavía, sino también a ciertos peligros

que son tanto mayores cuanto que, precisamente en este terreno puramente teórico y muy alejado de la lucha práctica de las fracciones, pueden pasar más fácilmente inadvertidos. Bajo la bandera revolucionaria del "leninismo", que a todos nosotros nos es cara, se intenta introducir ahora subrepticamente en la práctica y la teoría del comunismo revolucionario toda clase de contrabando revisionista, reformista y oportunista. Y en su motivo más profundo, la teoría del método leninista formulada ahora por el camarada Thalheimer sólo significa una teoría falsa para una práctica política falsa. De modo análogo a como se relaciona en Alemania la táctica oportunista y reformista del frente único, empleada desde el Congreso del partido en Leipzig, con el método revolucionario de la agitación y de la movilización de las masas, así se relaciona el método "leninista" de Thalheimer y de los camaradas que piensan como él con el verdadero método del leninismo revolucionario, esto es, con el método dialéctico-materialista, restablecido y completado por Lenin, del marxismo revolucionario. Al igual que en relación con todas las demás cuestiones directamente prácticas de la política comunista, el V Congreso internacional deberá levantar también en el examen de los fundamentos teóricos de esta política, en la cuestión del programa y en la de los fundamentos del leninismo, ciertos muros protectores contra la marea ascendente del revisionismo comunista. Mediante la realización de esta función negativa, puede contrarrestar vigorosamente la decadencia inminente del método de la ciencia revolucionaria marxista, restablecido y completado por Lenin, que en su esencia no es más que la conciencia teórica de la acción revolucionaria de la clase proletaria. Para una fijación positiva, en cambio, de la esencia del leninismo como *método*, el momento actual del desarrollo de la Comintern es tan poco indicado como lo es para la fijación de un programa comunista definitivo, válido para una época entera de la política comunista.

I

El tema de este nuevo libro de Lukács lo constituyen los problemas fundamentales del leninismo. Y el camarada Lukács ha sabido esclarecer todos estos problemas fundamentales en una forma asombrosamente concisa (en 70 páginas), con un lenguaje sencillísimo y fácilmente comprensible, pero a la vez de una manera sumamente profunda y minuciosa. La *actualidad de la revolución proletaria* es el pensamiento fundamental esencial que caracteriza la teoría y la práctica de Lenin, y que al mismo tiempo determina la relación entre este “leninismo” y la teoría y práctica de Karl Marx. Ya el materialismo histórico de Marx, en cuanto teoría de la revolución proletaria, tiene como premisa la actualidad histórica de la revolución proletaria. Sólo los epígonos reprimieron esta premisa fundamental del marxismo, sostenida por Karl Marx y Friedrich Engels incluso después de 1850, de una manera (Bernstein) u otra (Kautsky). Al retomar dicha premisa, Lenin “restauró” la doctrina marxista, y al mismo tiempo la formuló con mayor claridad y concreción, al incorporarle el avance del proceso histórico ocurrido desde Marx. La actualidad *histórico-universal* de la revolución proletaria en el marxismo se ha convertido, en el leninismo, en la actualidad de la revolución en cuanto *problema de actualidad inmediata* del movimiento obrero. La teoría reformista y mencheviquista de la unión “necesaria” de desarrollo capitalista y democracia, válida para la época pasada del movimiento proletario, se convierte de esa manera en una idea carente de veracidad para la presente época capitalista-imperialista. “Tal como lo demuestran los hechos, tanto el capitalismo como el imperialismo se desarrollan bajo *cualquier* forma política, y se someten a *todas* las formas” (Lenin). Por eso, en esta época debemos romper con la caótica fusión del proletariado con los estratos burgueses “progresistas” y con el oscuro concepto del “pueblo”, teórica, práctica y definitiva-

* Recensiones a las obras de Lukács y Stalin: “G. Lukács: *Lenin, Studie über den Zusammenhang seiner Gedanken*”, en *Die Internationale*, vii, 1924, núm. 12, pp. 413-414; “Stalin: *Lenin und der Leninismus*”, en *Die Internationale*, vii, 1924, núm. 21-22, pp. 668-670. [De ambas obras hay edic. en español: Georg Lukács, *Lenin (la coherencia de su pensamiento)*, México, Grijalbo, 1970; José Stalin, *Cuestiones del leninismo*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1946.]

mente. La *clase proletaria* debe actuar, teórica y prácticamente, como *la fuerza decisiva, como la clase conductora*. Pero esto no significa que hayamos entrado ahora en la era de la “revolución proletaria pura”, y que el proletariado pueda desdeñar y rechazar todos los movimientos de descomposición y fermentación que se producen dentro del sistema imperialista-capitalista mundial (en los problemas agrario, colonial, de las nacionalidades) y que se hallen por debajo del nivel de una revolución proletaria pura tal. “Quien espere una revolución social pura, jamás la verá, y sólo es un revolucionario de palabra, que no comprende la verdadera revolución.” (Lenin.) Por el contrario, la clase proletaria debe imponerse como clase conductora para el proceso total de la verdadera revolución actual; en este proceso revolucionario general, la revolución proletaria constituye el factor trascendente y dominante, y todos aquellos movimientos que, abstractamente considerados, sólo completan la transición de las condiciones precapitalistas medievales a las capitalistas modernas, se han convertido en meros factores parciales de este proceso general para la consideración histórica concreta del leninismo. Así, la alianza revolucionaria entre el proletariado y el campesinado en Rusia, la alianza revolucionaria de los proletarios de todos los países y de los pueblos oprimidos en la Internacional comunista, no falsea ni debilita la hegemonía de la clase proletaria en cuanto clase dirigente de la actual revolución universal, sino que sólo gracias a ellas adquiere una realidad práctica y concreta. Sólo bajo esta idea fundamental de la “actualidad de la revolución” puede comprenderse también en su totalidad el concepto leninista del “*papel del partido*” y todos los problemas *organizativos* del leninismo. “No puede separarse mecánicamente lo político de lo organizativo, y quien apruebe o repruebe la organización partidaria bolchevique independientemente de la cuestión de si vivimos en la época de la revolución proletaria, seguramente no habrá comprendido nada de su esencia.” (Lenin.) Sólo en este contexto se torna unilateral e insuficiente la idea de Rosa Luxemburg, en el sentido de que la organización sería un producto del movimiento revolucionario de masas. Las ingentes tareas que plantea al proletariado la época del ocaso del capitalismo imponen al estrato dirigente consciente del proletariado una descomunal responsabilidad *actual*; los “comunistas” deben asumir consciente y activamente el papel de la conducción de la clase proletaria, y con el fin de cumplir su misión —la organización de la revolución— y en su carácter de partido revolucionario que guía y organiza al proletariado, deben organizarse y disciplinarse ellos mismos. La actualidad de la revolución convierte en una cuestión vital para el proletariado el que éste vea claramente el pensamiento y la acción realmente

correspondientes a su situación de clase, en una figura visible, la del partido proletario dirigente: los partidos comunistas nacionales y los partidos comunistas generales internacionales de la Tercera internacional. De esta relación surge asimismo la correcta comprensión de la *teoría leninista del Estado*. Lenin planteó el problema del Estado como un problema actual del proletariado en lucha, señalando concretamente la naturaleza del Estado como *arma* en esa lucha. Al Estado burgués, que también siendo una democracia pura constituye la organización del dominio de una minoría (una organización con la función de hacer valer a la clase burguesa dominante en forma concentrada y formando un frente unitario, y al mismo tiempo de desorganizar y atomizar las clases oprimidas), se le enfrentan los “consejos obreros”, que ya en sus primerísimas formas sin desarrollar exhiben su carácter fundamental de *contragobierno* revolucionario. . . Por eso, dichos consejos obreros deber ser propagados ininterrumpidamente en el proletariado por el partido leninista, que es el partido de la actualidad de la revolución proletaria, mientras que su existencia real, si no ha de constituir una farsa, ya significa inexcusablemente la primera lucha seria por el poder estatal: la guerra civil. Después del triunfo de la clase proletaria se perfecciona la naturaleza del consejo obrero en cuanto aparato estatal, como arma en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía, la cual también al comienzo de la república de los consejos, también después de su expropiación económica, e incluso durante su sometimiento político sigue siendo la clase más poderosa, y por ello la clase proletaria victoriosa debe combatirla, desintegrarla, aislarla y aniquilarla mediante su arma más importante: el arma del sistema de consejos como organización del Estado. La aplicación (consecuentemente proseguida también después de conquistado el poder) del mismo método histórico dialéctico del marxismo, restaurado, concretado y actualizado por Lenin, a los entonces actualizados problemas económicos y generales del socialismo, constituye la esencia de lo que trata Lukács en el último capítulo de su opúsculo como la “*política realista revolucionaria*” de Lenin. Bajo ese enfoque se disuelve la vacua apariencia de todas las “contradicciones” que los socialistas oportunistas y los políticos burgueses creyeron haber encontrado en el partido bolchevique durante los últimos tres años. La rigidez mecánica del pensamiento no dialéctico ni revolucionario no logra comprender que todas esas “contradicciones” (el mantenimiento, por parte de los bolcheviques, después de su “retorno al capitalismo”, de la antigua estructura partidaria y de la antigua dictadura “antidemocrática” del partido; su mantenimiento de la tarea de preparación y organización de la revolución mundial, mientras que el Estado del proletariado ruso trata simultáneamente de

acordar su paz con las potencias imperialistas, y de atraer el capitalismo imperialista hacia la construcción económica de Rusia; la enérgica depuración ideológica y consolidación organizativa del partido proletario, mientras que al mismo tiempo la política económica de la República de los soviets aspira temerosa a impedir todo aflojamiento de la alianza con el campesinado, etc.) son *contradicciones objetivas y en devenir de la era presente*, y que la política del Partido comunista de Rusia, la política de Lenin sólo es contradictoria en la medida en que busca y encuentra las *respuestas dialécticamente correctas* a las contradicciones objetivas de su propio ser social. Si remontamos de esta manera todos los problemas individuales de la práctica leninista a la cuestión fundamental del método materialista dialéctico, comprendemos al mismo tiempo en qué sentido se justifica hablar del leninismo como de una *nueva fase* en la evolución de ese materialismo dialéctico. Lenin no sólo “restauró” la pureza de la doctrina marxista, rescatándola de la vulgar deformación y simplificación marxista. Antes bien, el leninismo significa un peldaño inalcanzado hasta ahora del pensamiento y de la acción materialista dialécticas concretas, no esquemáticas, no mecánicas, y que apuntan totalmente hacia la práctica. Mantener el movimiento comunista mundial a la altura de esta teoría y de esta práctica marxista-leninista, tal es la principal tarea de los leninistas.

Al proseguir hasta este punto sus investigaciones acerca de la cohesión de las ideas leninistas esenciales —que aquí sólo se esbozan en forma abstracta e incompleta— el camarada Lukács ha demostrado, al mismo tiempo, la actualidad inmediata de estas investigaciones suyas para las tareas presentes de la Comintern. Ha efectuado una importante contribución al problema de *Lenin y la Comintern. Acerca de los fundamentos y la propaganda del leninismo*, que constituye el primer punto del orden del día del próximo V Congreso de la Internacional comunista. Esta contribución es sólo teórica, y para algunos lectores, no habituados a las investigaciones metódicas generales, acaso por momentos sea “demasiado teórica”. Pero creemos que los comunistas deben estar con Karl Marx, quien dijo que: “*También la teoría se convierte en fuerza material, apenas se apoderan de ella las masas.*”

II

También debemos buscar todos los medios para explicar a los extranjeros los comienzos de esta resolución. [Lenin en el IV Congreso de la IC con referencia a la

resolución del III Congreso acerca de la estructuración organizativa de los partidos comunistas y del método y contenido de su tarea.]

Debe ponerse el leninismo en ejecución, en eso consiste la gran tarea prescrita por el primer congreso mundial del futuro partido comunista mundial, el V Congreso de la Internacional comunista, a los partidos comunistas de Europa, América y todo el mundo, para su labor *práctica*, política y organizativa, al igual que para su labor *teórica*. En su prólogo a la edición alemana del libro de Stalin sobre el leninismo, el camarada Béla Kun señala con razón que en el V Congreso se le planteó esta tarea a los partidos europeo-occidentales *por primera vez en toda su amplitud*. Hasta el V Congreso bastábale a un partido reconocer los *principios comunistas* proclamados por el I Congreso y cumplir las *condiciones organizativas* fijadas en sus rasgos fundamentales por el II Congreso, y elaboradas por el III y IV Congresos, demostrando no sólo con palabras, sino con los hechos, la separación llevada a cabo en la realidad con respecto a reformistas y centristas, para lograr la pertenencia a la III Internacional. Pero no constituía más que un programa y una promesa el que los partidos pertenecientes de ese modo a la Internacional comunista se calificaran de “sección de la Internacional comunista”. En su estructura y cualidad interna aún distaban mucho de ser verdaderas partes constituyentes de un partido comunista universal. Pertenecían exteriormente a una Internacional bolchevique, leninista, pero ellos mismos aún no eran, ni en la teoría ni en la práctica, totalmente leninistas. (En cuanto a esto último, recuérdese que hasta 1923 las enseñanzas de Rosa Luxemburg constituían “la teoría” del Partido comunista alemán, y que partidos comunistas íntegros, como por ejemplo el inglés, en el fondo no poseen aún “teoría” alguna.) La novedad aportada por el V Congreso consiste en que el proceso de “bolchevización” comenzando desde arriba, en la propia Internacional comunista, ahora se expande teórica y prácticamente hacia abajo, abarcando por primera vez la estructura interna de las corporaciones partidarias hasta llegar a sus “células” individuales. Al principio sólo el Partido bolchevique ruso lo era. A partir de esa célula germinal comenzó el proceso de “bolchevización”, el cual se aplicó primeramente a la Internacional comunista en cuanto tal. La directiva impartida por el V Congreso mundial establece que de ahora en adelante deben “bolchevizarse” todas las secciones de la Internacional comunista.

El cumplimiento concreto de esta directiva no le resulta fácil a ningún partido comunista europeo. La tarea de adoptar no sólo formalmente el leninismo, limitándose a la mera cháchara y su mero

remedio, sino de *aprenderlo* en un sentido *especial*, *comprender* verdaderamente la *organización*, la *construcción*, el *método* y el *contenido* de la tarea leninista y de *realizar* concretamente el leninismo, plantea las mayores exigencias a todos los partidos europeos, no sólo en el aspecto práctico-organizativo sino también en el *teórico*. Lo que debe realizarse dentro del partido (en su cuerpo de funcionarios y en sus afiliados) y por parte del partido (frente a toda la clase proletaria y frente a los actuales y futuros aliados del proletariado) en materia de labor *teórica leninista*, no puede ciertamente lograrse como subproducto de los esfuerzos organizativos ni de las acciones políticas. Pensarlo constituiría una ominosa recaída en la teoría de la espontaneidad (de Rosa Luxemburg), que por lo demás se considera superada. De nada sirven aquí los remilgos, la fijación de términos perentorios para la transformación en células de empresa y para el reingreso a los sindicatos libres. Todo esto hace falta *obviamente* para la “bolchevización del partido”, tal como hace falta aguzar los labios para silbar. Pero la cuestión reside en que también aquí, en la teoría, no basta con aguzar los labios: también hay que silbar realmente. “Debo aclarar que el anhelo de los prácticos, en el sentido de eludir la teoría, contradice el leninismo y alberga grandes peligros para la causa proletaria” (Stalin, p. 27). La “ejecución del leninismo, también en la teoría”, debe formularse y llevarse a cabo concretamente, antes bien, en el sentido que le daba Lenin, como una *tarea parcial especial dentro* de la tarea general de la “bolchevización del partido”.

Al igual que todas las restantes tareas parciales de la “bolchevización”, tampoco es posible resolver este problema teórico “de la noche a la mañana”. Lo dicho por el camarada Lenin en uno de sus últimos discursos en el IV Congreso, con especial referencia al aspecto organizativo de la bolchevización, vale igualmente para todos los aspectos del proceso de bolchevización del partido, y de esa manera más general es como debemos entenderlo hoy en día. Al igual que la organización partidaria bolchevique, todo el bolchevismo y el leninismo —su práctica, y en no menor proporción también su teoría— son “demasiado rusos” para una comprensión rápida y sin esfuerzo por parte de los “extranjeros”. Refleja “la experiencia rusa”. Por eso “los extranjeros no lo entienden”. Sin embargo, los “extranjeros” (vale decir, los partidos comunistas de Europa y América) ya no deben contentarse actualmente con “colgarlo de la pared como un icono, y adorarlo”. Con ello, nada se logra. Deben “incorporar una parte de la experiencia rusa”. Y para ello, los “rusos” deben ayudar a los “extranjeros” y deben hacerles comprender que también para ellos lo más importante para el periodo que se inicia es la “doctrina

leninista” (como lo es también, en otro sentido, para los propios rusos).

En buena hora para esta *necesidad doctrinaria leninista real*, que la masa de afiliados a nuestro partido también *siente ya realmente*, aparece la edición alemana del libro sobre el leninismo del camarada Stalin, dedicado a la “proclamación leninista”. Este libro, del cual “aprendió la nueva generación de trabajadores del partido en la Universidad de Sverdlov, en Moscú, los fundamentos del leninismo” (Béla Kun, prólogo a la edición alemana), es también para nosotros, “extranjeros”, un medio apropiado de aprendizaje con el que podemos *comenzar a aprender* el leninismo.

Un manual de aprendizaje para principiantes en leninismo sería realmente la calificación más apropiada de lo que debe buscarse y lo que no debe buscarse en este libro. Desde luego que no es una primera introducción para principiantes, un ABC para alumnos elementales de la filosofía proletaria de clases ni de la ciencia de las clases en general. “Lenin es marxista, y el fundamento de su cosmovisión lo constituye obviamente el marxismo” (Stalin, p. 3). “Explicar el leninismo significa señalar lo especial y novedoso en los trabajos de Lenin, agregado por él al rico venero del marxismo y ligado a su nombre” (*ibid.*). Es decir, que el camarada Stalin sólo trata particularmente *lo especial y lo novedoso* de la teoría leninista, en virtud de lo cual dicha teoría se presenta como una forma nueva del marxismo, desarrollada a partir del punto de vista marxista, bajo las nuevas condiciones del capitalismo y de la lucha proletaria de clases. Con ello posibilita realmente que los “extranjeros incorporen una parte de la experiencia rusa”, en ese sentido especial de la expresión “experiencia rusa” que la misma ha asumido a comienzos del siglo xx, y sobre todo desde 1917 para la clase proletaria revolucionaria. Para los marxistas-leninistas, la “teoría” no es otra cosa que la expresión general de la experiencia del movimiento obrero. La teoría del “marxismo” en general es “la experiencia del movimiento obrero de todos los países, tomada como un todo” (Stalin, p. 27). Y lo “nuevo y específico” del leninismo es precisamente la “experiencia rusa”, es decir, más exactamente, la experiencia de la clase obrera revolucionaria en el siglo xx, vista desde la perspectiva del proletariado al cual la historia le había planteado la *misión inmediata* de “destruir el más poderoso pilar de apoyo no sólo de la reacción europea, sino también de la asiática” y el cual, gracias a la “*concreción de esa misión*”, fue convertido en “vanguardia del proletariado revolucionario internacional”. Esta “experiencia rusa”, en cuanto teoría, es lo específico de la doctrina leninista que nos transmite a nosotros, principiantes del leninismo (¿y qué marxista europeo-occidental no sería

un principiante de esa índole?), el libro sobre Lenin del camarada Stalin. *¡Un manual para marxistas, para aprender el leninismo!*

Pero por otra parte sería erróneo y significaría pensar de una manera muy exterior y absolutamente antidialéctica, si de ello se pretendiese concluir que el libro de Stalin sobre el “leninismo” ya “presupone conocido al marxismo”, de modo que sólo pueden leerlo con provecho aquellos lectores que ya estudiaron el “marxismo” hasta el final. Ya la propia circunstancia de que todas estas “clases” en las que dividió el camarada Stalin su libro, escrito de una sola pieza (la historia exterior de su génesis es inversa: se trata de clases individuales unidas para formar un libro), fueran dictadas frente a la joven generación obrera de Moscú, hace que, a pesar de poner el mayor énfasis en lo novedoso, en lo específicamente leninista del marxismo, las mismas arrojen un conjunto comprensible del marxismo-leninismo, una descripción del *marxismo como leninismo, como la “teoría de la revolución” en la época del imperialismo y de la actualidad inmediata de la revolución proletaria*. Nuestra nueva generación “extranjera” de obreros y “revolucionarios profesionales” tampoco tendrá que hacer ya, en el futuro, lo que nosotros, la generación anterior, debimos hacer por la fuerza, y que en lo sucesivo sólo harán aún los especialistas en la historia del marxismo-leninismo: estudiar primeramente el “marxismo en general” (o, mejor dicho, las etapas evolutivas preleninistas del marxismo, desde el comunismo de la década de 1840 hasta el marxismo de *El capital* y hasta la desintegración del marxismo en la Segunda internacional y la antítesis de esa desintegración —“en la abyección, la indignación por la abyección”— de la teoría de Rosa Luxemburg), y luego lo nuevo y específico del leninismo, como un apéndice a posteriori. Ellos, en cambio, estudiarán desde un principio la forma perfeccionada, el leninismo, y estudiarán en él, al mismo tiempo, el marxismo. “En la época del desarrollo imperialista y de la revolución proletaria, sólo es posible propagar eficazmente el marxismo en la forma del leninismo” (tesis propagandísticas del V Congreso mundial). En consecuencia, el libro del camarada Stalin, pese a tratar el marxismo solamente como leninismo, e incluso precisamente por ello, es un libro propagandístico y un medio de aprendizaje apropiado no sólo para “marxistas” de instrucción completa, sino también para aquellos proletarios que junto con su estudio del leninismo —y a través de ese mismo estudio— también deben estudiar primeramente el marxismo. Pero es natural que la obra del camarada Stalin no pueda cumplir plenamente ese designio, en la medida en que sólo se lo difunda como libro impreso en el comercio editorial. En él se lo admira y lee en profusión, pero —a pesar de su cristalina claridad y de la fuerza ejemplar de su lenguaje— sólo se lo logra entender muy poco en vir-

tud de su *excesivo peso específico*. Su finalidad práctica principal para la “bolchevización del Partido” como medio de aprendizaje para el estudio del marxismo-leninismo sólo se cumplirá cuando se lo *explique* a los círculos más vastos de funcionarios y miembros del partido, en cursos especiales de difusión, a cargo de profesores especialmente instruidos para ello, y que posean la capacidad de enseñar el marxismo en el leninismo y el marxismo como leninismo, y al mismo tiempo concebir y afirmar las ideas fundamentales de la *teoría marxista-leninista* como concreción, expresión e instrumento de la *práctica bolchevique*. Difundido de esta manera, el libro del camarada Stalin se convertirá en una poderosa palanca para la bolchevización del partido, para la imposición del leninismo en el partido comunista alemán y en las restantes secciones europeo-occidentales de la Internacional comunista.

Además de su importancia como *escuela del leninismo*, la obra de Stalin también tiene la significación de ser el primer libro existente en idioma alemán que presenta al verdadero leninismo en forma integral. Acerca de su libro dice el camarada Stalin que “en el mejor de los casos es un bosquejo prieto de los fundamentos del leninismo”. Casi todos sus nueve capítulos, preñados de contenido (“Las raíces históricas del leninismo; el método; la teoría; la dictadura del proletariado; la cuestión campesina; la cuestión nacional; estrategia y táctica; el partido; el estilo de trabajo”) comienzan señalando que “sólo se escogen” algunos problemas del tema total. Sin embargo, creemos que en cada uno de estos capítulos consagrados a un tema especial, el camarada Stalin ha entresacado nada menos que la esencia y el núcleo de todo el tema, y mediante esta serie de felicísimas “tomas” ha tomado finalmente todo Lenin y todo el leninismo. Pero hace más aún. No sólo expone la doctrina de Lenin, sino que también la libera de sus agregados, la consolida contra las distorsiones que la amenazan. Muchos capítulos comienzan con un “planteo individual” sumamente notable: el planteo del “planteamiento” (por ejemplo, el capítulo sobre *la cuestión campesina*: “Algunos creen que en el leninismo lo fundamental es la cuestión campesina. Esto es completamente falso. El fundamento del leninismo, su centro de gravedad no lo constituye la cuestión campesina, sino el problema de la dictadura del proletariado [. . .]”), pero incluso donde ello no se produce en forma expresa, esta clase de “aclaraciones” aparecen a cada paso. No sólo es importante cuanto dice el camarada Stalin, sino también cómo lo dice, e inclusive lo que no dice. En mi artículo “Lenin y la Comintern” (que en el V Congreso se entendió, injusta e infundadamente, como una crítica al leninismo, y que aparece en el fascículo 10-11 de *Die Internationale* del año en curso), en el curso de la polémica contra

los deformadores del marxismo-leninismo, tales como el camarada August Thalheimer, yo había señalado los “peligros” que pueden originarse precisamente en este “terreno en apariencia puramente teórico, y sumamente distante de la lucha práctica de las fracciones” al hacer la tentativa de “introducir subrepticamente, bajo la bandera revolucionaria del leninismo, que tan cara nos es a todos, algunos contrabandos revisionistas, reformistas, oportunistas y liquidadores en la práctica y en la teoría del comunismo revolucionario”. La imposición del “leninismo” de cuño stalinista en los partidos comunistas “bolchevizados” desbaratará todos los intentos de esta índole.

EL CAMINO DE LA COMINTERN*

DECLARACIONES PRELIMINARES

He sido invitado por el Comité central “a participar en esta conferencia y a exponer mis puntos de vista en la discusión sobre el VI Ejecutivo ampliado”. Acepto esta invitación aun cuando aquí no esté presente ningún órgano competente para decidir sobre la política y la táctica del partido y si bien la manifestación de esta aparente discusión debe servir solamente para disimular ante los miembros que en realidad se reprime toda discusión sobre los asuntos fundamentales de la revolución. Hablo por lo tanto de por qué considero justo expresar mis puntos de vista sobre el partido, dondequiera que se presenta la ocasión. Por estos motivos, pero también porque sé por experiencia, confirmada por el informe actual del compañero Thälmann, que cada palabra mía es falsificada en su opuesto y mis desmentidos son recha-

* *Der Weg der Komintern. Diskussionsrede des Gen. Korsch auf der Konferenz der politischen Sekretäre und Redakteure der KPD* (16.4. 1926), Berlín, 1926. Durante 1925 la presión —directamente guiada desde Moscú— sobre los elementos “ultraizquierdistas” más conocidos —Scholem, Katz, Rosenberg— se torna cada vez más pesada. Luego es a su vez la propia dirección de Ruth Fischer (apoyada, en esta fase, también por Hugo Urbanhs) quien es acusada de “doble contabilidad” política porque, detrás de la fraseología de la nueva situación económica (la “estabilización) y de los nuevos peligros “monárquicos”, “feudales”, revanchistas que requieren nuevas estrategias. Partiendo de un análisis económico y político opuesto, los “ultraizquierdistas” denuncian en cambio en el nuevo curso impuesto por Moscú una adaptación oportunista del movimiento comunista internacional a las exigencias del Estado soviético, deseo de colaborar con los Estados burgueses ahora en una fase democrática y pacifista.

La “Carta abierta del CEIC” de septiembre de 1925 a todas las organizaciones y miembros del Partido comunista de Alemania, que sugiere de manera perentoria un cambio de estrategia en el partido alemán, es la ocasión para Korsch de salir al descubierto. A partir de ciertas expresiones utilizadas por Korsch en una conferencia partidaria (“imperialismo rojo”), se desata contra él una aguda campaña de prensa que sólo cesará con su expulsión del partido. Korsch reacciona con energía, pasa a la contraofensiva en el plano publicístico y organizativo. Se constituye el grupo de las “izquierdas intransigentes” que realiza su primera conferencia nacional el 24 de enero de 1926. El 16 de abril de 1926 Korsch tiene la última oportunidad de hablar ante los miembros del partido, durante la conferencia de secretarios y redactores políticos de los distritos alemanes. [E.]

zados, he expedido por escrito las formulaciones esenciales de mi discurso, que leeré ahora.

Una premisa más: pueden hacer ustedes una discusión o un linchamiento. Si quieren un linchamiento, dejaré de hablar inmediatamente porque yo estoy aquí únicamente por invitación de ustedes. Si quieren una discusión, tienen que tener bien en claro que desde mi posición de oposición lo que tengo que decir no puede sonar agradable a los oídos del aparato del partido aquí reunido.

EL EJECUTIVO AMPLIADO Y EL XIV CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

¡Compañeros! Los asuntos que hoy son tratados aquí son de extraordinaria seriedad. ¿Qué puede ser más serio e importante para un comunista que un viraje decisivo en la política de la Comintern, nuestro partido comunista mundial? Y los asuntos que esta vez son tratados bajo el título de *Informe del Ejecutivo ampliado*, ¿no son doble y triplemente serios e importantes por el hecho de que esta sesión del Ejecutivo ampliado ha sido precedida por el XIV Congreso de nuestro hermano partido ruso donde, como se dice expresamente en la resolución del Comité central recibida por la conferencia de enero de los secretarios políticos y de los redactores, estaban en gran parte a la orden del día no sólo “asuntos específicos rusos” sino también “importantes problemas de la revolución proletaria internacional, del leninismo internacional”?

Cada uno sabe aquí que estos asuntos de fondo de la revolución proletaria internacional en el congreso no sólo estaban a la orden del día, sino que han constituido el punto central de una encarnizada lucha de fracciones. Una lucha de fracciones en la que la vieja guardia bolchevique se ha quebrado en dos campos hostiles. Todos saben también que estos mismos asuntos que no fueron formalmente discutidos en el Ejecutivo ampliado —puesto que se sentía y sabía que de este modo se habría puesto en discusión la existencia de la misma Comintern—estaban también, no obstante, de una manera oculta, a la orden del día del Ejecutivo ampliado. Y que también las fracciones del XIV Congreso se han contrapuesto nuevamente, dilatadas internacionalmente, una vez más en el Ejecutivo ampliado. Sólo que aquí no abierta, dura, directamente con contabilidad simple sino de un modo velado, amortiguado con maniobras diversivas y con un uso abundante de la llamada “doble contabilidad”.

El compañero Zinóviev, que en el XIV Congreso había sostenido el

punto de vista de la lucha de clases revolucionaria, proletaria de los obreros de Leningrado frente a la política oportunista, influenciada por los campesinos, de Stalin y Bujarin, se ha callado en lo referente a estos asuntos importantísimos de la Internacional comunista en el Ejecutivo ampliado. Y cuando tomó la palabra, en el plénum o en comisiones, evitó separarse formalmente de Bujarin, de la opinión colectiva del presidium del CEIC, de la delegación rusa. Es una incomprensión de la verdadera situación de hecho cuando el grupo Urbahns, aceptando las tesis políticas decididas por el Ejecutivo ampliado, las caracteriza en la propia plataforma como las “tesis presentadas por el compañero Zinóviev”. Estas tesis políticas no son en realidad en ningún sentido, ni formal ni sustancial, específicamente zinovievianas. Sobre todo después de las 38 modificaciones que han sufrido, con la aprobación de Zinóviev en la Comisión política, no representan ningún punto de vista particular de Zinóviev. Como tampoco la firma de Ruth Fischer debajo de la *Carta abierta* del CEIC en agosto-septiembre de 1925 expresaba un punto de vista específico de Ruth Fischer —a menos que no se quisiera caracterizar concluyentemente la esencia del punto de vista de Ruth Fischer con la “doble contabilidad”, cosa que sería falsa. La “doble contabilidad” no es monopolio de Ruth Fischer. Ésta revela el comportamiento no sólo de uno, sino de muchos compañeros dirigentes de diversas corrientes en el último Ejecutivo ampliado y más tarde, hasta el momento actual.

LA LLAMADA “DOBLE CONTABILIDAD”, LAS CONTRADICCIONES Y AMBIGÜEDADES EN EL RESULTADO POLÍTICO DEL EJECUTIVO AMPLIADO

Están muy lejos de ser liquidadas las contradicciones evidentes en el punto de vista político y táctico del grupo Ruth Fischer y de su plataforma, hoy aquí ilustradas por el compañero Urbahns, simplemente con el golpe de la “doble contabilidad”. Tales contradicciones no se basan en la simple maldad, oscuridad o vileza de una sola persona. La contradicción en el comportamiento del grupo Ruth Fischer-Urbahns es solamente la forma particular de una contradicción más general y profunda que aparece en el comportamiento de los otros dirigentes y grupos. Exactamente como el grupo Ruth Fischer-Urbahns ha votado en contra de la resolución sobre la cuestión alemana en el Ejecutivo ampliado, pero ha aprobado las tesis políticas generales, también el compañero Zinóviev en el congreso del partido ha votado en contra de las resoluciones políticas, pero ha aprobado la resolución sobre la cuestión de la Comintern y ha sostenido esta línea en el Eje-

cutivo ampliado. Todas estas aparentes contradicciones están condicionadas por la oscura ambigüedad de todo el resultado político de la última sesión del Ejecutivo ampliado, de todas las decisiones que allí se tomaron, y de todas las decisiones que consciente o inconscientemente fueron o no tomadas. Cuando por lo tanto el compañero Stalin grita al compañero Urbahns que manifieste claramente de qué parte está: de parte del Comité central o de la de sus encarnizados adversarios, esta invitación equivale a aquella otra dirigida al compañero Meyer* reclamándole que admita que no ha sido el Comité central el que se acerca a su punto de vista, sino que viceversa él, Meyer, es quien lo hace al punto de vista del Comité central. O bien como la dura declaración del mismo Stalin en contra de la evidente fraseología oportunista “de algunos compañeros” del Partido comunista alemán y de otros países europeos occidentales que habían hablado del hecho de que, cuando los intereses de la Unión Soviética lo debieron requerir, los partidos comunistas europeos habrían debido “amortiguar” un poco su política revolucionaria y llevar a cabo una “política de derecha”.

Todas estas ambigüedades y oscuridades tienen su origen fundamental no en una teoría oscura, ni siquiera en la dudosa moralidad de sus sostenedores. Tienen razones objetivas, materiales, práctico-políticas, un fundamento de clase que se debe aclarar para comprender de una manera marxista el verdadero significado político del VI Ejecutivo ampliado y con esto también la necesidad de la oposición de izquierda que está dirigida en contra de las tendencias oportunistas que surgen.

Esta tarea necesaria no puede ciertamente ser absuelta por un grupo que mantiene su punto de vista de oposición en una manera tan cauta y equívoca, como el grupo Urbahns-Fischer y las figuras más importantes que se encuentran detrás de ellos. Pero si nuestros adversarios comunes tuvieran ahora que frotarse las manos satisfechos frente al espectáculo ofrecido por la oposición de izquierda que se presenta dividida en dos, tres corrientes que se combaten teóricamente enfrente del adversario común, deberíamos decirles que están en un grave error si quisieran con eso extraer cualquier conclusión sobre nuestro comportamiento práctico en la confrontación con el enemigo común, el Comité central y los derechistas que están detrás de él. Damos valor a una clara y sin tapujos confrontación teórica con el grupo Urbahns justamente porque esta confrontación teórica es más importante para el desarrollo vital de nuestro partido, para el progreso del partido

* Ernst Meyer, figura eminente en el Partido comunista de Alemania de los años veinte, representante tenaz de una posición “centrista”. [E.]

de la lucha de clases, revolucionario, internacional, proletario, que las alambicadas controversias sobre el asunto de si el compañero Meyer se ha movido en dirección del Comité central o si el Comité central se ha movido en dirección del compañero Meyer. Naturalmente hoy ya no es el Comité central sino la derecha el verdadero sol en nuestro sistema de partido. Y del actual Comité central, Galileo-Meyer puede decir: *je pur si muove!* Y si él, como Galileo, dice esto solamente en secreto y exteriormente reniega de sus pecados de derecha y se pronuncia por la teoría “centrípeta”, entonces se cierra toda la tarea. El contenido objetivo de la actual línea política del CEIC hace necesarios hoy todos estos disfraces, estas máscaras históricas. Lo vemos no sólo en el compañero Meyer, en el que tal máscara es formalmente impuesta, sino también en figuras más grandes sobre el escenario de nuestra Comintern, en Zinóviev ¡y aun en Stalin! Pero nuestro deber marxista consiste en reconocer detrás de esta apariencia y forma la esencia real, histórica clasista.

EL GRUPO URBAHNS-RUTH FISCHER

La contradicción principal en la plataforma y en todo el comportamiento del grupo Urbahns-Ruth Fischer está en su toma de posición sobre las tesis políticas generales. La plataforma del compañero Urbahns aprueba estas tesis políticas generales y rechaza la resolución alemana —pero ambas son fruto del mismo espíritu. Urbahns acepta las tesis políticas que prohíben expresamente la transferencia de los asuntos controvertidos del XIV Congreso del Partido ruso a las secciones de la Comintern y reclama al mismo tiempo esta discusión. A los asuntos del XIV Congreso los llama “los asuntos de la Comintern” y aprueba estas tesis políticas de la Comintern en las cuales no se dice una palabra sobre los “asuntos de la Comintern”. Opina que con la “confusión de estos asuntos teóricos” se alienta necesariamente a todas las corrientes de derecha, a todas las tendencias liquidatorias y revisionistas en todas las secciones de la Comintern y ve al mismo tiempo en las tesis políticas, que conservan esta confusión de los asuntos fundamentales, una “directiva para la lucha de todas las tendencias de los grupos de derecha de revisión al V Congreso”.

El compañero Urbahns declara expresamente en el párrafo siguiente de su plataforma que en Alemania hoy los peligros de la derecha son los más grandes. Pero acepta las tesis políticas que “ha presentado el compañero Zinóviev”, en las cuales está la lapidaria frase que concluye un periodo entero de la ideología de la Comintern y también

de la KPD: "Para superar definitivamente la crisis originada con los eventos de 1923, es necesario que la KPD consiga una victoria definitiva sobre las desviaciones ultraizquierdistas cuyos representantes (Sholem, Ruth Fischer, Maslow) hacen retroceder al partido". Éstas son las "lecciones del octubre alemán" elaboradas por Zinóviev y aceptadas por Ruth Fischer y Urbahns. Aceptadas también por Scholem, que sin embargo en la votación sobre la resolución alemana ha declarado no querer renegar del propio pasado.

Tomemos ahora el problema del futuro: el compañero Urbahns en su primera demanda programática rechaza toda versión de la consigna de los "Estados Unidos de Europa" que "signifique cualquier otra cosa que no sea las repúblicas soviéticas revolucionarias de Europa". Con esto sin embargo está absolutamente claro que esta palabra en la versión en la cual es formulada en las tesis políticas aceptadas por Urbahns, significa algo muy lejano a la soviétización de Europa o del mundo entero, o aun solamente un "sinónimo" para esta soviétización. Un análisis preciso de las tesis políticas muestra unívocamente que con esta palabra de los "Estados Unidos de Europa" o de los "Estados Unidos de la Europa socialista" o aun de las "Repúblicas obreras y campesinas de Europa" no se trata del todo de una mera palabra revolucionaria de agitación y movilización, cuyo implícito pero también muy concreto y actual contenido real consiste en la lucha revolucionaria por la soviétización de Europa y del mundo entero. Se trata más bien de un "programa de salvación europea" con el cual la Comintern en consciente y "positiva" alianza con las ilusiones de la Sociedad de las Naciones, de Locarno y de la Paneuropa, se dirige a los "pueblos oprimidos" por el supercapitalismo y superimperialismo americano en Europa y a sus obreros y campesinos para conquistarlos para una política en cierto sentido "anticapitalista".

De esta manera en la plataforma de Urbanhs y en todo el comportamiento de este grupo surge con claridad la contradicción en la cual está involucrado. En su modo particular, ésta expresa aquella contradicción general y mayor que se ha revelado recientemente en la política del Partido comunista ruso y de la Comintern y por lo tanto también en la política de la KPD, y por cuya solución dialéctica es conducida hoy la lucha en el Partido Comunista ruso y en toda la Comintern y por lo tanto también en la KPD alemana.

¿EL CUATRO DE AGOSTO DE LA COMINTERN?

Aprovechando la ocasión para aclarar un grave equívoco que, según

mi convicción, constituye la base más profunda de todos los otros malos entendidos, mentiras y calumnias que se difunden en contra del único grupo claro y decidido de oposición de izquierda en la KPD, el llamado grupo Korsch-Schwarz-Rolf. No es cierto que este grupo parte de la convicción de que para la Comintern y su partido-guía, el partido ruso, el "cuatro de agosto de 1914"* sea ya un hecho cumplido.

Esta convicción, a despecho de todas las afirmaciones contrarias de enemigos y falsos amigos, no es la concepción individual de nuestro grupo y ni siquiera la de uno de sus llamados jefes.

En la plataforma política de nuestro grupo, que doy por escrita en mis declaraciones actuales, se encuentra una frase que expresa nuestra posición sobre este punto en la forma más clara. Es la frase sobre el XIV Congreso del partido ruso que dice que este progreso ha demostrado a todo el mundo que "en el interior de nuestro hermano partido ruso el oportunismo ha obtenido ya la delantera".

¿Qué quiere decir esta frase de la "delantera" de la tendencia oportunista en el Partido comunista ruso sobre las tendencias contrarias, revolucionarias? ¿Quiere decir que "el agosto de 1914" es un hecho de ahora en adelante cumplido o bien indica sólo aquella lucha de tendencias que se ha llevado a cabo en la socialdemocracia alemana y en los sindicatos libres ligados a ella antes de la guerra en el decenio precedente al 1914?

Aquí se habla claramente sólo de una lucha de dos tendencias, de las cuales una ha alcanzado la delantera, pero la otra no ha sido todavía plena y definitivamente aplastada. Y la frase en nuestra plataforma que sigue inmediatamente a la frase citada arriba de muestra claramente cuál es la leva sobre la cual queremos hacer apoyar la poderosa, aún invencible e invicta contratendencia revolucionaria en contra de esta invasora tendencia oportunista. Esta frase dice que las decisiones y las resoluciones del Ejecutivo ampliado demuestran que "este oportunismo debe ser extendido al interior de la Comintern". Por lo tanto, no ha sido transmitida todavía a la Comintern, al Partido comunista mundial de Lenin: aquí vemos nuestro campo de lucha, sobre el cual queremos librar en el interior del partido nuestra batalla contra la tendencia oportunista en avance, apoyados en la fuerza victoriosa de todo el proletariado universal, del proletariado ruso y del proletariado de todos los países capitalistas y de su vanguardia consciente reunida en las secciones del Partido comunista mundial.

* Esta fecha, marcando la adhesión formal de la socialdemocracia alemana a la guerra, ya desencadenada por los imperios centrales, se toma como símbolo de la capitulación política y moral de la propia socialdemocracia. [E.]

LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA INTERNACIONAL CONTRA LAS TENDENCIAS REVISIONISTAS Y OPORTUNISTAS EN LA COMINTERN

Opinamos por lo tanto que el sostén que el proletariado extranjero y los partidos extranjeros deben dar al proletariado ruso y al Partido comunista ruso para que sea dirigida al fin la obra de la construcción socialista, debe entre otras cosas consistir en la participación activa en la lucha contra el penetrante oportunismo, lucha llevada a cabo hoy en el interior del Partido comunista ruso y en toda la comunidad soviética rusa. También por este motivo nos parece una falsificación de la verdadera teoría leninista el hecho de que el compañero Stalin de 1925-1926 revise la propia formulación de la doctrina leninista sobre la cuestión de la victoria del socialismo en un solo país de abril de 1924, declarando que “el sostén de nuestra revolución por parte de los obreros de todos los países” y “la victoria de estos obreros al menos en algunos países” es sólo “la condición imprescindible de la plena seguridad del primer país vencedor en contra de las tentativas de intervención y restauración”, pero no la condición para la “construcción de la sociedad socialista realizada en un solo país” (véase Stalin en “Zu den Fragen des Leninismus”, *Inprekorr*, 1926, número especial 14, pp. 410 ss.) Nuestro punto de vista sobre este asunto, que no ha podido ser expresado en la sesión del Ejecutivo ampliado porque no estábamos representados allí, coincide perfectamente con el del compañero Bordiga, que en la discusión sobre el informe político del compañero Zinóviev ha formulado conclusivamente su posición en la frase: “los partidos europeos son los mejores guardianes contra el peligro oportunista en Rusia” (Informe telegráfico del *Inprekorr*, número especial 15, p. 435). Con esta audaz y clara palabra de un auténtico internacionalista podemos estar completamente de acuerdo. ¿Cómo están las cosas entonces con el llamado “cuatro de agosto” de la Comintern como un hecho ya acaecido? Sólo niños y tontos pueden afirmar tal insensatez. Si es cierto que Katz sostiene una idea tal (cosa que dudo y que ahora no puedo probar), entonces no habría más nada que hacer.

En nuestra plataforma declaramos que en esta dirección vemos actuar fuertes tendencias en el interior de la Comintern, y que estas tendencias oportunistas —y aquí mismo está el peligro particular de la situación actual— no proceden ya de Brandler, Braun, Thalheimer, Smeral y otros comunistas socialdemócratas de varios países europeos occidentales, sino que son alimentadas por el creciente oportunismo en el interior del único partido que hasta ahora en la Comintern ha promovido la pretensión de ser íntegramente un verdadero partido bolchevique, un verdadero partido leninista. En el interior quiero decir

del Partido Bolchevique ruso guiado políticamente por Stalin y teóricamente por Bujarin.

Estas invasoras tendencias oportunistas se revelan hoy en toda la praxis política interna y externa de nuestro hermano partido ruso y de la Comintern por él guiado. Se revelan también en la deformación claramente evidente de la teoría leninista.

Es sabido que la mujer de Lenin, la compañera Krupskaja, en el mismo discurso en el que ha recordado a la mayoría del último congreso ruso, el congreso de Estocolmo, en el cual la mayoría menchevique se había comportado injustamente en los enfrentamientos con la minoría bolchevique, ha citado también aquella amarga frase en *El estado y la revolución*, en la cual Lenin casi con presentimiento decía:

En la historia hay casos en los cuales las enseñanzas de grandes revolucionarios han sido deformadas después de su muerte; se ha hecho de ellos inocuos ídolos y mientras se rendía honor a su nombre, se limaba la punta revolucionaria de sus enseñanzas.

La compañera Krupskaja ha extraído explícitamente de esta cita también las consecuencias: "Creo que esta amarga cita nos debe llevar no a ocultar con la invocación al 'leninismo' esta o aquella de nuestras visiones, sino que nos debe obligar a considerar cada cuestión según su sustancia".

LA ESENCIA HISTÓRICA DE LA FASE MÁS RECIENTE DEL LLAMADO "LENINISMO"

Si se coloca el problema de la revisión y de la deformación que la teoría revolucionaria de Marx y Lenin ha sufrido en la fase más reciente del desarrollo del llamado "leninismo", se tiene que tener en cuenta desde el principio que esta deformación actual de la teoría marxista-leninista no puede naturalmente de ninguna manera consistir en un simple retorno a las doctrinas explícitamente reformistas de un "marxista revisionista" como Bernstein ni solamente a las enseñanzas reformistas camufladas de un "marxismo ortodoxo" como Kautsky. El reformismo teórico de un Stalin, que en 1926 revisa las propias formulaciones leninistas escritas dos años antes, y el reformismo teórico contenido en el nuevo escrito de Bujarin sobre *El camino al socialismo*, son específicamente diferentes del reformismo revisionista y ortodoxo de preguerra de Bernstein y Kautsky, como también la política práctica

del Partido comunista ruso y de la Comintern es específicamente diferente a la política práctica de la socialdemocracia de preguerra. Pero con toda su diferencia específica, ellas son al mismo tiempo absolutamente análogas a las precedentes formaciones —o deformaciones— de la teoría comunista marxista. Comparando la naturaleza de esta nueva fase de desarrollo de la teoría marxista-leninista con la antigua, se la puede explicar del mejor modo como un “bersteinismo” y “kautskismo” después de la toma del poder. Evidentemente, después de la toma del poder por parte de la clase proletaria cambia el significado de las “reformas”. Todos nosotros conocemos y reconocemos las afirmaciones hechas por Lenin al propósito. Por otra parte y sin embargo, no se deriva del todo que ahora en un partido comunista que ha tomado el poder en su país, no sea ya posible una deformación “reformista” de la teoría de la clase proletaria. Permanece posible ya sea en relación a las tareas que deben ser resueltas en este país, como también particularmente en relación a las tareas de la lucha de clase proletaria internacional que se resuelven junto con la clase proletaria del país y de su Partido comunista.

El que preste atención a estas cosas, hallará en las publicaciones del partido y en la literatura de la Comintern desde hace un tiempo, y sobre todo algunos meses, cada vez más frecuente y directamente la afirmación, ahora confirmada también por las tesis políticas del Ejecutivo ampliado, de que en las afirmaciones de Otto Bauer y de sus amigos se habría notado recientemente un “cambio” profundo. En lo que quiera que consista este cambio, surge de la manera más clara por un nuevo slogan que Karl Rádek ha formulado ya el 10 de enero de 1926 con gran evidencia teórica en el órgano central de la KPD, anunciando en un gran artículo con el pomposo título de *¿Otto Bauer sobre el camino de Moscú?* que este “conocidísimo teórico de la Segunda internacional” en su discurso del 21 de diciembre de 1925 sobre el asunto de fondo del carácter de la Revolución rusa se ha “alejado de las posiciones más importantes del menchevismo internacional”. Aun si Bauer en este análisis teórico no ha tratado “todas” las consecuencias —prosigue Rádek— estos preconocimientos suyos “representan una gran victoria de nuestro punto de vista, del punto de vista del comunismo internacional” y en las consecuencias que tienen que ser tratadas por los “obreros socialdemócratas” tienen una “importancia internacional”. Este himno en pro del retorno del austromarxismo al leninismo y al comunismo, entonado por Rádek, está repetido en todos los tonos y retomado por los “teóricos” menores y mínimos de toda la Comintern hasta en los artículos de fondo en los cuales ahora, en la semana después de Pascua, el órgano central de la KPD ha

intentado oponer el “controvertido” Otto Bauer al pecador encarnizado Stampfer.*

Otto Bauer sobre el camino de Moscú: así se regocija en la primavera de 1926 en toda la publicación comunista y allí se apresura a insertar esta nueva “victoria” de nuestro punto de vista comunista leninista aun en la discusión interna, acusando a los diversos grupos de la llamada “ultraizquierda”, que se rehúsan a reconocer sin discusión los resultados del último congreso ruso como una incontrovertible manifestación de la teoría revolucionaria comunista leninista, de estar con su punto de vista “antibolchevique” y “antileninista” “mucho más a la derecha de Otto Bauer”.

¿*Otto Bauer sobre el camino de Moscú?* —como dialécticos marxistas debemos probar críticamente este aparente proceso de cambio. Debemos preguntarnos si en realidad no es Moscú el que está sobre el camino de Otto Bauer. Al fin y al cabo, ¿no se ha desplazado Bauer hacia Moscú más de lo que Meyer se haya desplazado hacia el punto de vista del Comité central? De ese modo se malograría el acercamiento de Otto Bauer a Moscú. En este contexto adquiere valor sintomático también una palabra que el actual líder teórico del Partido comunista ruso, el compañero Bujarin, ha pronunciado en su discurso sobre la Carta del CEIC del 12 de agosto de 1925. El compañero Bujarin, que como el gallo canta temprano en la mañana y algunas veces hasta demasiado temprano —el renovador de nuestros días de la consigna del primer capitalismo: “enriqueceos”— ha dicho entonces la funesta y polivalente frase: “creo que nos encontramos en una situación en la cual debemos ser nosotros el grupo del centro marxista”. Aun cuando esta afirmación ha sido formulada en otro contexto, sin embargo en un teórico y político como Bujarin también la elección de las palabras y de las expresiones tiene su significado y efecto determinado, como lo ha tenido sin duda también su consigna “enriqueceos” dicha tres veces o aun más.

EL “LENINISTA” OTTO BAUER Y LA ULTRAIZQUIERDA “ANTILENINISTA”

¿Cómo están realmente las cosas con la reciente conversión de Otto Bauer y de sus amigos austromarxistas al punto de vista del comunismo internacional y del leninismo? Otto Bauer —se nos dice— comienza a ver que la actual situación económica rusa ha dado pruebas de que “las cosas funcionan aun sin capitalistas”, y que lo que en la

* Friedrich Stampfer, director del periódico socialdemócrata *Vorwärts*, representante del ala “derecha” de la SPD. [E.]

actualidad hay en Rusia “no es ciertamente socialismo pero tampoco capitalismo”, sino que es “un estado de transición” de la economía que contiene por cierto “muchísimos elementos capitalistas” pero también “muchísimos socialistas”. “La industria pesada, el comercio exterior, grandes sectores del comercio interno pertenecen al Estado, otro sector a las cooperativas, el capitalismo está excluido de una gran parte de la economía”, etc., etc. En breve, si tomamos las formulaciones usadas en la última batalla fraccional en el XIV Congreso ruso, vemos que hoy en todas estas controvertidas cuestiones Otto Bauer asume efectivamente el mismo punto de vista sostenido también por la actual dirección del Partido comunista de la Unión Soviética en contra del punto de vista de la oposición de Leningrado. Ya no hay dudas acerca de la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país, ni siquiera en un país agrícola industrialmente atrasado. Las administraciones de Estado de las repúblicas obreras y campesinas son también para él administraciones de “tipo coherentemente socialista”. La esencia de la NEP consiste también para él no ya en un capitalismo tolerado por el proletariado y mantenido bajo cadenas por el Estado proletario (¡Lenin, Krupskaja!) sino en una “fase de transición” al socialismo. Y si hoy Stalin ha comenzado ya a “desarrollar” la doctrina de Lenin sobre la posible y necesaria “alianza particular” entre el proletariado y los estratos no proletarios de los trabajadores, “en un ambiente muy peculiar, es decir en el clima de la guerra civil más rabiosa” —en el sentido de una equiparación de la “dictadura del proletariado” con una duradera “alianza de clases del proletariado y de las masas trabajadoras de los campesinos”, que sólo en su “éxito final” teóricamente entendido (la “victoria definitiva del socialismo”) permanece en relación con la lucha de clases revolucionarias del proletariado (*Inprekorr*, 1926, p. 403)— esta línea estaliniana es ulteriormente llevada adelante precisamente por Otto Bauer, que en el esbozo del nuevo programa agrario de la socialdemocracia austriaca ha redactado las siguientes clásicas afirmaciones acerca de “la posición del campesino en la sociedad socialista”:

Con la socialización de la propiedad de rapiña de la clase de los señores la propiedad del trabajo de los campesinos no es amenazada sino reforzada. El campesino existía antes de la sociedad feudal. Ha vivido en la sociedad feudal y vive en la sociedad capitalista. También en el ámbito de la sociedad socialista los campesinos vivirán como libres poseedores sobre sus propias glebas. [“Leninismo”, ¡qué más quiere!]. Pero como cada orden social antes de eso, también el orden social socialista transformará de este modo las relaciones jurídicas como también las condiciones de existencia económica de la propiedad campesina.

En efecto, nosotros, “pequeñoburgueses ultraizquierdistas”, debemos declararnos culpables de no estar de acuerdo con Otto Bauer en todas estas cuestiones. No reconocemos que un capitalismo formado en un cierto modo, en un país en el cual el poder del Estado está preponderante pero no completamente en manos de la clase obrera y se ejerce en formas que todavía son llamadas “dictadura del proletariado” —pero que en realidad contienen ya poquísimos elementos, y también en fase decreciente, del concepto de “dictadura del proletariado” de Marx y Lenin—, sea ya un sistema económico socialista o pueda por sí mismo, por las condiciones económicas y por las relaciones de clase del propio país, desarrollarse en un orden social y económico socialista y comunista gracias a algo que no sea la acción común de la clase obrera, que se libera con la propia acción en todos los países en los que existe la moderna sociedad burguesa capitalista. Comprendemos perfectamente el nuevo significado particular que, según la enseñanza de Lenin, adquieren las llamadas “reformas” en un país en el cual ya se ha conquistado el poder. Pero creemos que también para el periodo luego de la toma del poder en un solo país o en algunos países, el signo principal de la desviación “reformista” por parte del marxismo-leninismo revolucionario consiste en el hecho de que ella toma por socialismo algo que sólo es un capitalismo transformado, ulteriormente desarrollado, un capitalismo de Estado, cooperativista. En todas estas cuestiones estamos en contra de Otto Bauer y los modernos “leninistas”, que garantizan su acuerdo con Otto Bauer, porque según nuestra convicción en toda esta problemática, Otto Bauer y los llamados “leninistas” convertidos a su punto de vista están a la derecha del comunismo, a la derecha del marxismo y del leninismo. No obstante sus muchas y enfáticas aseveraciones de que, naturalmente con la revisión de la línea táctica y política mantenida hasta hoy, es absolutamente indiscutible el “fin último revolucionario del comunismo” y la llamada “misión histórica del movimiento comunista”, en realidad, ciertamente no en las palabras sino en los hechos, han abandonado este fin último. Esto, en la época actual de la revolución social ya iniciada, es mucho más que una “misión histórica”; esto suministra la directiva a través de la cual deben ser concretamente dirigidas todas las actuales batallas de la clase proletaria internacional bajo la guía de su partido revolucionario, el Partido comunista mundial. Y basta con confrontar la efectiva toma de posición sobre estos problemas, que se expresa cada día en nuestros impresos comunistas o en las otras publicaciones del partido, con los criterios que en un tiempo Lenin ha usado hacia Kautsky para demostrar de una manera absolutamente inequívoca el proceso de desarrollo, del marxismo-leninismo al reformismo oportunista, cum-

plido ya en gran medida por parte de aquello que es falsamente llamado "leninismo".

DOS CHOQUES HISTÓRICOS SOBRE EL "USO REVOLUCIONARIO DE LA VIOLENCIA" Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Cuando hace tiempo el Partido obrero independiente de Gran Bretaña (ILP) decidió proponer en la sesión de abril de la Segunda internacional la convocación a una conferencia común de la Segunda y Tercera internacional, el órgano central de nuestro hermano partido ruso, el *Pravda* del 4 de marzo de 1926 (según la comunicación del *Inprekorr*, núm. 39, p. 534) en su toma de posición criticó mucho menos la propuesta en sí que el problema que, al decir de un representante del ILP, habría debido ser discutido en el proyectado congreso de unificación. El *Pravda* declaraba que el problema a debatirse sobre el "papel de las reformas y el papel del uso de la violencia" eran solamente "grandes asuntos político-sociológicos" que "no tocan inmediatamente hoy a las masas", y que por lo tanto otras exigencias más urgentes de las masas habrían debido ser puestas a la orden del día antes que tal conferencia de fusión. Por más atención que se deba prestar a los simples aspectos de la oportunidad táctica que se observan en un problema de este tipo, está sin embargo claro que con esta evasiva toma de posición hacia un ataque directo del reformismo contra los principios revolucionarios del comunismo, la dirección responsable de nuestro hermano partido ruso ha hecho lo mismo que Kautsky cuando en un tiempo, a los ataques de Bernstein contra la doctrina de Marx de la dictadura del proletariado, respondió que a este problema "nosotros" lo "podíamos dejar con toda tranquilidad para el futuro". Pero cada comunista conoce también el veredicto aniquilador que Lenin dio en *El Estado y la revolución* a esta polémica centrista de Kaustky en contra del reformismo explícito de Bernstein.

No es una polémica contra Bernstein, sino, en el fondo, una concesión en sus confrontaciones, un abandono de posiciones frente al oportunismo; en realidad, los oportunistas no tienen por ahora otra necesidad que la de "dejar con toda tranquilidad para el futuro" todos los problemas de fondo sobre las tareas de la dictadura proletaria.

LAS CONSIDERACIONES DE OTTO BAUER Y EL NÚCLEO DEL "LENINISMO"
DE LA "ROTE FAHNE"

Esta caída gradual del marxismo-leninismo revolucionario hacia la teoría y praxis de la Segunda internacional y de la Internacional "dos y media" llega —por el momento— a su punto más bajo en el artículo de fondo en el cual el órgano central de la KPD, la *Rote Fahne*, del 8 de abril de este año ha tratado de discutir comunista-mente el artículo programático de Pascua de la *Wiener Arbeiterzeitung* sobre el problema del "trabajo revolucionario". Aquí ya no se trata de la visión teórica de la Revolución rusa y de la construcción del socialismo en la Rusia soviética, aquí ya no se trata de declaraciones abstractas sobre los objetivos finales. Aquí se trata de las tareas concretas de la actual política real de los partidos comunistas en los diversos países capitalistas. ¿En qué otro lugar fuera de éste debe decidirse quién se acerca a quién —si Otto Bauer a Moscú o la Comintern a las Internacionales Segunda y "dos y media"?

El órgano central de la KPD, que primeramente tuvo cosas que objetar en contra de "la finalidad" del *Wiener Arbeiterzeitung* por nuestro "trabajo revolucionario" ("¿conquistar el poder en el Estado!") —es decir que "esta formulación ya hizo concesiones a la concepción de Stampfer por la cual el Estado está por encima de las clases"— se declara explícitamente de acuerdo y sin ninguna reserva con el camino mediante el cual Otto Bauer en sus consideraciones pascales en la *Wiener Arbeiterzeitung* quiere alcanzar este fin. La *Rote Fahne* cita algunas frases de Otto Bauer sobre el "camino para la conquista del poder estatal en nuestro país" (!) y declara con entusiasmo que con estas frases se formula correctamente el "núcleo de la doctrina leninista de la organización de la revolución", la "conquista de la mayoría del pueblo a la revolución proletaria, la alianza del proletariado con los estratos medios, los pequeñoburgueses" mucho más correctamente que cuando integra "la compañía pequeñoburguesa de Korsch".

Todo este júbilo en torno a la presunta conversión de un pecador arrepentido es expresado por la *Rote Fahne* porque en las afirmaciones de Otto Bauer citadas literalmente por la *Rote Fahne*, se encuentran las siguientes y profundas prescripciones sobre el "camino para la conquista del poder estatal":

Primero: ¡ganarse a la mayoría del pueblo! Por lo tanto: ¡ganarse a los obreros industriales aliados sin los cuales el proletariado industrial no puede vencer! ¡Conquistar pues a los trabajadores de la mente, organizar a los trabajadores agrícolas, arrancar a los pequeños campesinos del descaro de los partidos capitalistas y atraerlos hacia

nosotros! Éste es el primero de todos los presupuestos para la conquista del poder estatal. Trabajar sobre esto: he aquí la tarea revolucionaria.

La *Rote Fahne*, que se entusiasma por estas felices formulaciones del “núcleo de la doctrina leninista de la organización de la revolución” por parte de los austromarxistas y se indigna en contra de las izquierdas “pequeñoburguesas” que no ven y no quieren eso, olvida desgraciadamente en su entusiasmo y en su indignación citar otra frase del artículo de Bauer, que sigue inmediatamente a aquellas citadas arriba y que documenta también exactamente la profundidad de la comprensión de Bauer del “núcleo del leninismo”. Esta frase dice clara y simplemente: “Si somos la mayoría del pueblo, podemos conquistar con la boleta electoral el poder en la república”. [*Interrupción del jefe de redactores de la Rote Fahne*: “¡Lea también más adelante! ¡También la frase sucesiva!”].

Si continúo leyendo, encontramos la bien conocida y vieja teoría menchevique por la cual si este poder del socialismo en la república, conquistado mediante la boleta electoral, se ve amenazado por actos de violencia reaccionarios, monárquicos y fascistas, el gobierno socialista que rige la república en virtud de la boleta puede y debe defenderse aun mediante la violencia contra estos actos de violencia reaccionaria.

Por tanto: no atacar al ejército, a la policía, sino ponerla de parte nuestra, educarla a la fidelidad a la república! Ganarse a la mayoría del pueblo y defender las decisiones de esta mayoría con la educación de nuestra juventud del verdadero republicanismo contra los ataques monárquicos y fascistas. ¡Éste es el camino en nuestro país a la conquista del poder estatal! ¡Éste es el trabajo revolucionario!

¿Debo seguir leyendo? Cada frase de este artículo muestra a “Otto Bauer sobre el camino de Moscú”. Y para que no pueda haber ninguna duda sobre cuán plenamente el “leninismo de la *Rote Fahne* ya coincide hoy con este bolchevismo de Otto Bauer, el órgano central del Partido comunista alemán no deja en el mismo artículo —en el cual ataca a “Stampfer y compañeros” que quieren “contar con la boleta electoral” la mayoría del pueblo y no comprenden nada de la justa “política de alianza” revolucionaria y leninista —de agregar: “Ejemplo típico de esta política de alianza son los plebiscitos y las propuestas de ley de iniciativa popular”.

La “compañía pequeñoburguesa de Korsch” declara abiertamente que entre esta formulación del “núcleo del leninismo” de Otto Bauer, aceptada sin reservas por el órgano central comunista, y la propia

concepción de la teoría revolucionaria de Lenin existe un contraste insuperable. Este contraste, por lo demás, es idéntico al contraste entre socialdemocracia y comunismo. Las pruebas suministradas expresamente por el órgano oficial de la KPD y de la Comintern certifican que, sobre esta problemática, los comunistas ya no están con Lenin sino con Otto Bauer, no están ya en el campo del comunismo sino en el de la socialdemocracia. Han olvidado lo que ha dicho Lenin en su escrito sobre las *Elecciones para la Asamblea constituyente* de aquella gente que dice que el partido del proletariado debe primeramente ganarse a la mayoría de la población y solamente después conquistar el poder: “Así hablan los demócratas pequeñoburgueses, los sirvientes de hecho de la burguesía que se llaman ‘socialistas’”. Así habla hoy como ayer el demócrata menchevique Otto Bauer, y así habla, de otro modo que ayer, el Partido comunista alemán en su órgano central, la *Rote Fahne*.

POLÍTICA EXTERIOR SOVIÉTICA Y POLÍTICA INTERNACIONAL DE LA COMINTERN

No es posible en un informe de media hora examinar detalladamente todas las formas concretas en las cuales la misma deformación oportunista y reformista, que hemos mostrado difusamente en el ámbito de la teoría marxista-leninista, halla expresión aun prácticamente en los distintos sectores de la política de la Comintern y de sus secciones en la Rusia soviética y en cada país capitalista. Me detendré sólo brevemente sobre el sector hoy particularmente importante y bastante discutido en nuestro partido: la política exterior de la Unión Soviética y la política internacional de la Comintern. No voy a rechazar una vez más todas las vergonzosas mentiras que propiamente respecto a este problema todavía circulan alrededor de mi cuenta, no obstante todas mis explicaciones. Me limitaré a mostrar brevemente dónde está la verdadera diferencia entre la política y la táctica de la actual dirección del Partido comunista ruso y de la Comintern, y el punto de vista de la oposición de izquierda.

El órgano central del Partido comunista, *Rote Fahne*, ha escrito justamente anteaer en el artículo de fondo sobre la *Nota del comunista Chicherin* al secretario general de la Sociedad de las Naciones que los jefes obreros que “alimentan en las cabezas obreras ilusiones sobre la Sociedad de las Naciones, en vez de destruirlas, cometen el más grande delito en contra de la clase obrera” (*Rote Fahne* del 14 de abril de 1926). Sin embargo, frente a las declaraciones que el com-

pañero Chicherin ha hecho a los periodistas de Moscú algunos días antes del envío de esta nota y que fueron retomadas en la *Rote Fahne* del 7 de abril, es imposible sostener la afirmación de que tal “alimentación antes que una destrucción” sea excluida, en una forma un poco más refinada, ni siquiera por el compañero Chicherin, tanto en esta ocasión como en la anterior. El compañero Chicherin en sus declaraciones ha evadido por completo la cuestión de la naturaleza capitalista de la Sociedad de las Naciones —cuestión que para la política exterior tiene la misma importancia que tiene para la política interior del partido revolucionario la cuestión de la naturaleza del Estado burgués. En estas cosas “evidentes” del ABC comunista, el compañero Chicherin no ha tenido cuidado. No ha dicho que la Sociedad de las Naciones de los capitalistas representa bajo cada forma una santa alianza de las grandes potencias capitalistas e imperialistas en contra de la Rusia soviética, la clase obrera internacional y los pueblos coloniales oprimidos. (¡ Cuando algo similar es formulado por Bordiga en el Ejecutivo ampliado, es rechazado como una grave desviación “ultraizquierdista”!) El compañero Chicherin no ha definido a la Sociedad de las Naciones como una santa alianza. Sólo ha denunciado que el gobierno inglés abusando, por otro lado sin éxito, en Locarno de la Sociedad de las Naciones —inocente en sí y en ciertas circunstancias hasta benéfica—, la haya querido usar con este fin. Ha declarado textualmente, según la correspondencia de la *Rote Fahne*:

Mientras las clases populares que sufren duramente bajo la crisis económica y los contrastes internacionales [¡ahora sabemos de qué sufren las clases oprimidas y explotadas!] esperaban de la Sociedad de las Naciones y de Locarno el alivio de su propia situación, Locarno ha significado para el gobierno inglés una nueva santa alianza.

Así habla el “comunista Chicherin”, a quien obviamente aceptamos que no exprese aquí su convicción interna sobre la naturaleza de la Sociedad de las Naciones para no verse limitado a un discurso comunista de agitación en un sentido estrecho, sino que quiera referirse “diplomáticamente” a las ilusiones democráticas y pacifistas de la Sociedad de las Naciones. Sin embargo, justamente anteayer la *Rote Fahne*, esa enemiga de toda “doble contabilidad”, afirmaba que quienquiera que alimente estas ilusiones, antes que destruirlas, comete “el más grave delito en contra de la clase obrera”.

El mismo delito pero cometido no por un hombre de Estado comunista, que tiene que absolver en el movimiento comunista una tarea parcial totalmente particular, sino esta vez por la dirección del propio Partido comunista mundial, es perpetrado en la formulación de la

palabra de orden central de los “Estados Unidos de Europa” o de los “Estados Unidos de la Europa socialista”. Con o sin el término “socialista”, esta palabra está en neto contraste con la teoría revolucionaria de Lenin. Y no hay quizá prueba más clara de la deformación oportunista en nuestro Partido comunista que el hecho de que todos aquellos compañeros que hoy aprueban entusiastamente esta palabra, han llevado a cabo también un año atrás una verdadera cruzada en contra del compañero Trotski que puede pretender haber formulado tal consigna tres años antes, en 1923 —año de la guerra en el Ruhr y de la guerra civil—, y por consiguiente no haber querido unirse “positivamente” a las ilusiones de la Sociedad de las Naciones, de Locarno y de la Paneuropa, como en cambio lo hace ahora expresamente el Ejecutivo ampliado.

EL CAMINO DE LA COMINTERN Y LAS TAREAS DE LA IZQUIERDA

Todas estas formas degenerativas de la teoría y de la praxis en el actual periodo de desarrollo de la colectividad soviética, del Partido comunista ruso, de la Comintern y de todas sus secciones, como también la lucha de fracciones en el Partido comunista ruso y alemán y en las otras secciones de la Comintern llevadas a cabo actualmente sobre todas las cuestiones aquí conocidas, son solamente expresiones de un coligamiento más amplio. En ellas se expresa el proceso real de desarrollo que hoy se desenvuelve en la Tercera internacional comunista de una manera nueva y distinta específicamente, y sin embargo históricamente análoga a aquella que ha tenido lugar en la SPD y en la Segunda internacional en el último decenio anterior a la guerra. En esto ya no se debe hacer cerrar los ojos frente al hecho innegable de que una vez más en el movimiento proletario se pone en discusión el problema del fin último comunista, y con eso también el del camino revolucionario a tal fin último. Se inicia una lucha decisiva en la cual la oposición de izquierda ve su tarea en la batalla sin cuartel contra todos los malos entendidos y las deformaciones visibles y ocultas, totales y parciales de la teoría y de la praxis para la defensa del carácter incondicionalmente internacional del movimiento proletario revolucionario, y por lo tanto al mismo tiempo, para la defensa del carácter incondicionalmente revolucionario del movimiento de clase proletario internacional. Esto significa para nosotros, comunistas, que a las enseñanzas de Marx hemos agregado las de Lenin, a las precedentes experiencias de la lucha revolucionaria proletaria las nuevas experiencias de la primera revolución proletaria en la Rusia

soviética: luchar por la defensa del papel del Partido comunista, al que nada puede sustituir, porque representa tanto a nivel nacional como internacional el único agente consciente posible del movimiento de emancipación internacional revolucionario de la clase proletaria.

En la lucha sobre esta cuestión decisiva de la revolución proletaria internacional y del partido proletario internacional de los comunistas, ¿dónde están el compañero Zinóviev y el compañero Stalin?

Que el compañero Zinóviev aquí no toma una posición clara y unívoca, se lo ve en la flagrante contradicción de su compartimiento en el congreso del partido ruso y en la sesión del Ejecutivo ampliado. Él combate en el partido ruso la tendencia a la limitación nacional, pero limita su propia batalla nacionalmente no transfiriendo la lucha contra la deformación y liquidación oportunista del comunismo internacional al campo de batalla internacional. Es sólo una tarea más grande que la de Ruth Fischer, que limita su oposición a la resolución alemana, y que la del noruego Hansen, que limita su oposición a la cuestión noruega. Sólo el compañero Bordiga en la última sesión del Ejecutivo ampliado ha emprendido la lucha abiertamente a nivel mundial contra la deformación del comunismo y la liquidación del Partido comunista. En él ve un verdadero aliado la clara y decidida oposición de izquierda en Alemania.

Con mayor dificultad todavía que la posición del compañero Zinóviev se deja determinar con precisión y univocidad la posición del compañero Stalin en las actuales luchas decisivas.

He oído que el compañero Salutzki, hoy disciplinado ex jefe de los obreros de Leningrado, ha comparado en una carta o en un artículo el papel histórico del compañero Stalin con el papel de Bebel en la socialdemocracia alemana. August Bebel mantuvo una política revolucionaria en la SPD aun en el periodo en el cual en la SPD y sobre todo en los sindicatos "libres" a ella ligados, el oportunismo y el reformismo habían tomado la delantera en realidad desde hacía mucho tiempo, cuando la Comisión general de los sindicatos llamándose al "movimiento sindical actualmente en tan feliz florecimiento" estaba próxima a solicitar que debiera "desaparecer" del movimiento sindical y aun del partido la discusión sobre la huelga de masa revolucionaria. El camino que entonces mantenían Bebel, Singer y su teórico Kautsky tras las continuas polémicas ideológicas aparentes contra Bernstein y el reformismo, defendiendo pero en realidad neutralizando la verdadera, decidida y clara oposición de izquierda de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, condujo al cuatro de agosto de 1914, a la victoria del bernsteinismo en el interior de la socialdemocracia y de toda la Segunda internacional, primeramente en la forma kautskiana y luego al final en la forma bersteiniana. La historia y en par-

ticular la historia de nuestro movimiento proletario se hace porque aprendemos a evitar los antiguos errores. Ninguna ocultación de los contrastes, a la manera de Bebel o a la de Kautsky, sino lucha seria —la clara y decidida palabra de orden de todos los buenos comunistas debe ser en este periodo la lucha total y la aniquilación de la tendencia nuevamente emergente del oportunismo y del reformismo.

NOTA SOBRE ANTONIO LABRIOLA Y SU IMPORTANCIA PARA LA TEORÍA Y LA HISTORIA DEL MARXISMO*

La importancia de Labriola no consiste sólo en ser el mejor intérprete del método marxista, particularmente de sus fundamentos metódicos y filosóficos, y ser al mismo tiempo un hegeliano radical. Hay otras dos razones por las que es importante: Labriola se ubica en un punto histórico crucial. En cierto sentido es el último marxista ortodoxo verdadero. Después de sus escritos de 1895-97 no sólo se produce en Italia y en Francia el ataque del sindicalismo revolucionario, sino al mismo tiempo, en Alemania y a nivel internacional, el ataque de los llamados revisionistas. Labriola, que no tiene nada en común con esas “novedades”, a las que más bien subjetivamente rechazará y combatirá áspidamente, representa sin embargo para algunas orientaciones un pasaje incluso teórico hacia ellas. La introducción de Sorel (1897) a los *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire* y las cartas de *Socialisme et philosophie* (1899), representan ese nudo histórico del desarrollo del marxismo en forma plástica, drástica, irónica y casi trágica. Véase al respecto el postscriptum del 10 de septiembre de 1898 y el final de la edición francesa con la inectiva de Sorel, por un lado, y, por el otro, el elogio de Bernstein y de su artículo en la *Die Neue Zeit* contra “el utopismo latente” entre los marxistas, en la carta del 15 de septiembre de 1897, y la corrección de ese elogio en la edición francesa con la simultánea lucha contra la utilización de la crítica bernsteiniana por parte de los *colpolteurs de la crise du marxisme*.

La importancia de Labriola para el desarrollo del marxismo en Occidente es una contrapartida extraordinaria de la importancia de Plejánov para el desarrollo del marxismo en Oriente. La socialdemocracia alemana, con su ideología ortodoxa, kautskiana, toma parte en ambos desarrollos; en la primera década del siglo xx, sin embargo, tiene una marcada preferencia por el segundo. Esa aproximación de Kautsky a Rusia no representa —como dice la leyenda— el punto más alto de su proceso revolucionario, proletario. Por el contrario significa el acercamiento al Oriente atrasado con su contenido revolucionario toda-

* [3 de febrero de 1929.] Manuscrito inédito. Damos el texto omitiendo algunas informaciones iniciales de Korsch sobre las traducciones alemanas y francesas de las obras de Labriola que existían en su época.

vía burguesa, una fuga del desarrollo occidental, de las exigencias prácticas y teóricas de la revolución del proletariado industrial. Todo eso, a pesar de que entonces en Italia y en Francia no había aún un proceso plena y puramente proletario. La ortodoxia de Labriola y todo el desarrollo de la teoría marxista vinculado con él que aún tiene influencia entre los italianos se explica en parte por la revolución burguesa todavía no realizada en Italia. A pesar de ello, el resultado de conjunto de un acercamiento occidental de la ortodoxia alemana habría sido un desarrollo más proletario de la teoría y de la praxis de la II Internacional (o bien hubiera podido expresar ese desarrollo). La teoría en gran parte marxista del sindicalismo revolucionario que acababa de formarse en los países latinos fue "recibida" hacia el final de la primera década y en los años anteriores a la guerra por el movimiento anglosajón, en particular por el proletariado industrial, como ideología, exactamente igual que había ocurrido con el "marxismo" y el movimiento revolucionario en Alemania, Austria y Hungría, Rusia y los Balcanes, tiempo antes.

Los escritos de Labriola tienen también otro significado, o más bien actualidad, desde el momento que hoy debemos considerar la "crisis del marxismo", entonces negada por los marxistas, no sólo como precursora de la gran crisis de 1914 y los años siguientes, sino precisamente como el periodo en que se jugó la partida decisiva. Si se analiza hoy la crisis de entonces en sus manifestaciones, condiciones y efectos teóricos y prácticos, es posible explicar también muchos caracteres del movimiento actual, que por sí solos en los acontecimientos concretos del momento no emergen en forma clara.

PARA UNA CRÍTICA MATERIALISTA DEL DERECHO*

La obra señalada en primer lugar¹ da una idea extraordinariamente fuerte de la importancia adquirida hoy por este reciente sector de la antigua ciencia del derecho en el nuevo terreno cultural de la Unión Soviética rusa, gracias a la Sección de ciencias del derecho y del Estado de la Academia Comunista de Moscú y a los estudiosos como Stuchka, Goichbarg, Reissner, Pashukanis y otros. Documenta también la gran fertilidad del espíritu y del método de *El capital* de Marx, forma de investigación social científica considerada hoy en Occidente, también por los marxistas, como un punto de vista superado y propio del siglo pasado, pero que en cambio vive en el Oriente soviético un renacimiento formal. Fertilidad que se muestra, en estas condiciones materiales e ideológicas favorables, precisamente en el ámbito de la ciencia del derecho.

Ésta es la característica dominante de la obra de Pashukanis examinada aquí. Desde el principio hasta el fin no representa otra cosa que la tentativa, realizada con precisión casi pedante, de aplicar en forma rigurosamente “ortodoxa” al ámbito particular de la ciencia del derecho, el punto de vista materialista aplicado por Marx en *El capital* y en otros escritos que abarcan todos los ámbitos de las ciencias histórico-sociales, pero que él mismo desarrolló en todas sus consecuencias únicamente en el ámbito de la economía política, fundamental para todos los demás. En esta característica específica del principio teórico radica toda la fuerza del libro; en la forma demasiado “ortodoxa”, abstracta y dogmática de su realización está al mismo tiempo la raíz de las debilidades y las lagunas que aparecen repetidamente en el curso de la presentación.

Ya Engels, hacia el final de su vida —junto a otras observaciones críticas sobre los méritos y los límites de la teoría creada en su momento por Marx y él— observó que la aplicación de esa teoría lle-

* Reseña publicada en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, vol. xv (1930) del libro de Pashukanis, *Allgemeine Rechtslehre und Marxismus. Versuch einer Kritik der juristischen Grundbegriffe*, Verlag für Literatur und Politik, Viena y Berlín, 1929 [en esp., *La teoría general del derecho y el marxismo*, México, Grijalbo, 1976] y del libro de Karl Renner, *Die Rechtsinstitute des Privatrechts und ihre soziale Funktion. Ein Beitrag zur Kritik des bürgerlichen Rechts*, Verlag J.C.B. Mohr, Tübinga, 1929.

¹ [Pashukanis, *Allgemeine Rechtslehre...*, cit.]

varía a los marxistas “a descuidar el aspecto formal frente al del contenido: el tipo y el modo en que tienen lugar las representaciones políticas, jurídicas (!) y en general las derivadas de los hechos económicos de fondo, y las acciones mediadas por esas representaciones”.²

Hasta qué punto es exacta esta observación de Engels se puede ver claramente en el desarrollo posmarxiano precisamente de la ciencia que constituyó para Marx, según las conocidas informaciones del *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, no sólo su preparación específica (así como para Lassalle y Lenin) sino también el verdadero lugar de nacimiento y la primera piedra de toque de su nuevo método y concepción social materialista-dialéctica, es decir la ciencia de las “relaciones jurídicas y formas estatales”. Si el “carácter fetichista de la mercancía” revelado por Marx en el primer capítulo de su obra y el carácter fetichista determinado por él de toda la ciencia supuestamente económica sigue siendo hasta hoy, para muchos “marxistas ortodoxos”, una simple frase de la que no han sacado ninguna consecuencia para su ciencia económica “marxista”, peor aún están las cosas en cuanto a la prosecución (ya iniciada por Marx en las penetrantes proposiciones iniciales del capítulo siguiente) de la crítica materialista de la forma económica de la mercancía y de una crítica igualmente materialista de la forma del derecho.

Hasta los mejores materialistas marxistas siempre interpretaron estas proposiciones de Marx únicamente en un sentido que el “contenido” de todas las relaciones jurídicas históricamente presentes se da a través de las relaciones económicas subyacentes a ellas, y por lo tanto todo el derecho está económicamente determinado en su contenido. En esta tesis, según todos los marxistas, consiste la diferencia esencial entre su concepción jurídica materialista y las representaciones ideológicas de los filósofos idealistas y de los juristas positivistas. Esta tesis fue continuamente opuesta por los pensadores marxistas más profundos (como ya Engels en su escrito polémico contra Dühring), Plejánov y Labriola, a los críticos superficiales del derecho burgués que, como ayer particularmente Gumpłowicz y Dühring y recientemente la llamada “escuela sociológica” de la ciencia jurídica burguesa y sus secuaces en los varios sectores del socialismo, se contentan, frente a la celebración ideológica del derecho por parte de las múltiples orientaciones de los filósofos jusnaturalistas históricos y éticos, con recordar el carácter político coercitivo y el carácter de

² Carta a Franz Mehring del 14 de julio de 1893 [incluida en Franz Mehring, *Sobre el materialismo histórico*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 64, México, 1976, p. 135-139].

clase de cualquier ordenamiento positivo y de las “ideas del derecho” expresadas en él.

Falta en cambio hasta hoy un claro conocimiento marxista de la otra realidad de hecho formulada por Marx en forma igualmente explícita: que también en su *forma* el llamado “derecho” (o bien las “relaciones jurídicas” en su propiedad de relaciones de voluntad, junto con los “sujetos” y “objetos” jurídicos respectivos y las formas del “ordenamiento jurídico” objetivas y de la llamada “voluntad del legislador”, construidas *ad hoc* con una falsificación ideológica cada vez mayor) es solamente una manifestación ulterior fetichistamente deformada de esas mismas realidades sociales que hallan su primera manifestación ya fetichistamente plasmada en la forma de la mercancía (o bien en la categoría económica fundamental del valor y de las otras representaciones económicas derivadas).

Salvo dos únicas excepciones, en toda la filosofía jurídica y la investigación sobre los fundamentos del derecho posmarxiana no hay una sola investigación teórica de la forma jurídica vinculada a este punto de partida indicado por Marx para una crítica materialista dialéctica del derecho. Las dos únicas excepciones (extrañamente ignoradas o descuidadas por Pashukanis) se hallan por un lado en algunas observaciones metodológicas, muy penetrantes en su brevedad, del más importante de los neokantianos, Emil Lask, por desdicha prematuramente desaparecido.³ Y por el otro en el estudio dialéctico del filósofo marxista György Lukács sobre la “reificación y la conciencia del proletariado”, cuyos análisis de las manifestaciones particulares de la “reificación” —es decir los disfraces fetichistas de la realidad social en la época de la producción capitalista de mercancías— deben ser considerados en la ciencia del derecho como precursores directos de la exposición de Pashukanis.⁴

Entre los teóricos verdaderamente marxistas que en los últimos tiempos se han ocupado de la aplicación del método de investigación

³ Cf. su *Filosofía del derecho* aparecida en el segundo volumen de los escritos en honor de Kuno Fischer, *Die Philosophie im Beginn des 20. Jahrhunderts*, Heidelberg, 1904, en particular las pp. 37 ss., con explícita referencia a las afirmaciones de Marx sobre el carácter de fetiche de la mercancía y una agudísima caracterización de las concepciones, en parte análogas, en parte diametralmente opuestas, de Simmel, Brodmann, Schuppe y otros autores; concepciones todas que no tiene en cuenta Pashukanis, quien analiza en cambio con cierta amplitud autores e ideas menos importantes, aun cuando debió resultarle bastante accesible por lo menos la comparación con el estudio de Schuppe sobre el “concepto de derecho”, a través de las notas polémicas de Lenin con la “filosofía de la immanencia” del mismo Schuppe.

⁴ Cf. György Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Berlín, 1923 [en español, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969, pp. 89 ss.].

marxiano a los problemas de la “superestructura” y en particular a la ciencia del derecho, no hay en cambio uno solo que se haya propuesto como objetivo, más allá de la crítica de los cambiantes contenidos jurídicos, también la crítica materialista de la forma del derecho. El austromarxista Renner, que, en el estudio publicado por primera vez en 1904 con el seudónimo de Karner bajo el título *Die Soziale Funktion der Rechtsinstitute*, realizó la primera tentativa importante de hacer fecundas para la ciencia jurídica las enseñanzas de la concepción económica y social de Marx, descuidó ese problema central y en todas sus investigaciones sobre el “cambio de la función” y el “cambio de la norma” del derecho simplemente presupuso también lógicamente la forma del derecho como ley (voluntad general, norma jurídica) presente como fenómeno inmediato en la realidad actual del Estado capitalista. Exactamente como los economistas burgueses clásicos del periodo premarxiano concentraron su atención en el análisis de la magnitud del valor, dejando así inevitablemente de lado lo específico de la forma del valor, es decir la producción de mercancías como modo particular históricamente caracterizado de producción social (*Cf. El capital*, I, 1 n. 32), así todavía un siglo después el estudio del derecho Renner, que ha pasado por la escuela de Marx, concentra todo su interés en el análisis de los dos procesos históricos por él distinguidos del “cambio de la función” de la norma jurídica, por un lado, y del “cambio de la norma”, por el otro, dejando de lado completa y conscientemente toda crítica de la forma misma del derecho.

También en la segunda edición de su estudio, aparecida en 1929 con un título distinto pero que no va más allá de los resultados ya alcanzados 25 años antes, quedándose incluso atrás en su conjunto con respecto a esos mismos resultados, que indudablemente fueron importantes en su momento, Renner ve un “carácter de fetiche” expresamente sólo en la transformación lingüística de los imperativos jurídicos en proposiciones indicativas —transformación típica de los actuales ordenamientos codificados en el continente europeo— y en todo caso en la aparente transformación, operada de ese modo, de las normas jurídicas en afirmaciones jurídicas asertivas y condicionadas. Declara en cambio que para los fines de su investigación acepta como “no demostrado, como dato inmediato” que “el Estado pone el derecho, que éste se presenta a la voluntad del individuo como voluntad general y exige aplicación” (pp. 1-4). O bien se coloca fundamentalmente en forma crítica en el mismo terreno “positivo” de la concepción generalmente dominante en el mundo jurídico y propia de los juristas burgueses “ideólogos de la propiedad privada”.

Es por lo tanto sólo una apariencia cuando, al final del penúltimo

parágrafo de su libro (p. 170), polemiza contra la “idea de socialización” reformista evolucionista burguesa actualmente difundida entre los socialistas contemporáneos políticamente muy cercanos a él, declarando patéticamente: “Están equivocados los socialistas que piensan que el progresivo proceso de concentración eliminará por sí mismo la propiedad privada y el capitalismo.” Detrás de esta afirmación no hay en realidad un reconocimiento de la necesidad de la acción revolucionaria que eliminará, con un violento “cambio de la norma”, “las normas jurídicas” del actual orden propietario burgués que, a pesar del cambio e incluso de la inversión de su función económica y social en su opuesto formal, continúan incambiadas obstaculizando el desarrollo ulterior de la producción y con eso también toda la vida social y de la cultura entera. Detrás de esa afirmación no hay otra cosa que una creencia absolutamente fetichista en el Estado, retrasada incluso con respecto a la concepción jurídica histórica y sociológica de la ciencia burguesa actual; ésta ya no puede concebir en realidad un “cambio de la norma” que no sea realizado con una autorización especial desde arriba. Erróneamente critica Pashukanis (p. 108) el absurdo de esta teoría de Renner con la consideración puramente lógica de que toda su afirmación “se reduce al hecho de que una determinada fórmula abstracta es idéntica a sí misma”. El “cretinismo” presente en esta teoría de Renner no es de naturaleza lógica sino política, una simple forma especial del conocido cretinismo parlamentario. En contra del amplio tratamiento que Renner, apologista del capitalismo desarrollado, dedica al cambio de función social que la forma de la propiedad capitalista debería haber sufrido ya en el curso de proceso histórico de la producción de mercancías “simple” a la “capitalista” y “altocapitalista”, Pashukanis objeta en cambio con justicia que se iluminaría una realidad mucho más esencial invirtiendo la tesis de Renner y diciendo que en ese proceso “cambian las normas, pero la función social permanece invariable”. En efecto, esa función social fundamental del derecho que no está ligada a un *particular contenido jurídico-histórico, sino dada con la forma misma del derecho*, no es eliminada por ningún “cambio de las normas” ni por la ley abstracta escrita, ni por el *jus quod est* realmente vigente en la sociedad.

En este punto interviene el estudioso marxista soviético Pashukanis. Toda su “crítica de los conceptos jurídicos fundamentales” y, por lo tanto, la “doctrina general de derecho” derivada de ella, se agotan en la exposición y el desarrollo completo de la fórmula por la cual no sólo los cambiantes contenidos de las relaciones y de las formas jurídicas vigentes en cada momento, sino la forma jurídica misma en todas sus expresiones, tiene un carácter fetichista “exactamente como”

la forma de mercancía de la economía política. Igual que ella, también el derecho en su forma plenamente desarrollada pertenece solamente a la época histórica de la producción capitalista de la mercancía; se ha desarrollado con ella históricamente a partir de formas primero escasamente visibles, después claramente reconocibles como tales sólo a partir de su posterior desarrollo; se amplió en el "Estado de derecho" burgués actual de su esfera originaria de regulación del intercambio de valores equivalente, en parte realmente y en parte potencialmente, por encima de todas las relaciones sociales existentes en la moderna sociedad capitalista y su Estado. El derecho será transformado completamente en su contenido junto con la producción capitalista de la mercancía, su Estado burgués, sus clases y sus antagonismos, en la sociedad comunista del futuro, pero "se extinguirá" completamente al final también como forma.

Es evidente que una crítica de la manifestación histórica global del derecho que parte de un principio materialista tan radical, es decir que va al fondo del problema, debe llevar en su realización coherente a consecuencias extremadamente amplias y a una revolución formal de muchas ideas hasta ahora aceptadas, casi sin demostración, aun por críticos socialistas. El significado teórico revolucionario del libro de Pashukanis no disminuye por el hecho de que no se trata realmente de una novedad, sino de restaurar y retomar las ideas que Marx había formulado 80 años antes, en parte implícitamente, pero en buena parte también explícitamente, en la crítica a la *Ideología alemana* y en el *Manifiesto comunista*, y también varias décadas después en *El capital* y en las *Glosas marginales al programa del Partido Obrero alemán* de 1875. Hubo, en el intervalo, un largo periodo histórico en que estas consecuencias de la teoría marxista revolucionaria original fueron olvidadas tan completamente en el ámbito del derecho como en el ámbito de la política. Políticamente sólo pudieron ser exhumadas luego de décadas de eclipse en el nuevo periodo crítico del desarrollo capitalista, iniciado a principios de siglo y en las ásperas luchas de clase del periodo bélico y posbélico, por parte de la orientación marxista radical occidental y oriental para ser restauradas en su pura forma con la amputación de las deformaciones reformistas y burguesas creadas entre tanto. Por esta razón, para los fines de la crítica del trabajo teórico realizado por Pashukanis con la restauración de la doctrina marxista del derecho, no nos parece de particular importancia el hecho de que el autor, a pesar de la ortodoxia que profesa, no haya en realidad retomado, en forma plenamente coherente, todas las consecuencias, ni siquiera las indicadas claramente por Marx en el ámbito del derecho, sino que, pese a su sólida impostación, hasta el fin elude algunas de las mayores y más audaces

de esas consecuencias. Así, por ejemplo, en su penúltimo capítulo, frente al nexo entre derecho y moral, presentado por lo demás en forma absolutamente correcta, se abstiene de extraer la conclusión de que, después de la realización total de la revolución proletaria, después de la abolición de la producción de mercancías, de las clases y de sus antagonismos, y después de la “extinción” total del Estado y del derecho en la sociedad comunista libremente desarrollada sobre su propia base, “ya no habrá moral alguna”. En una nota agregada con ese fin limita la “extinción” en ese ámbito a las “formas específicas” de conciencia y comportamiento moral típicas de la época histórica actual, que dejarán su lugar a “otras formas más elevadas” una vez que hayan cumplido su papel histórico (p. 143, n. 6). Y en otro lugar, en la investigación de los problemas del “derecho y de la violación del derecho”, en el último capítulo del libro, habla expresamente de un nuevo “sistema penal político” que habrá que crear después de la desaparición completa de las clases, planteando la pregunta de si “en tales condiciones todavía será necesario un sistema penal como tal”. Pero después limita claramente su perspectiva a la eliminación del “carácter jurídico” y de la “connotación de derecho penal” (p. 161). Por el contrario, Marx y Engels, ya en el *Manifiesto* de 1847-1848, entre las formas de conciencia más generales comunes a la sociedad de clase hasta hoy, pese a la diversidad y la multiplicidad de todos los periodos de la historia, que “se disolverán plenamente con la desaparición completa del antagonismo de clase”, recordaron expresamente, junto a la “religión”, a la “filosofía” y a la “política”, sin ninguna rémora ni reserva, también a la “moral” y al “derecho” en su totalidad y negaron expresamente la mera “reformulación” de sus formas anteriores.

Lejos de reprochar al marxista ortodoxo Pashukanis por este y otros defectos de su “teoría” crítica revolucionaria con respecto a las ideas formuladas en un periodo histórico anterior por los propios Marx y Engels, vemos en cambio el defecto fundamental de esta crítica “materialista” del derecho en su carácter escolástico, doctamente dogmático, precisamente “jurídicamente fuera del mundo”, de la realidad y praxis pasada y presente, en su carácter ideológicamente teorético. A este respecto es particularmente instructivo comparar esta “doctrina jurídica general” del marxista soviético ruso, publicada en 1929, no con las más antiguas tesis de Marx y Engels nacidas tanto cronológicamente como por su contenido de la situación de las primeras épocas revolucionarias del movimiento obrero moderno, sino con un escrito de Engels (redactado con Kautsky) aparecido en *Die Neue Zeit* en 1887, en el cual toma posición sobre las cuestiones del derecho para las necesidades prácticas y teóricas de una nueva fase:

de desarrollo del movimiento obrero moderno considerablemente más próxima a la situación actual. Cuán duramente el crítico materialista Engels juzga con severidad las ilusiones del “socialismo de los juristas” planteadas entonces por Anton Menger y otros amigos “de buena voluntad” de los obreros, cuán enérgicamente afirma que la clase obrera moderna “no puede expresar en forma exhaustiva su propia condición de vida en las ilusiones jurídicas de la burguesía”, cuán drásticamente rechaza la pretensión de que a alguno de los partidos socialistas existentes pueda ocurrírsele “sacar de su programa una nueva filosofía del derecho”, y qué poco se conforma con esa negación de la “forma jurídica” y de la “visión jurídica” pertenecientes en general en su esencia a la sociedad burguesa, negación abstractamente orientada hacia el “objetivo final” revolucionario. Por el contrario, contra los llamados “derechos fundamentales” socialistas (a la “plenitud útil del trabajo”, etc.) enfáticamente propuestos por Menger, ya insuficientes teóricamente y en esa forma finalmente abandonados prácticamente, Engels proclama otras “reivindicaciones jurídicas determinadas”, que a su parecer deben ser propuestas por los socialistas y sin las cuales “es imposible un partido socialista activo, y en general cualquier partido político”. La única condición fundamental que pone para un programa de reivindicaciones jurídicas de la clase obrera en lucha es la condición material de que todas esas reivindicaciones, diferentes y cambiantes según el tiempo, el lugar y el grado de desarrollo social, deben adaptarse en cada caso del modo más preciso a las relaciones y a las condiciones de hecho existentes en la lucha de clases (cf. *Die Neue Zeit*, año v, pp. 49-62).

Indudablemente está claro que los criterios expuestos en este testamento de Engels para la evaluación de un programa socialista así como para una teoría socialista del derecho no pueden ser aplicados sin modificaciones “a la doctrina jurídica marxista” del soviético Pashukanis. Su libro fue escrito bajo el presupuesto completamente distinto de una revolución realmente iniciada y captada en mitad de su desarrollo, y aun quien juzgue este presupuesto como una ilusión histórica y un engaño, debe tener en cuenta su realidad subjetiva en la evaluación del contenido teórico de esta “doctrina marxista”. No es posible siquiera objetarle al autor que haya ignorado en su ámbito específico del derecho el carácter burgués de las actuales instituciones de su “Estado soviético socialista” en el actual “periodo de transición”, carácter que aún no ha cambiado con el cambio de nombre. Con respecto al derecho penal vigente en la Unión Soviética, que ya desde 1919 hasta 1922 suprimió de sus leyes el concepto de “culpa” (manteniendo por lo demás formas

de culpa como “premeditación”, “negligencia” y el concepto jurídico fundamental de “irresponsabilidad”) y desde hace algún tiempo ha reemplazado también el concepto de “pena” por el de “procedimientos judicial-correctivos de defensa social”, Pashukanis declara con reconfortante claridad que esa “modificación terminológica no cambia nada en la sustancia de las cosas” (p. 170). Sin embargo, todo su modo de tratar el tema sigue siendo inevitablemente ilusorio tanto en el concepto mismo de “periodo de transición”, que se da como obvio, como en su visión de fondo de todo el proceso en curso en Rusia en el campo jurídico y en los demás ámbitos de la vida política, económica y social, que es entendido como una transición evolutiva hacia la sociedad comunista después del derrocamiento total del orden social capitalista. Pashukanis trata de comprender las relaciones actuales y las tendencias de desarrollo en Rusia no en forma materialista, según su ser real, sino en forma idealista, según una finalidad subjetivamente puesta en ellos. Por esto, y no por motivos ocasionales, como el hecho de que este libro originariamente fue pensado como un primer esbozo dedicado principalmente a una clarificación de sus propias ideas (cf. El prefacio a la segunda edición rusa, p. 8 *ss.*), aflora al fin su carácter extraordinariamente abstracto —ya señalado por nosotros— que en algún punto llega a ser verdadero escolasticismo.

Ese escolasticismo superado, y sin embargo en las relaciones existentes insuperable, incluso por la vía teórica, del método aplicado por Pashukanis en su tentativa en sí contradictoria de restaurar la pura y no falsificada crítica revolucionaria marxista del derecho, como expresión teórica del movimiento histórico de hecho hoy en curso en la Unión Soviética e indirectamente a nivel mundial, lo lleva inevitablemente, en definitiva, a una deformación teórica precisamente de esa doctrina por cuya restauración “pura no falsificada” se esfuerza subjetivamente con tanto empeño ortodoxo. En contraste con la concepción de Marx y Engels, que establece una diferencia fundamental entre el “carácter fetichista” indestructiblemente inherente a la forma de la mercancía, por un lado, y las “ideologías” superiores construidas sobre ella por la política, el derecho y las ideologías de la filosofía, la religión, etc., “aún más lejanas de la base económica material” y en ese sentido “aún más altas”, por el otro, toda la crítica y la doctrina jurídica general “marxista” de Pashukanis insiste en la directa equiparación, no ciertamente del derecho con la economía, pero sí de la forma del derecho con la forma de la mercancía. De este modo, todo el violento proceso que en la historia real llevó al nacimiento de la concepción materialista del

derecho, del Estado, de la sociedad y de la historia, y a la crítica de la economía política, y prosigue al fin de cuentas en su forma realizada, todo este proceso es eliminado y en parte incluso detenido formalmente. Cuando Pashukanis (por ejemplo en las pp. 91-96) habla explícitamente de dos aspectos igualmente “fundamentales” para la relación unitaria global de los hombres que viven en la sociedad productora de mercancías —un aspecto económico y uno jurídico—, cuando define expresamente el “fetichismo del derecho” y el “fetichismo de la mercancía” como dos fenómenos basados “en los mismos fundamentos” y en la misma medida “enigmáticos”, cuando escribe que estas “dos formas fundamentales” se condicionan “recíprocamente” y el nexo social, arraigado en la producción, se presenta simultáneamente en esas “dos formas absurdas”, Pashukanis allí, y en muchos otros puntos que recorren todo el libro como un nexo unitario, abandona decididamente la posición marxiana que considera fundadora la relación económica y derivada en cambio la relación jurídica, análogamente a la política. Si se añade la polémica en sí justa, pero que desborda su objetivo, contra los críticos marxistas que, como Reissner, quieren considerar el derecho en general solamente como una “ideología” y no como una relación social expresada en forma jurídica ciertamente con disfraz y deformación ideológica, pero sin embargo relación real; su acentuada oposición a todos los teóricos socialistas y comunistas pasados y recientes, que han visto como momento más importante de la crítica marxista del derecho la revelación del carácter de clase inherente a él no sólo en su contenido particular sino en toda su forma; la sobreestimación, muy sorprendente en un “marxista”, de la “circulación”, a la que considera no sólo como elemento de determinación de la ideología de la propiedad tradicional, sino también como única realidad económica en la base de la propiedad actual; la posición claramente “extraña” a la teoría y a la historia económica en general; si consideramos en conjunto todas estas características tenemos al final una imagen global de una crítica del derecho y de una doctrina jurídica que, a pesar de su punto de partida metódico rigurosamente materialista y “marxista ortodoxo”, en su desarrollo efectivo y en sus resultados se mueve a partir de la destrucción y superación de la ideología jurídica y de la realidad económica y social de la sociedad capitalista en forma materialista crítica, revolucionario-teórica e incluso prácticamente en su tendencia, para llegar sin embargo a un nuevo reconocimiento y a una restauración ante todo teórica de la ideología jurídica y de la realidad enmascarada en ella. El mismo camino fue y sigue siendo recorrido en el mismo

periodo por el movimiento histórico real, cuya expresión y reflejo ideológicos parece ser la obra teórica de Pashukanis, vale decir el desarrollo económico social en la Unión Soviética y, como parte constitutiva de él, el desarrollo histórico en curso en el ámbito particular del derecho.

HEGEL Y LA REVOLUCIÓN*

I

Es imposible comprender la filosofía de Hegel y su método dialéctico sin captarla en su conexión con la revolución.

1. Ésta surgió históricamente del movimiento revolucionario de entonces.

2. Asumió la tarea de captar conceptualmente el movimiento revolucionario de su época.

3. El pensamiento dialéctico es también formalmente un pensamiento revolucionario: *a*] separación respecto al dato inmediato; *b*] principio de la oposición y de la negación; *c*] principio del cambio continuo y del desarrollo del salto cualitativo.

4. Con la evolución posterior de la sociedad burguesa inevitablemente desaparece también en la filosofía y ciencia burguesas, una vez cumplida la tarea revolucionaria, el método dialéctico revolucionario.

II

No es posible criticar la filosofía hegeliana y su método dialéctico sin captarlo en su nexo con el carácter histórico determinado del movimiento revolucionario de entonces.

1. No es una filosofía de la revolución burguesa en general, sino de la revolución burguesa de los siglos XVII y XVIII.

2. Aun en cuanto filosofía de la revolución burguesa no expresa todo el proceso de esta revolución, sino solamente su conclusión final. Por lo tanto es una filosofía no de la revolución sino de la restauración.

3. Esta doble caracterización histórica aparece formalmente en una doble limitación del carácter revolucionario de la dialéctica hegeliana: *a*] la dialéctica hegeliana, a pesar de la fluidización dialéctica de todas las cristalizaciones encontradas, da como resultado una nueva cristalización: la absolutización del método mismo y por lo tanto de todo el contenido dogmático del sistema filosófico cons-

* 19 de noviembre de 1931. Tesis publicadas por primera vez en *Alternative*, núm. 41, abril de 1965, p. 67.

truido por Hegel sobre él; b] la punta revolucionaria contenida en la formulación del método dialéctico es artificiosamente replegada por Hegel en la síntesis hacia la “circularidad”, en la restauración conceptual de la realidad dada inmediateamente y en la conciliación con esa realidad, transfigurada de lo existente.

III

El “rescate” hecho por Marx y Hegel, y repetido por Lenin, de la dialéctica consiente de la filosofía idealista alemana mediante la concepción materialista de la naturaleza y de la historia, y de la teoría burguesa de la revolución mediante la teoría proletaria de la revolución, tiene —histórica y teóricamente— sólo el carácter de una transferencia. Lo que en realidad se creó con ello es una teoría de la revolución proletaria no tal como se ha desarrollado sobre sus propios fundamentos, sino como emergió de la revolución burguesa; una teoría pues que en todas sus relaciones, en el contenido y en el método, lleva los signos originales del jacobinismo, la teoría burguesa de la revolución.

EL EMPIRISMO EN LA FILOSOFÍA DE HEGEL*

¿Cuál es la relación entre la filosofía hegeliana y el principio de la investigación empírica, que hoy no en todas las disciplinas, pero sí en todas las ciencias auténticas y en particular en las ciencias naturales, es considerado la base evidente del trabajo científico? Si esta pregunta se hubiera formulado hace 25 años en un círculo de investigadores de ciencias naturales, no se hubiera recibido otra respuesta que la dada entonces por el importante físico Chwolson. En su famoso escrito polémico contra los “enigmas del mundo”¹ de Haeckel, creía poder destruir a su adversario Ernst Haeckel como filósofo empírico, colocándolo en la misma línea del viejo Georg Wilhelm Hegel. Y para ilustrar la posición de Hegel sobre el empirismo le bastaba la famosa anécdota, que aún hoy se repite a menudo, de un Hegel que, en base a motivos racionales y a la serie numérica del *Timeo* de Platón, había deducido el principio de que sólo puede haber siete planetas —ignorante del descubrimiento del octavo planeta Ceres, ocurrido seis meses antes—; después (aquí empieza la verdadera anécdota, hasta ahora se trata en parte de una verdad histórica) frente a la objeción de alguien más enterado: “pero eso no corresponde a los hechos”, Hegel habría dado la arrogante respuesta: “¡Tanto peor para los hechos!”.

Por el momento no trataremos de verificar si esta historia es realmente, en todo o en parte, característica de la filosofía hegeliana y de su relación con la realidad empírica. Es suficiente con el hecho de que caracterizaba la posición del naturalista frente de la filosofía de Hegel hasta hace poco tiempo. Hoy sabemos distinguir un poco más exactamente. Sabemos que una anécdota de este tipo se ajusta realmente muy bien a muchos hegelianos, por ejemplo a esos hegelianos holandeses y alemanes que hace una semana, junto con el filósofo del Estado fascista Gentile, imprimieron al segundo Congreso hegeliano internacional de Berlín la marca de su mentalidad típica. No se ajusta en cambio en absoluto al investigador Hegel muerto hace cien años, y tampoco al gran movimiento mundial teórico y práctico en el cual, en los últimos cien años y hasta nuestros

*Conferencia pronunciada en la Sociedad de filosofía empírica, Berlín, 27 de octubre de 1931. Manuscrito inédito.

¹ *Hegel, Haeckel, Kossuth and das zwölfte Gebot*, Braunschweig, 1906.

días, se han mantenido vitales y eficaces, tras una compleja transformación crítica y una renovación radical, los impulsos más importantes de la filosofía hegeliana. Incluso en el mencionado congreso, donde con amplia preeminencia se discutió la filosofía hegeliana desde un punto de vista ortodoxo-dogmático, ajeno a la realidad y al presente, intelectualista o más bien espiritualista, pareció sin embargo que algunos de los participantes tenían cierta conciencia del hecho de que a la fisonomía del último gran filósofo pertenece, junto a otros aspectos, también el imposible de eliminar por el cual el filósofo Hegel se mostró y demostró en todas sus obras uno de los *más grandes empiristas*.

Esto vale tanto para los obras filosóficas fundamentales de Hegel, en las cuales desarrolló en forma rigurosamente sistemática el verdadero núcleo de su filosofía, en su lenguaje científico, puntilloso y áspero, difícilmente accesible a los no iniciados, como para los escritos dirigidos a un público mayor, donde el filósofo deliberadamente afloja un poco el procedimiento sistemático de su desarrollo conceptual y habla a sus lectores y oyentes del contenido y de los resultados de su búsqueda, como él mismo dice a este respecto, no “filosóficamente”, sino “desde el exterior y subjetivamente”.

A estas obras fácilmente accesibles incluso a un público más amplio pertenecen los *Escritos políticos*, los *agregados* y *notas*, añadidas oralmente después en todas las lecciones al texto sistemático de base, y finalmente los famosos *Prefacios* e *Introducciones* a la *Fenomenología del espíritu*, a la *Lógica*, a la *Enciclopedia*, a la *Filosofía del derecho*, a la *Filosofía de la historia*, y a la *Historia de la filosofía*, a la *Estética* y a la *Filosofía de la religión*. Principalmente de estas fuentes derivan también esas espléndidas expresiones, chispeantes y brillantísimas, que hoy en ocasión del centenario de la filosofía hegeliana están en boca de todos y que, más allá de las cualidades formales de un lenguaje a veces sublime y grandioso, otras ingeniosamente paradójal o drástico, al mismo tiempo conservan casi siempre un contenido profundamente significativo, puesto que expresan alguna penetrante sabiduría práctica. Piénsese por ejemplo en la famosa comparación que, en el *Prefacio* a la *Filosofía del derecho*, asigna a la *Filosofía* su verdadero lugar en el mundo y en la historia universal: el búho de Minerva sólo alza su vuelo en el crepúsculo.

Así encontramos en todas las obras de Hegel, y en forma particularmente marcada y amplia en la filosofía de la historia, del Estado, del derecho, de la sociedad —pero a veces también en la filosofía de la naturaleza, por lo demás justamente desacreditada— una sorprendente cantidad de conocimientos empíricos profundos, agudos y nuevos en parte para su tiempo, en parte también para nuestra época.

Así sucede, por ejemplo, cuando Hegel repentinamente añade a su doctrina sobre los “Estados” en la filosofía del derecho, por lo demás hoy ya más bien superada, un agregado sobre el moderno desarrollo en la agricultura: “En nuestra época la economía se lleva adelante como una fábrica aún en forma refleja.”

Con tanta exactitud evaluó anticipadamente una tendencia de desarrollo general que entonces se había empezado a manifestar en un solo país, Inglaterra, y que sólo hoy, más de cien años después, ha salido plenamente a luz en todo el mundo y está lejos de concluir. Lo que para Hegel hace cien años era “nuestro tiempo” en gran parte pertenece todavía hoy al futuro, no para Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia, pero sí para una gran parte de Europa y para Alemania, y especialmente para la ciencia económica y la política oficiales alemanas.

En lugar de muchas pruebas particulares, prefiero en este contexto dar un único ejemplo, más grande y complejo. Se trata del concepto de Hegel de “sociedad civil”, determinado por él partiendo aún de los datos de hecho, reales, del desarrollo inglés de aquella época y según el modelo de los materialistas, de los economistas y de los socialistas ingleses y franceses del siglo XVIII.

Esta moderna sociedad civil burguesa, que justamente se caracteriza, por una parte, por la producción de mercancías, y por la otra por el contraste entre el capital y trabajo asalariado, es “el enorme poderío que se adueña del hombre y le exige que trabaje para ella, que todo lo sea por su intermedio y lo haga por mediación suya (*Principios de la filosofía del derecho*, agregado al § 238). Habla de la anarquía productiva en este modo de producción imprevisible en sus nexos, y de las consiguientes “peligrosas conmociones” de las *crisis económicas periódicas* que inevitablemente se repiten y exige contra ellas una especie de *programación económica regulada* (§ 236). Y finalmente habla también de la continua tendencia a la *superproducción* crónica, indisolublemente ligada a este modo de producción capitalista de la sociedad burguesa, basada en el *conflicto de clases*, y del paralelo empobrecimiento crónico de la *clase obrera* que él, según la terminología corriente entonces, llama *plebe*: “Se manifiesta aquí —aclara Hegel al fin del § 245— que en medio del *exceso de riqueza* la sociedad civil no es suficientemente rica, es decir no posee bienes propios suficientes para impedir el exceso de pobreza y la formación de la plebe.”

Con estos ejemplos, multiplicables a voluntad, se llega indudablemente a conocer al filósofo Hegel como un gran empírico. Pero con esto no tenemos aún elementos para una determinación de la filosofía hegeliana con respecto al principio empírico de las ciencias moder-

nas. Siempre se podría decir (y precisamente muchos estudiosos de las ciencias naturales llenos de indestructibles perjuicios contra la filosofía de Hegel se inclinarían, si tuvieran que aceptar tales consideraciones empíricas de Hegel, por esta hipótesis) que el filósofo alcanzó tales resultados empíricos a pesar de su torcido método filosófico, no gracias a él y ni siquiera de acuerdo con él.

Este prejuicio de la moderna ciencia natural contra el método filosófico de Hegel, el llamado método dialéctico, y contra el conjunto de la filosofía hegeliana basada en tal método, en realidad no carece de fundamento. Es necesario decirlo con toda claridad, antes de pasar a ilustrar las relaciones positivas que sin embargo existen entre la filosofía dialéctica de Hegel y el principio empírico de la ciencia moderna.

Para que sea posible una discusión razonable entre la filosofía idealista del espíritu de Hegel y las modernas ciencias exactas orientadas sobre el modelo de las matemáticas y de la física, es necesario por lo menos en primer término dar vuelta a esta filosofía, “invertirla” formalmente y transformarla en una ciencia materialista de la naturaleza y de la sociedad. Ni siquiera basta con realizar esa inversión formal de la filosofía del espíritu idealista de Hegel al modo de los dialécticos más recientes salidos particularmente en Rusia de la escuela del filósofo marxista Plejánov, es decir formalmente y, casi se podría decir, sólo terminológicamente; en el sentido de que donde Hegel habla de “idea” o de “espíritu”, se le sustituye “materia” o “naturaleza” o “sociedad”, dejando por lo demás completamente incambiado el método dialéctico hegeliano y el sistema filosófico edificado por Hegel sobre él.

Tal modificación tiene seguramente un significado y un alcance ideológico general. Además tenderá, no ya por necesidad lógica sino por necesidad práctica y de hecho, a crear ulteriores transformaciones estructurales de la teoría y del método filosófico hegeliano. Mientras esa tendencia no se realice en forma significativa, como de hecho ha ocurrido en mayor o menor medida —en mi opinión— con Marx, con Engels, o, en tiempos más recientes, con teóricos marxistas como Rosa Luxemburg, Mehring, Lenin, seguirán siendo fundadas todas las objeciones que desde el punto de vista de la moderna ciencia empírica se formulan contra la filosofía absoluta del espíritu de Hegel y contra su método idealista-dialéctico, y con el mismo derecho serán fundadas también contra una presunta ciencia “materialista” de la naturaleza y de la sociedad que, a pesar de todas las buenas intenciones materialistas, permaneció en su estructura real invariablemente hegeliana-idealista. Por lo demás, todos los teóricos marxistas importantes, particularmente los antes citados, hasta hace muy poco tiem-

po (hasta que imprevistamente en la Rusia bolchevique, más o menos como en la Italia fascista, la filosofía dialéctica de Hegel fue ascendida al rango de una especie de filosofía oficial de Estado) siempre prefirieron subrayar el contraste de su método materialista, rigurosamente empírico o histórico, con respecto al idealismo de Hegel, antes que poner en primer plano la afinidad que pese a todo subsiste. Así Marx, incluso en el periodo tardío en el que se puede hablar, en él y en Engels, de cierto retorno al método dialéctico hegeliano² que hasta entonces había combatido apasionadamente, afirma haber criticado la parte mixtificadora de la dialéctica hegeliana casi treinta años antes, cuando ésta aún estaba de moda, y que en el intervalo se había declarado discípulo de aquel gran pensador sólo porque ahora la masa tonta, arrogante y mediocre de sus epígonos había terminado por considerar a Hegel un “perro muerto”.

En realidad su método, el método dialéctico de Marx, con respecto al de Hegel era “no sólo distinto en las bases fundamentales, sino su opuesto”,³ y el marxista Lenin, en su escrito polémico aparecido recientemente en alemán, retoma esa frase de Marx y le agrega por su parte que el método dialéctico de Marx —en contraposición al metafísico— “no es otra cosa que el método científico de la ciencia social.”⁴

Es fácil comprender en qué se basa el rechazo de la filosofía absoluta del espíritu de Hegel por parte de los modernos estudiosos de las ciencias naturales: éstos se levantan contra el sentido de las tres palabras de esa combinación de términos, “filosofía absoluta del espíritu”. Empecemos por la primera: Hegel es filósofo, y si él, aunque de manera distinta que sus predecesores inmediatos, Kant y Jacobi, no plantea fundamentalmente ninguna diferencia entre conocimiento filosófico y conocimiento científico, si para él toda ciencia verdadera, en particular la física, es filosófica, la mayoría de nosotros hoy estaríamos en cambio mucho más dispuestos a eliminar la tradicional contraposición entre filosofía y ciencia en sentido opuesto, y a incluir más bien a todos los filósofos en la ciencia, ya sea en un número concreto de ciencias particulares, o incluso en un sistema articulado de ciencias o en una ciencia global. Aquí también surgen muchos problemas de fondo, todavía no resueltos por la actual teoría de la ciencia. Quisiera solamente subrayar que también Hegel, cuya

² Cf. Karl Korsch, *Marxismus und Philosophie*, 1930, pp. 8 ss. [En esp., edic. cit., pp. 19 ss.]

³ Karl Marx, *El capital*, Epílogo a la segunda edición (1873).

⁴ V. I. Lenin, *Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve*. [En V. I. Lenin, *Escritos económicos*, Madrid, Siglo XXI, 1974, vol. 1.]

tendencia principal era indudablemente la tendencia a reunir a todas las ciencias específicas, en ocasiones violentándolas, en una ciencia filosófica global como ciencia absoluta del espíritu, se muestra sin embargo al mismo tiempo en este aspecto un epistemólogo empírico sumamente cauto. Esto se ve con particular claridad si consideramos, por ejemplo, que rechaza decididamente la idea de una “matemática filosófica” que “conociese por conceptos lo que la ordinaria ciencia matemática deduce de determinaciones presupuestas, según el método del intelecto.” Declara que las matemáticas tradicionales, como ciencia del intelecto, tienen la capacidad de “serlo de modo perfecto” y que “lo que ocurre más bien es que conserva la ventaja que tiene frente a las otras ciencias de la misma clase, y no se perturba mezclando en ella conceptos que le son heterogéneos o fines empíricos” (*Enciclopedia*, § 259).

En forma análoga, aunque no tan avanzada, Hegel reconoce también el carácter propio y autónomo de las ciencias naturales, de la ciencia histórica y de otras ciencias particulares. Se mantiene sin embargo la tendencia principal del sistema hegeliano, la orientación hacia la ciencia filosófica total y universal, que comprende en sí a todas las ciencias particulares. Subsiste pues a este respecto dentro del sistema hegeliano una fractura de hecho, que puede ser cancelada sólo aparentemente pero no realmente a través de su superación dialéctica formal.

Esta ciencia filosófica global de Hegel debe además ser más una filosofía del espíritu que de la realidad particular. También aquí, para decirlo con cierta prudencia, se contradice la tendencia de la ciencia moderna. Ya la simple existencia de cualquier realidad que pueda definirse como “espíritu”, junto a las existencias físicas y psíquicas, parece problemática para muchos estudiosos de las ciencias naturales. Pero casi todos los científicos empíricos modernos rechazarían como equívoca e irrealizable la reconducción de todas las realidades físicas o psíquicas a semejante sustancia espiritual fundamental.

El conocimiento filosófico de Hegel tiene además la pretensión de ser un conocimiento *absoluto*. Para él existe una diferencia entre *intelecto* y *razón*, entre una verdad del intelecto, condicionada y finita, y una verdad de la razón, incondicionada, infinita y absoluta. Si se define la verdad del intelecto como “coincidencia del objeto con la representación”, por el contrario la “verdad filosófica” debe consistir en la “coincidencia del contenido consigo mismo”. Como consecuencia de esto, no existen solamente afirmaciones verdaderas, sino también *conceptos verdaderos* u *objetos verdaderos*, como por ejemplo un “verdadero amigo”, una “verdadera obra de arte”, un “verdadero Estado”, y por lo tanto un mal o “no-verdadero Estado”.

“De este mal objeto nos podemos hacer una representación justa, pero el contenido de la representación es una ‘no-verdad’ en sí”. La única verdad absoluta en este sentido es para Hegel “Dios solamente” (*Enciclopedia*, § 24, nota 2).

Me parece que en este punto reside el máximo contraste entre lo que en forma algo imprecisa podría definirse como “espíritu de la filosofía hegeliana” y lo que del mismo modo podríamos definir como “espíritu de la ciencia empírica moderna”. Me parece que la ciencia empírica moderna —a pesar de todas las diferencias de opiniones y de corrientes, que nuevamente aquí subsistirán en los aspectos particulares— en su conjunto está de acuerdo en sentir una repugnancia formal frente a semejante absolutismo. Y esto no vale sólo para las ciencias modernas, sino también del mismo modo para las modernas tentativas en el campo de la filosofía de la naturaleza. También ellas se orientan hoy casi unánimemente en un sentido positivista y relativista. Rechazan teóricamente el procedimiento absoluto, aun cuando de hecho recaen en él. No sucede exactamente lo mismo, como es notorio, con las actuales ciencias del espíritu (y especialmente con las alemanas), en las cuales yo, por otra parte, no pensaba antes al hablar de las “ciencias empíricas modernas”.

Un contraste igual al que existe entre el carácter general de la filosofía de Hegel y la tendencia general de las ciencias modernas subsiste también con respecto a los respectivos métodos aplicados. En el fondo esto es completamente natural, puesto que, como veremos a continuación, a diferencia quizás de algunos otros métodos científicos, el método dialéctico de Hegel seguramente no se deja separar del contenido del sistema filosófico fundado sobre él, ni se deja plantear en relación con cualquier otro contenido.

La ciencia moderna, en nombre de su principio empírico, formula principalmente dos objeciones contra este específico método hegeliano del desarrollo dialéctico. Declara en primer término que semejante método científico empieza por el fin, por el lado equivocado, por el concepto y no por la experiencia. Y en segundo lugar objeta que el procedimiento del desarrollo conceptual dialéctico es científicamente indefinible e incontrolable, si no totalmente carente de sentido. La dialéctica hegeliana, podríamos decir con uno de los más agudos críticos de Hegel en el pasado, el filósofo Herbart, haría precisamente de la contradicción interna de una afirmación (es decir de lo que de otro modo sirve para demostrar la falsedad o más aún la falta de sentido de una afirmación, y a través de cuya indicación se lleva al absurdo una teoría científica) su propio punto de partida y su propio principio. Así la siguiente afirmación hegeliana, formulada dialécticamente: “El ser, en cuanto es no ser lo que es, en esa

negatividad de sí mismo, es la verdadera esencia", y por lo tanto también todas las afirmaciones ulteriores deducidas de ésta, serían más o menos simplemente irrefutables; pero porque sí solamente, porque una afirmación de este tipo es en sí misma un sinsentido contradictorio.⁵

Se podría pensar que un método filosófico o científico contra el cual pueden formularse, aunque sólo sea con una parte de razón, ataques de este género, no tiene ya ninguna posibilidad de ser tomado en consideración por un investigador empírico moderno. Y sólo faltaría aclarar, como problema psicológico, histórico o sociológico, cómo es posible que semejante método filosófico ocupe una posición tan considerable en Alemania y en muchos otros países del mundo no sólo en los tiempos de Hegel, sino aún hoy después de cien años, o más bien precisamente hoy mucho más que hace veinte o cincuenta años.

En realidad nos hallamos aquí ante un problema que no es sólo psicológico, histórico o sociológico, sino también teórico; y no sólo para el filósofo, sino también para el moderno estudioso de ciencias naturales, por lo menos para los que en el periodo más reciente de desarrollo de su ciencia han aprendido a reconocer un problema aún no plena y perfectamente resuelto también en su propio método, en su posición frente a la teoría y a la experiencia.

Detengámonos para empezar en la primera objeción: es decir que la filosofía de Hegel empieza con un *concepto* presupuesto y no con la *experiencia*. Pero en este sentido ¿qué sucede con los métodos de la investigación y de la formación de teorías aplicados hoy en las ciencias modernas, y particularmente en las más avanzadas. Precisamente este llamado procedimiento axiomático de las matemáticas modernas y de las ciencias naturales desarrolladas al máximo empieza no por la experiencia inmediata como tal, ni por experiencias particulares aisladas, ni por una experiencia global. Empieza en cambio por el concepto, es decir por uno o por algunos conceptos fundamentales o axiomas, que se plantean al principio en forma aparente o efectivamente arbitraria para derivar de ellos conceptos y proposiciones ulteriores del sistema en una progresión gradual. Pero el método de Hegel del desarrollo dialéctico no hace en este sentido nada diferente. Veremos incluso que no lleva tan lejos, como lo hace efectivamente el método axiomático en las actuales ciencias naturales, la separación y la autonomía del conjunto deductivo de los conceptos y de las afirma-

⁵ J. F. Herbart, *Über die Unangreifbarkeit der Schellingschen Lehre*, en *Werke*, XII, pp. 183 ss.

ciones de una teoría científica —característica del método axiomático— con respecto al otro conjunto, no entendido por hipótesis, en el cual los supuestos hechos concretos en su supuesta realidad concreta están en sí, es decir antes de cualquier elaboración científica.

Si a esta altura se quiere objetar que esa concordancia de la dialéctica hegeliana con el método axiomático moderno es solamente formal; que en realidad todas las definiciones y los axiomas de un sistema racional axiomático se basan siempre en un conocimiento pleno del ámbito concreto en cuestión; que también la concepción y la elaboración de todos estos sistemas axiomáticos tiende en la práctica siempre a una mejor indagación de un determinado sector experimental de realidad y que por lo demás también esas afirmaciones deducidas teóricamente permanecen subordinadas a la experimentación y a la verificación empírica —y bien, también en este caso sería preciso replicar que *todo esto vale naturalmente también para la dialéctica de Hegel*. También aquí el desarrollo de los conceptos partiendo de un concepto de base presupuesto —por ejemplo, del concepto de la voluntad en la filosofía del derecho, análogamente al concepto de la “mercancía” en la construcción dialéctica de *El capital* de Marx— constituye sólo la parte formal de la cuestión. El concepto planteado al principio del desarrollo dialéctico del sistema forma sólo el punto de partida *teórico* de la ciencia. Pero junto a él hay también un *punto de partida real* para el trabajo científico. También para Hegel ese punto de partida real —no puramente formal— de todo trabajo científico se halla solamente en la *experiencia concreta*. Ésta constituye el presupuesto para “*el comienzo*” *teórico* y para la ulterior prosecución de conjunto del desarrollo teórico del concepto. Con el término de “experiencia” Hegel designa aquí, en forma consecuente con su punto de vista, no sólo la experiencia inmediata, sino también los resultados producidos en cada ocasión por la elaboración científica del campo específico referente a ella, en modo completamente similar al del moderno método axiomático de las ciencias naturales, que habitualmente ya no construye sobre la experiencia directa, sobre sus propias observaciones y experiencias —el matemático por ejemplo absolutamente no puede trabajar sobre esa base— sino más bien sobre los resultados que, en el curso de un largo desarrollo, se han obtenido hasta ahora por la investigación en el campo de las ciencias naturales. Precisamente así, también para Hegel, toda determinación conceptual y afirmación deducida dialécticamente debe poder ser por último siempre verificada, e incluso concretamente verificada, mediante la remisión al correspondiente *fenómeno empírico*. Cito aquí para terminar algunas frases de la filosofía de la naturaleza de Hegel, en otros aspectos tan justamente maltratada por los estudiosos de las ciencias naturales. Estas

frases muestran hasta qué punto fue claro consigo mismo el filósofo dialéctico Hegel sobre todas estas consecuencias del principio empírico para la formulación científica de las teorías no sólo en general, sino también en la aplicación específica de la física.

La filosofía no sólo debe concordar con la experiencia de la Naturaleza, sino que el nacimiento y la formación de la ciencia filosófica tiene como presupuesto y condición la física empírica. Pero una cosa es el proceso de nacimiento y los trabajos preparatorios de una ciencia, y otra cosa la ciencia misma; en la ciencia, aquéllos no pueden aparecer ya como fundamento; el fundamento debe ser aquí la necesidad del concepto. Ya hemos recordado que, además de deberse dar el concepto en el procedimiento conceptual, es preciso especificar la aparición empírica que aquélla corresponde, y mostrar que de hecho corresponde a ella. (*Enciclopedia* § 246.)

No pretendo en absoluto colmar el profundo abismo que, pese a todas estas concordancias formales y de hecho, se abre entre el método dialéctico de Hegel y la moderna axiomática de las matemáticas y de las ciencias naturales. Pero sería falso ver este contraste entre Hegel y los principios de la ciencia moderna en el hecho de que Hegel no quería contentarse con la verdad de la experiencia inmediata, sino que veía la tarea de la ciencia en la construcción de un sistema conceptual coherente en sí. Además no quiso detenerse en su segunda forma científica de la verdad, sino que buscó, con toda clase de artificios y distorsiones de los conceptos y de los datos de hecho, para nosotros hoy en parte extravagantes, organizar su sistema conceptual de modo que al final la conclusión llevara de vuelta al principio y así también al final el mismo principio formulado en forma inmediata fuese deducido también como resultado.⁶ Con ese uso exasperado del principio axiomático llegó a su tercera forma de verdad, la verdad filosófica, que ya Karl Marx, su primer crítico radical, caracterizó como un apéndice inútil. Pero esta evaluación crítica no nos impide reconocer las *primeras dos fases de la dialéctica de Hegel* como plenamente concordantes con lo que hoy, al nivel actual del desarrollo de las ciencias naturales, puede ser considerado como el principio empírico de todas estas ciencias. Tampoco las actuales ciencias naturales, y en primer término las matemáticas, se quedaron detenidas en aquel viejo punto de vista baconiano, según el cual la tarea del investigador científico debería consistir sólo en recoger particularmente los datos empíricos

* "Además, este punto de vista que aparece aquí como inmediato, debe llegar a ser, dentro de la ciencia, resultado y punto extremo en donde alcanza de nuevo su comienzo y vuelve sobre sí misma. De este modo la filosofía se nos manifiesta como un círculo que gira sobre sí mismo, que no tiene comienzo en el sentido que las otras ciencias lo tienen..." (*Enciclopedia*, § 17).

percibidos inmediatamente y, como culminación, en ordenarlos según determinados nexos particulares, en todo caso siempre percibidos inmediatamente. El principio planteado por Hegel: "El concepto quiere hallar la verdad como resultado", es decir no inmediatamente sino en forma mediata y deducida, no contradice pues en absoluto (si además lo despojamos de su forma mixtificadora y eliminamos el tercer concepto inútil de los tres conceptos de verdad de Hegel) los principios que son determinantes para la formación de una teoría científica en una ciencia experimental moderna.

En particular Hegel siempre reconoció ese postulado impreciso, en el cual hoy, después de la axiomatización de la teoría de las ciencias naturales, el viejo principio empírico de la investigación en el campo de las ciencias naturales halla su expresión más clara: la exigencia del examen, la verificación y la eventual corrección de cualquier teoría deducida conceptualmente sobre la base proporcionada por el material empírico. No se puede decir de todos modos sin reservas que se haya atenido siempre a ese principio también en los hechos. Más bien hallamos en él no ciertamente la ignorancia de datos de hecho como el descubrimiento del planeta Ceres, sino otros datos de hecho de los que con más o menos violencia hace abstracción en el desarrollo de su sistema.

También en estos casos sin embargo a menudo se trata sólo aparentemente de una violación del principio empírico; en realidad se trata del cumplimiento de una fundada exigencia metodológica. Así cuando Hegel plantea en *Principios de la filosofía del derecho* la pregunta de quién debe hacer la constitución política y responde que, si se trata del cambio de una constitución ya existente, ese presupuesto incluye ya el hecho de que la modificación sólo puede ocurrir del modo previsto por la propia constitución. En el caso, en cambio, de que se presupusiera que no existe ninguna constitución sino una simple multitud atomista de individuos reunidos, en este caso el teórico del Estado que fue Hegel da una sugerencia cínica: "cómo una multitud de este tipo puede llegar a una constitución, si por bondad, el pensamiento o la fuerza, pues el concepto no tiene nada que ver con una multitud atomística" (§ 273). Pero esa desdeñosa frase de Hegel encierra, si la observamos más profundamente, sólo una delimitación metodológica de la teoría del Estado burgués actual con respecto a la problemática histórica que va más allá de este punto de vista. El mismo Hegel que como filósofo del estado permite a la propia masa que haga surgir *ex novo* una constitución no de derecho sino originariamente, en su escrito político sobre la *Constitución de Alemania* respondió a esa cuestión en forma extraordinariamente aguda y profunda llamando la atención ante todo respecto a la importancia de la

violencia, de la dictadura, en la realización de un hecho histórico como la formación del estado burgués moderno. A este respecto escribió frases penetrantes —hasta hoy no plenamente comprendidas por la ciencia política y sociológica oficial— como ésta: “Concepto y conocimiento llevan en sí algo tan sospechoso que deben ser justificados por la violencia; sólo entonces se somete el hombre a ellos.”

Vemos entonces que no siempre, cuando Hegel con aparente desprecio deja de lado un dato de hecho que no encaja en su desarrollo conceptual, comete realmente una violación del principio empírico. Recíprocamente, podemos decir que no siempre, cuando Hegel al principio o en el curso de su desarrollo dialéctico plantea conceptos a los cuales —tal como se plantean— no parece corresponder nada en la realidad empírica, este procedimiento puede ser visto como un ataque al principio empírico de la formación de las teorías científicas modernas. Es un principio no totalmente negado ni reconocido, pero en mi opinión progresivo y que debe ser reconocido (un principio por otra parte que el señor Dubislav lleva adelante desde hace mucho tiempo sin contradicciones serias) como el principio por el cual se puede pretender la verdad —en el sentido de una concordancia con la experiencia real— no ya de las particulares afirmaciones de una teoría científica como tal, sino solamente de la teoría en su conjunto o bien de un conjunto de partes más o menos vasto de sus afirmaciones según la situación de hecho. En una teoría axiomática de este tipo, sin perjuicio para su carácter estrictamente empírico, pueden hallarse también afirmaciones, conceptos, signos a los cuales aisladamente no corresponde ningún contenido de hecho empíricamente demostrable, o bien —como se ha admitido— ningún determinado contenido empírico en general.⁷

Si aplicamos esta idea a la forma dialéctica del desarrollo y de la exposición de una teoría científica, y en particular a la dialéctica de la contradicción de Hegel, tenemos una primera crisis de la evidencia con que nos había impresionado la objeción formal antes recordada con la cual Herbart y otros críticos habían negado la simple posibilidad de una aplicación científica del método dialéctico. Si en la formación de una teoría axiomática un científico puede trabajar incluso con afirmaciones y conceptos que separadamente carecen de contenido, si puede trabajar incluso con puros símbolos en la formación de una teoría formalizada con axiomas, en la medida en que su teoría puede ser sometida a verificación con el material empírico dado, entonces no se le puede negar por principio la posibilidad de separar teórica-

⁷ Cf. Dubislav, “Zur Wahrheitstheorie”, en *Philosophie und Schule*, II, 1930, pp. 31 ss.

mente cualquier concepto demostrado o afirmado, no importa cómo, en la experiencia (digamos incluso, para mantenernos cerca del ejemplo del ser y la nada de Herbart recordado antes, conceptos como el de devenir, el de cambio o el de movimiento) en la línea de la contraposición, de modo que el par de conceptos opuestos que nace de esta separación no corresponde ya a nada determinado, de acuerdo con la forma que éstos tienen ahora, en la realidad empírica. De este tipo son todas las antítesis extremadamente abstractas y simples, con las cuales Hegel inicia siempre el desarrollo conceptual de cualquier tema. De este tipo son por ejemplo los pares de conceptos “ser” y “nada”, o también “haber (algo)” y “ser otro”, etc., con los cuales Hegel, en su lógica, divide conceptos empíricamente dados como “devenir”, “cambio”, “movimiento”, para desarrollar después a partir de la contraposición y unión de los dos conceptos abstractos que se niegan recíprocamente en forma dialéctica esos conceptos más concretos que después hallan en la realidad empírica una realización progresivamente mejor. Diógenes quería refutar en forma toscamente empírica los argumentos de los eleáticos sobre la “*impensabilidad del movimiento*”, demostrando en términos sensiblemente prácticos la realidad del movimiento al caminar en silencio, pero Hegel no se contenta con este tipo de empirismo toscamente sensible (de tipo baconiano, por así decirlo), sino que trata de comprender y de representar realmente el movimiento *también en pensamientos*. Así llegó a expresiones del tipo de las que Herbart, quizás no del todo conforme al sistema, pero ciertamente sin falsear el modo de pensar y de hablar de hecho de Hegel, ha formulado así: “El ser, en cuanto no es lo que es, es la verdadera esencia”.

En efecto, lo es en cuanto *devenir, movimiento, cambio, desarrollo*, determinaciones que según Hegel son particularmente importantes para el mundo de la experiencia real y que por lo tanto deben ser entendidas y representadas con exactitud y particular fidelidad también conceptualmente en su contenido global por un pensamiento verdaderamente científico.

Así, contra este procedimiento dialéctico de Hegel, que separa teóricamente *la totalidad del mundo de la experiencia inmediatamente dado en pares de conceptos opuestos* para después, de la *contraposición y unión* de los dos conceptos abstractos *que se niegan* recíprocamente, volver nuevamente a esa *totalidad concreta*, ahora sin embargo como *totalidad conceptual* —contra este procedimiento es difícil plantear una objeción de fondo que quiera basarse en el hecho de que a los conceptos contrarios formados de este modo, en algunos casos límite tomados particularmente en sí, no corresponde nada de determinado en la realidad empíricamente verificable. Es suficiente que

puedan deducirse de ellos en su desarrollo dialéctico otros conceptos empíricamente realizables y realizados. En cambio surge inmediatamente el otro problema: demostrar si es posible esa deducción de nuevos conceptos concretos en el curso del desarrollo dialéctico, es decir a través de la negación y contraposición de los conceptos planteados con antecendencia. Para descubrir esa posibilidad es preciso tener presente el significado particular que tienen términos como “negación” u “oposición” en la dialéctica hegeliana.

Si partimos del significado de estos términos en la lógica tradicional, de la *negación* de un concepto —o, podríamos mejor decir aquí, de una afirmación— no nace nada más concreto o más completo, sino solamente una vez más en forma negativa el mismo contenido de la afirmación. Aquí no se mueve ni se desarrolla nada, sino que más bien estaríamos dispuestos a decir que una misma afirmación se enfrenta a sí misma desde el principio en forma positiva y negativa. Con el concepto de *oposición* de la lógica habitual progresamos tan poco como con el concepto lógico de *negación*. La oposición contradictoria (*a* y no *a*) así como también la llamada oposición contraria (*a* y *b*) no se refieren en absoluto a los *objetos* sino sólo al *modo* como nosotros *hablamos* de ellos. No tiene sentido esperar algo de la *unión* de semejantes oposiciones. Si se afirma algo y al mismo tiempo lo contrario de una y la misma cosa, como consecuencia de esa conexión no surge absolutamente nada: es el *nihil negativum irrepraesentabile* de la escolástica o la proposición contradictoria en sí y por lo tanto *sin sentido* de la lógica moderna.

Sería una idea extraña la de que Hegel ignorase o violase habitualmente por descuido cualquiera de las reglas tradicionales de la escolástica. He recordado aquí todas estas cosas elementales sólo para poner de manifiesto, por contraste, los conceptos de la dialéctica hegeliana. En realidad debemos pensar las oposiciones de la dialéctica no como afirmaciones planteadas en contraste sino como *objetos* en contraste o, para usar una expresión kantiana, como “reales repugnancias”. Y de contraposiciones de este tipo hablan no sólo el filósofo dialéctico Hegel sino también pensadores profundos y agudos como Kant y Bolzano, no impulsados ciertamente por una intención dialéctica. En tales oposiciones —enseñan— la una no elimina a la otra y por lo tanto a través de su unión no surge una *nada*, sino un *algo*, primero un algo *pensable* (cogitable), que puede ser perfectamente *definido*, y luego también algo *existente*.⁸

Un breve análisis de este concepto de oposición definido por Kant

⁸ B. Bolzano, *Wissenschaftslehre*, I, § 107; I. Kant, *Versuch, den Begriff der negativen Größen in die Weltweisheit einzuführen*.

y Bolzano muestra que las relaciones que existen entre tales “oposiciones” y las formaciones que nacen de la “unión” de tales oposiciones poseen todas las características esenciales que Hegel utiliza para su dialéctica. Si entonces hasta hoy, no sólo por parte de los adversarios declarados sino también por parte de los críticos más moderados como Benedetto Croce, Max Adler, y recientemente Nicolai Hartman en el Congreso hegeliano de Berlín, se ha levantado contra Hegel con diversas variantes la acusación de haber elevado simples diferencias al rango de oposiciones, simples oposiciones al de contradicciones, y de haber abandonado por lo tanto el terreno real, por otra parte precisamente a través de los ejemplos aducidos por estos testigos ciertamente insospechables se esclarece la pensabilidad de la relación dialéctica de oposición y contradicción. En la última instancia decide sobre el empleo del concepto “dialéctico” para objetivos científicos la prueba práctica a la que una vez, en un contexto análogo, aludió Friedrich Engels recordando el proverbio inglés *the proof of the cake is in the eating*: la prueba del budín está en comerlo.

Tomemos entonces en primer lugar una línea recta ————. Podemos decir que sus direcciones en sentido opuesto son L ———R.

Bolzano da una definición precisa del concepto de esta oposición:

L M O N R

Si sobre LO se traza una recta en el punto O de modo que

$$MO + ON = MN$$

Y viceversa si sobre RO se traza una recta en el punto O, de modo que

$$NO + OM = NM$$

Llamamos “opuestas” a las dos direcciones OR u OL que surgen de este modo. Al mismo tiempo OR y OL juntas forman una línea recta con sus dos direcciones opuestas.

Tomemos ahora dos direcciones “distintas” pero no contrapuestas, que para simplificar haremos salir del mismo punto.



Se ve que puede ser completamente posible y para algunos objetivos (matemático-científicos o técnico-prácticos) conveniente considerar

de esa diversidad de direcciones conceptualmente, en la construcción geométrica o en el cálculo numérico, sólo la oposición.



En ocasiones será suficiente realizar *cualitativamente* esa separación de la dirección opuesta de la dirección dada, sólo “diferente”. Para un desarrollo *cuantitativo* es necesaria la introducción de un sistema métrico (de proyección o medida).

Vemos en definitiva que esta oposición de direcciones encierra en realidad una *unidad* de tipo tal que se hace más perfecta cuanto más marcada es la oposición (es decir, según Aristóteles: cuanto más cosas de una especie son diferentes entre sí; este grado de aproximación de la mera diferencia a la oposición se vuelve, en la comparación de dos direcciones en el espacio, medible por la magnitud del ángulo en el punto de la intersección con el valor límite cero).

Un concepto análogo de oposición es en la *física* el concepto de la polaridad. A este respecto Hegel observaba en la *Enciclopedia*, § 119: “Pero aunque la física, en su modo de considerar los pensamientos, se atenga a la lógica ordinaria, se espantaría si desarrollase la polaridad y llegase a los pensamientos que en ella son contenidos.”

Del mismo modo nos comportamos incluso prácticamente en la vida, cuando, por ejemplo en el balance de una empresa comercial, contraponemos los más variados valores patrimoniales y deudas como activo y pasivo, como $+$ y $-$.

Oposiciones de este tipo son, según Hegel, dialécticas, y la unidad de estas oposiciones forma el fundamento de lo que Hegel ha denominado *contradicción dialéctica*. Para Hegel tales oposiciones y contradicciones no solamente pueden ser pensadas y encontradas en la realidad. Según la visión de conjunto que se halla en la base de su sistema filosófico y que se impone en su método dialéctico, desarrollan un papel importante y decisivo en todo el mundo de los objetos, ya sea objetivo o subjetivo, tanto en la naturaleza inanimada como en todo lo que vive, y especialmente en esa parte de la realidad que Hegel llama “espíritu”, a la que pertenece sobre todo el conjunto de la vida histórico-social de los hombres. Hegel afirma: “Lo que mueve el mundo es en primer lugar la contradicción y es ridículo decir que la contradicción es impensable” (*Enciclopedia*, § 119).

También la ciencia histórica y social de Marx y de Engels, que constituye un trastocamiento en sentido materialista de la filosofía del espíritu idealista de Hegel, ha conservado formalmente incambiado ese principio dialéctico de oposición de Hegel. Sólo el contenido de las oposiciones, que son consideradas históricamente y por lo tanto también teóricamente decisivas, ha cambiado. En el punto central hay oposiciones dialécticas como la oposición de las dos *clases* históricamente decisivas en la moderna sociedad burguesa: burguesía y proletariado, es decir, la oposición, por ahora entendida sólo económicamente, entre *capital* y *trabajo asalariado*, en la cual se mueve la propiedad burguesa actual.

Llegamos así a cierta representación de lo que en la dialéctica hegeliana se entiende por oposición, unidad de los opuestos, contradicción. Además existe de hecho en los distintos campos algo que puede ser tratado con estas categorías. Con todo esto sin embargo estamos aún muy lejos de una plena determinación de la forma del pensamiento dialéctico y de su aplicabilidad empírica. Sobre todo nos faltan aún, fuera de la indicación engelsiana del budín, todos los criterios acerca de la corrección o no del *proceso* del desarrollo conceptual dialéctico. Pero mientras que el problema de si un determinado desarrollo conceptual dialéctico es justo o falso siga siendo un problema insoluble, nos falta frente al método dialéctico ese *criterio formal* que poseemos en el principio de la contradicción frente a un desarrollo simplemente lógico. En ambos casos tenemos el criterio material, la verificación a través del éxito (el resultado). Pero en caso de necesidad también podría referirse a ese criterio un razonamiento cuyo desarrollo estuviera determinado por el mero arbitrio subjetivo o por la ciega observancia de sugerencias inconscientes. Llegamos con esto al punto más allá del cual no podemos avanzar, en el estado actual de las investigaciones lógicas de la dialéctica. Una respuesta positiva al problema de si existen y en qué consisten tales *criterios formales determinados para la correcta aplicación del método dialéctico*, no puede darse aún hoy. Si se le pidiese al propio Hegel, declararía por un lado que su método no es algo distinto de la forma de su *objeto* y de su *contenido*, sino que es el movimiento de la cosa misma (*Ciencia de la lógica*) y por otra parte que *la verdad es el todo* (*Fenomenología del espíritu*).

Estas dos afirmaciones están estrechamente vinculadas con el tercer concepto de verdad, ya rechazado por nosotros, que se refiere no a la común verdad científica sino a la verdad filosófica de la razón infinita y superior a toda la verdad científica y finita del intelecto. Con esta remisión a una instancia superior no hacemos nada. Sin embargo podemos deducir de ella en negativo que, por un lado,

también según la opinión de Hegel, no existe ningún criterio formal para la exactitud o la falsedad de un desarrollo conceptual dialéctico y, por otra parte, que en todo caso el desarrollo dialéctico en un *sector parcial* del conocimiento científico-filosófico de conjunto, por ejemplo en el sector de la física o de la ciencia del derecho, del Estado o de la historia, no puede tener sus criterios últimos de verdad en sí mismo sino solamente en su ulterior desarrollo hacia el sistema global.

Hegel, “como existencia de hecho de un conocimiento dialéctico que no procede ni en inmediatez unilateral ni en la unilateral mediación”, presenta como ejemplo su propia lógica y toda su filosofía. Pero, a la luz de un análisis más preciso y crítico del *proceder real* de su desarrollo conceptual, revela en forma indiscutible su arbitrariedad en todas las aplicaciones particulares de la dialéctica, incluso en las más exitosas.

Fue precisamente ese Marx que celosos epígonos de hoy caracterizan casi como un hegeliano ortodoxo, quien indicó puntualmente y con cierto exceso de prolijidad, no menos de tres veces en su vida, ese carácter ilusorio de la necesidad aparentemente lógica del proceder dialéctico del desarrollo conceptual hegeliano: una primera vez en la *Sagrada familia* contra el representante de la izquierda hegeliana Bruno Bauer, otra vez en la *Miseria de la filosofía* contra Proudhon, y finalmente en la forma más profunda y decidida directamente contra Hegel en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, publicada recientemente en la edición completa de Moscú. Se muestra aquí en forma convincente, paso a paso y frase por frase de la exposición hegeliana, que la apariencia de una necesidad formal, conceptual y lógica, en este desarrollo sólo se cumple a través de una especie de doble contabilidad, en el sentido de que el desarrollo propiamente lógico, a partir de sí mismo, no hace progreso alguno, sino que ese progreso es introducido a través de elementos accesorios, exteriores, de contrabando, de la experiencia concreta, asumida así más o menos en forma no conceptual (*passim*, particularmente §§ 261-270).

De nuestra investigación sobre el método dialéctico surge pues el resultado, para algunos ciertamente inesperado, de que la carencia de esta dialéctica hegeliana no reside en el hecho que piensan los empíricos, es decir en que Hegel se basó demasiado en la forma apriorística, conceptual del puro pensamiento y descuidó por lo tanto lo empírico. No sólo la dialéctica de Hegel, sino *cualquier forma rigurosa de ciencia* plantea a la conciencia natural del individuo pensante la exigencia de dejar de lado su propia certeza inmediata sobre sí mismo y su contexto habitual, todas sus experiencias “inmediatas” como tales y, como dice drásticamente Hegel, de hacer el

desusado esfuerzo de “moverse por una vez con la cabeza” (*Fenomenología*). El límite de la dialéctica hegeliana es más bien el hecho de que esta forma de desarrollo conceptual científico y de representación, análogamente a la forma del empirismo de Bacon de un periodo anterior, aún no se ha liberado suficientemente de los datos inmediatos del mundo de la experiencia natural y no ha avanzado hasta una síntesis por lo menos relativamente autónoma de sus propias mediaciones en la forma del pensamiento. En definitiva, en Hegel la dialéctica es simplemente un tipo superior de experiencia. Por eso a esa dialéctica es posible tenerla por así decirlo en el cuerpo y en la punta de los dedos, sin poder indicar con precisión con conceptos y palabras lo que se hace, como Nietzsche una vez dijo que hay más razón en el cuerpo que en el alma. Sin embargo “hablar de ella es embarazoso”.

Pero todo esto se refiere solamente a la parte formal del problema del “empirismo en la filosofía hegeliana”. Muy mal habríamos resuelto la tarea de presentar este empirismo, olvidaríamos precisamente lo más vital, lo más actual y lo más moderno que hay en la filosofía de Hegel, si no recordáramos, por lo menos en algunas breves indicaciones, la otra parte de la contribución hegeliana al problema del empirismo, para cuya presentación completa naturalmente haría falta otra conferencia. Esta *otra parte* de la contribución hegeliana al empirismo de la ciencia moderna consiste en el *inmenso desarrollo* y en el *viraje particular* que Hegel imprimió al *concepto de la experiencia misma*. Hasta ahora hemos hablado solamente del concepto de experiencia de las ciencias naturales teóricas. Pero ese concepto de experiencia es completamente peculiar y delimitado, hasta el punto de que ni siquiera incluye la experiencia del ingeniero, del técnico. El concepto de experiencia de Hegel por el contrario desde el principio se entiende en una forma mucho más amplia hasta cubrir casi el de la sana razón y el buen sentido en la vida cotidiana. Incluye no sólo la percepción sensible de la naturaleza exterior y de la realidad psíquica, sino del mismo modo la realidad histórico-social-práctica del derecho, del Estado, de la economía y de las formas de relación social basadas en ella; todo eso junto forma lo que Hegel llama “espíritu objetivo”. Además trató de abarcar un ámbito ulterior de formas de la experiencia con su concepto imaginario del “espíritu absoluto”. A éste pertenecen en particular, según él, religión y devoción, incluyendo sus manifestaciones tradicionales y su forma de organización, la Iglesia. Hegel incluye todo eso y mucho más bajo las formas de la experiencia, reconocidas, e incluso justificadas, por la filosofía especulativa: “El pensamiento pensante (no está en contraste con ellas, pero) se ahonda mucho más

en su contenido, aprende y se consolida con ellas como las grandes concepciones de la naturaleza, de la historia y del arte" (*Kleine Logik*, Vorr., z. 2. Ausg., p. XIII). Hegel, colocando al lado del mundo de la experiencia natural el mundo de la experiencia espiritual como segunda realidad, no desconoce en absoluto la *forma de realidad particularmente convincente de lo natural*.

La contemplación de la naturaleza, debido a la realidad en que se mantienen sus objetos, trae consigo la necesidad de fijar aquellas categorías que ya no pueden ser ignoradas en ella, aunque fuese con la mayor inconsecuencia con respecto a las otras categorías que todavía deben ser consideradas válidas; y no permite que —tal como se verifica con mayor facilidad en lo espiritual— se pase a la abstracción de las oposiciones y a las generalizaciones (*Ciencia de la lógica*, t. I, p. 43).

Análogo al papel que desempeña la naturaleza para la totalidad de la experiencia es además el que cumple, especialmente para el mundo espiritual histórico-social, la economía, la ciencia del modo de producción material de una determinada sociedad y cultura. Esto lo expresa ya explícitamente el propio Hegel, especialmente en *Principios de la filosofía del derecho*. Esto será perfeccionado posteriormente, más completa y consecuentemente, por el peculiar sentido de la famosa concepción materialista o económica de la historia de Marx. También el examen de las relaciones económicas lleva consigo "a través de la realidad en que se establecen sus objetos, algo particularmente convincente" y no permite, como sucede con mayor facilidad en la política o en la ideología, "pasar a abstracciones del objeto y a generalizaciones". ¡Esto lo sabe hoy Europa y el mundo entero!

En segundo lugar, el concepto hegeliano de la experiencia es no sólo enormemente más amplio que el actual concepto de experiencia de las ciencias naturales, sino que además posee una orientación específica hacia lo *subjetivo*, la experiencia como acción, como *praxis* humano-social, particularmente importante para el desarrollo futuro del empirismo. Quizás algún día se dirá que el filósofo Hegel fue el precursor decisivo de una empiria exacta del *sujeto pensante y agente*. Esta tendencia filosófica de Hegel en los últimos cien años ha progresado científicamente siguiendo principalmente dos direcciones: por un lado en el *pragmatismo* y en el *conductismo norteamericano*, en los cuales incluyo menos a teóricos particulares, pragmáticos o pragmatistas, que a la influencia de conjunto de toda esa orientación, claramente perceptible en todos los campos de la ciencia norteamericana. Por otro lado una prosecución ulterior y de consecuencia más importante, aunque distinta, de la tendencia hegeliana es el *marxismo revolucionario* en todas sus formas históricas.

Hoy ya no es posible desarrollar en toda su amplitud las consecuencias de esta aplicación, afirmada por el propio Hegel como el progreso fundamental de su filosofía. Consiste en entender a todo el mundo existente y experimentable y en particular a todo el mundo histórico-social espiritual como *sujeto-objeto*, como *praxis*, y en desarrollarlo en toda su plenitud. Me limito por lo tanto a un punto particularmente interesante para la teoría de la ciencia: la repercusión sobre la ciencia misma de la revaluación del concepto de experiencia en el sentido del sujeto. Hegel fue mucho más allá de la *robinsonada de la teoría de la ciencia* que es típica de toda la época burguesa actual y que consiste en entender como sujeto de la ciencia al *individuo particular*. No existe mayor diferencia si se piensa en un verdadero Robinson terrenal, como hace John Stuart Mill cuando dice: "Si en el mundo hubiera aunque fuera sólo un ser racional, ese ser sería plenamente lógico"; o bien si con Kant hacemos de una *conciencia trascendental* el sujeto del conocimiento teórico. En contra de todo esto, Hegel todavía no ha llegado a la concepción materialista para la cual el sujeto real de la ciencia es únicamente la ciencia misma en su desarrollo histórico como parte real constitutiva de la *sociedad* existente y desarrollándose siempre sobre la base de un determinado modo de producción material. Pero Hegel llegó por lo menos a la negación imaginaria idealista de esa concepción. En eso consiste el núcleo profano, terreno, de su visión mística, aunque determinante, que surge de sí y vuelve a sí, todo ser y nada finalmente (concepto que conserva en sí todo desarrollo y disolución, todo lo pensado y actuado y por lo tanto el pensamiento actuante).

LA CRISIS DEL MARXISMO*

1

En cuanto movimiento y teoría, el marxismo se encuentra actualmente en *crisis*. Ya no se trata de una crisis *dentro del marxismo*, sino de una *crisis del propio marxismo*.

Exteriormente, la crisis consiste en el colapso total de la posición hegemónica que detentaba el marxismo, durante el periodo de pre-guerra, en todo el movimiento obrero europeo, en parte realmente y en parte en apariencia. *Interiormente* consiste en una reforma de la teoría y práctica marxista propias, que se ve con la mayor claridad en la modificación de la posición de los marxistas frente a su propio estado y al sistema estatal burgués en general.

Es una concepción superficial y falsa la de ver la índole teórica de la crisis actual solamente en la circunstancia de que la teoría revolucionaria de Marx y Engels haya degenerado y sido parcialmente abandonada en manos de los epígonos, oponiéndose a este marxismo degenerado y falsificado la "doctrina pura" del marxismo de Marx y Engels. Antes bien, la actual crisis del marxismo también significa, en última instancia, una crisis de la propia teoría de Marx y Engels. La separación ideológica y doctrinaria de la "doctrina pura" del movimiento histórico verdadero, inclusive el ulterior desarrollo de la teoría, es de por sí una manifestación de la crisis existente en el marxismo.

2

La figura histórica del marxismo que hoy entra en su fase evolutiva crítica se originó en la segunda mitad del siglo XIX mediante la *re-cepcción*, por parte del movimiento obrero de los países europeos, de determinados elementos de una teoría surgida de condiciones históricas totalmente diferentes, las que no habían florecido aún hasta el punto de lograr un desarrollo capitalista completo.

Sobre este origen histórico del marxismo actual reposa la sepa-

* Ensayo de 1931, publicado por primera vez por E. Gerlach junto a *Die materialistische Geschichtsauffassung*, Francfort, Europäische Verlagsanstalt, 1971, pp. 167-172.

ración entre teoría y práctica que le es innata desde un principio. En este caso la teoría no es, desde el comienzo, la “expresión general de las luchas de clases existentes”. Por el contrario, es el resultado compendiado de las luchas de clases de una época anterior, sin ninguna relación inmediata con las luchas de clases actuales, que recomienzan en condiciones totalmente modificadas.

La separación entre teoría y práctica, existente desde un comienzo, no se ha atenuado en el curso de la evolución, sino que se ha agudizado cada vez más.

Sobre estos fundamentos se basan los tres fenómenos peculiares del “revisonismo”, de la “ortodoxia” y de los esfuerzos —reiniciados cada tanto— en pro de una “restauración” de la forma pura del marxismo revolucionario original. En ellos también se basa, en última instancia, la crisis del marxismo que se expresa actualmente.

3

La prosecución del desarrollo vivo de la teoría marxista en la práctica del movimiento obrero de 1850 fue impedida por las *modificadas condiciones históricas de la nueva época del capitalismo y del movimiento de la clase obrera*.

Con el año 1850 se cierra el primer gran ciclo histórico del desarrollo capitalista. En ese ciclo el capitalismo ya había recorrido todas las fases de su desarrollo sobre su *restringida base* de aquel entonces, hasta llegar al punto en el que la parte consciente de clase del proletariado podía poner la revolución social de la clase obrera a la orden del día. En consecuencia, *el movimiento de clases del proletariado* ya había alcanzado entonces —sobre esa base restringida— un grado de desarrollo *relativamente elevado*, que halló su expresión práctica en las luchas revolucionarias que libraban a la sazón algunas fracciones de la clase obrera, y su expresión teórica en las primeras formulaciones, lanzadas durante ese periodo por los llamados “socialistas utópicos”, acerca del contenido de la conciencia proletaria de clase y de los objetivos de la revolución proletaria.

Durante esa época y la siguiente, Karl Marx y Friedrich Engels realizaron una *doble crítica*, mediante el perfeccionamiento de su teoría, que también en lo sucesivo estuvo decisivamente determinada por las experiencias recogidas durante este periodo. Por una parte criticaron todos los fenómenos de la sociedad capitalista existente (base económica y superestructura) desde el nuevo punto de vista de la clase proletaria, para lo cual tomaron el *contenido* de esa nueva conciencia de clase proletaria de la realidad inmediata de las luchas de clases existentes y de las formulaciones de los socialistas

utópicos, en forma inalterada. Por otra parte criticaron simultáneamente el movimiento proletario práctico de su época y las teorías del socialismo utópico, haciendo comprender a la clase proletaria, mediante la anexión de los resultados supremos de la ciencia burguesa de entonces, las *verdaderas leyes del movimiento y de la evolución* de la sociedad capitalista existente y con ello, al mismo tiempo, las *verdaderas condiciones para la acción de clases proletaria revolucionaria*.

Después de 1850, el capitalismo comienza, sobre una *base ampliada* (geográfica, técnica y organizativamente) un *nuevo ciclo histórico* de su evolución. Bajo estas condiciones, resultaba imposible para el proletariado *entroncar directamente* con la imagen revolucionaria de la teoría marxista original, surgida bajo las condiciones de la época pasada. El movimiento obrero podía adoptar formalmente esta teoría bajo las condiciones del *periodo de crisis y depresión de la década de 1870*, particularmente favorable para el desarrollo de una conciencia revolucionaria de clase, pero no podía adueñarse real y completamente del contenido revolucionario de esta teoría, ni en el aspecto teórico ni en el práctico.

4

La teoría marxista, adoptada por el movimiento obrero europeo en la segunda mitad del siglo XIX, ya había modificado en varios aspectos su carácter originario, directamente revolucionario, en ocasión de su adopción.

La concepción materialista de la historia, que se originó en el periodo revolucionario anterior a 1850 como parte integrante directa de la *acción subjetiva* de la clase revolucionaria y que continuamente criticó en la teoría y subvirtió en la práctica las falsas apariencias y los aspectos transitorios de todas las condiciones sociales imperantes, posteriormente se desarrolló hasta convertirse, cada vez más, en una teoría contemplativa y meramente abstracta acerca del *decurso objetivo* de la evolución social, determinado por leyes exteriores.

La *economía marxista* se formuló originariamente como una *crítica* radical de la economía política de la clase burguesa, que debía hallar su conclusión práctica y teórica en una verdadera revolución. Más tarde Marx, y más aún Engels, modificaron este plan originario. Actualmente, tanto los apologistas como los críticos del marxismo entienden por *economía marxista* simplemente una tentativa de derivación teórica de todos los fenómenos económicos dados de la sociedad burguesa a partir del concepto fundamental del "valor", acrítica y

axiomáticamente aceptado, y que concluye con la formación de un *sistema científico*. El *fetiché* hacia cuya derogación teórica y práctica apuntaba la *crítica* revolucionaria marxista de la *economía política*, se ha convertido en ídolo de los economistas científicos marxistas, y en piedra de escándalo para los críticos burgueses y reformistas de Marx.

5

Después de la muerte de Marx y Engels y de la primera generación marxista que aún se halló bajo su influencia directa, la ciencia marxista, adoptada por el movimiento obrero moderno sólo como ideología, ha cesado por completo de seguir desarrollándose como un ente vital. Los mejores representantes del principio revolucionario dentro de los partidos marxistas, quienes en esa época debieron librar una violenta lucha defensiva contra la teoría y práctica reformistas que avanzaba pujantemente, enfrentaron hostilmente en ese periodo a todas las tentativas en pro de una prosecución vital del desarrollo de la forma de expresión teórica de la lucha de clases proletaria, inclinándose a ver en su estancamiento un mal menor, en comparación con la flagrante falsificación burguesa de la teoría marxista tradicional (artículo de Rosa Luxemburg *Stilstand und Fortschritt im Marxismus* [Estancamiento y progreso en el marxismo]). Los impulsos más importantes en favor de un renovado desarrollo vital de la teoría proletaria de la lucha de clases partieron, durante ese periodo, desde tres direcciones que enfrentaban (conscientemente, por una parte, e inconscientemente, por otra) a la teoría marxista ortodoxa: del *reformismo sindical*, del *sindicalismo revolucionario* y del *bolcheviquismo leninista*. Pese a sus restantes poderosas diferencias, esas corrientes tenían en común una tendencia. Todas ellas apuntaban a que se convirtiera a la propia acción subjetiva de la clase obrera en objeto principal de la teoría socialista, en lugar de hacerlo con la evolución objetiva regular del capitalismo en una u otra forma. En tal medida aparecen como tendencias progresistas dentro de la evolución de ese momento del movimiento obrero, y como primeros precursores de la nueva teoría y práctica de clases proletaria a desarrollar en el futuro sobre las nuevas bases.

6

De este esbozo de las causas y condiciones históricas del origen y el desarrollo de la actual crisis del marxismo, se desprenden algunos signos para determinar la dirección en que debe ser superada.

Ninguna de las orientaciones marxistas actuales aparece como una expresión teórica suficiente para las necesidades prácticas (subsistentes a pesar de la grave derrota temporaria) de la lucha de clases proletaria, revolucionaria en sus medios y objetivos.

Menos que ninguna, el llamado "marxismo ortodoxo". Entre todas las formas en que se presenta el marxismo, ésta aparece como la más nociva para el movimiento progresista de la clase proletaria. Después de haberse petrificado como una mera ideología, y en su última fase también haberse desintegrado en cuanto ideología (Kautsky), hoy en día sólo es aún una atadura para el ulterior desarrollo de la teoría y de la práctica de la lucha proletaria de clases.

En cambio, las otras dos orientaciones en las cuales prosigue históricamente, hoy en día, el movimiento marxista del periodo de la preguerra (el *socialismo estatal reformista* de los actuales partidos socialdemócratas, y el *antimperialismo comunista*), no pueden desdenarse simplemente como movimientos reaccionarios, incluso desde el punto de vista del proletariado revolucionario. Por el contrario, la relación existente actualmente entre el movimiento del proletariado revolucionario y estas dos continuaciones principales del movimiento obrero marxista de la preguerra, se corresponde casi exactamente con la posición que había asumido el movimiento general de la clase proletaria, durante aquel primer periodo, cuando el movimiento burgués de clases aún tenía un carácter limitadamente progresista en Europa, frente a la teoría y la práctica del partido progresista radical burgués.

Parece un hecho histórico incontrovertible que durante el periodo de la guerra y posguerra mundiales la anterior ideología, revolucionaria y enemiga del Estado, propia del marxismo socialdemócrata en los *países dominantes del sistema mundial capitalista*, los llamados países imperialistas, se transformó por doquier en un socialismo de Estado reformista, en forma comparable a la transformación que a comienzos de la Edad Media sufrió el cristianismo, revolucionario y enemigo del Estado, convirtiéndose en la religión estatal oficial romana.

Por otra parte, la forma teórica en la cual las clases oprimidas y explotadas en los grandes *territorios marginales del sistema mundial capitalista*, que aún no han logrado abrirse paso hacia un desarrollo capitalista independiente, buscan una expresión adecuada a sus luchas en la fase actual, parece irse formando actualmente como continuación del llamado comunismo. No puede entroncar con el viejo marxismo, ya que éste parte de la base de una relación directamente positiva entre la revolución burguesa y la proletaria, entre el triunfo del capitalismo sobre las formas económicas y sociales pre-

capitalistas y la lucha de clases proletaria, mientras que aquí la relación entre la lucha de clases proletaria y las luchas de la burguesía local y extranjera es de otra índole, si no en lo fundamental, cuando menos en su apariencia inmediata. Con menos razón aún pueden entroncar con el reformismo, que en la actualidad se halla inseparablemente ligado a la política expansionista y colonial de los países centrales del sistema capitalista mundial. En cambio hallan en el bolcheviquismo y comunismo leninista una forma de ideología marxista con un carácter declaradamente antimperialista, que pueden adoptar como ideología provisoria de su propia lucha de clases antimperialista, proceso que, a su vez, puede equipararse con la difusión del cristianismo entre los bárbaros fuera de las fronteras del Imperio romano.

7

El marxismo como fenómeno histórico, tal como se originó en sus rasgos fundamentales, primeramente en las luchas revolucionarias de clases de la primera mitad del siglo XIX, y que luego, durante la segunda mitad de la centuria, se conservó como ideología revolucionaria de un movimiento proletario que, de acuerdo a su verdadera esencia, no había vuelto a ser revolucionario, es hoy un hecho del pasado. Del mismo modo, y en un sentido histórico más profundo, también la nueva teoría de la revolución proletaria que se forme en el periodo siguiente será una continuación histórica del marxismo. Para todo el futuro de la lucha proletaria de clases, la teoría revolucionaria en la cual Karl Marx y Friedrich Engels ofrecieron la primera grandiosa recopilación de las ideas proletarias durante el primer periodo evolutivo revolucionario de la lucha de clases, seguirá siendo *la imagen clásica de la nueva conciencia revolucionaria de la clase obrera en lucha por su liberación.*

EL MÉTODO DIALÉCTICO EN *EL CAPITAL*

Las explicaciones dadas por Karl Marx en el “Epílogo a la segunda edición” de 1872-1873 acerca de la significación de la dialéctica hegeliana para la estructuración y presentación de *El capital* han sido mal comprendidas algunas veces con buena o mala intención. Se ha pensado que realmente se trataba sólo de un agradecimiento exterior de Marx, investigador materialista de la realidad, quien ya treinta años antes se había manifestado como agudísimo crítico de la filosofía idealista de Hegel, a quien entonces los portavoces de la Alemania ilustrada trataban indebidamente de “perro muerto”, y ello por añadidura a causa de una cierta semejanza exterior en la expresión que habría que atribuir a la circunstancia de que Marx, según cuenta él mismo, “coqueteó alguna que otra vez con su forma peculiar de expresión en el capítulo sobre la teoría del valor”. “Los propios Marx y Engels no entendían bajo el método dialéctico —a diferencia del metafísico— otra cosa que el método científico de la sociología, consistente en considerar a la sociedad como un organismo vivo, en constante evolución, cuyo estudio requiere un análisis objetivo de las relaciones de producción que encarnan una formación social determinada, y la investigación de las leyes de su funcionamiento y su desarrollo”. Éstas fueron palabras escritas, por ejemplo, por el joven Lenin —quien en su época posterior tuvo una actitud mucho más positiva frente a la dialéctica hegeliana y su aplicación materialista por parte de Marx y Engels— en un escrito polémico de 1894 y encontrado hace poco, sobre la relación de Marx y Engels con la dialéctica filosófica de Hegel. Y añadió expresamente que la adhesión a la dialéctica que puede observarse ocasionalmente en Marx y Engels... “no representa otra cosa que resabios de ese hegelianismo del que surgiera el socialismo científico, resabios de su modo de expresión”... que los ejemplos de procesos “dialécticos” que aparecen en Marx y Engels... “sólo constituyen un indicio del origen de la doctrina, y nada más” y que... “carece de sentido acusar al marxismo de dialéctica hegeliana”.*

* Todas las citas entrecomilladas han sido tomadas de la traducción alemana del escrito de Lenin mencionado, en Kleine Lenin-Bibliothek, tomo iv, Berlín 1931, pp. 44-46, 53.

En realidad, y tal como lo he explicado con mayores detalles en la introducción a mi edición de *El capital*, el método empleado por Marx en dicha obra se halla en una relación mucho más estrecha con el filósofo Hegel; si no con la cáscara mistificada filosóficamente del método dialéctico, sí en cambio con el núcleo racional del mismo. Por muy estrictamente empírico que haya sido el investigador científico Marx al registrar la plena realidad concreta de las situaciones económicas sociales e históricas, tan esquemáticamente abstractas e irreales le parecen a primera vista al lector que aún no recorrió la severa escuela de la ciencia marxista, los extremadamente complejos conceptos de mercancía, valor, forma del valor, en los cuales debe hallarse contenida toda la realidad concreta de todo el ser y el devenir, origen, desarrollo y ocaso de todo el modo de producción y el orden social actuales, desde un principio, como germen sin desarrollar por el momento, y que efectivamente ya se halla contenida en ellos, sólo que para ojos comunes resulta difícilmente reconocible o totalmente irreconocible.

Ése es, sobre todo, el caso del concepto del *valor*. Como es sabido, Marx no inventó este concepto ni el término, sino que lo encontró ya en la economía burguesa clásica, especialmente en Smith y en Ricardo. Lo criticó y lo aplicó de una manera muchísimo más realista que los clásicos a la realidad efectivamente dada y en desarrollo. En forma muy diferente a como aún sucede en Ricardo, precisamente en Marx la realidad auténtica (histórico-social de las condiciones que expresa mediante ese concepto) son un hecho palpable e indubitable. “El desdichado no ve”, escribe Marx en una carta de 1868 acerca de un crítico de su concepto del valor, “que si en mi libro no hubiese ningún capítulo sobre el ‘valor’, el análisis de las relaciones reales que apporto no contendría la demostración y la prueba de la verdadera relación del valor. El parloteo acerca de la necesidad de demostrar el concepto del valor sólo se basa en una total ignorancia, tanto del asunto del que se trata como del método de la ciencia. Cualquiera niño sabe que toda nación que paralizase el trabajo durante no digamos un año, sino solamente algunas semanas, perecería. Asimismo sabe que las masas de productos correspondientes a las diversas necesidades exigen diversas y cuantitativamente determinadas masas del trabajo social total. Es evidente que esa necesidad de distribución del trabajo social en determinadas proporciones, en modo alguno puede ser abolida por la *forma determinada* de producción social, sino que sólo puede modificar su *forma de manifestarse*. Las leyes naturales no pueden ser abolidas en modo alguno. Lo que puede modificarse en situaciones históricas diferentes es sólo la *forma* en la que se cumplen esas leyes. Y la forma en que se cum-

ple esa distribución proporcional del trabajo, en una situación social en la que la relación del trabajo social se impone como *trueque privado* de los productos del trabajo individual, es precisamente el *valor de intercambio* de dichos productos”.

Pero compárense con esto las primeras páginas de *El capital*, tal como se le ofrecen en primera instancia a quien nada sabe aún de estos “trasfondos” realistas del autor. Es verdad que en ellos se incorporan, en primera instancia, algunos conceptos verdaderamente provenientes de las “apariencias”, es decir de los hechos experienciales del modo de producción capitalista, entre ellos la relación cuantitativa que aparece en el intercambio recíproco de “valores de consumo”, o el “valor de intercambio”. Pero esa relación casual de intercambio de los valores de consumo, todavía con un rastro de empirismo, pronto se cambiará por un algo nuevo, obtenido por abstracción de los valores de consumo de las mercancías, que sólo aparece en esa “relación de intercambio” de las mercancías o su valor de intercambio. Sólo este “valor inmanente” o interno obtenido por prescindencia de la apariencia constituye luego el punto de partida conceptual para todas las sucesivas divisiones de *El capital*. Toda la primera aclaración fundamental de la relación entre el “valor” y el “trabajo” se produce únicamente con este concepto del “valor inmanente”. Sólo la prosecución de la investigación nos lleva de retorno al “valor de intercambio” el que ya no se introduce empíricamente como un hecho inmediatamente recogido de la experiencia, sino que se deriva deductivamente a partir del concepto previo del “valor”, en cuanto su “modo necesario de expresión o apariencia”. Del ulterior desarrollo conceptual deductivo de la “forma del valor” así deducida del concepto de valor se ocupa luego toda una subsección del primer capítulo, expresamente consagrada a tal fin. Y pese a que Karl Marx se haya afanado quizás más que nada en pró de una formulación clara y transparente de esta parte de su obra —entre 1859 y 1872 repitió esta exposición no menos de cuatro veces, siempre de diferente manera— precisamente esta sección es nada menos que una introducción a la correcta comprensión de *El capital*. Por el contrario, constituyó una barrera para varias generaciones de lectores de Marx, la que les cerró el acceso al contenido propiamente dicho del libro, y presumiblemente, junto con algunas manifestaciones del tercer capítulo sobre “el dinero” —estrechamente vinculadas con ella, en lo formal y lo temático—, tenga la mayor parte de la culpa en lo que respecta a la queja —difícilmente fundada, por lo demás— acerca de la “ardua comprensión de *El capital*”. Sólo después de haberse abierto camino a través de este desarrollo de la *forma valor* de la mercancía a la *forma dinero*, realizado por Marx

con consumada maestría como pieza virtuosística insuperada de un desarrollo conceptual dialéctico a pesar de Hegel, le estará concedido al lector ver el secreto develado en la última subsección del primer capítulo, resplandeciente con todas sus luces, y que trata el *carácter fetichista de la mercancía*, y descubrir lo que se oculta detrás del “valor de intercambio” y, en realidad, del “valor” que en él aparece. Se entera de que ese *valor* de la mercancía no es algo físicamente real, a semejanza del cuerpo de la mercancía y de los cuerpos de los dueños de mercancías, y que tampoco expresa, como el *valor de uso*, una relación sencilla entre un objeto existente o producido y una necesidad humana, sino que se devela como una *relación entre personas oculta bajo una cubierta objetiva* perteneciente a una determinada manera histórica de producción y formación social, pero que era totalmente desconocida para todas las anteriores épocas históricas, modos de producción y formaciones sociales en esta forma “objetivamente encubierta”. Y que volverá a tornarse totalmente superflua para futuras organizaciones sociales y modos de producción que ya no se basan en la producción de mercancías. Al igual que Robinsón en su isla, la futura *sociedad socialista libre* “no tendrá que expresar el simple hecho de que los 100 metros cuadrados de paño demandaron, para su producción, unas 1 000 horas de trabajo, de la manera oblicua e insensata de decir que *valen* 1 000 horas de trabajo. Por lo demás, entonces la sociedad también tendrá que saber cuánto trabajo requiere cada objeto de consumo para su manufactura. Tendrá que formular el plan de producción según los medios de producción, entre los cuales también se cuentan especialmente las fuerzas productivas. Los efectos utilitarios de los diversos objetos de consumo, ponderados entre sí y frente a las cantidades de trabajo necesarias para su manufactura, determinarán finalmente el plan. La gente lo arregla todo muy fácilmente sin la intervención del famoso ‘valor’”. Estos principios, luego formulados de una manera clara y popular por Friedrich Engels sobre la base científica de *El capital* de Marx, contienen todo el secreto de la *forma del valor*, del *valor de intercambio* y del “*valor*” que tan prolongados y trabajosos afanes le cuestan al lector sin instrucción previa cuando se sumerge en los desarrollos dialécticos de los primeros tres capítulos de la obra de Marx.

Pero también sería extremadamente precipitado desechar sin sustituirlo, por ser mero artificio, todo el método dialéctico marxista, tal como se lo emplea en *El capital* y como determina toda su estructura, a causa de estas incomodidades que a primera vista parecen superfluas, y plantear —como una vez lo hizo Trotski— la herética pregunta de si en última instancia no hubiese sido mejor que

“no hubiese sido el doctor en filosofía Marx, de cultura universal, el creador de la teoría del plusvalor, sino el tornero Bebel, quien ascéticamente ahorrativo en su vida y en su pensamiento, con su razonamiento tan afilado como un cuchillo, la hubiese formulado de una manera más popular, sencilla y unilateral”.

La verdadera diferencia entre el método dialéctico de *El capital* y los demás métodos predominantes en las ciencias económicas en tiempos de Marx, y en lo esencial y sin alteraciones hasta el día de hoy, no reside en modo alguno, como parece presuponerlo la interrogación anterior, sólo o principalmente en el terreno de la *forma* científica (o artística) del desarrollo y exposición de las ideas. Por el contrario, el método dialéctico empleado por Marx en *El capital* resulta máximamente adecuado también por su *contenido* para una ciencia que no apunta en su tendencia a la conservación y ulterior desarrollo, sino al soterramiento, por la lucha y la subversión revolucionaria, del orden económico y social capitalista actual. Ese método no permite que el lector de *El capital* pueda reposar ni un solo instante, mientras contempla las realidades y relaciones reales que aparecen inmediatamente, sino que señala por doquier la inquietud interna que hay en todo lo existente. En suma, se revela como superior a todos los demás métodos de la investigación histórica y social en sumo grado, porque “en la comprensión positiva de lo existente comprende también, al mismo tiempo, la comprensión de su negación, de su necesaria desaparición, porque concibe a toda forma que es en el fluir de su movimiento, es decir, según su aspecto transitorio, porque no deja que nada lo impresione, y porque por esencia es crítico y revolucionario”.

A este carácter fundamental del modo de exposición de Marx debe resignarse, de una vez por todas, todo lector que no sólo quiera obtener de *El capital* algunas nociones parciales acerca del engranaje y las tendencias evolutivas de la sociedad contemporánea, sino que también pretenda comprender en forma completa y profunda la teoría general contenida en él. Precisamente en ese método severo, que nada omite y que nada supone de antemano y sin pruebas de la “experiencia” superficial y prejuiciosa de todo el mundo reside toda la ventaja formal de la ciencia marxiana. Suprimiendo de *El capital* este rasgo sin sustituirlo por ningún otro llegaremos de hecho al punto de vista, liberado de toda científicidad, de esa “economía vulgar” de la que tan amargamente se burlara Marx, y que en el aspecto teórico “insiste permanentemente en las apariencias en contra de la ley de los fenómenos” y que, en lo práctico y en última instancia, sólo defiende los intereses de la clase que se siente segura y satisfecha en la realidad instantánea inmediatamente dada,

tal cual es, sin saber ni querer saber que a esa realidad, en cuanto hecho más profundamente situado, de más difícil concepción, pero igualmente real, pertenecen asimismo el nacimiento, desarrollo y extinción de sus formas actuales y la transición a futuras y nuevas formas de existencia, así como la ley de todas esas transformaciones y desarrollos.

Sin embargo, no intentamos afirmar con esto que esta clase de conocimiento científico verdadero, amplio y profundo, tal como el alcanzado por Marx en virtud de su genial empleo del método dialéctico tomado de Hegel, sólo sería posible actualmente y para siempre —tanto en general como en especial en el terreno de la economía política y social— por esta única vía de la “*dialéctica*”. Junto a sus enormes ventajas que acabamos de insinuar, el método científico que la dialéctica exhibe —no sólo en su forma hegeliana “mistificada” como lo que se ha dado en llamar “dialéctica idealista”, sino también e igualmente en su transformación marxista “racional” como la llamada “dialéctica materialísticamente revertida”— ciertos otros rasgos que no parecen estar muy en conformidad con la tendencia principal revolucionariamente progresista, antimetafísica y estrictamente científico-experimental de la investigación marxista. Piénsese ante todo en la forma peculiar en que Marx emplea por doquier en *El capital*, así como en sus restantes obras, el concepto “dialéctico” de la *contradicción*, es decir en la observación relativamente frecuente de que alguna “contradicción” que se revela en algún concepto presentado, una ley o una fórmula, por ejemplo en el concepto del “capital variable”, en realidad nada implica en contra del uso de dicho concepto, sino que, más bien, “expresa una contradicción ínsita de la producción capitalista”. Por lo demás, en muchísimos de estos casos, un análisis más detallado —y en el caso del ejemplo del “capital variable” que acabamos de citar lo ha manifestado el propio Marx— muestra que la presente “contradicción” ni siquiera existe como tal en realidad, sino que es sólo una ilusión que se produce en virtud de una manera de expresión simbólicamente abreviada o equívoca por alguna otra razón. Pero cuando no es posible una eliminación tan sencilla de la contradicción, quien esté en contra de la teoría de que la contradicción es una conexión deductiva conceptual que se manifiesta como estrictamente científica, y mientras no se haya logrado obtener aún una solución científica del problema que aquí se trata, desde el punto de vista del pensamiento moderno que sigue especialmente la matemática y las ciencias naturales exactas, tendrá que consolarse por ahora frente a estos rasgos del método dialéctico marxista,

con la frase de Goethe sobre las comparaciones, citada por Mehring en su interesante estudio sobre el estilo marxista:

“No me privéis de las comparaciones / que no sabría explicarme de otro modo.”

De hecho, el recurso “dialéctico”, empleado por Marx en muchos importantes pasajes de su obra, de representar las contradicciones entre la esencia social verdadera y la conciencia de sus exponentes: la relación entre una tendencia principal más profundamente situada y sus “contratendencias”, que al principio aún la compensaban o hasta sobrecompensaban, de una evolución histórica, e inclusive los conflictos reales de las clases sociales en lucha entre sí, como otras tantas *contradicciones*, tiene en todos los casos el carácter y el valor de una *comparación* nada trivial, sino que ilustra profundas conexiones. Exactamente lo mismo ocurre respecto al otro concepto dialéctico de la *transformación* de la cantidad en calidad, o de un concepto, cosa o relación en su contrario dialéctico (concepto éste que aparece con menor frecuencia en *El capital*, pero sí en puntos de importancia decisiva). El esclarecimiento lógico y empíricamente libre de reparos de todos estos conceptos, y de otros, que hasta el día de hoy se emplean en la dialéctica, prácticamente sin haber sido probados, es una de las principales tareas futuras de la ciencia socialista-proletaria continuadora de Marx.

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA IDEOLOGÍA MARXISTA EN RUSIA*

Abordaremos aquí un ejemplo particularmente claro de aquella sorprendente *contradicción* que, en una forma o en otra, puede ser encontrada en todas las fases del desarrollo histórico del marxismo. Ella puede ser caracterizada como la contradicción entre la *ideología* marxista por una parte, y por la otra el *movimiento* histórico real, oculto en cada momento detrás de aquel disfraz ideológico.

Diversamente que en Occidente, donde la teoría marxista surgió en el periodo conclusivo de la revolución burguesa y condujo a que se expresara una tendencia real ya existente hacia la superación de los fines del movimiento revolucionario burgués, es decir la tendencia de la *clase proletaria* —ella misma producida por el desarrollo capitalista y proyectada más allá de éste—, en la Rusia precapitalista de los años sesenta el “marxismo”, asumido al comienzo con curiosidad por toda la *intelligentzia* progresista como la última moda europea, era una ideología acogida del exterior. Y con sorprendente profundidad se demostró cómo también para esta ideología marxista tenía validez aquel *principio crítico materialista* que Marx y Engels habían enunciado en el periodo revolucionario del *Sturn und Drang* de los años cuarenta como un principio general para el juicio de todas las ideologías históricas. La historia real corrige la unilateralidad dogmática con la que ya los propios Marx y Engels, pero sobre todo sus epígonos más o menos “ortodoxos”, habían hecho valer este principio crítico siempre solamente contra las ideologías adversarias y eventualmente también contra las opiniones desviantes de la “verdadera enseñanza” en cada momento canonizada, en el interior de la escuela marxista. El principio crítico materialista del marxismo se ha mostrado válido aun contra la propia ideología marxista:

No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. [. . .] y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su

* “Zur Geschichte der marxistischen Ideologie in Russland”, en *Gegner*, vi, 1932, núm. 3, pp. 9-12; una versión ligeramente más amplia fue publicada en *Living Marxism*, 1938, vol. 4, núm. 2, pp. 44-50.

conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción.

Si se prescinde de todos los disfraces ideológicos bajo los cuales las diversas generaciones y las diversas corrientes del marxismo ruso en lucha entre sí han llevado a la conciencia y combatido el conflicto desatado en el desarrollo histórico real de su país, permanece el desnudo hecho determinado de que el marxismo ruso en todas sus fases de desarrollo y en todas sus corrientes, desde un principio en adelante, no ha sido otra cosa que la *forma ideológica para la lucha material por el logro del desarrollo capitalista en la Rusia zarista feudal*. La sociedad burguesa ya plenamente desarrollada en el Oeste tenía necesidad para su afirmación histórica en el Este de un nuevo ropaje ideológico, puesto que para el logro de sus objetivos materiales no podía servirse aquí una vez más de aquellas ilusiones y de aquellas autosugestiones con las cuales, en su primera fase heroica de afirmación en Occidente, se había ocultado a sí misma el contenido limitado en sentido burgués de sus luchas de desarrollo y había mantenido su propio vigor a la altura de la gran tragedia histórica. Y la ideología marxista recibida de Occidente pudo rendir este servicio a la revolución burguesa en Rusia porque ella —al contrario de la ideología rusa local del populismo revolucionario—, a partir de sus peculiares condiciones históricas de nacimiento, presuponia la civilización capitalista como fase de tránsito históricamente siempre necesaria para la realización de la sociedad socialista.

Sin embargo, para poder desplegar tal papel de ayuda ideológica a la naciente sociedad burguesa en Rusia, la enseñanza marxista tuvo necesidad de algunas modificaciones también en su contenido ideológico-teórico. Aquí está la raíz de las concesiones teóricas, de otra manera difícilmente comprensibles, que Marx y Engels en los años setenta y ochenta hicieron a la ideología del populismo ruso, el cual por su naturaleza era del todo inconciliable con la teoría marxista, y que encontraron su última expresión sintetizadora en la famosa profecía contenida en el prefacio a la segunda traducción rusa del *Manifiesto comunista* de 1882:

El *Manifiesto comunista* se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es posesión comunal de los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar

directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberán pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: *si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista.*

En estas frases de Marx y en las numerosas expresiones similares de Marx y de Engels que se encuentran en el mismo periodo en su correspondencia, en particular en las cartas al teórico populista ruso Nikolái-on, en la carta a Vera Zasúlich y en la respuesta a Mijailovski, viene ya anticipado en un cierto sentido todo el posterior desarrollo del marxismo ruso y sobre todo la contradicción que cada vez más se abrió entre la ideología y el real contenido histórico de este desarrollo.

Aun cuando Marx y Engels, y de manera similar más tarde el marxista Lenin (en situaciones ulteriormente desarrolladas, pero análogas), agregan la cauta condición de que, sólo juntamente con una revolución obrera determinada por ella en Occidente, la revolución rusa puede pasar inmediatamente del estadio precapitalista al estadio socialista saltando el estadio del desarrollo capitalista; aun cuando en los decenios sucesivos desaparece sin dejar trazas el “mir” ruso, al cual Marx todavía en el año 1882 había asignado, en determinadas condiciones, un importantísimo papel futuro, sin embargo no sólo al marxista ortodoxo Lenin, sino también a Marx y a Engels se pueden remitir los actuales ideólogos de la teoría “marxista-leninista” de la “construcción del socialismo en un solo país”, en su abuso del marxismo como cobertura ideológica de un desarrollo que en su tendencia real es capitalista. También Marx y Engels, en efecto, estaban dispuestos bajo determinadas condiciones a transformar su teoría crítico-materialista “marxista” a favor de un movimiento revolucionario en Oriente con oportunas modificaciones en el mero disfraz ideológico de un movimiento revolucionario presuntamente socialista, pero en su sustancia real limitado en sentido burgués.

Se inicia así ese característico *cambio histórico de función*, por el cual el marxismo “recibido” por los revolucionarios rusos se ha transformado en el sucesivo desarrollo de expresión teórica de un movimiento revolucionario proletario socialista en ideología “socialista” de un movimiento de construcción burguesa capitalista. Se inicia la metamorfosis también teórica, para esto necesaria, de la doctrina marxista originaria, recibida más o menos “ortodoxamente” en el curso de una recíproca compenetración y fusión de elementos

ideológicos populistas y marxistas, ya de hecho a partir de la época de los mismos Marx y Engels y con su consciente y activa colaboración. Con sus concesiones al populismo revolucionario ellos querían permitir la temporaria reelaboración de su teoría “marxista” en un *mito* revolucionario y puesto que la “revolución rusa” por ellos esperada en aquella época y la “revolución obrera” en Occidente, provocada por aquélla, de hecho no se verificaron en los años ochenta, dieron en realidad el primer paso hacia la permanente transformación de su teoría revolucionaria en una mera ideología en última instancia frenadora y perjudicial para el real desarrollo revolucionario.

Es un espectáculo singular cómo este proceso histórico de la degeneración ideológica de la teoría marxista en Rusia fue abriéndose paso en todas las fases siguientes del desarrollo hasta nuestros días. Ya en aquellas apasionadas controversias sobre las *perspectivas del desarrollo capitalista en Rusia*, que cubren la fase de los años noventa hasta el desencadenamiento de la revolución rusa y que encontraron su más importante condensación teórica en la obra económica fundamental de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de 1899, la teoría marxista en el fondo no fue más presentada por nadie como expresión teórica de un movimiento proletario socialista. Como es natural, no por los llamados “marxistas legales” quienes, de manera análoga a los teóricos mencheviques del Partido socialdemócrata ruso del periodo sucesivo y del marxismo socialdemócrata en los países occidentales, conservaron en la teoría, en intacta “pureza”, fragmentos más o menos considerables de la doctrina marxista, pero en compensación abandonaron en su práctica todas las consecuencias del principio marxista que iban más allá de los objetivos burgueses. Pero nada distinto ocurrió con las otras dos tendencias que por ese entonces, en una o en otra forma, trataron de unir el reconocimiento de la transitoria necesidad del desarrollo capitalista en Rusia con una real negación y lucha contra las condiciones creadas por tal desarrollo. Esto se verificó de modo especial con Nikolái-on, un *narodniki* formado marxísticamente, quien al comienzo de los años noventa pasó de la teoría populista ortodoxa de la *imposibilidad del capitalismo en Rusia* a la teoría populista modificada en sentido marxista de la *imposibilidad de un normal y orgánico desarrollo del capitalismo en Rusia*. Y lo mismo ocurrió, por otra parte, con su gran adversario histórico, el marxista ortodoxo V. I. Lenin y todo el movimiento del marxismo bolchevique nucleado en torno a él que pretendía ser rigurosamente ortodoxo en la teoría y en la práctica.

Si observamos retrospectivamente, desde el punto de vista de nues-

tra experiencia hecha hasta hoy, las controversias teóricas de aquella fase de desarrollo teórico, es posible captar un nexo muy claro entre la teoría populista de la “imposibilidad de un normal y orgánico desarrollo del capitalismo en Rusia”, tal como en ese periodo era representada por Nikolái-on y era combatida por los marxistas de todas las tendencias, desde los “legales” hasta los “revolucionarios”, y por otra parte las dos teorías, en apariencia diametralmente opuestas, que hoy se contraponen en el campo del marxismo soviético ruso como “stalinismo” dominante y “trotskismo” de oposición. Tanto la tesis neoleninista hoy dominante de Stalin sobre la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país, como también, paradójicamente, la tesis contrapuesta a este “nacionalsocialismo” staliniano del internacionalista Trotski sobre la revolución “permanente” (vale decir de la revolución que a través de la realización de los objetivos revolucionarios burgueses en el área rusa y contemporáneamente europea y mundial pasa de inmediato a la realización del socialismo), se fundan sobre la misma base ideológica de una negación *neonard-nike* de la posibilidad de un normal y orgánico desarrollo del capitalismo en Rusia.

Pero aun el más ortodoxo entre los marxistas ortodoxos, el más decidido e históricamente el más decidido representante del marxismo ruso, Lenin, ha finalmente concluido la lucha exasperada que condujo tanto en el periodo prerrevolucionario contra el narodnikismo de Nikolái-on y contra la teoría de Parvus y de Trotski de la revolución permanente, como también después de Octubre contra la idealización “socialista”, hecha por los teóricos del llamado “comunismo de guerra”, de una tendencia en realidad todavía para nada socialista; y Lenin concluyó esta lucha con una elección, en un momento decisivo, contra la realidad por el mito y con éste por la definitiva ideologización de la teoría marxista en Rusia.

No fue por cierto sólo el epígono leninista, Stalin, sino el marxista ortodoxo Lenin, quien por vez primera, en el momento crucial de la historia del desarrollo revolucionario, cuando con el pasaje a la NEP limitó de manera prácticamente decisiva a los objetivos burgueses la tendencia hasta ese entonces incierta de la revolución rusa, preparó contemporáneamente la indispensable *integración ideológica* para el cumplimiento de tal limitación. Y fue el marxista ortodoxo Lenin quien, cuando el viraje de los años 1920-1921, enunció con plena conciencia, en contraste con todas sus precedentes posiciones, el nuevo mito marxista del carácter en sí socialista del Estado soviético y de la posibilidad, con esto garantizada desde el punto de vista de los principios, de la realización de la sociedad socialista en la Rusia soviética.

Con esta degeneración de la originaria teoría revolucionaria de Marx y de Engels en una *religión de estado* oficial, en la justificación ideológica de un *estado* capitalista en su tendencia de desarrollo efectivo y represivo hacia el movimiento revolucionario del proletariado, *la historia de la ideología marxista en Rusia ha alcanzado su provisional conclusión.*

Pero más allá de esta comprobación, se plantea no obstante el problema más general y más profundo de entender en qué relación está dicho particular desarrollo histórico del marxismo en Rusia *respecto al desarrollo histórico general del marxismo.* No solamente en Rusia, sino también en el Occidente, y bajo otras formas el marxismo en su más reciente desarrollo se ha transformado siempre más de teoría y práctica revolucionaria en pura ideología que sólo es reconocida de palabra por el movimiento práctico, pero negada en los hechos.

Si por consiguiente a un marxista europeo occidental se le ocurriera hipócritamente alzarse de hombros sobre el “carácter ideológico del marxismo ruso” o tranquilizarse de manera optimista con el hecho de que en occidente las cosas no van todavía tan mal, sería necesario arrojarle al rostro aquello que una vez Karl Marx dijo a los lectores alemanes a propósito de las condiciones, por él descritas en *El capital*, de los trabajadores industriales y los peones agrícolas ingleses: *De te fabula narratur!*

EL JOVEN MARX COMO FILÓSOFO*

La miseria espiritual, la insipidez y la falta de carácter del *marxismo vulgar* a que los teóricos del movimiento proletario correspondiente al último tercio del siglo XIX, autodenominados “marxistas ortodoxos”, degradaron la doctrina original teórico-dialéctica y práctico-revolucionaria de *Karl Marx* y *Friedrich Engels*, se revela de la manera más palpable y crasa en la relación de estos “socialistas científicos” con la filosofía. Esos teóricos del proletariado no se conformaron con ignorar el sentido revolucionario que contuviera la filosofía idealista de Kant, Fichte y Hegel, de ignorarlo como sólo podría hacerlo cualquier erudito profesor burgués de filosofía, ni se dieron por satisfechos con concebir y utilizar la frase de Marx y Engels, según la cual la *clase obrera alemana ha de ser la heredera de la filosofía clásica alemana*, como una frase puramente agitatoria, sino que además creyeron seriamente que el “socialismo científico” y su fundamentación “materialista” había dejado atrás, con mucho, *todo* punto de vista filosófico. Consideraron que el punto de vista moderno y “científico” del marxismo había refutado, suprimido y superado no sólo la filosofía idealista alemana de la primera mitad del siglo XIX, sino *toda* filosofía en general. Y si seguían existiendo muchos hombres dedicados a semejantes “lucubraciones” filosóficas, no obedecía, en su opinión, sino al hecho de que la clase capitalista dominante tenía un interés parecido tanto en la conservación de esa “creencia” filosófica, como en la conservación de las supersticiones “religiosas” y de toda una serie de fantasmagorías. Una vez derrocado este dominio de la clase capitalista por la revolución social y política del proletariado, los residuos de esas concepciones espectrales se disolverían inmediatamente por sí mismos.

Basta comparar, aunque sólo sea superficialmente, toda esa posición “científica” con la filosofía, y comprobaremos inmediatamente que semejante solución al problema de la filosofía no tiene la menor relación con el verdadero materialismo *dialéctico* de Karl Marx y Friedrich Engels. Esa posición corresponde enteramente a la época en que el “genio de la imbecilidad burguesa”, Jeremías Bentham, escribió en su Enciclopedia la siguiente nota, tras la palabra “religión”:

* “Der junge Marx als aktivistischer Philosoph”, en *Geistige Politik*, Leipzig y Viena, 1934.

“Véase creencias supersticiosas”.¹ Y pertenece también al medio, naturalmente, hoy todavía muy difundido, que alimentó espiritualmente los siglos xvii y xviii, y del que Eugen Dühring sustrajo su filosofía, según la cual en la sociedad futura construida de acuerdo con su receta ya no habría ningún tipo de culto religioso, pues todo sistema societario rectamente entendido eliminaría todos los aprestos de la superchería espiritual, y con ellos, todos los componentes esenciales del culto.² En diametral oposición a esta actitud puramente negativa de esclarecimiento superficial de fenómenos ideológicos, como son la religión, la filosofía, etc., se encuentra la concepción que, frente a esas formaciones espirituales, se define como la nueva visión del mundo, y —según la expresión de Marx y Engels— la “única científica”, del materialismo, moderno o “dialéctico”. Para plasmar esta oposición en toda su aspereza podemos decir lo siguiente: para el moderno materialismo dialéctico es esencial ante todo concebir teóricamente y considerar prácticamente las formaciones *espirituales*, como son la filosofía y todas las demás ideologías, como *realidades*. En su primer periodo, Marx y Engels comenzaron su actividad revolucionaria con la lucha contra la realidad de la filosofía. Y como ya he mostrado detalladamente en otro lugar,³ en su periodo tardío modificaron radicalmente su concepción acerca de la relación de la ideología filosófica respecto a las restantes ideologías, dentro de la realidad ideológica general, pero con ello no dejaron de considerar nunca a todas las ideologías, y por consiguiente también a la filosofía, como una existencia real, en lugar de considerarlas como fantasmagorías vacías.

En los años cuarenta del siglo xix, cuando Marx y Engels asumieron en primer lugar teórica y filosóficamente la lucha revolucionaria tendiente a la emancipación de la clase que, según su concepción, “no está en contradicción particular con las consecuencias, sino en contradicción general con las premisas” del conjunto del ser social existente, estaban convencidos de que con ello abarcaban un sector fundamental de esta situación social existente. Ya en el artículo editorial del núm. 79 de la *Rheinischen Zeitung* [Gaceta Renana] del año 1842, Marx afirmó que “la filosofía no está fuera del mundo, de la misma manera que el cerebro no está fuera del hombre porque no se

¹ Véase a este respecto las observaciones de Marx sobre Bentham en *Das Kapital*, t. 1, pp. 573-574. (Capítulo 22, apartado 5.) [En español, véase *El capital*, cit. I/2, pp. 755-758.]

² Véase las ironías de Engels en su obra polémica contra Dühring, pp. 342 ss.

³ Véase mi trabajo *Marxismus und Philosophie*, en el tomo xi del *Grübers Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, 1923, pp. 52-121; también ha aparecido como edición especial en Verlag C. L. Hirschfeld, Leipzig, 1932. [En español, véase *Marxismo y filosofía*, cit.]

encuentre en su estómago”. En el mismo sentido escribió posteriormente en la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* —es decir, en la obra de la que Marx dirá, quince años después, en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, que en ella había cumplido el paso definitivo a su posterior punto de vista materialista— que “la filosofía anterior misma pertenece a este mundo y es su complemento, aunque sólo sea su complemento ideal”. Y el dialéctico Marx, que en esta obra cumple el paso de la concepción idealista a la materialista, manifiesta explícitamente que, en Alemania, el error que entonces comete el partido político práctico que *rechaza* toda filosofía es de hecho tan craso como el error del partido político teórico al *no negar* la filosofía en cuanto que filosofía. Este último punto de vista cree poder luchar contra la realidad del mundo alemán existente hasta aquel momento a partir de la posición filosófica, es decir, con las reivindicaciones supuestas o realmente desprendidas de la filosofía (como posteriormente Lasalle, apoyándose en Fichte, ignoraba que el *punto de vista filosófico pertenecía él mismo a la realidad del mundo alemán existente hasta aquel momento*). Pero el partido político práctico que entonces creía cumplir la negación de la filosofía “por el mero hecho de volver las espaldas a la filosofía, mirando hacia otra parte y murmurando algunas frases tan triviales como malhumoradas”, en realidad, también estaba aprisionado en la misma limitación, pues “*tampoco incluye la filosofía en el estrecho de Bering de la realidad alemana*”. Así pues, mientras que el partido teórico creía “poder realizar la filosofía (prácticamente) sin superarla (teóricamente)”, el partido práctico pretendía, con la misma sinrazón, superar (prácticamente) la filosofía sin realizarla (teóricamente), es decir, sin concebirla como realidad.⁴

Vemos pues claramente en qué sentido sobrepasa Marx (y de un modo muy similar Engels, que, como él mismo y Marx dicen posteriormente en numerosas ocasiones, consumaron en la misma época un desarrollo idéntico), en esta etapa, el punto de vista filosófico de sus años estudiantiles, conservando este tránsito mismo un carácter filosófico. Que podamos hablar de un *tránsito* de su punto de vista filosófico obedece a tres razones: En primer lugar, la posición teórica que ahora adopta Marx no está meramente en contradicción unilateral con las consecuencias de la filosofía alemana anterior —que en este periodo y posteriormente, tanto para él como para Engels, está plenamente representada por la filosofía de Hegel—, sino en

⁴ Véase la edición de Mehring de las obras póstumas de Marx y Engels, *Marx-Engels Nachlass*, t. II, pp. 390-391.

contradicción global con sus premisas. En segundo lugar, esta contradicción no comprende únicamente la filosofía, que sólo es la cabeza, el complemento ideal del mundo, sino la totalidad de este mundo. Y sobre todo, en tercer lugar, esta contradicción no es simplemente teórica, sino que también es prácticamente activa. “*Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversas maneras; de lo que se trata es de transformarlo*”, dice la frase que cierra las *11 Tesis sobre Feuerbach*,⁵ que Marx escribe en 1845 con el fin de “aclararse sus propias ideas”. El carácter filosófico inherente al conjunto de este tránsito del punto de vista puramente filosófico se pone particularmente de relieve si recordamos con brevedad que esta nueva ciencia del proletariado, que Marx establece en el lugar de la anterior filosofía idealista burguesa, y que por lo demás, en cuanto al contenido de sus objetivos, se opone radicalmente a esa filosofía burguesa anterior, no se distingue respecto a su esencia teórica de dicha filosofía burguesa.

En su conjunto, la filosofía idealista alemana, por su relación dialéctica, mencionada anteriormente, con el movimiento *revolucionario práctico* que en la misma época desencadenó el Tercer Estado, ya *mostraba teóricamente* la tendencia a ser más que una teoría, más que una filosofía. El mismo Hegel, que aparentemente ha convertido esta tendencia característica de su antecesores —Kant, Schelling y en particular Fichte— en su contrario, en realidad ha adjudicado a la filosofía una tarea que también sobrepasa el marco propiamente teórico, y en cierto sentido es práctica; con todo, esa tarea no consiste, como en Marx, en *transformar* el mundo, sino a la inversa, en *conciliar* la razón como espíritu autoconsciente con la razón como realidad presente, a través del concepto y la comprensión. Pero del mismo modo que, desde Kant hasta Hegel, la filosofía idealista alemana no ha dejado de ser filosofía porque haya asumido semejante tarea, esta “concepción del mundo” (en la que, como es sabido, ve la esencia propia de toda *filosofía*), del mismo modo, pues, no parece legítimo declarar la teoría materialista de Marx como una teoría ya no filosófica por el solo hecho de que no tenga que cumplir una tarea puramente teórica, sino a su vez práctico-revolucionaria. Más bien tendría que decirse que el materialismo dialéctico de Marx y Engels, tal como se expone en las *11 Tesis sobre Feuerbach* y en

⁵ Estas tesis se encuentran en el apéndice de la obra de Engels *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie* (1888). Por otra parte, también puede encontrarse, con una explicación detallada, en mi obra *Kernpunkte der materialistischen Geschichtsauffassung*. [Aspectos esenciales de la concepción dialéctica de la historia], Berlín, Vivaverlag, 1922, particularmente, pp. 16 ss., 44 ss. y 51 ss.

sus obras publicadas o no publicadas de esta época, debe considerarse, en cuanto a su esencia teórica, como una filosofía: concretamente, como una *filosofía revolucionaria* que considera como su propia tarea, en tanto que filosofía, plantear realmente la lucha revolucionaria desarrollada en todos los sectores de la realidad social contra la totalidad de la realidad social actual, en un sector determinado de dicha realidad, a saber, en el plano de la filosofía; así, finalmente, con la superación de la totalidad de la realidad social anterior, también se supera realmente, y de un modo inmediato, la filosofía que pertenece a esa realidad misma, aunque sólo sea su parte ideal. Como dice Marx, “*No podréis superar la filosofía sin realizarla*”.

¿POR QUÉ SOY MARXISTA?*

En lugar de discutir el marxismo en general, propongo tratar inmediatamente algunos de los puntos más concretos y definitorios de la teoría y la práctica marxista. Sólo un enfoque de este tipo es coherente con el principio del pensamiento marxiano. Para el marxista no existe “el marxismo” en general igual que no hay una “democracia” en general, una “dictadura” o un “estado” en general. Existe solamente un estado burgués o una dictadura fascista, etc. E incluso éstos existen sólo en determinadas etapas del desarrollo histórico, con correspondientes características históricas ante todo económicas, pero condicionadas en parte por factores geográficos, de tradición y otros. Con los diferentes niveles de desarrollo histórico, con los diversos ambientes geográficos, con las notorias diferencias de credo y dependencia de las varias escuelas marxistas, existen a nivel nacional e internacional muy distintos sistemas teóricos y movimientos prácticos que se agrupan bajo el nombre de marxismo. En lugar de discutir todo el cuerpo de los principios teóricos, de los puntos de vista analíticos, de los métodos de procedimiento, conocimiento histórico y normas de acción que Marx y los marxistas extrajeron en más de 80 años de la experiencia de las luchas de la clase proletaria y fundieron unitariamente en teoría y movimiento revolucionario, trataré por mi parte de identificar las actitudes, las proposiciones y las tendencias específicas que pueden ser adoptadas con ventaja hoy como guía de nuestro pensamiento y nuestra acción, aquí y ahora, en las condiciones imperantes en el año 1935 en Europa, en los Estados Unidos, en la China, en el Japón, en la India y en el nuevo mundo de la URSS.

De este modo, la pregunta “por qué soy marxista” se plantea en primer término para el proletariado, o más bien para las partes más vivas y avanzadas de la clase proletaria. También puede plantearse para sectores de la población que, como el estrato en decadencia de las clases medias, del grupo de reciente formación de los empleados, los campesinos y los agricultores, etc., no pertenecen ni a la clase capitalista dominante ni a la verdaderamente proletaria, pero que pueden asociarse al proletariado con el objetivo de una lucha común. La pregunta puede plantearse incluso para los sectores de la burguesía cuya vida está amenazada por el “capitalismo monopolista” o “fascismo”.

* De *Modern Quarterly*, IX, núm. 2, abril de 1935, pp. 88-95.

Ciertamente se plantea para los ideólogos burgueses (estudiosos, artistas, ingenieros, etc.) que bajo la presión del conjunto de la sociedad capitalista en declinación están orientándose individualmente hacia el proletariado.

Enunciaré ahora en forma concisa los que me parecen los puntos más esenciales del marxismo:

1. Todas las afirmaciones de principio del marxismo, incluso las aparentemente generales, son *específicas*.

2. El marxismo no es *positivo* sino *crítico*.

3. Su objeto no es la sociedad capitalista existente en su estado afirmativo, sino la sociedad capitalista en *declinación*, tal como se revela en las tendencias al derrumbe y a la ruina en forma demostrable.

4. Su finalidad principal no es el *placer contemplativo* del mundo existente, sino su transformación práctica (*praktische Umwälzung*).

I

Ninguna de estas características fundamentales del marxismo fue reconocida adecuadamente o aplicada por la mayoría de los marxistas. Repetidamente los llamados marxistas “ortodoxos” recayeron en el modo de pensar “abstracto” y “metafísico” que el propio Marx —después de Hegel— había repudiado del modo más claro, y que toda la revolución del pensamiento moderno de los últimos cien años ha rechazado en forma realmente decidida.

Recientemente un marxista inglés trató una vez más de “salvar” al marxismo de los ataques de Bernstein y otros, para quienes el curso de la historia moderna se iría apartando del esquema de desarrollo trazado por Marx, con la mísera escapatoria de que Marx habría tratado de descubrir “las leyes generales del cambio social no sólo a partir del análisis de la sociedad en el siglo XIX, sino también del estudio del desarrollo social a partir del comienzo de la sociedad humana” y es por lo tanto “*absolutamente posible*” que sus conclusiones “sean tan ciertas para el siglo XX así como lo fueron para el periodo por el que se llegó a él”.¹ Es evidente que una defensa de este tipo destruye el verdadero contenido de la teoría marxiana más drásticamente que cualquier ataque revisionista. Sin embargo, ésta ha sido la única respuesta dada en los últimos treinta años por la ortodoxia marxista tradicional a las acusaciones de los reformistas de que una u otra parte del marxismo había sido superada.

¹ A. L. Williams, *What is marxism?*, Londres, 1933, p. 27.

Por otros motivos existe en los ciudadanos del Estado soviético marxista la tendencia a olvidar el carácter específico del marxismo. Ellos acentúan la validez general y universal de las principales proposiciones marxistas para canonizar las doctrinas que están en la base de la actual constitución de su estado. Así, uno de los ideólogos menores del stalinismo actual, L. Rudas, intenta en nombre del marxismo poner en discusión el histórico progreso realizado por Marx al operar hace 90 años la inversión (*Umstülpung*) de la dialéctica hegeliana en su dialéctica materialista. Basándose en una cita de Lenin, que fue usada en un contexto completamente distinto, contra el materialismo mecanicista de Bujarin y que significa una cosa muy distinta de lo que afirma Rudas, éste transforma la contradicción histórica entre “fuerzas productivas” y “relaciones de producción” en un principio “metahistórico”, que pretende aplicar incluso al lejano futuro de la sociedad sin clases plenamente desarrollada. En la teoría de Marx se captan tres contradicciones fundamentales como aspectos de la unidad histórica concreta del movimiento revolucionario práctico. Son: en la *economía*, la contradicción entre “fuerzas productivas” y “relaciones de producción”; en la *historia*, la lucha entre las clases sociales; en el *pensamiento lógico*, la oposición entre tesis y antítesis. De estos tres aspectos, todos igualmente históricos, del principio revolucionario descubiertos por Marx en la naturaleza de la sociedad capitalista, Rudas, en su transfiguración metahistórica de la concepción totalmente histórica de Marx, deja de lado el término del medio: considera el *conflicto viviente de las clases en lucha* como mera “expresión” o resultado de una forma histórica transitoria de la contradicción esencial “más profunda” y conserva como único fundamento de la “dialéctica materialista” —convertida ahora en ley eterna del desarrollo cósmico— la oposición entre “fuerzas productivas” y “relaciones de producción”. Al hacerlo, llega a la absurda conclusión de que en la economía soviética actual la contradicción fundamental de la sociedad capitalista existe en forma “invertida”. En Rusia —escribe— las fuerzas de producción ya no se rebelan contra las relaciones de producción rígidas, sino que es en cambio el relativo atraso de las fuerzas de producción con respecto a las relaciones de producción ya alcanzadas lo que “impulsa a la Unión Soviética a un ritmo intenso de desarrollo sin precedentes”.²

² L. Rudas, *Dialectical materialism and communism*, Londres, 1934, pp. 28, 29. “Ni Marx, ni Engels, ni Lenin han dicho nunca que el proceso dialéctico opera en la sociedad con el antagonismo de las clases [...] *Los antagonismos de clase son una fuerza motriz en la sociedad de clases en cuanto y sólo en cuanto son la expresión, el resultado de la contradicción decisiva de la sociedad clasista* [...] una vez eliminada esa contradicción [...] sigue siendo una

Los representantes de las dos fracciones del marxismo ortodoxo alemán y ruso rechazaron unánimemente la tesis por mí propuesta en mi edición de *El capital*,³ según la cual todas las afirmaciones contenidas en esa obra, y especialmente la referente a la “acumulación primitiva” tal como se trata en el último capítulo del libro, representan sólo un esbozo histórico del ascenso y del desarrollo del capitalismo en Europa occidental y “más allá de eso sólo tienen valor del mismo modo que cualquier conocimiento plenamente empírico de forma natural e histórica sólo se aplica al caso particular considerado.” En realidad, esta afirmación mía sólo repite y acentúa un principio que el propio Marx había formulado explícitamente hace 50 años corrigiendo al sociólogo idealista ruso Mijailovski en su errada comprensión de *El capital*. Se trata, en realidad, de una implicación necesaria del principio fundamental de investigación empírica que hoy sólo niega algún obstinado metafísico. Cuán límpida, clara y definida, en comparación con el reflorcer de esta dialéctica seudofilosófica en las obras de marxistas “modernos” como Rudas, era la posición de aquellos viejos marxistas como Rosa Luxemburg y Franz Mehring que comprendieron que el principio de la dialéctica marxista, tal como se encarna en la economía marxiana, no significa otra cosa que la relación específica de todos los términos y proposiciones económicas con objetos *históricamente* determinados.

Todas las cuestiones encarnadamente discutidas en el campo del *materialismo histórico* —cuestiones que si se formularan en su forma general son irresolubles e incluso carentes de sentido como las famosas disputas escolásticas en torno a la precedencia del huevo o de la gallina— pierden su carácter misterioso y estéril si se expresan en forma concreta, histórica, específica. Engels, por ejemplo, en sus famosas cartas sobre el materialismo histórico, escritas después de la muerte de Marx, modificó de hecho la doctrina de Marx por exceso de respeto a la objeción de unilateralidad planteada por los críticos burgueses y presuntos marxistas contra la afirmación de Marx de que “la estructura económica de la sociedad forma la base real sobre la cual se elevan superestructuras jurídicas y políticas y

contradicción pero adopta otra forma. Así por ejemplo en la Unión Soviética las relaciones de producción socialista exigen un alto nivel de fuerzas productivas, un nivel más alto que el heredado del capitalismo. Ésta es una contradicción totalmente distinta, incluso contraria a la que existe en el capitalismo, *pero es una contradicción* [...] Una vez desarrolladas altamente las fuerzas productivas exigían el desarrollo de revoluciones sociales; en el futuro las relaciones sociales más altas darán lugar al desarrollo ulterior de las fuerzas productivas.”

³ [Korsch se refiere aquí a la “Introducción a *El capital*”, incluida en el presente volumen.]

a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social.” Engels imprudentemente admitió que a largo plazo pueden producirse “reacciones” [*Rückwirkungen*] entre la superestructura y la base, entre el desarrollo ideológico y el desarrollo económico y político. De este modo creó una confusión completamente inútil en los fundamentos del nuevo principio revolucionario. En efecto, *sin una exacta determinación cuantitativa* de “cuánta” acción y reacción tiene lugar y sin una *exacta indicación de las condiciones* en que se verifican una y otra, toda la teoría marxiana del desarrollo histórico de la sociedad, tal como lo interpreta Engels, se vuelve inútil hasta como hipótesis de trabajo. No ofrece la menor indicación de si la causa de un cambio en la vida social debe buscarse en la *acción* [*Wirkung*] de la base sobre la superestructura o en la reacción [*Rückwirkung*] de la superestructura sobre la base. La lógica de esta cuestión tampoco es afectada por estratagemas verbales como factores “primarios” y “secundarios” o por la clasificación de las causas en “próximas” o “medias” y “últimas”, o bien las que se revelan decisivas “en última instancia”. Todo el problema desaparece apenas en lugar de la cuestión general del efecto de la “economía como tal” sobre la “política como tal” o “el derecho, el arte y la cultura como tales” y viceversa hacemos una *descripción detallada* de las relaciones que existen entre fenómenos económicos determinados a un nivel histórico determinado de desarrollo y determinados fenómenos que aparecen simultáneamente o a continuación en cualquier otro campo del desarrollo político, jurídico e intelectual.

Éste es el modo como debe plantearse el problema según Marx. El esquema de una “introducción” general a su *Contribución a la crítica de la economía política*, publicada póstumamente, es una formulación clara y altamente significativa de todo el complejo problemático, pese a su carácter esquemático. La mayor parte de las objeciones formuladas más tarde contra su principio materialista son anticipadas y resueltas allí. Esto es particularmente cierto para el problema muy sutil de “la desigual relación del desarrollo de la producción material con el desarrollo artístico”, puesto en evidencia en el hecho notorio de que “ciertas épocas de florecimiento artístico no están en ninguna manera en relación con el desarrollo general de la sociedad, ni, por consiguiente, con la base material [...] de su organización”. Marx muestra el doble aspecto en que este desarrollo desigual adquiere una forma histórica definida: “la relación entre los distintos géneros artísticos en el ámbito del propio arte” y “la relación entre el dominio total del arte y el desarrollo general de la sociedad”. “La dificultad consiste tan sólo en formular

una concepción general de estas contradicciones. No bien son específicas, resultan esclarecidas.”

II

En forma tan dura como ocurrió con mi tesis sobre el carácter específico, histórico y concreto de toda proposición, ley y principio de la teoría marxiana, incluyendo los aparentemente universales, se contestó también mi segunda afirmación de que el marxismo es esencialmente *crítico*, y no *positivo*. *La teoría de Marx no constituye ni una filosofía materialista positiva ni una ciencia positiva*. Desde el principio al final es una *crítica* tanto teórica como práctica de la sociedad existente. Naturalmente es preciso entender el término “crítica” [*Kritik*] en ese sentido amplio y sin embargo preciso en que fue utilizado por todos los hegelianos de izquierda, incluyendo a Marx y Engels, en los prerrevolucionarios años cuarenta del siglo pasado. No debe ser confundido con la connotación que tiene el término actual *criticism*. “Crítica” no debe entenderse en un sentido meramente idealista, sino como crítica materialista. Implica, desde el punto de vista del *objeto*, una investigación empírica de todas sus relaciones y desarrollos, “realizada con la precisión de una ciencia natural”, y, desde el punto de vista del *sujeto*, un examen de cómo los deseos impotentes, las intenciones y las exigencias de sujetos individuales se desarrollan en un poder de clase históricamente eficaz que guía a la “práctica revolucionaria” [*praxis*]. Esta tendencia crítica, que desempeña un papel tan importante en todas las obras de Marx y de Engels hasta 1848, sigue viva en las fases posteriores del desarrollo de la teoría marxiana. La obra económica del periodo maduro está vinculada a los anteriores escritos filosóficos y sociológicos más estrechamente de lo que están dispuestos a admitir los marxistas ortodoxos. Esto es evidente en los títulos mismos de los libros de la madurez y de la juventud. La primera obra importante que los dos amigos escribieron juntos ya en 1846 para mostrar la oposición de sus ideas políticas y filosóficas al idealismo hegeliano de izquierda contemporánea, se titulaba *Crítica de la ideología alemana*. Y cuando en 1859 Marx publicó la primera parte de la vasta obra económica que tenía en proyecto la tituló *Crítica de la economía política*, casi como para destacar su carácter crítico. Este título se convirtió después en subtítulo de la obra principal: *El capital. Crítica de la economía política*. Los marxistas ortodoxos de la última hora olvidaron o negaron la preeminencia de la impostación crítica en el marxismo. En el mejor de los casos, esas tendencias críticas tenían para ellos un valor completamente extrínseco e irrelevante para el carácter “científico” de

las tesis de Marx, en particular en el campo que según su opinión era la ciencia fundamental del marxismo, la economía. Esta revisión halló su expresión más burda en el famoso *El capital financiero* del marxista austriaco Rudolf Hilferding, quien considera la teoría económica del marxismo como una simple fase del continuum ininterrumpido de las teorías económicas, completamente separada de los objetivos socialistas, y por lo tanto sin ninguna implicación para la práctica. Después de haber afirmado formalmente que la teoría tanto económica como política del marxismo “está libre de juicios de valor”, el autor subraya que

De ahí que sea falso, aunque sea una idea muy extendida *intra et extra muros*, identificar sin más el marxismo con el socialismo. Y esto porque, considerado únicamente como sistema científico, esto es, prescindiendo de sus efectos históricos, el marxismo no es más que una teoría de las leyes del devenir de la sociedad, que formula, en general, la concepción marxista de la historia, mientras que la economía marxista la aplica a la época de la producción de mercancías. El socialismo es la consecuencia de las tendencias que se imponen en la sociedad productora de mercancías. Pero el conocimiento de la exactitud del marxismo, que lleva ínsito el reconocimiento de la necesidad del socialismo, no implica en modo alguno la formulación de juicios de valor ni tampoco reglas de conducta práctica, toda vez que una cosa es reconocer una necesidad y otra muy distinta ponerse a su servicio. Es muy posible que alguien, convencido de la victoria final del socialismo, se ponga en cambio al servicio de la lucha contra el mismo.⁴

Es cierto que algunas teorías marxistas modernas han formulado críticas más o menos eficaces contra esta interpretación superficial y seudocientífica del marxismo ortodoxo. Mientras en Alemania el principio crítico, es decir revolucionario del marxismo era atacado abiertamente por revisionistas como Bernstein y defendido débilmente por “ortodoxos” como Kaustky y Hilferding, en Francia el movimiento, de breve duración, del “sindicalismo revolucionario”, tal como lo expresa Georges Sorel, trataba de revivir precisamente este aspecto del pensamiento de Marx como uno de los elementos fundamentales de una nueva teoría revolucionaria de la lucha de clase proletaria. Un paso más eficaz en la misma dirección lo dio Lenin, quien aplicó el principio revolucionario del marxismo a la praxis de la revolución rusa, y al mismo tiempo alcanzó un resultado no menos importante en el terreno teórico al renovar algunas de las enseñanzas más poderosamente revolucionarias de Marx.

⁴ R. Hilferding, *Das Finanzkapital*, Viena, 1909, pp. VII-IX. [*El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963, p. 11.]

Pero ni Sorel, el sindicalista, ni Lenin, el comunista, usaron toda la fuerza y el impacto de la "crítica" original marxista. La impostación irracionalista de Sorel, con la cual transformó en "mitos" algunas importantes doctrinas de Marx, llevó, a pesar de sus intenciones, a una especie de "debilitamiento" de éstas en su importancia práctica para la acción revolucionaria de clase proletaria y preparó ideológicamente el camino al fascismo de Mussolini. La división algo tosca de Lenin de las tesis filosóficas, económicas, etc., en "útiles" y "dañinas" para el proletariado (resultado de su preocupación demasiado exclusiva por los efectos inmediatos de su aceptación o repudio, con la consiguiente consideración demasiado escasa de sus posibles efectos futuros y últimos) llevó a ese endurecimiento de la teoría marxista, a esa definición y en parte a esa deformación del marxismo revolucionario que hace tan difícil para el actual marxismo soviético cualquier progreso fuera de su ámbito autoritario. En realidad, el proletariado revolucionario no puede en la lucha práctica desinteresarse de la diferencia entre las afirmaciones científicas *verdaderas* y las *falsas*. Exactamente como el capitalista, como hombre práctico, "sabe lo que debe hacer en sus negocios, aun cuando no siempre considera lo que dice fuera de sus negocios", como el técnico en la construcción de una máquina debe tener un conocimiento exacto de por lo menos algunas leyes físicas, así el proletariado debe poseer un conocimiento suficientemente verdadero de la economía, la política y otras materias objetivas para poder conducir la lucha de clases revolucionaria a un desenlace feliz. En este sentido y con estas limitaciones el principio crítico del marxismo materialista, revolucionario, implica un conocimiento riguroso, empíricamente verificable, caracterizado "por toda la precisión de una ciencia natural", de las leyes económicas del movimiento y desarrollo de la sociedad capitalista y de la lucha de clase proletaria.

III

La "teoría" marxista no apunta a obtener un conocimiento objetivo a partir de un interés independiente, teórico. La impulsan a adquirir este conocimiento las necesidades prácticas de la lucha, y sólo puede dejarlo de lado con el grave riesgo de fracasar en su objetivo, al precio de la derrota y del eclipse del movimiento proletario que representa. Precisamente porque la teoría marxista no pierde de vista su objetivo práctico, evita todo intento de resumir toda la experiencia en el esquema de una construcción monista del universo para

establecer un sistema unificado de conocimiento. La teoría marxista no está interesada en todo, ni del mismo modo en todos los objetos de su interés. Su única preocupación se dirige a las cosas que tienen importancia para sus objetivos, y estará interesada en algo y en cada uno de sus aspectos en la medida en que esa cosa particular o ese aspecto particular tenga relación con sus propósitos prácticos.

El marxismo, a pesar de su indiscutible reconocimiento de la prioridad [*Priorität*] genética de la naturaleza exterior con respecto a todos los acontecimientos históricos y humanos, se interesa principalmente sólo por los fenómenos y las interrelaciones de la vida histórica y social. Presta atención ante todo a lo que —en relación con las dimensiones del desarrollo cósmico— ocurre en un breve lapso y en cuyo desarrollo puede intervenir como fuerza práctica, influyente. El hecho de que esto sea ignorado por algunos marxistas ortodoxos de partido debe cargarse a la cuenta de sus obstinadas tentativas de pretender la misma superioridad que indudablemente posee la teoría marxista en el campo de la sociología, también para esas opiniones algo primitivas y atrasadas que aún hoy sostienen teóricos marxistas en el campo de las ciencias naturales. Por causa de estos inútiles abusos, la teoría marxiana está expuesta a ese notorio desprecio por su carácter “científico” incluso por parte de los científicos naturales contemporáneos que en general no son hostiles al socialismo. Últimamente, sin embargo, ha adquirido importancia una interpretación del verdadero concepto de la “síntesis de la ciencia” marxiana, menos “filosófica” y científicamente más avanzada entre los representantes más inteligentes y responsables de la contemporánea teoría marxista-leninista de la ciencia, cuyas expresiones se distinguen de las de Rudas y Cía., más o menos como las expresiones del gobierno soviético ruso se distinguen de las secciones no rusas de la Internacional Comunista. Así por ejemplo, el profesor V. Asmus ha señalado en un artículo programático que, junto a la “unidad objetiva y metodológica” de las ciencias históricas y naturales, existe también la “peculiaridad de las ciencias histórico-sociales que en principio no permite la identificación de sus problemas y métodos con los de las ciencias naturales.”⁵

En la esfera de la actividad histórico-social la investigación marxista se interesa principalmente sólo por el modo de producción particular que se halla en la base de la presente época de “formación económico-social” [*ökonomische Gesellschaftsformation*], o bien el sistema de producción de las mercancías como base de la moderna

⁵ “Marxism and the Synthesis of Sciences”, en *Socialist construction in the USSR*, publicado por Voks, vol. v, 1933, p. 11.

“sociedad burguesa” [*bürgerliche Gesellschaft*], entendido en el proceso de su desarrollo histórico efectivo.⁶ En su investigación de este sistema sociológico específico procede, por un lado, más profundamente que cualquier otra teoría sociológica en lo que se refiere a los fundamentos económicos. Por otra parte, sin embargo, no se ocupa de todos los aspectos económicos y sociológicos de la sociedad burguesa de modo idéntico. Presta particular atención a las fracturas, grietas, errores y desequilibrios de su estructura. Al marxismo no le interesa el funcionamiento “normal” de la sociedad burguesa, sino más bien lo que aparece como condición realmente normal de este particular sistema social, es decir la *crisis*. La crítica marxiana de la economía burguesa y del sistema basado en ella culmina en un análisis crítico de su “situación de crisis” [*Krisenhaftigkeit*], es decir de la tendencia constantemente creciente del modo de producción capitalista a asumir todas las características de la crisis en acto aun en los periodos de expansión y recuperación, en sustancia en todas las fases del ciclo de la sociedad moderna, cuyo punto culminante es la crisis universal. Una sorprendente ceguera frente a esta orientación de fondo de la economía marxista, que sin embargo se halla presente de modo tan claro por todas partes en las obras de Marx, ha inducido recientemente a algunos marxistas ingleses a descubrir una “laguna de cierta importancia” en Marx, por el hecho de que habría descuidado establecer la necesidad económica de la superación de las crisis después de haber demostrado la necesidad de su surgimiento.⁷

Incluso en los ámbitos no económicos de la superestructura política y de la ideología general de la sociedad moderna, la teoría marxiana se ocupa sobre todo de fracturas y grietas observables, los puntos de ruptura que muestran al proletariado revolucionario los lugares cruciales de la estructura social en que su actividad práctica puede ser aplicada de la mejor manera.

Hoy día, todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad maravillosa de acortar y hacer más fructífero el trabajo humano, provocan el hambre y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten, por arte de un extraño maleficio, en fuentes de privaciones. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de

⁶ En sus últimas fases se consideran también ciertos fenómenos sociales de la sociedad primitiva para poder trazar analogías entre el comunismo primitivo [*Urkommunismus*] y la sociedad sin clases de un remoto futuro.

⁷ Cf. R. W. Postgate, *Karl Marx*, Londres, 1933, p. 79, y las citas *apud* G. D. H. Cole, *Guide through world chaos*, Londres, 1932.

su propia infamia. Hasta la pura luz de la ciencia parece no poder brillar más que sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que reducen la vida humana al nivel de una fuerza material bruta. Este antagonismo entre la industria moderna y la ciencia, por un lado, y la miseria y la decadencia, por otro; este antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra época es un hecho palpable, abrumador e incontrovertible. Unos partidos pueden lamentar este hecho; otros pueden querer deshacerse de los progresos modernos de la técnica con tal de verse libres de los conflictos actuales; otros más pueden imaginar que ese notable progreso industrial debe complementarse con una regresión política igualmente notable.⁸

IV

Los caracteres específicos del marxismo, tal como se han expuesto hasta ahora, junto al principio práctico implícito que compromete a los marxistas a *subordinar todo conocimiento teórico a la finalidad de la acción revolucionaria*, constituyen los rasgos fundamentales del *materialismo dialéctico marxiano* gracias a los cuales se distingue de la dialéctica idealista de Hegel. La dialéctica de Hegel, el filósofo burgués de la restauración, elaborada por él hasta en sus menores detalles como instrumento de justificación del orden social existente con una moderada concesión de un posible progreso “razonable” fue *materia- listamente transformada* por Marx luego de un cuidadoso análisis crítico en una teoría *revolucionaria no sólo en el contenido sino también en el método*. La dialéctica transformada y aplicada por Marx demostró que el carácter “razonable” de la realidad existente afirmado por Hegel sobre bases idealistas poseía solamente una racionalidad transitoria que, en el curso de su desarrollo, resultaba necesariamente “no razonable”. Ese estado irracional de la sociedad será en su momento destruido completamente por la nueva clase proletaria que, haciendo suya la teoría y usándola como arma de su “práctica revolucionaria”, ataca la raíz de la “no-razón capitalista”.

A causa de esta transformación fundamental de sus caracteres y aplicación, la dialéctica marxiana que —como justamente señala Marx— en su forma “mistificada” hegeliana se había puesto de moda dentro de los filósofos burgueses, pasó a ser “escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección

⁸ De un discurso de Karl Marx pronunciado en el cuarto aniversario del cartista *Deople's Paper*, el 14 de abril de 1856 y publicado el 16 de abril. [K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, ed. Progreso, 1976, t. I, p. 514].

positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina, porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero; porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria”.⁹

Como todos los particulares aspectos críticos, activistas y revolucionarios del marxismo han sido descuidados por la mayoría de los marxistas, lo mismo ha sucedido con el carácter general de la *dialéctica materialista* de Marx. Hasta los mejores de ellos sólo parcialmente han aceptado la vigencia de su principio crítico y revolucionario. Ante la universalidad y la profundidad de la crisis mundial actual y la creciente y cada vez más aguda de la clase proletaria, que supera en intensidad y en extensión a todos los conflictos de la anterior fase del desarrollo capitalista, es nuestro deber dar a la teoría revolucionaria marxista forma y expresión adecuadas y ampliar y actualizar con ello la lucha revolucionaria proletaria.

⁹ Karl Marx, “Epílogo a la segunda edición”, en *El capital, cit.*, 1/1, p. 20.

EL MARXISMO Y LAS TAREAS ACTUALES DE LA LUCHA DE CLASES PROLETARIA*

Dejad que los muertos entierren a sus muertos. La revolución proletaria deberá al final llegar a su propio cumplimiento.

MARX

De Karl Marx puede decirse lo que Geoffrey Saint-Hilaire dijo de Darwin: su destino y su gloria fue el haber tenido sólo precursores antes que él y sólo discípulos después de él. Naturalmente, a su lado por toda la vida estuvo un amigo y genial colaborador, Friedrich Engels. En la generación siguiente se tuvieron los exponentes-tipo de las corrientes “revisionista” y “ortodoxa” del partido marxista alemán, Bernstein y Kautsky, y, junto a estos seudosabios, verdaderos estudiosos del marxismo como el italiano Antonio Labriola, el francés Georges Sorel y el filósofo ruso Plejánov. En una fase sucesiva pareció haber una restauración aparentemente completa de los elementos revolucionarios del pensamiento marxista, por mucho tiempo olvidados, por obra de Rosa Luxemburg en Alemania y Lenin en Rusia.

En el mismo periodo el marxismo fue abrazado por millones de obreros en todo el mundo como guía para su acción práctica. Hubo una impresionante secuela de organizaciones: desde la secreta Liga de los comunistas de 1848 y la Asociación obrera internacional de 1864 hasta la creación de los potentes partidos socialdemócratas a escala nacional en todos los países europeos importantes y la coordinación de sus escasas actividades internacionales en la llamada Segunda internacional del periodo precedente a la primera guerra mundial. Después de su caída, ha intentado su propia resurrección en forma de un Partido comunista militante a escala mundial.

Sin embargo, en todo este periodo no hubo un crecimiento interno correspondiente de la propia teoría marxista más allá de las poderosas ideas presentes en el primer esquema de la nueva ciencia revolucionaria que había elaborado Marx.

Muy pocos marxistas hasta el final del siglo XIX hallaron algo errado en este estado de las cosas. Aun cuando los primeros ataques de

* “Marxism and the present task of the proletarian class struggle”, en *Living Marxism*, 1938, vol. 3, núm. 4, pp. 115-119.

los llamados “revisionistas” provocaron lo que un sociólogo burgués radical —más tarde primer presidente de la República checoslovaca— Th. G. Masaryk llamó una “crisis del marxismo” científica y filosófica, los marxistas consideraban la situación existente en su campo como una simple batalla entre la fe marxista “ortodoxa” y una conjurable “herejía”. El carácter ideológico de esta identificación total de una doctrina ya establecida con la lucha revolucionaria de la clase obrera se ha reforzado ulteriormente con el hecho de que los representantes principales de la ortodoxia marxista de ese tiempo —comprendidos Kaustky en Alemania y Lenin en Rusia— negaban tenazmente la propia posibilidad de que una verdadera conciencia revolucionaria pudiera tener origen en los mismos obreros. Según ellos, las finalidades políticas revolucionarias debían ser introducidas en la lucha de clases económica “desde el exterior”, es decir a través de los esfuerzos teóricos de pensadores burgueses radicales “dotados de toda la cultura de su tiempo” como lo eran Lassalle, Marx y Engels. Así, la identidad de una doctrina de extracción burguesa con todas las verdaderas luchas revolucionarias presentes y futuras de la clase proletaria asumía el carácter de un verdadero milagro. Aun aquellos marxistas más radicales que más se acercaron al reconocimiento de un desarrollo espontáneo de la lucha de clases proletaria más allá de los fines restringidos perseguidos por las burocracias dirigidas de los partidos socialdemócratas y de los sindicatos existentes, nunca se cuidaron de negar esta armonía preestablecida entre la doctrina marxista y el movimiento proletario efectivo. Como dijo Rosa Luxemburg en 1903 y el bolchevique Riazánov repitió en 1928: “cada nuevo y más alto nivel de la lucha de clases proletaria puede pretender del inagotable arsenal de la teoría marxista cada nueva arma requerida por el nuevo nivel de lucha para la emancipación de la clase obrera”.

Está fuera de las intenciones de este artículo discutir los aspectos más generales de esta particular teoría de los marxistas sobre el origen y el desarrollo de su teoría revolucionaria —una teoría que, en resumidas cuentas, consiste en una negación de la posibilidad de una cultura de clases proletaria autónoma. La recordamos en este contexto sólo como una de las muchas contradicciones que debieron digerir aquellos que, en estridente contraste con el principio crítico y materialista de Marx, trataron al “marxismo” como a una doctrina sustancialmente completa y ahora inmodificable.

Una ulterior dificultad de esta actitud casi religiosa hacia el marxismo nace del hecho de que la teoría de Marx nunca fue aceptada como un todo por ningún grupo o partido socialista. El marxismo “ortodoxo” nunca fue más que una actitud formal, con la cual el

grupo dirigente del Partido socialdemócrata alemán en el periodo que precedió a la primera guerra mundial se ocultó a sí mismo el deterioro continuo de su propia práctica, en un tiempo revolucionaria. Fue sólo esta diferencia de método la que dividió a la forma disfrazada de "ortodoxa" de aquella aparentemente revisionista que adaptaba la doctrina marxista tradicional a las nuevas "necesidades" del movimiento obrero, provenientes de las cambiadas condiciones del nuevo periodo histórico.

Cuando en medio de la tormenta y de las tensiones de la lucha revolucionaria de 1917, en previsión de una "revolución proletaria internacional claramente madura", Lenin se propuso la tarea de reafirmar la *teoría marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*, se contentó solamente con una mera defensa ideológica de una interpretación que se presumía ortodoxa de la verdadera teoría de Marx. Partió de la premisa de que el marxismo revolucionario había sido completamente destruido y abandonado ya sea por la minoría oportunista como por la mayoría explícitamente social-chovinista de todos los partidos "marxistas" y sindicatos de la tardía Segunda internacional. Él declaró abiertamente que *el marxismo había muerto y proclamó una "restauración" integral del marxismo revolucionario*.

No hay duda de que el "marxismo revolucionario" tal como ha sido restaurado por Lenin ha conducido a la clase proletaria a su primera victoria histórica. Este hecho debe ser destacado no solamente contra los detractores seudomarxistas del comunismo "bárbaro" de los bolcheviques, sino también contra el socialismo "refinado" y "culto" de Occidente. Debe ser destacado también contra los actuales beneficiarios de la victoria revolucionaria de los trabajadores rusos que han pasado gradualmente del marxismo revolucionario de los primeros años a un credo no ya comunista, sino meramente "socialista" y democrático, llamado estalinismo. Al mismo tiempo, a escala internacional, una mera coalición "antifascista" de los frentes únicos, frentes populares y frentes nacionales ha sustituido gradualmente a la lucha de clases revolucionaria dirigida por el proletariado contra todo el régimen político y económico de la burguesía tanto en los Estados "democráticos" como en aquellos fascistas, tanto en aquellos filorrusos como en aquellos antirrusos.

Frente a estos desarrollos sucesivos de la obra de Lenin, ya no es posible permanecer pegados a la idea de que los viejos principios revolucionarios restaurados del marxismo, los cuales habían sido sostenidos por Lenin y Trotski durante la guerra y en el periodo inmediatamente siguiente, hayan llevado a un auténtico renacimiento del movimiento proletario revolucionario que en el pasado había sido

asociado al nombre de Marx. A decir verdad, por un cierto periodo limitado pareció que el verdadero espíritu del marxismo revolucionario se había trasladado a Oriente. Las estridentes contradicciones que pronto aparecieron en la política del partido revolucionario en el poder en Rusia, tanto en el campo económico como en el político, fueron consideradas como simple resultado de la triste situación por la cual la “revolución proletaria internacional”, firmemente aguardada por Lenin y Trotski, no había madurado. A la luz de los hechos sucesivos sin embargo no hay duda de que en última instancia el marxismo soviético como teoría y práctica se ha dividido del destino de aquel marxismo “ortodoxo” de Occidente, del cual había nacido y del cual se había dividido sólo en las condiciones extraordinarias de la guerra y de la siguiente explosión revolucionaria en Rusia. Y cuando, por fin, en 1933 con la indudable victoria del nacionalsocialismo en el centro tradicional del socialismo revolucionario internacional, se hizo claro que “el marxismo no había mantenido lo que había prometido”, aquel juicio se adaptaba tanto a la iglesia oriental comunista como a aquella occidental socialdemócrata; las dos fracciones separadas estaban unidas por último en la derrota común.

Para hacer comprensible el significado verdadero y las amplias repercusiones de esta importantísima lección de la historia reciente del marxismo, debemos hacer remontar el doble carácter de la “dictadura revolucionaria de la clase proletaria”, vuelto extremadamente evidente en los recientes advenimientos tanto en la Rusia estalinista como a escala mundial, a una duplicidad originaria que aparece en los diferentes aspectos de la propia obra de Marx como *teórico proletario y líder político* en el movimiento revolucionario de su tiempo.

Por una parte, ya en 1843 él estaba en estrecho contacto con las manifestaciones más avanzadas del socialismo y comunismo francés. Con Engels fundó el Deutscher Arbeiterbildungsverein en Bruselas en 1847 y emprendió la creación de una organización internacional de comités de asociación proletaria. Poco después, ambos se unieron a la primera organización internacional del proletariado militante, el Bund der Kommunisten, a pedido de la cual redactaron el famoso *Manifiesto* que proclamaba al proletariado como “única clase revolucionaria”. Por otra parte Marx, como editor de la *Neue Rheinische Zeitung* durante la efectiva explosión revolucionaria de 1848, expresó preponderantemente las demandas más radicales de la democracia burguesa. Se esforzó por mantener un frente unido entre el movimiento revolucionario burgués en Alemania y las formas más avanzadas de lucha por objetivos directamente socialistas, que ya entonces estaban

actuando en los países industriales más avanzados de Occidente. Escribió su más brillante y poderoso artículo en defensa del proletariado parisino luego de su aplastante derrota en junio de 1848. Pero sólo llevó adelante en su periódico las demandas específicas del proletariado alemán hasta pocas semanas de su supresión definitiva por obra de la contrarrevolución victoriosa de 1849. También entonces definió la situación obrera en una manera de todas formas abstracta, reimprimiendo en las columnas de la *Neue Rheinische Zeitung* las conferencias económicas sobre *Trabajo asalariado y capital* que había dicho dos años antes en el Arbeiterverein de Bruselas. Análogamente, en sus colaboraciones de los años cincuenta y sesenta en la *New York Tribune* de Horace Greeley, en la *New American Cyclopaedia* supervisada por George Ripley y Charles Dana, en publicaciones cartistas en Inglaterra y en periódicos alemanes y austriacos, Marx se reveló principalmente como portavoz de las políticas democráticas radicales que —esperaba él— hubiesen dirigido al fin una guerra del Occidente democrático contra la reaccionaria Rusia zarista.

Una explicación de este aparente dualismo se encuentra en el *modelo jacobino* de la doctrina revolucionaria que Marx y Engels habían adoptado antes de la revolución de febrero de 1848 y a la que permanecieron fieles, en conjunto, aun después que el éxito de aquella revolución hizo naufragar sus precedentes esperanzas entusiastas. Aunque se dieron cuenta de la necesidad de tácticas adaptables a condiciones históricas cambiadas, su teoría de la revolución —aun en su forma materialista última y más avanzada— mantuvo el carácter peculiar de un periodo transitorio durante el cual la clase proletaria estaba todavía obligada a llevar adelante su propia emancipación pasando a través del estadio intermedio de una revolución de carácter preponderantemente político.

Es cierto que los resultados políticos revolucionarios de la guerra económica dirigida por las Trade Union y de las otras formas de sostén de los intereses inmediatos y específicos de los trabajadores fueron siempre más importantes para Marx en sus últimos años, como lo demuestran su papel dirigente en la organización y dirección de la International Working Men's Association en los años sesenta y sus contribuciones a los programas y a las tácticas de los diversos partidos nacionales en los años setenta. Pero también es cierto, como se ve claramente por las decenas de batallas dirigidas en la Internacional contra los seguidores de Proudhon y Bakunin, que Marx y Engels no abandonaron nunca realmente sus primeras convicciones sobre la importancia decisiva de la política como la única forma consciente y plenamente desarrollada de la acción de clase revolucionaria. Hay sólo una diferencia de lenguaje entre la cauta decla-

ración de la “acción política” como medio subordinado al fin último de la “emancipación económica de la clase obrera” contenida en las Normas de la AIT de 1864 y la abierta proclamación en el *Manifiesto* de 1848 de que “toda lucha de clases es lucha política” y de que “la organización de los proletarios en clase” presupone su “organización en un partido político”. Así Marx, desde el principio hasta el final, definió su concepto de clase en términos últimamente políticos y en los hechos, si no en las palabras subordinó las múltiples actividades realizadas por las masas en su cotidiana lucha de clases a las actividades realizadas en su interés por sus líderes políticos.

Esto aparece todavía más claramente en aquellas raras y extraordinarias situaciones en las cuales Marx y Engels en sus últimos años fueron nuevamente llamados para evaluar con tentativas concretas una revolución europea. Véase la reacción de Marx en la Comuna revolucionaria de los obreros parisinos de 1871. Véase también la actitud positiva, aparentemente incoherente, de Marx y Engels hacia las tentativas absolutamente idealistas de la revolucionaria Narodnaia Volia de provocar con la acción terrorista la explosión de una “revolución política y por lo tanto también social” en las atrasadas condiciones de la Rusia zarista de los años setenta y ochenta. Como he mostrado en detalle en un precedente artículo (*Living Marxism*, marzo de 1938), Marx y Engels no sólo estaban dispuestos a considerar la próxima explosión revolucionaria en Rusia como una señal para una revolución europea general de tipo jacobino por la cual (como dijo Engels a Vera Zasúlich en 1883) “si llega el 1789, seguirá también el 1793”. Saludaron efectivamente la revolución rusa y paneuropea como una revolución obrera y punto de arranque de un desarrollo comunista.

No tiene sentido por lo tanto la objeción levantada por los mencheviques y por otras escuelas del tipo tradicional occidental de la ortodoxia marxista, según la cual el marxismo de Lenin era de hecho sólo el retorno a una forma juvenil del marxismo de Marx, más tarde superada por una forma más madura y materialista. Es absolutamente cierto que justamente la semejanza entre la condición histórica predominante en Rusia a principios del siglo xx y las condiciones prevalecientes en Alemania, Austria, etc., en vísperas de la revolución europea de 1848 explica el hecho de otra manera inexplicable de que la fase más reciente del movimiento de nuestro tiempo haya podido ser representada en la forma paradójal de un retorno ideológico al pasado. Sin embargo, como hemos demostrado más arriba, el marxismo revolucionario tal como ha sido “restaurado” por Lenin estaba en su contenido puramente teórico mucho más de acuerdo con el verdadero espíritu de todas las fases históricas de la

doctrina marxista que aquel marxismo socialdemócrata del periodo precedente que, después de todo, a pesar de su "ortodoxia" proclamada a viva voz, había sido sólo una forma mutilada y disfrazada de la teoría marxista, que banalizaba su real contenido y deterioraba su vigor revolucionario. Es por esta razón que el experimento de Lenin de la "restauración" del marxismo revolucionario confirmó de la manera más convincente la absoluta futilidad de cualquier tentativa de deducir la teoría de la acción revolucionaria no de sus propios contenidos sino de cualquier "mito". Ha demostrado sobre todo la perversión ideológica de la idea de sustituir las deficiencias de la acción presente con un imaginario retorno a un pasado suavizado. Mientras semejante renacimiento de una ideología ya muerta puede ser de ayuda quizá por un cierto periodo, como lo ha demostrado la revolución rusa, para ocultar a los artífices del Octubre revolucionario los límites históricos de sus esfuerzos heroicos, esto terminará necesariamente no ya por reencontrar el espíritu de aquel primer movimiento revolucionario, sino por hacer que su fantasma todavía siga viviendo. Ha tenido como hoy una nueva forma marxista revolucionaria de represión y explotación de la clase proletaria en la Rusia soviética y una forma igualmente nueva y "marxista revolucionaria" de aplastar los auténticos movimientos revolucionarios en España y en todo el mundo.

Todo esto demuestra claramente que el marxismo hoy podría ser "restaurado" en su forma original sólo transformándolo en una mera ideología que sirva a un fin completamente distinto y a toda una gama de fines políticos cambiantes. En este preciso momento sirve como defensa ideológica para el entierro del papel antes dominante del partido en el poder y para el ulterior refuerzo del *liderazgo* personal casi fascista de Stalin y de sus agencias adaptables a todo. Al mismo tiempo, sobre la escena internacional, la llamada política "antifascista" de la Comintern "marxista" ha venido a jugar en las actuales batallas entre las variadas alianzas de las potencias capitalistas exactamente el mismo papel de su antagonista, la política internacional "anticomunista" y "antimarxista" de los regímenes de Hitler, Mussolini y de los señores de la guerra japonesa.

Está claro que todas las críticas alzadas arriba contemplan sólo las tentativas ideológicas de los últimos cincuenta años, llevadas a cabo para "preservar" o "restaurar" para fines inmediatos una "doctrina marxista revolucionaria" completamente suavizada. Nada en este artículo está dirigido contra los resultados científicos alcanzados por Marx y Engels y por algunos de sus seguidores en diversos campos de la investigación social, que de muchos modos valen todavía hoy. Sobre todo nada en este artículo está dirigido contra aquello que en

un sentido muy extenso puede ser llamado el movimiento marxista, es decir revolucionario autónomo de la clase obrera internacional. En la investigación de lo que está vivo y puede ser revitalizado en el mortal estado actual del movimiento obrero revolucionario, parecen haber buenos motivos para un "retorno" a aquella apertura práctica y no meramente ideológica, con la cual la primera Asociación obrera internacional marxista (al mismo tiempo proudhonista, blanquista, bakuninista, tradeunionista, etc.) recibió en sus filas a todos los trabajadores que adherían al principio de una lucha de clases proletaria autónoma. Como había sido enunciado en la primera de sus tesis de estatutos, redactadas por Marx: "la emancipación de la clase obrera debe ser conquistada por la propia clase obrera".

LA FILOSOFÍA DE LENIN

[A PROPÓSITO DE LA RECIENTE CRÍTICA HECHA POR J. HARPER
(PANNEKOEK) DEL LIBRO DE LENIN MATERIALISMO Y EMPI-
RIOCRITICISMO.]

LENIN A LA CONQUISTA DEL OESTE

¡Qué notable diferencia entre la impresión que suscitaban en los revolucionarios de Europa occidental los breves folletos de Lenin y Trotski, traducidos e impresos a toda prisa en el último periodo de la guerra o en la inmediata posguerra, y el efecto, tanto en Europa como en Estados Unidos, de las primeras versiones de la obra filosófica de Lenin *Materialismo y empiriocriticismo*, publicado en ruso en 1908 y tardíamente (1927) en otras lenguas!

Los primeros, por ejemplo *El Estado y la revolución (La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución)* o *Las tareas inmediatas del poder soviético* eran estudiadas ávidamente por los revolucionarios europeos. Veían en ellos los primeros testimonios dignos de fe sobre una revolución proletaria victoriosa y, al mismo tiempo, guías prácticas para los inminentes levantamientos revolucionarios en que participarían. Esas obras eran simultáneamente ignoradas, falsificadas, calumniadas, despreciadas y también terriblemente temidas por la burguesía y sus partidarios en el campo marxista, es decir, los reformistas y los centristas a lo Kautsky.

Cuando apareció fuera de Rusia la obra de Lenin, el escenario había cambiado bastante. Lenin había muerto. La Rusia de los soviets se había transformado progresivamente en un nuevo Estado que participaba en la competencia y en la lucha entre los diversos “bloques” de potencias formados en una Europa aparentemente ya recuperada de la guerra y de una crisis económica profunda pero pasajera. El marxismo había dejado lugar al leninismo, y más tarde al estalinismo; a este último ya no se lo consideraba sobre todo una teoría de la lucha de clases proletaria, sino la filosofía dominante de un Estado, diferente sin duda, pero no tanto, de esas otras filosofías de Estado que son el fascismo italiano o la democracia norteamericana. Aun los últimos vestigios de la “agitación” proletaria habían desaparecido con el aplastamiento de la huelga general en Inglaterra y de la de los mineros en 1926, y con el fin sangriento

del primer periodo de la revolución china, a la que se califica de "comunista". La *intelligentsia* europea estaba pues madura para acoger, con los primeros escritos filosóficos de Marx (hasta ayer desconocidos y hoy lujosamente editados por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú), las revelaciones filosóficas igualmente "agudas" del gran discípulo ruso que, después de todo, acababa de derribar el imperio zarista y había sabido mantener hasta su muerte una dictadura incuestionada.

Pero las capas del proletariado europeo occidental de las que habían salido esos primeros lectores, los más serios y perseverantes, de los folletos revolucionarios de Lenin escritos entre 1917 y 1920, parecían haber desaparecido. El primer plano de la escena lo ocupaban esos advenedizos y acomodaticios estalinistas, único componente estable de los partidos comunistas no rusos de hoy, o también, como lo muestra de manera típica la reciente evolución del partido comunista inglés, miembros progresistas de la misma clase dominante o partidarios de esa clase reclutados naturalmente en las capas más cultivadas y acomodadas de la vieja y de la nueva *intelligentsia*, y que terminaron prácticamente por remplazar, en el seno del partido, a los elementos proletarios de antes. El comunismo proletario sólo parece sobrevivir gracias a pensadores aislados o en pequeños grupos, como los comunistas de consejos holandeses, de donde proviene justamente el opúsculo de Harper.

Se hubiera podido creer que el libro de Lenin, cuando estuvo a disposición del público de Europa occidental y de América con el fin manifiesto de difundir esos principios filosóficos que están en la base del Estado ruso actual y del partido comunista allí reinante, habría recibido en todas partes una cálida acogida. Pero no fue así. Sin ninguna duda, la filosofía de Lenin, tal como surge de su libro, es infinitamente superior, incluso en un plano puramente teórico, a ese amasijo de elementos caídos de sistemas filosófico-sociológicos contrarrevolucionarios y anticuados con el que Mussolini, apoyado por un ex filósofo hegeliano, Gentile y algunos otros intelectuales, pretendió hacer una filosofía "fascista". Es incomparablemente superior a esa enorme masa de lugares comunes y estúpida chapucería que nos destila la obra "teórica" de Adolf Hitler como *Weltanschauung* político-filosófica. De modo que quienes hayan logrado descubrir alguna novedad o alguna profundidad en las ideas de Mussolini, y llegan a encontrar sentido a las vulgaridades del Führer, no deberían tener ninguna dificultad en deglutir ese fárrago de contrasentido, incompreensión y atraso en general que arruina el valor teórico del ensayo filosófico de Lenin. Pero las pocas personas que, hoy día, conozcan las obras de los filósofos y científicos a los que se refiere Lenin,

y estén al corriente de los desarrollos de la ciencia moderna, hubieran podido extraer de este libro en 1908 —para expresarnos en un estilo caro a Lenin— la “perla” de un pensamiento revolucionario consecuente “aun en la ganga” de una aceptación sin reservas de conceptos “materialistas” caducos, que datan de una época histórica superada, y de una interpretación abusiva y asimismo poco justificada de las tentativas más auténticas de los sabios modernos para desarrollar la teoría materialista. Sea como fuere, la reacción de la *intelligentsia* burguesa progresista frente a esta propagación tardía de la filosofía materialista de Lenin tiene que haber decepcionado un poco a los rusos, que en muchas ocasiones demostraron que no eran insensibles a los elogios recibidos por sus ejercicios favoritos en el campo de la teoría, aun cuando esos elogios provinieran de esos círculos “profanos” (desde el punto de vista del marxismo) que son los medios científicos y filosóficos de Europa occidental y de América. No hubo hostilidad abierta, sino indiferencia. Y, más fastidioso todavía: en aquellos de quienes más se deseaba los aplausos, una especie de amable incomodidad.

Ese desagradable silencio ni siquiera fue perturbado, al menos durante mucho tiempo, por uno de esos ataques vigorosos que la minoría marxista revolucionaria dirigía violentamente contra Lenin y sus discípulos, cuando éstos pretendían transformar los principios políticos y tácticos, aplicados con éxito por los bolcheviques en la revolución rusa, en reglas universalmente válidas para la revolución proletaria mundial. Los últimos representantes de esta tendencia demoraron bastante en desencadenar un ataque de envergadura contra una tentativa análoga, la de extender a escala mundial los principios filosóficos de Lenin, promovidos a la categoría de única doctrina filosófica verdadera del marxismo revolucionario. En la actualidad, treinta años después de sus primeras traducciones al alemán y al inglés, aparece finalmente el primer examen crítico de esa contribución de Lenin y la filosofía materialista marxista, examen que proviene de alguien que, sin ninguna duda y por muchas razones, está en mejores condiciones para esa tarea que cualquier otro marxista contemporáneo.¹ Pero no hay muchas esperanzas de que esta primera e importante crítica de la filosofía de Lenin pueda llegar aunque sólo fuera a esa ínfima minoría de marxistas revolucionarios a la que especialmente está destinada. La crítica está firmada con un seudónimo casi impenetrable y, signo muy característico, se publicó en forma mimeografiada.

¹ Alusión a las actividades científicas en Anton Pannekoek, que era un astrónomo de reputación mundial. [E.]

Así, pues, transcurrió un largo periodo hasta que los dos campos de esta lucha mundial, que opone a los marxistas radicales de occidente a los bolcheviques rusos, descubrieron que sus oposiciones políticas, tácticas y organizativas provenían en última instancia de principios más profundos no tenidos en cuenta hasta ahora en el ardor del combate. Esas oposiciones no podían clarificarse sin un retorno a esos principios filosóficos fundamentales. También en este caso parece aplicable la frase del viejo Hegel: “el búho de Minerva sólo levanta el vuelo en el crepúsculo”. Esto no significa que este último “periodo filosófico” del movimiento social que se desarrolla en una época determinada sea al mismo tiempo el más elevado e importante. La lucha filosófica de las ideas, desde el punto de vista proletario, no es la base sino simplemente una forma ideológica transitoria de la lucha de clases revolucionaria que determina el desarrollo histórico de nuestro tiempo.

LENINISMO CONTRA MACHISMO

Es imposible discutir en un solo artículo los numerosos e importantísimos resultados que contiene esta obra magistral de Harper. Después de una breve y luminosa exposición del desarrollo histórico del marxismo desde la época de Marx, y del materialismo burgués de los comienzos, Harper expone de manera irreprochable el verdadero contenido teórico de la obra de Joseph Dietzgen y, por otro lado, de los sabios burgueses Mach y Avenarius, todos los cuales trataron de superar a sus antecesores completando su representación materialista del mundo objetivo con una representación igualmente materialista del proceso mismo del conocimiento. Harper muestra concluyentemente las increíbles distorsiones a que Lenin sometió las teorías de los dos últimos autores, en una exposición completamente parcial. Por otro lado, el autor de estas líneas no cree que exista un resumen tan magistral del contenido científico esencial de la obra de Mach y Avenarius como el que ocupa las veinte páginas dedicadas a estos sabios en el folleto en cuestión. Tampoco existe una refutación tan pertinente y eficaz de los errores teóricos cometidos por Lenin y sus discípulos cuando critican ingenuamente las definiciones modernas de conceptos como “materia”, “energía”, “leyes de la naturaleza”, “necesidad”, “espacio”, “tiempo”, etc., desde el punto de vista del “sentido común”. Este supuesto sentido común en realidad sólo es frecuentemente un refrito de teorías físicas anticuadas y, según Engels, el “peor de los metafísicos”.

Pero éste no es más que un aspecto de esta crítica de las ideas de Lenin y tal vez el más importante. La principal debilidad del ataque de Lenin contra el machismo no es esa mala fe general, esos flagrantes contrasentidos, esa incomprensión de la tentativa esencialmente materialista subyacente a la filosofía neopositivista, esa ignorancia de los reales éxitos obtenidos desde la época de Marx y Engels en el ámbito de la física moderna. La principal debilidad de la crítica "materialista" que hace Lenin de lo que llama una tendencia idealista (solipsista, mística y finalmente enteramente religiosa y reaccionaria) que se disimularía tras las teorías seudomaterialistas científicas de Mach y sus discípulos, reside esencialmente en su propia incapacidad para superar los límites intrínsecos del materialismo burgués. Por más que hable de la superioridad del materialismo marxista "moderno" sobre el método filosófico abstracto y fundamentalmente naturalista de los primeros materialistas burgueses, en definitiva sólo ve una diferencia de grado y no de carácter entre los dos materialismos. A lo sumo describe el "materialismo moderno" creado por Marx y Engels como un "materialismo incomparablemente más rico en contenido y más sólidamente fundado que todos los materialismos precedentes". Nunca ve la diferencia entre el "materialismo histórico" de Marx y las formas "de materialismo precedentes" como una oposición infranqueable originada en un real conflicto de clases. Más bien la concibe como una expresión más o menos radical de un movimiento revolucionario continuo. Por eso la crítica "materialista" que Lenin hace de Mach y los machistas es insostenible, como muestra Harper, incluso en el ámbito puramente teórico, porque Lenin atacaba los más recientes esfuerzos del materialismo naturalista burgués no desde la perspectiva del materialismo histórico, ligada a la clase proletaria completamente desarrollada, sino desde la de un periodo anterior del materialismo burgués, periodo de desarrollo científico inferior.

Esta apreciación de la filosofía materialista de Lenin está confirmada por los ulteriores desarrollos de ésta después de 1908, de los cuales no habla el folleto de Harper.

El Instituto Marx-Engels-Lenin acaba de publicar notas filosóficas de Lenin posteriores a 1913. En ellas se pueden encontrar los primeros indicios de la particular importancia que adquiriría, en el último periodo de la vida de Lenin y en el posterior a su muerte, el pensamiento filosófico de Hegel, por lo menos tal como está presentado en la "filosofía materialista" de Lenin. Se asiste a un renacimiento de la *dialéctica idealista de Hegel*, antes desautorizada, pero que tardíamente sirve para reconciliar la adhesión de los leninistas al viejo materialismo burgués con las exigencias formales de una

tendencia en apariencia antiburguesa, revolucionaria y proletaria. Mientras que en los periodos precedentes se veía al “materialismo histórico”, aunque de manera muy poco clara, como “diferente de las anteriores formas de materialismo”, ahora el acento se desplazaba del materialismo “histórico” al materialismo “dialéctico”, o más exactamente, como dice Lenin en la última obra que dedicó a este tema, como “una aplicación materialista de la dialéctica (idealista) de Hegel”. Así, pues, en esta fase del movimiento marxista en que los rusos desempeñan un papel se repite toda la evolución del materialismo burgués (e incluso de todo el pensamiento filosófico burgués de Holbach hasta Hegel), ya que el marxismo pasó del materialismo del siglo XVIII y del materialismo de Feuerbach —adoptados por Plejánov y Lenin antes de la guerra— a una simpatía por el “idealismo inteligente” de Hegel y otros filósofos burgueses del siglo XIX por oposición al “materialismo vulgar” de los filósofos de comienzos del siglo anterior.²

LA INFLUENCIA DE LA FILOSOFÍA MATERIALISTA DE LENIN EN LA ACTUALIDAD

Hacia el final de su obra, Harper estudia la significación histórica y práctica de la filosofía materialista de Lenin, cuyos aspectos teóricos había discutido en los anteriores capítulos. Admite francamente que necesidades tácticas, válidas en las condiciones prerrevolucionarias de la Rusia zarista, habían obligado a Lenin a una lucha inflexible contra los bolcheviques de izquierda, como Bogdanov, partidarios más o menos declarados de las ideas de Mach y que, a pesar de sus buenas intenciones revolucionarias, ponían realmente en peligro la unidad del partido marxista y debilitaban su energía revolucionaria con una revisión de su ideología materialista “monolítica”. Harper va un poco lejos en su simpatía por la táctica adoptada por Lenin en 1908 en el ámbito de la filosofía, en todo caso más lejos de lo que el autor de estas líneas cree justificado, aun en un análisis retrospectivo. Si hubiera estudiado las tendencias representadas por los machistas rusos y sus maestros alemanes, Harper habría sido más prudente en su apreciación positiva de la actitud de Lenin en la lucha ideológica de 1908, aunque sólo fuera tomando conocimiento de un acontecimiento que tuvo lugar más tarde. Cuando, después de 1908,

² Lenin, *Cuadernos sobre la dialéctica de Hegel*, en *Obras completas*, t. 38. Cf. *Cuadernos filosóficos*, Buenos Aires, Ed. Estudio.

Lenin hubo terminado con la oposición machista en el seno del comité central del partido bolchevique, consideró cerrado el incidente. En el prefacio a la segunda edición rusa de su libro, señala que no tuvo la oportunidad de “conocer las últimas obras de Bogdanov”, pero estaba convencido, de acuerdo con lo que le habían dicho de ellas, que “Bogdanov propaga ideas burguesas y reaccionarias bajo la apariencia de ‘cultura proletaria’”. No por eso entregó a Bogdanov a la GPU para que se lo ejecutara por ese horrible crimen. Se consideró satisfecho, en esa época pre-stalinista, con una ejecución espiritual asumida por un excelente camarada del partido, digno de toda confianza. Así nos enteramos, leyendo al fiel leninista V. I. Nevsky (cuyo artículo agregó Lenin a la segunda edición de su libro), que Bogdanov no sólo perseveró, sin mostrar ningún arrepentimiento, en sus antiguos errores machistas, sino que agregó un crimen suplementario aun más flagrante: una omisión. “Es curioso”, dice Nevsky, que en todos los escritos que publicó en el periodo de la dictadura del proletariado, sea sobre temas teóricos o sobre el problema de la cultura proletaria, Bogdanov no habla nunca de la “producción y de su sistema de organización en las condiciones de la dictadura del proletariado, así como tampoco dice nada de esta dictadura misma”. Este hecho prueba elocuentemente que Bogdanov no se ha corregido y que en realidad ese “idealista”, que peca contra los principios fundamentales de la filosofía de Lenin y sus discípulos, no podría corregirse. Pero no habría que inferir que el autor de estas líneas piensa que las definiciones de Bogdanov (por ejemplo: el mundo físico es “la experiencia organizada socialmente”, la materia “no es sino la resistencia a los esfuerzos del trabajo colectivo”, la naturaleza es “el desarrollo de un panorama, el de la experiencia del trabajo”, etc.) aportan la solución realmente materialista al problema planteado por Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*:

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluyendo el de Feuerbach— es que sólo concibe la cosa, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *intuición*, pero no como *actividad sensorial humana*, como *práctica*, no de un modo subjetivo o como actuación “revolucionaria”, práctico-crítica.³

En realidad, y éste es el fondo de la cuestión, no debemos a ningún precio —en la actualidad o retrospectivamente— hacer la menor concesión a ese error fundamental que se encuentra a cada paso en la lucha filosófica de Lenin contra los machistas y que repiten piadosamente sus discípulos más oscuros en su oposición a las tentativas materialistas del positivismo científico de hoy.

³ K. Marx, primera *Tesis sobre Feuerbach*.

Según esta concepción errónea, se puede y se debe mantener el carácter militante de la teoría materialista revolucionaria, contra todas las influencias debilitadoras provenientes de otras tendencias aparentemente hostiles, y esto por todos los medios, precaviéndose incluso de toda modificación hecha inevitable por el desarrollo de la crítica y de la investigación científica. Esta concepción es la que ha llevado a Lenin a no discutir los méritos de los nuevos conceptos y de las nuevas teorías científicas. En su opinión comprometían el probado poder de esa filosofía materialista revolucionaria (aunque no necesariamente proletaria) que su partido marxista había adoptado y que él derivaba menos de la enseñanza de Marx y Engels que de los materialistas burgueses, de Holbach a Feuerbach y de su adversario idealista, el filósofo de la dialéctica: Hegel. Se mantuvo en sus posiciones, prefiriendo en un mundo cambiante la utilidad práctica inmediata de una ideología conocida, a la verdad teórica. Incidentalmente, esta actitud doctrinaria está calcada de su comportamiento práctico en el campo político. Corresponde a la creencia inquebrantable, jacobina, en una forma política determinada (partido, dictadura, Estado), considerada adecuada a los objetivos de las revoluciones burguesas del pasado y que, por consiguiente, se supone igualmente adecuada a los objetivos de la revolución proletaria. Tanto en su filosofía revolucionaria materialista como en su política revolucionaria jacobina, Lenin se negaba a ver esta verdad histórica: su revolución rusa, a despecho de un esfuerzo temporario de superación de sus propios límites por un enlace con el movimiento revolucionario del proletariado de Occidente, no podía ser en realidad más que un retoño tardío de las grandes revoluciones burguesas del pasado.

¡Cuánta distancia del violento ataque de Lenin contra el positivismo "idealista" y el empiriocriticismo de Mach y Avenarius, hasta esa crítica científica refinada de los últimos desarrollos del positivismo que acaba de aparecer en la cultivadísima revista del partido comunista inglés!⁴ No obstante, subyacente a esta crítica de las formas más progresistas del pensamiento positivista moderno, reaparece el mismo viejo error leninista. El autor evita cuidadosamente comprometerse con una determinada escuela de pensamiento filosófico. Con quien más se sentiría de acuerdo es con Wittgenstein, que en su último periodo considera a la filosofía una enfermedad incurable y no un conjunto de problemas. Su argumentación contra el positivismo moderno se apoya enteramente en la hipótesis de que el encarnizado combate emprendido por el viejo positivismo contra toda filosofía se debía a que ese mismo viejo positivismo se basaba en una creencia

⁴ M. Black, "La evolución del positivismo", en *The Modern Quarterly*, 1, 1, Londres, 1938.

filosófica distinta. La escuela de los “positivistas lógicos” —cuyo representante más caracterizado es R. Carnap y que, en muchos sentidos, es la más científica de esas escuelas— acaba de abandonar, por un tiempo, todo “intento filosófico de construir un sistema homogéneo de leyes, válido para la ciencia en su conjunto” y se consagra a una tarea más modesta, la de “unificar el lenguaje de la ciencia”.⁵ Si nos atenemos a la argumentación desarrollada por el críticoseudoleninista del *Modern Quarterly*, esta escuela disminuirá su ardor antifilosófico en virtud del mismo proceso que la lleva a abandonar su antigua base filosófica. Según este crítico, “el positivista que perturbara las serenas aguas de la filosofía quejándose groseramente del absurdo” está obligado ahora a reconocer de la manera más suave e inofensiva: “lo absurdo es mi propio lenguaje”. Se ve fácilmente que este argumento puede ser utilizado de dos maneras: en primer lugar para un ataque teórico contra la confusión entre ciencia y filosofía, que reinaba en las primeras fases del positivismo, y además para justificar prácticamente la conservación de esa base filosófica aunque los descubrimientos recientes hayan demostrado que no tenía ningún fundamento científico. Pero todo esto no se basa en ningún razonamiento lógico y empíricamente fundado. No hay ninguna necesidad, ni para un sabio burgués moderno ni para un marxista, de aferrarse a una “filosofía” caduca (positivista o materialista) con el fin de mantener intacto el “espíritu militante” para la lucha contra ese sistema de ideas —necesariamente “idealista” en todas sus manifestaciones— que, en el curso del siglo pasado, y con el nombre de “filosofía”, remplazó ampliamente (aunque no por completo) a la fe religiosa en la ideología de la sociedad moderna.

Sin abandonar enteramente la creencia en la necesidad de una “filosofía marxista” para la lucha revolucionaria del proletariado moderno, Harper advierte muy bien que el materialismo leninista es absolutamente impropio para esa tarea. A lo sumo puede servir de base ideológica a un movimiento que ya no es anticapitalista sino sólo “antirreaccionario” y “antifascista”, el que los comunistas de todo el mundo han lanzado recientemente con el nombre de “frente popular” o aun de “frente nacional”. Esta ideología leninista, que hoy profesan los partidos comunistas y que, en principio, se adecua a la ideología tradicional del viejo partido socialdemócrata, ya no expresa ninguno de los objetivos del proletariado. Según Harper, es más bien una expresión natural de los objetivos de una “nueva clase”: la *intelligentsia*. Se trata, pues, de una ideología que las diversas

⁵ R. Carnap, *Los fundamentos lógicos de la unidad de la ciencia*, 1938.

capas de esa supuesta nueva clase estarían dispuestas a adoptar apenas se liberen de la influencia ideológica de la burguesía declinante. Traducido a términos filosóficos, esto quiere decir que el “nuevo materialismo” de Lenin se ha convertido en el arma principal de los partidos comunistas en su tentativa de apartar a una fracción importante de la burguesía de la religión tradicional y de las filosofías idealistas profesadas por esa capa superior de la burguesía que, hasta el momento, ha detentado el poder. Actuando así, los partidos comunistas esperan ganar a esa fracción de la burguesía para el sistema de planificación industrial, ese capitalismo de Estado que, para los obreros, no es sino otra forma de esclavitud y de explotación. Tal es, según Harper, el verdadero sentido político de la filosofía materialista de Lenin.

Nueva York, 1938

UNA APROXIMACIÓN NO DOGMÁTICA AL MARXISMO*

Los documentos aquí reunidos no deben entenderse como una contribución a la discusión en favor o en contra del marxismo, que desde hace muchos meses tiene lugar en esta revista. Es inútil discutir puntos controvertidos de una teoría social —y precisamente de las teorías sociales que a menudo se describen como religiones— si esa discusión no es parte de una lucha social real. La teoría social en cuestión debe poder referirse a varias posibilidades de acción para el partido, el grupo o la clase. Las diversidades de opinión pueden referirse a los objetivos sociales, las cuestiones de táctica, las formas organizativas, la identificación del adversario, del aliado, del neutral o incluso el plan (cuando existe) trazado en base a una u otra evaluación de la situación social dada o en desarrollo. El resultado de una discusión materialista de este tipo debe en todo caso modificar el comportamiento efectivo no de un individuo o de un pequeño grupo de personas, sino de un verdadero “colectivo”, de una masa social (cf. Brecht: el pensamiento es un comportamiento). En este sentido materialista ni siquiera es seguro que la particular teoría social llamada marxismo haya sido alguna vez objeto de discusión en este país [los Estados Unidos. T.]

A muchas personas se les ha preguntado alguna vez por qué son o no son marxistas, precisamente como se les hubiera podido preguntar por qué creen o no creen en Dios, en la ciencia, en la moral, en la doctrina racista, en la guerra, en la paz o en la amenaza de destrucción de la civilización por la bomba atómica. Incluso ha habido algunas tentativas filológicas e interpretativas de responder a la pregunta: “¿qué pensó verdaderamente Marx?”.

Demasiado espacio ha ocupado por último la cuestión —la más insensata de todas— de tratar de aclarar qué variante particular de las teorías de Marx, Engels y las sucesivas generaciones hasta Lenin, Stalin o Leontiev, es la versión más ortodoxa de la doctrina de Marx; o bien —a un nivel más alto— cuál de los métodos aplicados en diversos momentos por Hegel, Marx y los marxistas, debe ser considerado en realidad el método “dialéctico” correcto.

* Publicado en *Politics*, mayo de 1946. Hemos seguido aquí la versión alemana de E. Gerlach, que ahora puede verse también en *Politikon*, octubre-noviembre de 1971, pp. 8-11.

En contra de esa concepción absolutamente dogmática, que ha esterilizado a la teoría marxista revolucionaria en casi todas las fases de su desarrollo centenario en Europa y frustrado desde el principio el intento de difundir el marxismo en los Estados Unidos, proponemos aquí la revaloración del elemento crítico, pragmático y activista que pese a todo nunca ha estado completamente ausente en la teoría social de Marx y ha hecho de esta teoría, en los breves periodos de su predominio, el arma más eficaz en la lucha de la clase proletaria.

Los documentos que damos a continuación son, en parte, el resultado de un intento anterior de retomar precisamente este elemento componente del marxismo —intento que quien escribe realizó con un grupo de colaboradores en Alemania al principio de la década del treinta, antes de que fuera momentáneamente interrumpido por la violencia antimarxista del gobierno de Hitler.

Dos de los cuatro documentos se remontan a un intento anterior, emprendido en 1894 y en 1902 por marxistas no dogmáticos como Lenin y Sorel. El grupo de 1931 los utilizó como modelos y puntos de partida cuando emprendió su nueva tentativa de desdogmatizar y reactivar la teoría de Marx.

El trozo de Lenin de 1894 (documento núm. 3) se dirigía contra un escrito en que el entonces “marxista” (y después burgués) Piotr Struve había atacado la teoría económica y sociológica del conocido teórico populista Mijailovski. El interés particular del documento consiste en el hecho de que Lenin —crítico materialista del “subjetivismo” idealista de los populistas— está en situación de tener que extender con la misma pasión su crítica materialista al “objetivismo” abstracto y muerto de Struve. Para comprender a fondo el argumento de Lenin recordemos la frase que provocó su cólera. Struve considera errónea la tesis de Mijailovski de que “no hay tendencias históricas insuperables, que como tales deben valer como punto de partida y límite vinculador a una adecuada actividad de la personalidad y de los grupos socialistas”. Lenin capta inmediatamente el contenido no revolucionario de la observación de Struve sobre Mijailovski. “Éste es el lenguaje de un objetivista —dice Lenin— no de un marxista (materialista).” Y a partir de allí Lenin empieza a señalar las diferencias importantes que distinguen las concepciones de los objetivistas de las de los marxistas (materialistas).

El documento núm. 4 intenta explicitar el carácter no dogmático de la oposición de Lenin a la versión objetivista de la doctrina marxista tradicional. Con ese fin y a través de una serie de otros experimentos de desdogmatización y desbloqueo de determinadas partes de la teoría marxista, el grupo de 1931 hizo intentos similares.

Las seis tesis reproducidas como documento núm. 2 nacen, según Sorel, del proceso de “deducción de los elementos de una rigurosa ciencia histórica de la teoría del materialismo histórico”. En esta reformulación crítica del materialismo histórico por parte de uno de los modernos intérpretes del marxismo orientados del modo más decidido en sentido científico y pragmático, el punto menos relevante es la importancia particular que otorga Sorel al papel de los conceptos jurídicos y de la profesión jurídica. Lo que verdaderamente cuenta es el intento de aclarar las distintas conexiones que existen entre los conceptos generales de la teoría materialista, entre los cuales el derecho y sus explotadores profesionales son solamente uno de los muchos ejemplos posibles. Extremadamente importante es en cambio la forma en que Sorel ha traducido lo que hasta entonces debía aparecer para muchos historiadores como una determinación autoritaria de reglas para la historiografía, como positiva inspiración para una investigación científica autónoma. (Es posible que se hubiera podido tener otra impresión con un conocimiento mejor de la aplicación notablemente libre hecha por Marx con frecuencia del nuevo “método crítico y materialista”. Sin embargo, ya en las manos de la primera generación de doctos marxistas de la época en que apareció el trabajo de Sorel, la nueva arma de la lucha de clases había perdido mucha de su fuerza crítica. Y no es ningún secreto que desde entonces el marxismo revolucionario ha sido suplantado completamente por las influencias “estabilizadoras” que se expresaron teóricamente en el desarrollo de la vieja y la nueva ortodoxia: desde Kautsky hasta Stalin. Por lo tanto fue preciso repetir una vez más la operación de Sorel.)

Hemos agregado por último un documento que debería dar al “método dialéctico” lo que Lenin y Sorel proporcionaron al materialismo histórico. Las tesis sobre Hegel y la revolución del documento núm. 1 fueron escritas en Alemania en ocasión del centenario de la muerte de Hegel en 1931. Se enfrenta al nudo de dificultades que caracteriza el problema de la dialéctica de Hegel y su uso (modificado o no) por parte de Marx y Engels en una dirección completamente distinta. Aquí no se ve a la dialéctica como una especie de superlógica, es decir una serie de reglas que los individuos aplican en el proceso de pensar, exactamente como la lógica formal, con la única diferencia de que la dialéctica se distingue de la lógica como las matemáticas “superiores” de las reglas más simples, y en efecto superadas desde hace mucho, que aún se enseñan en nuestras escuelas como “matemáticas elementales”. Es tratada en cambio como un conjunto de fenómenos característicos que pueden observarse de:

afuera en el sucederse y el desarrollo de los pensamientos en un determinado periodo histórico.

El primer resultado no dogmático de esta forma distinta de considerar la dialéctica es que el estudio de la dialéctica no nos convierte en revolucionarios, sino que, por el contrario, es la transformación revolucionaria de la sociedad la que actúa entre otras cosas sobre el modo como los hombres de determinado periodo tienden a producir e intercambiar sus pensamientos. La dialéctica materialista es pues el modo como en un determinado periodo revolucionario, y durante las varias fases de ese periodo, clases sociales, grupos e individuos particulares, crean y asumen nuevas palabras e ideas. Es la búsqueda de las formas, a menudo desusadas y sorprendentes, como vinculan sus pensamientos y los de otros, colaboran en la disolución de sistemas cerrados existentes y los sustituyen por otros sistemas más flexibles, o, en el mejor de los casos, por ningún sistema, sino por un nuevo movimiento del pensamiento libre, sin impedimentos, que recorra rápidamente las cambiantes fases de un proceso más o menos continuo o discontinuo.

De las tesis 2 y 3 se desprende que no hay motivo para dar importancia al hecho de que tanto Marx como Engels, después de una primera crítica enérgica y repudio de la vieja "dialéctica" hegeliana, hayan regresado, en una fase posterior de su desarrollo y en un estado de ánimo de desilusión y parcial fracaso, a una aceptación con escasas modificaciones de ese mismo método filosófico que, en el mejor de los casos, reflejaba la revolución burguesa de una época pasada. Aquí, como en otros aspectos, el desarrollo sin obstáculos de la teoría de Marx no lleva hacia atrás, hacia las viejas ideas y filosofías, sino hacia adelante, hacia una aplicación científica y activista, no dogmática y autoritaria, de la formulación marxiana, así como de otras formulaciones teóricas de las experiencias colectivas de la clase obrera.

LA POSICIÓN DE MARX EN LA REVOLUCIÓN EUROPEA DE 1848*

Puede decirse: sólo la contrarrevolución en Alemania demuestra la plena existencia histórica de la revolución.

(VEIT VALENTIN, *Storia della rivoluzione tedesca 1848-49*, vol. II, 1931)

Así como en ocasión de la primera guerra mundial en 1914-1918, durante la segunda y hasta nuestros días, se ha levantado la acusación contra los alemanes de no ser democráticos. No solamente los alemanes de Hitler, sino todos los alemanes; no solamente ahora, sino desde siempre; no solamente en las manifestaciones exteriores, sino en su naturaleza.

Desde el punto de vista histórico esta acusación no contiene nada que no haya sido dicho hace cien o ciento cincuenta años por todos los buenos europeos en Alemania ininterrumpidamente y en las formas más diversas. Son los grandes representantes idealistas de una educación progresista del género humano y de una nueva concepción de la historia como desarrollo hacia la libertad, la belleza, la razón, la comprensión universal y la paz eterna. A esta primera generación de Lessing, Kant, Klopstock, Schiller, que vuelven a ligarse al iluminismo inglés y francés y que desarrollan sus ideas e inspiraciones de una manera autónoma y grandiosa, sigue la generación de los pensadores inmediatamente tomados por el extraordinario advenimiento de la gran Revolución francesa. En sus sistemas, según una frase de Hegel, "la revolución es aceptada y expresada en la forma del pensamiento". Este desarrollo filosófico que duró ininterrumpidamente en Alemania hasta 1840 era en realidad una continuación en el campo espiritual, a través de Waterloo y Versailles, de aquel proceso histórico mundial a través del cual los tribunos, los estadistas y los generales de la Revolución francesa, los Brissot, los Danton, los Robespierre y Napoleón no solamente han constituido en Francia la moderna sociedad burguesa, sino que también le han creado, fuera de los confines franceses, sobre el continente europeo

* "Marx' Stellung in der europäischen Revolution von 1848", en *Die Schule*, III, 1948, núm. 5, pp. 165-174. [E.]

un ambiente contemporáneo correspondiente. Y a esta generación de pensadores y poetas alemanes, manifiestamente alcanzada en profundidad por el espíritu de la Revolución francesa, ningún crítico del oeste o del este le podría imputar como un vergonzoso abandono del espíritu de la moderna democracia el hecho de que algunos de sus mejores representantes hayan compartido más tarde junto con el entusiasmo también la decepción, extendida después de la victoria de la revolución tanto en Francia como en los otros países europeos.

La sociedad burguesa surgida de la revolución estaba en contradicción en su realidad desnuda con las elevadas ideas que sus participantes y sus entusiastas espectadores se habían hecho de sus resultados, y estaba en contraste con el heroísmo ilimitado, con el sacrificio, con el terror, con la guerra civil y las batallas de pueblos que habían sido necesarios para hacerla nacer. No hay nada de que asombrarse por lo tanto si también nosotros en Alemania, el país más tocado de cerca por la Revolución francesa, comprobamos junto a la entusiasta adhesión a las ideas de 1789 y 1793 aquel terrible contragolpe que se verificó en todas partes de una manera crítica y negativa como romanticismo político, legitimismo, exaltación de ideas e instituciones medievales, irracionalismo de principio, "teoría orgánica del Estado" y "escuela histórica", en contra de las mismas ideas que poco antes habían sido aceptadas con el entusiasmo más grande por algunos de los principales representantes de este nuevo movimiento. Juzgando las manifestaciones de esta época, que justamente han sido vistas de nuevo últimamente con particular predilección como prueba de la naturaleza radicalmente antidemocrática del espíritu alemán, es preciso no olvidar que éste era el periodo en el cual en Francia reinaba la Restauración de los Borbones, en Inglaterra continuaba reinando una tendencia que ya al principio de la Revolución se había manifestado contraria a las ideas de ésta hasta la era de la reforma 1830-1848; sobre el continente, la Santa alianza, constituida por todas las potencias europeas excepto Turquía y apoyada también por Inglaterra, sofocaba violentamente toda difusión ulterior de las ideas y de los movimientos que tenían su origen en la Revolución francesa. Sobre esta base histórica es necesario examinar la cuestión ulterior: de qué fuerzas provenía el impulso para la renovación y el desarrollo de los principios democráticos sobre el continente europeo desde 1830, qué dificultades particulares debía superar y a qué involuciones específicas se veía obligado el desarrollo democrático a causa de este estado de las cosas. Solamente así se puede comprender cómo en Alemania se ha llegado a no alcanzar hasta el final del siglo una clara, completa, irreversible y firme victoria de la democracia.

Si en Francia a la Revolución ha seguido la Restauración, a los nuevos movimientos revolucionarios de 1830 y 1848 la dictadura bonapartista y si finalmente también hacia el final del siglo, a la aparente victoria de los republicanos en el asunto Dreyfus ha seguido un contramovimiento de la reacción militarista, monárquica y clerical, mucho más fuerte y profundo, que bajo muchos aspectos anticipaba el fascismo alemán, en Alemania el débil y en definitiva insuficiente desarrollo de las fuerzas democráticas aparece no ya como un fenómeno específicamente alemán, sino como una forma particular de un desarrollo europeo general.

Sólo en comparación con aquellas revoluciones europeas que causaron en Inglaterra y en Francia en los siglos xvii y xviii, en decenas de duras luchas, un cambio completo del Estado y de la sociedad, las revoluciones de los siglos xix y xx aparecen como una forma modesta y deformada de "la" revolución. También Karl Marx, que algunos años más tarde habría de criticar con agudeza destructora esta adhesión ideológica de los revolucionarios del siglo xix a las gloriosas tradiciones del pasado, ha estado influenciado continuamente, durante su participación en la revolución alemana de 1848, por aquellas mismas ideas tradicionales. Él no ha comparado esta única revolución democrática del siglo xix con el programa de una revolución social o socialista que superan los objetivos burgueses, como podría haberse esperado después de su alejamiento operado anteriormente a través de una dura lucha de desarrollo de la posición francamente burguesa hacia la revolución de sus años de aprendizaje político. Él se ha contentado en cambio con poner en cada ocasión como ejemplo a esta nueva revolución burguesa el modelo de la gran y gloriosa Revolución francesa de 1789 y particularmente su fase jacobina de 1793-1794.

Como ejemplo entre muchos citamos aquí algunas frases de la *Neue Rheinische Zeitung* del 11 de diciembre de 1848, que muestran de un modo particularmente claro este carácter de la crítica de Marx a la revolución de 1848. Marx ha exaltado ante todo en este artículo la grandeza histórica de las revoluciones de 1848 y 1789; no fueron "revoluciones ni inglesa, ni francesa, fueron revoluciones de estilo europeo. No representaban el triunfo de una determinada clase de la sociedad sobre el viejo régimen político; eran la proclamación de un régimen político para la nueva sociedad burguesa". "Nada de eso" continúa

ocurrió en la revolución de marzo en Prusia [...]. Lejos de ser una revolución europea, no fue más que una apagada resonancia de la revolución europea en un país atrasado [...]. La revolución prusiana de marzo no

fue siquiera una revolución nacional alemana; desde el primer momento fue una revolución provincial prusiana. Las insurrecciones de Viena, Cassel, Munich y otras insurrecciones provincianas se desarrollaban a la par y le disputaban la preminencia. [...] La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un estamento [...]; era un estrato del viejo Estado que no había podido aflorar por sus propias fuerzas, sino que había sido arrojado a la superficie del nuevo Estado por la fuerza de un terremoto; sin fe en sí misma y sin fe en el pueblo, gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo, egoísta frente a ambos y consciente de su egoísmo, revolucionaria frente a los conservadores y conservadora frente a los revolucionarios, recelosa de sus propios lemas, frases en lugar de ideas, empavonecida ante la tempestad mundial y explotándola en provecho propio [...], sin iniciativa, sin fin en sí misma y sin fe en el pueblo, sin una vocación histórica mundial, un viejo maldito que está condenado a dirigir y a desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; sin ojos, sin orejas, sin dientes, una ruina completa: tal era la burguesía, prusiana cuando, después de marzo, tomó el timón del Estado prusiano.

Con toda esta crítica destructiva hacia las formas débiles o insuficientes de las luchas revolucionarias que se encontraban delante de sus ojos, las consignas concretas con las cuales Marx ha tratado de intervenir en este movimiento no sobrepasan el marco de una gran revolución democrática, de una revolución como lo había sido la francesa del siglo XVIII. Marx consideraba que su tarea era la de contraponer a las acciones del movimiento actual, que retrocedía delante de sus propios fines, aquellas palabras de orden más audaces de una época pasada, como la reivindicación de la república “única e individida”, del “armamento del pueblo”, de la “dictadura revolucionaria” y del “terror”. Ya aquí Marx embestía contra obstáculos casi insuperables. Todas las reivindicaciones ahora mencionadas provenían del arsenal de la Revolución francesa de 1789. Eran atributos de un movimiento cuyo éxito había consistido en la creación de la sociedad burguesa. Sin embargo, justamente por este motivo todas estas reivindicaciones con el aburguesamiento de la sociedad europea, que se había producido ampliamente durante este tiempo, habían caído en tal descrédito entre la alta burguesía y una parte de la pequeña burguesía, que el mismo Marx no podía propagarlas públicamente, ni siquiera en formas suavizadas. Así abre Marx su propaganda en favor de las consignas menos aterrorizantes entre aquellas jacobinas citadas arriba, en le *Neue Rheinische Zeitung* del 6 de julio de 1848 con la prudente declaración: “No formulamos la

utópica pretensión de que se proclame apriori una república alemana única e individida.” Aparta toda la cuestión del campo de la acción actual al campo del desarrollo futuro, afirmando que “la unidad alemana, como también la constitución alemana, sólo pueden nacer como resultado de un movimiento”. Y también luego, no obstante el tono cada vez más duro, estas palabras de orden más radicales de la lucha revolucionaria por los fines democráticos fueron tratadas por Marx con la más grande prudencia en el “Organ der demokratie” * dirigido por él. Aunque esta renuncia a un sostén abierto de todo el programa de la democracia revolucionaria haya sido entonces para Marx sólo una táctica escogida provisionalmente, sin embargo en un examen histórico aparece también en esta táctica un momento de aquella contradicción sustancial que caracteriza toda la posición de Marx hacia la revolución de 1848.

Marx renuncia a oponer a la realidad de la revolución burguesa una utopía socialista del futuro. Pero trata continuamente de imponer a este nuevo movimiento revolucionario de su tiempo las formas de una acción pasada, formas muy poco relacionadas con las condiciones actuales. Trata de elevar la revolución democrática de su tiempo a un nivel más alto y olvida que este nivel “más alto” es en realidad solamente un nivel histórico, que ya había sido alcanzado una vez en una época pasada del movimiento revolucionario en su conjunto.

El contraste entre las condiciones presupuestas por Marx y aquellas reales históricas de la revolución de 1848, que él había vivido y en la cual había participado, se hace más agudo justamente en los puntos donde con una observación no histórica parece principalmente fundada su crítica de las debilidades de esta revolución y su contenido real se queda bastante más atrás que sus pretensiones. En esto vuelve sobre todo la política provincial y limitada a cada Estado de los diversos jefes nacionales y locales verificable en todas partes y en contraste con eso, el grandioso internacionalismo con el que Marx trataba continuamente la relación de la revolución prusiana y alemana con el movimiento contemporáneo de toda Europa.

También desde un punto de vista puramente cuantitativo, el órgano de Marx de la democracia alemana ha dado informaciones más extensas sobre la revolución en Francia, Austria, Polonia, Bohemia, Italia, Hungría que cualquier otro periódico alemán. La *Neue Rheinische Zeitung* no exigía solamente Alemania para los alemanes, exigía también Polonia para los polacos, Bohemia para los bohemios, Hungría para los húngaros, Italia para los italianos.

* Tal era el subtítulo de la *Neue Rheinische Zeitung*. [E.]

El vergonzoso abandono de la revolución polaca de parte del gobierno prusiano; su débil condescendencia frente a la presión inglesa y rusa en el asunto Schleswig-Holstein; la represión de la insurrección de junio de los trabajadores parisinos por parte de la misma burguesía revolucionaria, represión muy decisiva para el destino de toda la revolución europea; la derrota por otra parte fatal de la revolución austriaca en Viena; las consecuencias de la quiebra de la gran manifestación cartista en Inglaterra —todos estos fracasos y derrotas son tratados en la *Neue Rheinische Zeitung* como tantas otras derrotas de la revolución alemana y de toda la revolución europea. Descubría al mismo tiempo la contradicción trágica entre los presuntos intereses nacionales checos, húngaros, austriacos y prusianos, con la cual las diversas secciones de la única revolución europea actuaban de una manera suicida no sólo hacia los propios intereses comunes revolucionarios, sino también hacia los propios intereses reales nacionales. Austriacos contra bohemios —alemanes, austriacos, húngaros contra italianos —bohemios contra Viena y por fin austriacos, bohemios, rusos contra Hungría considerada la última y más grande esperanza del movimiento revolucionario. Así se entrelaza la sangrienta cadena hasta la conclusión violenta de la guerra revolucionaria fratricida con la victoria general de la contrarrevolución europea.

Pero también en la presentación detallada y profundizada que de todas estas concatenaciones ha sido hecha en la *Neue Rheinische Zeitung*, resalta aquel aspecto demasiado abstracto y no histórico que caracteriza también en este punto la política sostenida por Marx. El internacionalismo heroico con el cual Marx quería superar entonces estos “retrocesos” nacionales abstrae del dato de hecho que este fortalecimiento de las conciencias y de los contrastes nacionales acaecido en los últimos cincuenta años, ahora tan nocivo para la acción revolucionaria unida, era por su parte un producto de las pasadas victorias parciales del principio burgués. Por lo tanto, estos contrastes no surgen de cualquier parte (por ejemplo de la “sangre” o del “suelo”) sino del desarrollo histórico de la misma sociedad burguesa, que está en su base, que ha hecho imposible a la revolución del siglo XIX una simple repetición de la extensión internacional según el viejo modelo jacobino y napoleónico.

Como había sido efectivamente el caso para la gran Revolución francesa, así también ahora en las condiciones históricas cambiadas del siglo XIX, Marx vio en la guerra revolucionaria impuesta por un ambiente hostil el medio universal para la superación de todas las dificultades internas y externas de la revolución europea. Y como ya en las tres grandes coaliciones de las potencias europeas, que a

lo largo de los siglos XVIII y XIX habían llevado guerra a la Francia revolucionaria, la influencia rusa había tenido una importancia siempre mayor, así ahora que el centro del movimiento revolucionario se había trasladado ulteriormente hacia el este, la Rusia zarista era evidentemente el enemigo natural de toda la revolución europea. Marx se ha atenido nuevamente por decenios a esta definición de una Rusia como el mayor enemigo de la democracia europea. Ha hecho de ella un pilar central de la política exterior democrática desarrollada en este periodo y consecuentemente aplicada a todos los conflictos europeos. También cuando después del golpe de Estado de Napoleón III pareció que el zarismo compartió por un cierto periodo esta posición con el dictador francés, también en este periodo, según Marx, el verdadero y mucho más peligroso enemigo externo de la democracia europea no era la "inmunda figura" del aventurero imperialista que había ejecutado la condena a muerte de la República francesa pronunciada sobre sí misma por la burguesía francesa con la represión de los trabajadores parisinos en junio de 1848, sino "aquella potencia bárbara cuyo jefe está en Petrogrado y cuyas manos están en cada gobierno europeo". Boustrapa* tuvo un papel en esta concepción aunque más no fuera como aliado o agente de la gran potencia reaccionaria que estaba detrás. Síntesis de dos golpes frustrados y uno logrado en Boulogne, Estrasburgo y París con los cuales el pretendiente bonapartista había llegado al poder, recorriendo un camino que también exteriormente anticipaba el itinerario de Hitler.

Las tesis aquí esbozadas por Marx sobre la persistente importancia, aun en el siglo XIX, de la guerra por la revolución no eran en absoluto una fantasía. Guerras externas han jugado un papel importante también en la revolución de 1848. Si guerras y guerras civiles no se habían ligado en una única unidad efectiva en Prusia, como en Italia, Austria, Hungría, sin embargo la interrupción de la guerra danesa para la "liberación" de Schleswig-Holstein con el armisticio del Málmo había suscitado también en Prusia decepción y desengaño en todas las corrientes del movimiento revolucionario de entonces, más grandes quizá que cualquier revés en el desarrollo de la política interna. La gran importancia que una ininterrumpida conducción de esta primera guerra revolucionaria habría podido tener para el desarrollo sucesivo del movimiento de entonces está demostrada también indirectamente por el hecho de que esta "misión incumplida" de la revolución alemana ha sido retomada en el periodo siguiente de la contrarrevolución guillermina y bismarckiana

* Sobrenombre de Napoleón III. [E.]

y que esta nueva guerra danesa junto con las guerras de 1866 y 1870 ha producido en Europa un desarrollo en parte ciertamente progresista.

Tampoco la "guerra revolucionaria contra Rusia" era absolutamente una consigna tomada arbitrariamente por el extranjero e introducida en el desarrollo de la revolución europea, como se podría creer fácilmente sin un conocimiento más preciso de la situación política y diplomática de entonces. Hoy es sabido que, en el mismo periodo en el cual la *Neue Rheinische Zeitung* solicitaba la guerra revolucionaria contra Rusia, el zar de Rusia ya había ofrecido al príncipe de Prusia la ayuda del ejército ruso para una violenta restauración del régimen despótico. Un año más tarde, las armadas rusas han salvado efectivamente la reacción austriaca destruyendo las armadas revolucionarias de Kossuth en Hungría. Una guerra defensiva conducida contra esta amenaza general contra la revolución europea conducida en la República francesa, por Prusia-Alemania, el Reino de Italia y de Cerdeña, Hungría y Polonia, llevada a cabo en contra de los zares rusos, habría tenido un importante significado para un ulterior desarrollo del movimiento revolucionario de entonces (como lo explica el historiador marxista Arthur Rosenberg, muerto recientemente en la emigración, en su instructivo libro aparecido en 1938 *Democracia y socialismo*). Habría llevado la revolución a los territorios occidentales de Rusia, disuelto la artificiosa unión del Reino habsbúrguico y hecho posible a las naciones en él oprimidas un desarrollo nacional autónomo. Habría impedido la victoria de la dictadura bonapartista y la solución pequeñoalemana-granprusiana bismarckiana de la cuestión alemana. Habría asegurado por decenios el desarrollo democrático de la política interior y exterior de Europa y preparado el camino a la futura unión federal de todos los Estados europeos.

A partir de todo esto resalta sin embargo nuevamente sobre este punto la irrealidad de toda la posición de Marx con respecto a la revolución europea de 1848. Aquí podemos preguntarnos: ¿por qué Marx, que en el decenio precedente había elaborado un nuevo modo de ver y que sólo pocas semanas antes de la explosión de la revolución de febrero y marzo había dado al movimiento socialista de los trabajadores apenas en sus comienzos las líneas teóricas de fondo, por qué justamente él hizo este gran sacrificio? ¿Por qué renunció a todo sostén de las ideas y de los intereses obreros en la revolución democrática si quería sustituir el programa, por cierto aún entonces utópico, de una revolución social de la clase obrera solamente con otra mitología de revolución igualmente irrealista?

Es cierto que ya en el *Manifiesto comunista* de febrero de 1848 no

estaba prevista una presencia autónoma de los “comunistas” en ningún país europeo, ni siquiera en la adelantada Francia. Sin embargo, Marx y Engels han superado notablemente en su praxis el límite de la continencia clasista prevista en el *Manifiesto*, haciendo caer completamente aun en el campo ideológico la preparación teórica de los obreros incesantemente solicitada por el *Manifiesto* para la “lucha contra la misma burguesía que tiene rápido inicio después de la caída de las clases reaccionarias en Alemania”. Esto no era sólo una consecuencia de la renuncia a la propia organización. Si la Liga de los comunistas demostró ser, como explicó Engels más tarde, una palanca demasiado débil frente al movimiento de las masas populares en acción, esto no fue para ellos un resultado inoportuno, por el contrario ellos también contribuyeron a eso, como lo han demostrado recientes investigaciones.

Cuando Marx inició finalmente a mediados de abril de 1849 por primera vez la discusión de cuestiones obreras específicas en la *Neue Rheinische Zeitung*, motivó el hecho de haber descuidado hasta entonces tales problemas con la razón de que se había debido “sobre todo” seguir “la lucha de clases en la historia de todos los días y demostrar empíricamente con el material disponible y creado cada día, que con el esclavizamiento de la clase obrera, que había hecho el febrero y el marzo, fueron vencidos contemporáneamente sus enemigos”. Pero precisamente esto era lo que no había hecho Marx. Él había usado el material histórico suministrado por las luchas de clases cotidianas del periodo revolucionario, no para deducir la derrota de la burguesía por el contraste entre burguesía y proletariado y el “esclavizamiento” de la clase de los trabajadores. Por el contrario, ha demostrado solamente que la burguesía europea fracasó porque ya no estaba en condiciones de crear juntamente con la persecución sin resguardos de sus propios intereses de clase también un desarrollo progresivo de toda la sociedad. Sin embargo, de esto resultaba principalmente que progresos políticos y sociales similares, si todavía podían tener lugar de entonces en adelante, debían ser dirigidos de otras maneras, no por parte de la burguesía, sino en contra de ella. Este papel fue asumido de hecho luego por la dictadura bonapartista en Francia y por la llamada “revolución desde arriba” en Prusia. Aquí ya no es posible exponer detalladamente la posición que Marx y Engels asumieron frente a estas formas cambiadas del desarrollo político y social en el periodo posrevolucionario. Comprobamos sólo también que la tesis según la cual la política de la contrarrevolución bonapartista y bismarckiana deben ser vistas como una mera continuación del desarrollo revolucionario precedente encontró un gran consenso en el periodo sucesivo no sólo

en los historiadores burgueses, sino también en marxistas y otros teóricos socialistas, y no precisamente entre los peores. Ya Proudhon en su escrito *La révolution sociale démontrée par le coup d'état* de 1852 y el propio Marx en sus análisis de la Revolución francesa y alemana escritos en el mismo periodo apoyaron de una manera relevante esta tesis. Similares interpretaciones distorsionadas de acciones y desarrollos contrarrevolucionarios fueron también ensayadas desde entonces en muchas otras ocasiones.

Los peligros resultantes de una similar y ambigua concepción de la revolución están ilustrados por la disputa que surgió entre Marx y Lassalle en este punto en los años sesenta y que un poco más tarde condujo a una ruptura definitiva de Marx con Liebknecht por una parte y con Schweitzer por otra.

El conflicto de las dos corrientes consistía en el hecho de que Lassalle y Schweitzer querían deducir de las posibilidades "revolucionarias" de las contrarrevoluciones arriba mencionadas el derecho del revolucionario a obrar eventualmente aun en forma directa con el poder contrarrevolucionario, mientras que según Marx el partido obrero habría debido reconocer por cierto francamente, en un caso similar, el carácter objetivamente progresista de las concesiones hechas a los trabajadores por la reacción en su lucha con la burguesía, pero no habría debido abandonar jamás su autonomía con cualquier pacto con la reacción. O bien, como ha expresado este pensamiento Engels en una manera muy bella y poética en su estudio sobre *La cuestión militar y la clase obrera alemana* en 1865: *Mit gêru skal man geba infâhan, or widar orte* [Es preciso recibir regalos con la espada, punta contra punta.]*

Nos parece por otra parte una tarea urgente, especialmente después de las experiencias más recientes, romper con la ambigua interpretación de la relación entre revolución y contrarrevolución, que en última instancia anula todas las diferencias; es preciso determinar los límites entre las dos, apoyándose en la caracterización del "socialismo revolucionario" del *Manifiesto comunista* de 1848 en modo tal para excluir del concepto de revolución a aquellos que reprochan a la burguesía el producir un proletariado revolucionario antes "que un proletariado en general".

* Palabras de un antiguo *hied* en alto-alemán-antiguo. [E.]

DIEZ TESIS SOBRE EL MARXISMO HOY*

1

No tiene ya sentido plantear la pregunta acerca de en qué medidas en la actualidad teóricamente válida y prácticamente aplicable la doctrina de Marx y Engels.

2

Todas las tentativas de restaurar la doctrina marxiana como un todo y en su función originaria de teoría de la revolución social de la clase obrera constituyen en la actualidad utopías reaccionarias.

3

Ello no obstante, para bien o para mal elementos importantes de la doctrina marxiana conservan todavía hoy su validez con funciones y perspectivas diversas. También estímulos importantes de la práctica del movimiento obrero marxista de un tiempo han entrado en las diversas prácticas actuales de pueblos y de clases.

4

El primer paso para la reconstitución de una teoría y de una práctica revolucionaria consiste en romper con la pretensión del marxismo de monopolizar la iniciativa revolucionaria y su dirección teórica y práctica.

5

Marx es hoy sólo uno de los muchos precursores, fundadores y prose-

* *Zehn Thesen über Marxismus heute* (1950). Redactadas y difundidas en 1950 como esquema de una conferencia pronunciada en Zurich (por lo cual son designadas también como *Tesis de Zurich*) en ocasión del viaje de Korsch a Europa, donde pronunció conferencias en Hannover, Berlín, Basilea y Zurich. Precisamente, nunca fueron publicadas por el autor. Aparecieron por primera vez impresas en francés en la revista *Arguments*, en 1959, y luego en su original alemán en *Alternative*, t. VIII, 1965, núm. 41, pp. 89-90. [E.].

guidores del movimiento socialista de la clase obrera. Igualmente importantes son los llamados "socialistas utópicos" desde Thomas Moro hasta nuestros días. Igualmente importantes son los grandes rivales de Marx como Blanqui o irreductibles adversarios como Proudhon y Bakunin. No menos importantes son, finalmente, desarrollos posteriores tales como el revisionismo alemán, el sindicalismo francés y el bolchevismo ruso.

6

Puntos particularmente críticos del marxismo son:

a] la dependencia práctica de las condiciones políticas y económicas poco desarrolladas de Alemania y los demás países de la Europa centro-oriental donde adquirió importancia política;

b] adscripción incondicionada a las formas políticas de la revolución burguesa;

c] aceptación incondicionada de la situación avanzada inglesa como modelo de desarrollo futuro para todos los países y condición objetiva preliminar para el pasaje al socialismo. Además de esto:

d] las consecuencias de sus repetidas tentativas, convulsas y desesperadas, por destruir estas condiciones.

7

De estas condiciones resulta:

a] la *sobrestimación* del *Estado* como instrumento determinante de la revolución social;

b] la identificación mística del desarrollo de la economía capitalista con la revolución social de la clase obrera;

c] el problemático desarrollo ulterior de esta primera forma de la teoría marxiana de la revolución con el injerto artificial de una teoría de la revolución comunista en dos fases y desarrollada en parte contra Blanqui, en parte contra Bakunin —teoría que cancela del movimiento actual la emancipación de la clase obrera, desplazándola hacia un futuro indeterminado.

8

Es aquí donde se insertó el desarrollo leniniano o bolchevique del marxismo; y es en esta forma como el marxismo fue transportado a Rusia y a Asia. Contemporáneamente se ha realizado la transformación del socialismo marxista de teoría revolucionaria a ideología

que puede ser puesta y ha sido puesta al servicio de los más diversos objetivos.

9

Desde este punto de vista deben ser críticamente entendidas las dos revoluciones rusas de 1917 y de 1928; desde este punto de vista deben ser determinadas también las funciones diversas que el marxismo desempeña hoy en Asia y a escala mundial.

10

La posibilidad por parte de los trabajadores de determinar la producción y la propia vida no nace recuperando las posiciones abandonadas de la llamada libre competencia, abolida por los mismos propietarios monopolistas de los medios de producción, sobre los mercados nacionales internos y sobre el mercado mundial. Dicha posibilidad sólo puede ser el resultado de la intervención planificada de todas las clases hoy excluidas en la producción, tendencialmente regulada en todas partes de manera monopolista y planificada.



papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s. a.
impreso en editorial galache, s. a.
privada del dr. márquez 81 — méxico 7, d. f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
30 de noviembre de 1979

GIUSEPPE VACCA

Temática de las formas y análisis de los procesos en el marxismo europeo de entreguerras.
Karl Korsch (1923-1938).

KARL KORSCH

15 tesis sobre el socialismo utópico/Lenin y la Comintern/Sobre Lenin y el leninismo/El camino de la Comintern/Nota sobre Antonio Labriola/Para una crítica materialista del derecho/Hegel y la revolución/El empirismo en la filosofía de Hegel/La crisis del marxismo/El método dialéctico en "El capital"/Contribución a la historia de la ideología marxista en Rusia/El joven Marx como filósofo activista/¿Por qué soy marxista?/El marxismo y las tareas actuales de la lucha de clases proletaria/La filosofía de Lenin/Una aproximación no dogmática al marxismo/La posición de Marx en la revolución europea de 1848/10 tesis sobre el marxismo hoy

PYP